

CLARK
ACCORD

LA REINA DE PARAMARIBO



Lectulandia

De una insolencia nunca vista, de una generosidad legendaria y de una voluptuosidad sin parangón que desarmaba a todo hombre que se cruzara en su camino: así era la Reina de Paramaribo, la prostituta más famosa e influyente de Surinam.

Las calles de Paramaribo todavía recuerdan el nombre de Maxi Linder — apodo que adoptó Wilhelmina Angelica Adriana Merian Rijburg (1902-1981) —, su risa estridente y sus sorprendentes aventuras. No era una mujer cualquiera: sobresalía de las demás muchachas por su estatura, su voz potente y los llamativos colores con que vestía, y destacaba de sus conciudadanos por su actitud desprendida y magnánima. Repartió su riqueza entre los más desafortunados y compartió su cama con amantes inexpertos, maridos insatisfechos, marinos en busca de exotismo y personajes de enorme poder político y social en Surinam.

Clark Accord ha rastreado los detalles de su biografía, entrevistado a quienes la conocieron e indagado en su mítica figura con la intención de recrear la personalidad de la fabulosa y singular Maxi Linder en una obra coral rica en anécdotas particulares y acontecimientos sociales. Ésta es la historia del ascenso, apogeo y decadencia de quien una vez fuera la Reina de Paramaribo.

Lectulandia

Clark Accord

La reina de Paramaribo

ePub r1.0
Titivillus 19.09.17

Título original: *De koningin van Paramaribo*
Clark Accord, 1999
Traducción: Luis Ogg
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

En memoria de Henry Thomas

Agradecimientos

Doy las gracias a todos aquellos que, de algún modo, me han sido de ayuda en la realización de este libro:

Adriaan, Afra, Angelique, Anna, Arleen, August-Hans, Bas, Celestine, Cynthia, Dennis, Dirk, Elle, tía Emmelien, Gerda, Helen, Inke, Irma, tía Irma, Iwan, Jame, Jan, Jeannette, Joan, John, Johnny, Juan, la abuela Juliette, Lex, Liesbeth, Linda, Lucien, Lulu, Marac, Marcel, Marleen, Mavis, Maxi, Michiel, Mustafá, Noemí, Oscar, Percy, Reinout, Ricardo, Robertine, Rokus, Ruby, Sylvana, tío Theo, Zamani y, sobre todo, al Señor.

También quiero expresar mi agradecimiento en particular al señor R. Korsten, por poner a mi disposición su entrevista con Maxi Linder en Bank Note.

Finalmente, han sido de valor inestimable para mí el apoyo y la paciencia que Richard Koek me ha prestado y mostrado durante todo este tiempo. Por eso quisiera darle las gracias en particular.

Ámsterdam, Paramaribo 1996-1999

Nota del autor

Esta novela está basada en la vida de Wilhelmina Rijburg, alias Maxi Linder. Salvo algunas figuras históricas como Anton de Kom, el presidente Roosevelt, el gobernador Kielstra y la heroína de la propia crónica, todos los personajes de la novela son ficticios y cualquier parecido con personas existentes o ya fallecidas es mera coincidencia. Por otra parte, el autor usa los motes históricos de prostitutas conocidas de Paramaribo, sin que lo descrito les sea aplicable.

Para las palabras y expresiones en «sranan» se ha seguido la ortografía oficial acorde con la Resolución del 15 de julio de 1986.

PROLOGO

Eduardina

Geraniumstraat, 1981

En la sofocante habitación, los ladridos de los perros suenan bastante más fuerte que fuera. Desesperada, Eduardina alza los ojos al cielo. El olor a orina, heces y carne podrida la golpea en el rostro como un varazo dado con una rama de tamarindo. En un acto reflejo se aprieta el pañuelo contra la nariz. Logra contener las náuseas con dificultad. El desayuno que ha tomado lucha por abandonar su estómago a través del esófago. Sólo después de respirar profundamente varias veces consigue dominarlo.

Ese montoncito insignificante y repulsivo que yace en el suelo, al lado de la cama, es Maxi Linder, la Reina de Paramaribo, indefensa en medio de sus propios excrementos. El harapo que sirve de camisón ha conocido innumerables lavados; resulta imposible distinguir los colores originales. Las manchas que lo cubren no mejoran su aspecto.

Eduardina mira la cara de la vieja. Por entre los labios partidos asoma la lengua tumefacta. «¡Ay, Dios mío, Jesús mío!». Eduardina, espantada, se tapa la boca con una mano. ¿Cuánto tiempo llevará la señora Max así?

De la garganta de la vieja escapa de pronto un sonido que se parece mucho al que produce el papel al rasgarse. Aún vive. Eduardina suspira aliviada, aunque no haya modo de entender qué intenta decirle.

Al verla en semejante estado no puede reprimir las lágrimas. Del brillo de esos ojos, de la fuerza que han irradiado, solo queda un vacío que recuerda a un pingo^[1] excitado que ha renunciado a la lucha.

Es la primera vez que ve por dentro el santuario de la señora Max. Con la ayuda de Mavis ha entreabierto la ventana, permitiendo que unos rayos iluminen la habitación.

En la estancia sólo hay dos muebles, que por otra parte tienen aspecto de caros. Uno de ellos es una gran cama de caoba con el cabecero y los pies ricamente tallados. Parte de las mantas y sábanas que la cubrían, antiguas y de un blanco grisáceo, han caído al suelo. El desgastado linóleo, con un motivo de flores rojas, afronta la única nota de color. En un rincón hay un bacín blanco esmaltado. Eduardina contiene por un instante la respiración al ver, contra la pared de la izquierda, el magnífico armario ropero de caoba, cuyas lunas aparecen flanqueadas por un diseño de flores labradas. Desde una amarillenta foto en blanco y negro que cuelga de la pared mira, altanera, una mujer joven, bellísima y algo rolliza. Envuelta en velos casi transparentes, ejecuta un paso de baile. El escote muestra un ribete de lentejuelas; la tela debe de haber costado un dineral. Lleva el cabello recogido hacia arriba por los costados y

sujeto por una tiara espectacular. En su cara no se distingue el menor rastro de maquillaje. Su mirada pícaro y el vigor sensual de su boca son una promesa de voluptuosidad. El paso del tiempo, que ha dejado su huella en la foto, no ha borrado, sin embargo, la vitalidad que en su día tuvo esa mujer.

La mañana en que iba a encontrar a la señora Max en tan grave estado, Eduardina despertó a causa de los quejumbrosos ladridos de los perros. Miró el reloj y comprobó que eran las cinco. Lo temprano de la hora y el tono de los gañidos le hicieron fruncir el entrecejo. Si bien era cierto que los perros ofrecían cada mañana una serenata al vecindario, nunca lo habían hecho a esa hora intempestiva...

Eduardina se subió la manta hasta la barbilla y se volvió con pereza de costado. Las mañanas eran bastante frescas debido a las fuertes lluvias nocturnas de diciembre. Se movió intranquila: no lograba conciliar de nuevo el sueño. Permaneció un rato mirando la pared con la almohada apretada contra las orejas; ni aun así conseguía ahogar el sonido de los ladridos.

Después de esforzarse durante dos horas intentando en vano dormir, decidió levantarse. Un par de casas más allá, los perros de la señora Max seguían aullando. Mientras se lavaba los dientes delante del fregadero, Eduardina se preguntó cuánto tiempo pasaría hasta que alguien llamara a la policía, que no dudaría en llevarse a los cincuenta y un chuchos. La señora Max se pondría furiosa y, como de costumbre, insultaría al barrio entero. Los vecinos se lo pasarían en grande espionando tras las ventanas y por una temporada no hablarían de otra cosa. Nunca se descubriría quién había llamado a la policía; el que lo había hecho sabía que de lo contrario la señora Max se plantaría ante su puerta y lo cubriría de improperios.

Eduardina apartó la cortina y miró hacia afuera. Le pesaban los párpados. Probó a sacudirse el cansancio con un gesto de impaciencia. En efecto, había caído una fuerte lluvia esa noche. El sol, que hacía lo posible por disipar la bruma matinal, coloreaba el cielo de bermellón y naranja, aunque aquí y allá aún se veían algunos retazos de nubes oscuras. Abrió la ventana y la fresca brisa le acarició el rostro. Era el momento más agradable del día.

Dejó de limpiarse los dientes por un momento y se concentró en los ladridos de los perros. Nunca los había oído tan desesperados. El dulzón perfume a canela del jabón Pear que exhalaba su piel se mezclaba con el olor a menta de la pasta dentífrica. Tras las friegas que se había dado bajo el chorro del agua sentía un agradable hormigueo en todo el cuerpo. Una nubecilla de vapor surgía del pico de la tetera que había puesto al fuego.

Eduardina escupió la espuma blanca en una palangana, sobre el fregadero. Sin enjugarse los labios, aguzó el oído en dirección a la ducha, pero los aullidos de los perros hacían imposible percibir nada.

—¡Mavis, si no te duchas ahora llegarás tarde a la escuela! gritó en tono

apremiante.

Nadie respondió.

Por los sonidos que entraban por la ventana abierta Eduardina dedujo que ya había mucho tráfico en la calle. El tufo de los escapes no tardó en reemplazar el fresco olor de los arbustos cubiertos de rocío.

Comenzaron a pasar grupitos de escolares de uniforme, con carteras y mochilas multicolores que contrastaban con la sobriedad del atuendo. Tenían las piernas y la cara brillantes por la grasa. Las niñas lucían el cabello pulcramente recogido en una, dos o más trenzas, sujetas con alegres lazos, mientras los niños lo llevaban peinado hacia atrás o corto al estilo rectangular de Grace Jones.

La lluvia había cubierto de perlas luminosas los arbustos que crecían a los costados del camino. El sol se reflejaba en las gotas de lluvia y, de vez en cuando, un destello escapaba de las hojas.

Eduardina había visto que, camino de la escuela, los niños se cruzaban a menudo con la señora Max y sus perros y empezaban a chincharla. Para ellos constituía un motivo de diversión casi cotidiano. Desde una distancia prudente le soltaban toda clase de barbaridades. «¡Maxi Linder se lo hace con los perros! ¡Maxi Linder es una boñiga seca! ¡Maxi Linder tiene el coño como una chimenea!», gritaban a coro. Cuando la edad aún se lo permitía, la señora Max corría tras ellos seguida de la jauría. Los niños salían por piernas y sus chillidos se oían por todo el vecindario. Eduardina se asombraba de lo bien que a la señora Max aún se le daba maldecir. A pesar de los años su voz no había perdido ni un ápice de su fuerza, conservaba intacto su repertorio de insultos y palabrotas: más de unos genitales maternos pagaban con creces los platos rotos. Resultaba asombroso comprobar cuántas maneras diferentes de designar una misma parte del cuerpo era capaz de imaginar una persona.

Ese día, sin embargo, las puertas y ventanas de su casa permanecían cerradas y sólo se oía el gañido de los perros. El chico más descarado estaba ante la puerta de la señora Max, pero sus burlas no obtenían respuesta. Ni siquiera los chuchos habían reaccionado ante su presencia.

—¡Mavis...! ¡Si tengo que llamarte una vez más te la ganas!

De repente, Eduardina oyó la voz de Mavis detrás de ella.

—No te enfades, mamá, hoy no debo ir a la escuela hasta la una. Tenía intención de dormir hasta tarde, pero esos malditos animales me han despertado. —Contuvo con dificultad un bostezo y añadió—: ¿Por qué alguien no los hace desaparecer? ¡Es para volverse loco!

—Mavis, esos perros son todo lo que tiene la señora Max. ¿Acaso ha de deshacerse de ellos por ti? Si ayer te hubieses acostado más temprano...

Eduardina empezó a peinarse con tirones enérgicos.

—Te han salido muchas canas, mamá —la pinchó Mavis. Al ver que Eduardina apretaba los labios insistió. —Parece que te has levantado de mal humor. ¿O también te han despertado los perros?

—¡Niña, no digas tonterías! ¿No ves que el agua está hirviendo? Haz algo útil y prepara el té. El Redrose está en la alacena.

Cada mañana, antes de ir al trabajo, Eduardina llevaba a la señora Max una taza de té. Las personas mayores debían empezar el día con algo caliente en el estómago. Además, la señora Max no tenía bien las piernas desde que la había mordido aquel perro. La herida de la pantorrilla no acababa de sanar, en parte debido a su diabetes. No hacía ningún caso de la dieta que le habían prescrito: como si no pasara nada, cada día compraba un helado, y no desdeñaba las copas de licor a que a menudo la invitaban. La señora Max se negaba a ir al médico, por mucho que insistieran en lo contrario. Eduardina incluso se había ocupado de conseguirle una tarjeta de la seguridad social, con la que tenía derecho a asistencia gratuita, pero ni así. La venda que cubría la herida siempre tenía aspecto de sucia, y por allí por donde fuera la seguía el hedor a carne descompuesta.

Durante sus visitas diarias a la señora Max, Eduardina solía hablar con ella del pasado. Al calor de la conversación, la vieja decía cosas como: «Eduardina, tendrías que haberme visto. ¡Cuando Maxi era Maxi nadie podía con ella!». Al pronunciar estas palabras, sus ojos despedían un brillo especial; pero de inmediato, con expresión de amargura, añadía: «Cuando olía bien, todos se mostraban amables; ahora que apesto, se apartan de mí...».

Eduardina se había recogido el pelo en un moño y se había puesto un vestido de *batik* que realzaba su figura. Para evitar el sudor se echó polvos de lavanda en el escote y entre los muslos, lo cual no era un lujo excesivo dado el calor que hacía incluso a primeras horas de la mañana.

—¿Te sirves el té? —preguntó con suavidad a su hija—. Ya ha reposado bastante. —Se llevó a la boca una rebanada de pan con mantequilla de cacahuete—. Sírveme a mí también —pidió sin dejar de masticar.

La mantequilla de cacahuete era tan untuosa que se le pegaba a la garganta y costaba de tragar, pero aun cuando no se trataba de una sensación agradable, para Eduardina constituía una señal de que era de buena calidad. Metió el meñique en el vaso y comprobó que el té ya se había enfriado lo suficiente. Tras beberlo, se metió el capazo de rafia bajo el brazo y se encaminó hacia la puerta. En el pasillo, echó una última mirada al espejo y, satisfecha con lo que vio en él, salió de la casa. No estaba gorda. Tenía la espalda estrecha y una cintura de avispa. Las nalgas y las caderas seguían siendo firmes. A sus cincuenta y cinco años, Eduardina aún era capaz de despertar el interés de los hombres; pero, como no abusaba de ello, diecisiete años después de la muerte de Hendrik seguía sola. También en ese sentido se consideraba admirable.

Pocos minutos después de que hubiera salido por su puerta, Eduardina abrió la cancela de la casa de la señora Max. A pesar de lo temprano de la hora, ya hacía

bastante bochorno; notó el labio superior cubierto de gotas de sudor.

Para evitar que los perros salieran a la calle, volvió a cerrar la cancela a sus espaldas. En cuanto tenía ocasión, los animales perseguían a ciclistas y transeúntes. Para librarse de ellos había que detenerse y hacer como si se recogiera una piedra para tirársela. Así se quedaban a cierta distancia, ladrando y aullando.

Estaban acostumbrados a Eduardina. Por lo general se le acercaban meneando la cola y saltando alegres a su alrededor. Ella no los soportaba y se alegraba al oír que la señora Max les ordenaba en tono perentorio que la dejaran en paz.

Pero en esta ocasión era diferente. Permanecían cerca de la casa y no paraban de gañir. No se veía a la señora Max por ninguna parte, y contra lo que era costumbre, las puertas y las ventanas estaban cerradas. Eduardina se estremeció. ¿Qué estaba ocurriendo?

Por un instante no supo qué hacer. Echó un vistazo al reloj; eran las ocho y media. Ya no había tanto tráfico en la calle y hacía un buen rato que los escolares estaban en las aulas. El barrio parecía desierto.

Cuando los perros advirtieron la presencia de Eduardina, sus aullidos se transformaron en un gemido lastimero. Ella nunca los había visto comportarse de ese modo. ¿Dónde se había metido la señora Max? Una palabra suya habría bastado para tranquilizarlos. Era severa pero justa, como el jefe de una manada, y si no obedecían les arrojaba lo que tuviera al alcance de la mano.

A pesar de que conocía muy bien aquella casa, al menos por fuera, a Eduardina se le antojó extraña de repente. Llevaba años yendo allí cada mañana. Era una construcción sencilla, de ladrillo y techado de cinc, como casi todas en el vecindario, y sus paredes, en un tiempo pintadas de ocre, estaban sucias y desconchadas.

Eduardina sabía por la señora Max que contaba con una salita, un dormitorio y una cocina pequeña. Si abría las ventanas, siempre dejaba entornadas las celosías, para mantener así alejadas las miradas de los curiosos.

Debido al mal estado del alcantarillado, cuando llovía la casa solía inundarse, pero aparte de esto la señora Max la conservaba impecable, y si algunas hojas de los árboles frutales caían en el patio durante la noche, las barría después del desayuno y las tiraba al vertedero que había detrás.

El vaso de té que llevaba en la mano se había enfriado. Eduardina miró irritada su reloj. A pesar del calor sintió un escalofrío. Era imposible que la señora Max ya hubiera salido. Nunca le había ocurrido llegar a esa hora y no encontrarla en casa. Y ¿por qué se comportaban los perros de forma tan extraña? Con el corazón en un puño, subió por los escalones que conducían a la puerta principal, temerosa de lo que encontraría al otro lado.

Llamó con todas sus fuerzas.

—¡Señora Max! ¡Señora Max! ¿Está usted ahí?

Sintió un nudo en el estómago. Trató de desechar la terrible idea de que la vieja

tal vez hubiese muerto. No le deseaba a nadie un final así, y menos a la señora Max, que siempre había representado tanto para los demás.

—¡Señora Max, abra, por favor!

UNO
1902-1938

Amalia

Hoogestraat, 1902

El día en que Wilhelmina llegó al mundo llovía a cántaros.

Cuando se presentó la comadrona, Amalia estaba sentada fuera, bajo un tejadillo, bordando una camisita para su hijo. La comadrona se había puesto un trozo de plástico por encima del uniforme azul con delantal blanco.

Llevaba la cofia blanca pegada a la cabeza y el pelo le caía en mechones sobre la cara.

—¿Es ésta la damita que va a tener un hijo? —le preguntó a la madre de Amalia, mirándola de arriba abajo con expresión despectiva. Sin aguardar respuesta continuó —: ¿Acaso cree que dar a luz es una especie de pasatiempo? ¿No le han dicho lo que le espera? ¡Vamos, vamos! ¡A la cama enseguida!

Era evidente que aquella mujer no estaba acostumbrada a que la contradijeran. Tenía fama de ser una de las mejores comadronas de Paramaribo, de modo que Amalia se tragó las palabras, recogió, obediente, sus enseres de bordar y entró en la casa arrastrando los pies y sujetándose el vientre con una mano.

Todavía no se había acostado cuando sintió otra contracción. Esperó, con los dientes apretados, a que la enorme mano que le atenazaba las entrañas volviera a soltarla. Llevaba así desde primeras horas de la mañana, y hasta el momento los dolores habían sido soportables.

Tras apoyar cómodamente la espalda en varias almohadas con fundas blancas de lino, retomó la labor. La lluvia había amainado. De la cocina le llegaba el parloteo confortador de su madre y la comadrona. El sonido del agua que hervía en el fogón y el suave tamborileo de la lluvia en el tejado, la tranquilizaban. Se acarició el vientre.

—No me tengas demasiado en vilo —susurró—. Ahora mi vida está completa. ¡Quién hubiera dicho que a mi edad aún podría vivir esta maravilla! No te faltará de nada, pequeño; sólo tendrás lo mejor. Tu padre y yo nos ocuparemos de que así sea.

Había tenido las primeras contracciones muy temprano, y aun así había ido a su tenderete de telas en el mercado central. Acababa de llegar cuando de repente sintió ganas de hacer de vientre. Casi al mismo tiempo percibió un ruido extraño y a continuación notó algo pegajoso y cálido entre los muslos. Miró hacia abajo y vio que en la parte de delante de su *brokobere koto*^[2] había una gran mancha húmeda. Mientras se sostenía el vientre con una mano, se acercó tranquilamente a la vieja Dina, cuyo puesto estaba a pocos metros de distancia del suyo.

La señora Dina comprendió la situación al primer vistazo. Le dijo a Amalia que se sentara y, todo lo deprisa que le permitían sus viejas piernas, corrió hacia Rampersad, el angloindio que tenía su tenderete un poco más allá, y lo convenció de que llevara a Amalia a casa en su carro.

El camino de regreso había sido una tortura debido a los baches de la calzada y al

duro suelo del vehículo de madera. En más de una ocasión estuvo a punto de perder los nervios a causa del dolor de las contracciones. En esos momentos, el angloindio había invocado a voz en grito a Dios y en nombre de todas las deidades hindúes le había rogado que esperara para enviar al niño al mundo.

De una manera u otra, la noticia de que el parto era inminente había llegado a oídos de la madre de Amalia, que con cara de preocupación y frotándose las manos había ido a la esquina a aguardar al carro tirado por un asno en que venía su hija.

Ahora yacía, segura, en su cama blanda y recién hecha. El incómodo viaje era agua pasada y el olor a excrementos de asno había desaparecido.

—¡Aaaayy, *mi Gado*^[3], auxilio! —gritó de pronto cuando una fuerte punzada de dolor le atravesó el bajo vientre hasta las ingles.

Clavó las uñas en el colchón como un animal salvaje, pero el dolor desapareció tan repentinamente como había llegado.

—Esta vez ha sido fuerte —informó a la comadrona, que en ese momento entraba con un montón de ropa blanca rasgada.

—Ya le advertí que parir no es ninguna diversión —replicó la mujer, cuyo rostro no reflejaba la menor emoción.

En ese instante, Amalia deseó con toda el alma que Ferdinand estuviera a su lado. Aún le faltaban dos semanas para salir de cuentas y él no regresaría hasta entonces. Su presencia habría constituido un apoyo, sobre todo porque se sentía a merced de una comadrona autoritaria y una madre de la que no podía esperar ayuda alguna, pues respetaba demasiado a aquélla. Observó de reojo que la mujer de uniforme azul disponía las ropitas del bebé, la mayor parte de las cuales, como casi todo el ajuar, eran de color amarillo. Si hacía caso de las predicciones y a la forma de su vientre, el bebé sería una niña. Ella hubiera preferido un varón, teniendo en cuenta que aquél sería su primer y probablemente último hijo. No obstante, en ese momento sólo le importaba que naciera sano. La simple idea de que no fuera así la atormentaba hasta la locura. Trató de desterrar aquel funesto pensamiento retomando la labor de bordado, a pesar de que en algún oscuro rincón de su mente la duda seguía consumiéndola.

—¿Ha tomado ya el baño de hierbas? —preguntó la comadrona a su madre, que en ese instante entraba con un cubo de agua caliente.

—Sí. Cuando la vi llegar en este estado he reunido enseguida todo lo necesario y la he lavado. Suerte que antes de partir Ferdinand aún le lavó el vientre con cerveza. También ha tomado un baño de azulete contra el mal de ojo.

—Perfecto, un problema menos. Ahora ya puede venir el niño. —Rompió uno de los trapos en tiras y se dirigió a Amalia—: Veamos cómo estás —masculló, al tiempo que introducía bruscamente dos dedos en la vagina de Amalia.

La parturienta soportó la exploración con los ojos cerrados. Teniendo en cuenta la situación, en realidad se alegraba de que Ferdinand no se encontrara allí, ya que se habría sentido aún más incómoda.

Arreció la lluvia y los goterones golpearon con furia el tejado de cinc.

—Ya has dilatado lo suficiente. Cuando tengas la siguiente contracción, empieza a empujar.

Apenas la mujer hubo terminado de hablar, una punzada tremenda pareció desgarrarle el vientre. Amalia se tensó y se agarró con fuerza a la cabecera de la cama. Respiró un par de veces profundamente con la esperanza de aliviar el dolor.

—¡Empuja! —chilló sin contemplaciones la comadrona.

—¡Ay... cómo duele! —gimoteó Amalia entre dientes.

—¿Y a ti quién te ha dicho que parir sería un pasatiempo? ¿Es que no has leído la Biblia?: «Parirás los hijos con dolor». ¡Empuja! —gritó la comadrona, sin asomo de compasión.

El sufrimiento era tan intenso que Amalia se sintió al borde del desmayo.

De pronto, la comadrona le asestó una sonora bofetada.

—¿Es que no me has oído? ¡Te he dicho que empujes!

Ante lo inesperado del golpe, Amalia empezó a empujar como si le fuera la vida en ello.

De pronto el impulso de empujar desapareció y el dolor la abandonó como una ola que retrocediera. Se quedó con la mente en blanco, mirando el techo, jadeando. Un hilillo de sudor corría por sus mejillas hasta el cuello. Exhausta, sonrió agradecida a su madre, que le había colocado sobre la frente una toallita húmeda y fresca.

—Cuando tengas que empujar de nuevo, haz lo que te ordena la señora, *gudu*^[4]. —Observó a su hija con cara de preocupación.

Llovía tanto que por la ventana sólo se veía una impenetrable cortina gris de agua. El retumbar de los truenos sonaba cada vez más cercano. Uno descargó justo encima de la casa con un tremendo chasquido.

—¡Escuchad qué enfurecido está el tiempo! ¡Ay, Señor, este niño será una buena pieza, ya lo veréis! ¡Será un descarado...!

De repente Amalia sintió de nuevo la necesidad de ir al retrete.

—¡Tengo que hacer de vientre! —suplicó entre jadeos. La urgencia era tal que no tuvo más remedio que aliviarse en la cama. No obstante, aquello no calmó su dolor, y el impulso de empujar se mantuvo.

—¡Muy bien! —la animó la comadrona.

La voz parecía llegar de muy lejos y la habitación se convirtió en una mancha borrosa. En ese momento para ella sólo existía una realidad que se reducía al impulso de empujar.

Cuando empezó a recuperar la vista, sintió una terrible quemazón en el pubis y una bola enorme entre las piernas, al tiempo que su vientre se tensaba al máximo.

—¡Ya veo la cabeza! —anunció la comadrona mientras miraba fascinada entre las piernas de Amalia. Era la primera vez que mostraba un atisbo de emoción.

—¡Ay, cómo duele! —gimió Amalia, rebulléndose sobre el colchón.

—Tú apriétame la mano, hija. Si te tiendes de costado te daré un masaje en la

espalda. Ya verás, ya falta poco.

Para sus adentros, Amalia dio gracias a Dios por la presencia confortadora de su madre.

Una hora y media más tarde, después de tantos dolores que ya había perdido la cuenta y cuando se sentía al borde de la extenuación, oyó el primer llanto de su hijo.

—¡Qué bebé tan hermoso! ¡Es una niña! —exclamó la comadrona, alzando en ademán triunfante una especie de gusano sanguinolento, cubierto de una sustancia blancuzca, que no paraba de retorcerse.

A Amalia ya no le importaba que su hijo fuera niño o niña. Una sola certeza ocupaba su mente: nunca más.

Amalia

Timmermanstraat, 1914

Él la había abordado por primera vez cuando iba de camino al trabajo. Ella tenía dieciocho años y servía en casa de la señora Ledesma. Cuando él le comentó que hacía ya cierto tiempo que intentaba reunir valor suficiente para dirigirle la palabra, ella se quedó boquiabierta. Nunca antes había hablado con un desconocido. La primera vez que tuvo la regla, su madre le había advertido que a partir de ese día no volviera a hablar con chicos; si lo hacía, quedaría embarazada y con ello deshonoraría a la familia. Amalia había seguido andando con rapidez, sin contestarle.

Desde entonces él la había esperado todos los días para acompañarla un trecho. Ella no se atrevió en ningún momento a mirarlo a la cara y las muchas preguntas que él le fue formulando quedaron sin respuesta, pues ella se limitaba a mirar fijamente al suelo, observándolo de reojo de vez en cuando.

En opinión de Amalia, los trajes blancos y color caqui de cuello duro que él vestía resultaban demasiado formales para su edad, pues calculaba que tendría unos cuatro años más que ella. Dado que llevaba el sombrero panamá calado casi hasta las cejas, siguiendo la costumbre, no se le veía el pelo.

Su mano, en la que se apreciaban claramente los tendones, irradiaba fuerza. El caqui del traje casaba bien con el tono café con leche de su piel.

Al cabo de un tiempo se encontró esperando con impaciencia el momento de verlo, y si alguna vez no se presentaba, luego, en casa, sus hermanas pagaban las consecuencias.

—¿Te parecería correcto que fuera a visitarte?

Amalia se detuvo, sorprendida por lo directo de su pregunta, y por primera vez lo miró directamente a los ojos. A pesar de que no parecía flaco, la estructura ósea de su cráneo resultaba claramente visible bajo la piel tensa, que brillaba como un fruto de *obe*^[5]. Sus pobladas cejas sobresalían mucho, y por debajo de ellas la miraban, implorantes, sus ojos de gato. Sobre el labio superior lucía un fino bigotito, pero el mentón estaba rasurado y expresaba fuerza. Amalia advirtió el esperanzado latido de sus venas en el vigoroso cuello.

Bueno, pues a quedarse embarazada.

—Mi madre te echaría si lo hicieras.

—¿Significa eso que, si corro el riesgo de que me echen, seré bienvenido? —aventuró con sagacidad. La piel, que un instante antes era lisa y tersa, se plegó de repente en incontables arrugas que aparecieron en los lugares más insospechados.

A pesar del vago desasosiego que se había apoderado de ella desde el inicio de la conversación, Amalia no tuvo más remedio que reír alegremente con él.

Ferdinand estaba sentado en la antesala, tieso como un palo de escoba, incapaz de disimular el nervioso temblor de la mano con que aferraba el bastón. Para obtener

cierta serenidad se había encasquetado el sombrero hasta las cejas.

Amalia, sentada justo enfrente, iba cambiando el peso de una nalga a otra. Había apoyado las manos en el regazo, y ya había plegado y desplegado su pañuelo incontables veces, presa de un inagotable desasosiego. El inexplicable hormigueo que había sentido en el vientre durante los últimos días no había hecho más que acrecentar su inquietud.

La madre entró en la sala tranquila como siempre y se detuvo justo delante de Ferdinand para examinarlo atentamente.

Con un movimiento inesperado le quitó el sombrero.

—Bien, caballere, esto ya es otra cosa. Veamos a quién tenemos aquí...

Amalia se llevó la mano a la boca para contener la risa. Era la primera vez que veía a Ferdinand sin sombrero, y le pareció bastante más joven y menos estirado. Llevaba el pelo, suavemente ondulado, muy corto y pegado a la cabeza. También advirtió que el sombrero le había dejado una marca rojiza en la frente. Al ver la indefensa actitud de Ferdinand durante el severo escrutinio a que lo sometió su madre, Amalia sintió que se le desbocaba el corazón y un nuevo hormigueo en el vientre, por lo cual dedujo que, en efecto, estaba embarazada. Nerviosa, tomó su pañuelo y se enjugó el sudor que le cubría la frente. Su madre no soportaría semejante vergüenza.

—¿Y quién es tu gente?

Aquellas palabras devolvieron a Amalia a la realidad.

—Soy huérfano, señora. Al morir mis padres, mi tío me acogió en su casa y me tomó a su cuidado.

Un sentimiento de ternura se adueñó de Amalia, quien en ese instante deseó tener fuerzas suficientes para levantarse y protegerlo del interrogatorio de su madre. ¿Acaso no comprendía lo difícil que había de resultarle revelar asuntos tan personales ante una desconocida?

—¿Cuál es el nombre de tu tío?

—Vreeling, Alexander Vreeling. Era inspector de policía, pero ahora está retirado...

—¿Vreeling? —Reflexiva, la madre apoyó la barbilla en el puño y miró a lo lejos con el entrecejo fruncido—. Vreeling... —murmuró un par de veces de modo casi inaudible, con los ojos entornados. De repente su rostro se iluminó con una sonrisa—: ¿Acaso son los Vreeling que viven junto a la farmacia Dawson? —En su voz no se advertía ni rastro de su anterior severidad—. Dios mío, pensarás que en esta casa no tenemos modales. ¡Ni siquiera me he presentado! Me llamo Juliette, mucho gusto —anunció, tendiéndole una mano.

Confundido, Ferdinand se la estrechó, mientras buscaba con la mirada los asombrados ojos de Amalia.

—Ferdinand Vreeling —respondió—. El gusto es mío, señora.

Amalia no sabía qué pensar del comportamiento de su madre, pero ante tanta

amabilidad todos sus celos se desvanecieron. Los ojos de Ferdinand no se apartaban de los suyos. Sin previo aviso, experimentó el ya familiar hormigueo en el vientre.

El sábado posterior a la visita de Ferdinand, la casa se convirtió en un pandemónium. Hacía tiempo que Amalia no veía tan radiante a su madre, quien impartía órdenes a las hijas. Aunque por lo general la casa sólo se limpiaba tan a fondo para el Año Nuevo, en ese momento las chicas fregaban a conciencia el suelo de madera arrodilladas, mientras Amalia se afanaba en la tarea de limpiar la pared de la antesala con un cepillo de dientes viejo, para alcanzar los rincones que resultaban demasiado pequeños para un cepillo normal.

—Cualquiera diría que va a visitarnos el rey —murmuró Dofie, la mayor y más atrevida de las hermanas.

—¡Modera esa lengua! ¡Ese descaro tuyo acabará causándote problemas! —La madre agitó el paño de limpieza hacia la cabeza de Dofie.

Cuando estuvo segura de que su madre no la veía, Dofie le dirigió una mirada de despecho.

La madre ya tenía bastante trabajo con los hijos. El padre pasaba la mayor parte del tiempo en el huerto que poseía junto al Commisaristweg, donde cultivaba patatas, bananas y diversas hortalizas que ella vendía luego en el mercado. Para evitar que le robaran la cosecha se veía obligado a vivir allí. Debido a ello los hijos sólo lo veían un par de veces al año, ya que el resto de la familia se había quedado en la ciudad a fin de que la madre estuviera cerca del mercado. Además, la mujer amasaba pan de mandioca, que los hijos menores ofrecían de puerta en puerta a primera hora, antes de ir a la escuela. Si no conseguían vender lo suficiente por la mañana, tenían que seguir a mediodía, y si ni así lo lograban, ya podían ir olvidándose de salir a jugar.

Amalia vivía con su madre, cinco hermanas y cuatro hermanos en Ma-Retraite. Cuando conoció a Ferdinand, ninguno de sus hermanos se había marchado aún del hogar. Las chicas dormían en la habitación de la madre. Las dos mayores compartían la cama con la madre, y el resto dormía en el suelo, sobre unas esteras de junco. Los chicos ocupaban la sala.

Ese domingo les dejaron seguir llevando sus vestidos de fiesta después de ir a la iglesia. La puerta de la salita, que solía permanecer cerrada, estaba abierta de par en par. Amalia, sentada junto a la ventana, se esforzaba por no mirar a la calle. Su paciencia se vio recompensada cuando vio a Ferdinand y a sus tíos cruzando el puentecillo de madera tendido sobre la acequia que discurría ante su casa. Ferdinand y su tío iban vestidos con trajes de un blanco tan luminoso que bajo el sol matinal resultaban incluso deslumbrantes. Los botones blancos de la chaqueta formaban una

fila que ascendía hasta el cuello y el pantalón mostraba una raya impecable. Ferdinand se había puesto un sombrero plano de ala ancha y sostenía relajadamente un bastón, cuyo puño de plata representaba una cabeza de ave, en la misma mano en que exhibía un gran sello de oro. Sus zapatos negros brillaban como espejos, y sus cejas hirsutas y el gran bigote que se rizaba hacia las orejas recordaron a Amalia la morsa que en una ocasión había visto en un cromo.

La tía de Ferdinand era de constitución bastante menuda, una impresión que se acentuaba debido al *mis' de neef*^[6] de un amarillo suave con la toca a juego, de la que apenas escapaban un par de rizos. Para protegerse de aquel sol inclemente llevaba una sombrilla de la misma tela que el vestido. El rasgo que predominaba en su rostro de tez casi blanca era una afilada nariz aguileña.

Cuando la madre los vio llegar tuvo que sentarse y abanicarse. De pronto aparecieron en su frente incontables gotitas de sudor. Dofie tiró de ella para que se levantara y la empujó hacia la puerta.

Amalia estaba sentada en su silla con la espalda muy recta, retorciendo su pañuelo. Le zumbaban los oídos. Se esforzó por dominar un incipiente mareo.

Mientras tanto, el grupo había entrado en la salita, que de pronto pareció mucho más pequeña. La familia no tenía por costumbre recibir a las visitas en la casa, sino detrás, donde habían instalado un tejadillo con un par de bancos de madera a la sombra.

La salita que daba a la calle se reservaba para las visitas importantes, por lo que los chicos tenían prohibido entrar en la estancia, salvo por la noche, para acostarse. La llamaban, con desdén, «la vitrina de mamá».

Los tíos de Ferdinand tomaron asiento en el sofá de dos plazas. Sobre el respaldo estaba el tapiz que la propia madre había decorado con una cenefa de flores bordadas y frases piadosas.

La madre ofreció a Ferdinand su silla, pero él le dio las gracias cortésmente y señaló que prefería seguir de pie. Esta vez no se había olvidado de descubrirse antes de entrar. Amalia, con las manos apoyadas sobre el regazo, ocupaba la silla restante.

Con un gesto impaciente, la madre echó a los demás hijos:

—Id a ocuparos de vuestras tareas, aquí no se os ha perdido nada. *Si habláis, no mintáis.*

Salieron de la habitación a regañadientes y Dofie resistió la tentación de guiñarle un ojo a Amalia.

—¡Dofie, trae arropo! —ordenó la madre volviéndose hacia la puerta de la cocina—. Amalia, ¿no saludas? ¿Es que no te he enseñado modales? ¡Vamos, no seas tan sosa!

Amalia mantenía la mirada fija en su regazo, donde reposaban sus manos. Aún no había pronunciado ni una palabra. Por primera vez, levantó la vista con cautela y se enfrentó directamente con los ojos del tío de Ferdinand, cuya mirada amable le permitió dejar escapar un leve soplo de aire entre los labios.

—Buenos días tengan ustedes —murmuró mientras buscaba el apoyo de Ferdinand, quien permanecía de pie tras el sofá.

La cómica expresión de Ferdinand al levantar las cejas le provocó una irreprimible carcajada, lo que a su vez suscitó un profundo suspiro por parte de su madre, quien Ira fulminó con la mirada.

La tía de Ferdinand se dirigió a la dueña de la casa, aliviando la tensión:

—Ferdinand nos dijo que había conocido a una chica agradable y nos pareció adecuado visitar a los padres de la joven. Sentíamos mucha curiosidad por conocer a Amalia... ¡Ferdinand, no has exagerado para nada! ¿No es como un jardín, Alexander?

El tío de Ferdinand carraspeó y con el tono de quien está acostumbrado a impartir órdenes, dijo a Amalia:

—Es todo muy reciente. Hay que dar tiempo al tiempo. No obstante, si vemos que os lleváis bien, no tengo reparo alguno en que Ferdinand se case contigo.

Se rebulló en el asiento y se enderezó la raya del pantalón tirando de la tela a la altura de la rodilla.

Después se dirigió a Ferdinand, emocionado.

—Muchacho, desde la muerte de mi querida hermana te he cuidado como a un hijo. Siempre he cumplido la promesa que realicé ante el lecho de muerte de tu madre: procurar que te convirtieras en un hombre afortunado en la vida. En mis oraciones siempre le he rogado que pusiera en tu camino a la mujer adecuada. Si tu madre considera que esta muchacha es la que más te conviene, nada ni nadie debe interponerse entre vosotros. Dejémoslo, pues, en manos de Dios.

Dofie apareció en la estancia con una bandeja de arroje de rosas. Amalia pugnaba por evitar la mirada de Dofie, pues no deseaba que la asaltara un nuevo ataque de risa. Dofie sirvió con cuidado los vasos, de los que ascendía un dulce aroma. Amalia tenía la garganta tan reseca como un corcho y esperaba con impaciencia alguna señal que indicara que el arroje ya podía cumplir con su beneficiosa y refrescante tarea.

La madre lo había preparado la noche anterior, hirviendo durante largo rato agua y azúcar en una olla. Cuando el líquido se hubo espesado lo suficiente, añadió ácido cítrico y esencia de rosas. Ella confiaba plenamente en su receta, en la que, según afirmaba, la relación entre el ácido y la esencia de rosas era la más equilibrada que conocía. La cocina había olido toda la noche a caramelo. Mientras tanto, los hijos habían tenido que contentarse con aspirar el delicioso aroma. Al fin y al cabo, los ingredientes costaban una fortuna.

Mientras se desarrollaba la conservación, la madre, impresionada por la relevancia de la visita, había permanecido sentada en su sitio, arreglándose el vestido a cada momento. Todos los ojos estaban ahora fijos en ella. Tartamudeando, buscaba las palabras más adecuadas. Amalia sintió lástima de ella. Era la primera vez que recibían visitas de tanta alcurnia: un inspector de policía jubilado con su esposa judía...

—Si es la voluntad de Dios, espero que todo vaya bien... por Amalia... — consiguió murmurar con voz apenas audible.

Amalia y Ferdinand se fueron a vivir juntos a Hoogestraat. Durante un par de años probaron en vano todos los remedios caseros de la madre de Amalia para que la joven esposa quedara embarazada, y finalmente renunciaron a la esperanza de tener descendencia.

Veinte años después, en contra de toda previsión, Dios terminó por escuchar sus ruegos.

Luego del nacimiento de Wilhelmina decidieron mudarse a una vivienda más amplia en Timmermanstraat. Al principio Amalia se opuso a la mudanza —la calle estaba en pleno barrio de putas— pero cuando Ferdinand le comunicó lo bajo que era el alquiler, no tardó en arrinconar sus objeciones.

Tijgerkreek, 17 de mayo de 1914

Querida Ama:

Antes que nada quisiera que me informes sobre tu preciada salud y la de nuestra hija. Espero que estéis bien, Dios mediante. Ojalá esta vez no tengamos que esperar tanto para vernos y que esta carta te llegue en menos tiempo que la anterior. Comprendo que te enfadaras al no recibir noticias mías, pero como ya te expliqué, para enviar el correo hay que esperar a que alguien vaya a la ciudad.

El mes que viene será el cumpleaños de Wilhelmina. No sé si podré estar presente, porque tenemos muchísimo trabajo. Ayer descubrimos una nueva veta de oro muy prometedora en un ramal del Tijgerkreek. Ya imaginarás que en este momento me resulta difícil dejar el emplazamiento.

Con el dinero que te he enviado puedes comprar una tela bonita para hacerle un vestido a Wilhelmina. ¡Cuánto ha crecido! Ha heredado la fuerte constitución de tu familia. Ama, ¿la vigilas bien? Ya sabes a qué me refiero. Como mujer, a ti te corresponde ocuparte de estos asuntos. Como sabes, es la niña de mis ojos y no soportaría que nos causara vergüenza. No quisiera meterme en temas que atañen a las mujeres, supongo que comprendes a qué me refiero. Si necesitas dinero ya sabes que puedes acudir a la oficina de la ciudad.

En tu última carta me preguntabas si era cierto que algunos buscadores de oro se encienden los puros con billetes de cien dólares. Aquí no he visto nada parecido, pero sé que algunos hacen este tipo de fanfarronadas para impresionar a los demás cuando están en la ciudad. Probablemente nunca habían imaginado que ganarían tanto dinero. Son unos irresponsables.

Hace poco, uno de mis compañeros cayó gravemente enfermo y murió mientras lo trasladaban a Paramaribo. Tuvieron que enterrarlo en la selva. Cuando oí la noticia

me preocupé mucho por su familia. No hacía mucho que trabajaba en la selva. Me dijeron que acababa de volver de Curasao, donde lo habían despedido de la Shell. La verdad es que no estaba preparado para este duro trabajo. La vida aquí es realmente difícil y los mosquitos se convierten en un auténtico suplicio.

Me tomo religiosamente la quinina que me diste y cada día desayuno una infusión de *bita*^[7]. Si con este remedio la sangre se me vuelve tan amarga como el sabor que tiene, nada he de temer de los mosquitos. Ama, ¿me echas de menos tanto como yo a ti? El efecto secundario de la *bita* no me proporciona ningún alivio. Amor mío, cuando regrese a la ciudad lo comprobarás. Sigue bien, Dios mediante, y cuida de nuestra pequeña Wilhelmina.

Tu Ferdi, que te quiere

Con la mirada perdida, Amalia dobló la carta y se la guardó en el escote. Le encantaba este momento de la jornada, cuando el día cede paso lentamente a la noche. El sol había descendido un buen trecho y el calor abrasador había disminuido un poco. El reflejo del sol poniente teñía el horizonte de naranja. Las cigarras de los matorrales y las ranas de la acequia emitían su ruidosa serenata, que resonaba por todo el barrio. Los niños jugaban en la calle. La arena seca del camino se arremolinaba en torno a sus pies descalzos. Las alegres voces infantiles competían con el canto de los animales nocturnos.

Sentada en el banco de madera, ante su casita de la Timmermanstraat, Amalia se sintió embargada por un sentimiento de dicha. No hubiera podido desear un marido mejor que Ferdinand.

—¡Venga, adentro! ¡Malditos críos! ¡Si no entráis enseguida os arranco la piel! ¿Dónde está el látigo?

Los gritos de la vecina arrancaron a Amalia bruscamente de sus cavilaciones. Al otro lado de la calle descubrió la causa de tanto revuelo. Un grupo de prostitutas, de variada edad y tez, mantenía una conversación animada. Al igual que la mayoría de las vecinas, Amalia opinaba que esas mujerzuelas constituían un mal ejemplo para los niños. También ella ordenaba a su hija que entrara en casa cuando pasaban. A medida que el cortejo se fue acercando, las risas llegaron hasta el banco en que estaba sentada Amalia. Las mujeres vestían a la europea, con ajustados y largos modelos de encaje que revelaban desvergonzadamente los secretos de sus cuerpos. Sin embargo, los sombreros de encaje de ala ancha les conferían un aire de elegancia. Algunas incluso llevaban un velo ante el rostro y sostenían un gracioso bolsito con sus manos enguantadas. Amalia observó con desagrado las caras maquilladas. Ninguna mujer decente se pintarralearía de semejante manera.

Beth la de los Marineros, una de las *motyos*^[8] más populares de la ciudad, caminaba orgullosa en el centro. Según el *mofa koranti*^[9], las fiestas que organizaba

en su casa para los marinos eran conocidas hasta mucho más allá de las fronteras del país. Tanto dinero ganaba, que incluso había adquirido la casa en que vivía. Amalia no sabía si creer esas habladurías. Ella y su marido trabajaban los dos y apenas podían permitirse una casa de alquiler. Y la belleza de esa Beth tampoco era para tanto...

Montada en su bicicleta, Blaka Nene recorrió Prinsenstraat y dobló por Timmermanstraat. Era la comidilla de la ciudad. A veces, todos los vecinos salían a la calle para verla pasar. Algunos se burlaban por su raro aspecto, otros la admiraban por su valor y supuesta riqueza. Blaka Nene debía su nombre al oscuro color de su tez, que tenía el brillo del ébano pulido. La posición erguida que adoptaba al sentarse en su bicicleta le confería el aire de una reina. Blaka Nene llevaba un sombrero, grande y llamativo, atado con un lazo bajo la barbilla. Para pedalear con mayor comodidad se había recogido la falda, de modo que sus tobillos quedaban desvergonzadamente expuestos a la mirada de los curiosos. Sobre los pedales brillaban sus zapatos, adornados con lentejuelas: era evidente que como *motyo* las cosas no le iban nada mal. La rueda delantera trazaba un surco profundo en el camino de tierra.

Cuando pasó por delante de sus colegas, se relajó por un instante y las saludó alegremente. Ellas respondieron con ruidoso entusiasmo. A Amalia la irritaba aquella actitud provocativa. En cuanto al modo en que se ganaban la vida, prefería que fuera Dios quien las juzgara.

Esa mañana había entrado en el puerto el *MS Renzelaer*, y varios grupos de marineros ya se habían dejado ver por el barrio. Las mujeres se encaminaban hacia el paseo de Waterkant y los bares de Watermolenstraat y Saramaccastraat.

De repente, Amalia advirtió con el rabillo del ojo un movimiento en la ventana. Tras descorrer el visillo, Wilhelmina había apoyado los codos en el alféizar y, descansando la cabeza sobre las manos observaba el grupo de mujeres con ojos de admiración.

—¡Niña, apártate de ahí! ¿No te he advertido que no te acerques a la ventana cuando pasan las *motyos*?

—Pero, mamá, si no estoy haciendo nada, sólo miro. Además, no molestan a nadie. Fíjate en el sombrero de Beth la de los Marineros. —Wilhelmina no podía ocultar su deslumbramiento.

—Escúchame bien, niña: esa clase es demasiado elevada para ti, de modo que basta. Hace tiempo que no recibes un buen varazo, ¿verdad? ¡Venga, apártate de la ventana te he dicho!

Wilhelmina obedeció, no sin soltar una sonora pederreta. Amalia sintió que se ruborizaba ante tanto descaro. ¿Cómo podía hacerle entender que para las niñas como ella las *motyos* constituían un mal ejemplo? Sí, quizá fuese hora de emplear de nuevo la vara de cerezo. Cada vez le pesaba más la responsabilidad de ocuparse ella sola de

la educación de Wilhelmina. Sobre todo desde que se había convertido en una muchacha. Para sus doce años era bastante alta y poseía un cuerpo anguloso que movía con una gracia impropia de una jovencita de su estatura.

Su piel era del color de la caoba, y había heredado el hermoso cabello de su padre; tenía una mata tan espesa que a Amalia le resultaba difícil peinarla. Sus ojos negros miraban el mundo con descaro. Siempre estaba animada, y poseía una alegría contagiosa. Tenía los pechos bastante desarrollados para su edad, y a diferencia de las otras muchachas, que trataban avergonzadas y temerosas de ocultarlos, Wilhelmina se enorgullecía de aquella prueba de su feminidad. Enderezando la espalda, procuraba que su vestido se tensara en torno a sus recientes atributos.

Todos los consejos de Amalia entraban a Wilhelmina por un oído y le salían por el otro. Cuando Amalia se hartaba, tomaba una rama del cerezo y le propinaba una buena *pans boko*^[10], cuidándose muy bien de pegarle sólo en las nalgas y las piernas. Después de una de esas tundas, Wilhelmina volvía a ser por una temporada la hija obediente que su madre deseaba y cumplía sin rechistar con las tareas domésticas que se le asignaban.

En una ocasión Ferdinand se había enfadado terriblemente con Wilhelmina, ya que, según le contó Amalia, había regalado al matrimonio de ancianos que vivía enfrente el collar de oro que él le había comprado. Cuando le preguntó por qué lo había hecho, la niña respondió, sin dar mayor importancia al asunto, que sus pobres vecinos sacarían más provecho de la alhaja usándola para comprar comida que ella luciéndola por ahí. Fue la primera y única vez que su padre le dio una paliza.

El afán caritativo de Wilhelmina sacaba a Amalia de quicio, sobre todo, como ocurría con frecuencia, cuando era a expensas de su monedero. Wilhelmina no tenía reparo en regalar objetos de su casa a quien fuera. Por eso su madre había adoptado la costumbre de revisarle los bolsillos antes de que saliera a jugar.

Amalia se consideraba afortunada por el hecho de que Ferdinand ganara un buen sueldo; aunque tuviese un duro trabajo en el interior del país y a menudo no resultara nada fácil estar separados durante tanto tiempo, valía la pena. Wilhelmina constituía su principal preocupación.

Ferdinand soñaba con convertirse algún día en propietario de la casita en que vivía la familia. Las otras dos casas que había en la parcela producirían una renta suficiente para permitirles disfrutar de cierta seguridad financiera. Incluso tenía planes para comprar el terreno contiguo, y le había echado el ojo a un solar de la Saramaccastraat. Cada mes depositaba una parte de su salario en una cuenta de ahorro del banco.

Amalia se alegraba de que su esposo fuera diferente de la mayoría de los buscadores de oro, que cuando estaban de permiso en la ciudad eran capaces de gastarse, en un solo fin de semana, todo el sueldo en bebida y mujeres. Por eso daba gracias a Dios en sus oraciones y esperaba el día en que hubieran ahorrado bastante para que Ferdinand llevase a cabo sus sueños.

—Seré propietario de varias casas y viviremos de las rentas —decía él—. ¿Sabes lo que eso significa?

Ya se lo había preguntado muchas veces; Amalia le seguía el juego y contestaba que no tenía ni idea.

—¿No? ¿De veras no sabes lo que significa?

Amalia negaba con la cabeza.

—¡Podré quedarme en la ciudad y cobrar cada mes el alquiler! —exclamaba entusiasmado, y tomándola en sus brazos la hacía girar en volandas; el almidonado *koto*^[11] de Amalia producía una corriente de aire susurrante.

—¡Déjame en el suelo! —gritaba ella—. *Mi Gado!* ¡Harás que me caiga!

La idea de que Ferdinand ya no tendría que marchar lejos y la ayudaría a educar a Wilhelmina le sonaba a música celestial. Porque sin duda los padres tenían más ascendiente sobre sus hijos que las madres. Y empezaba a ser hora de que pasara más tiempo en casa. Wilhelmina era casi tan alta como ella; un poco más y la superaría en estatura. Suerte que Amalia podía contar con el señor Nelis cuando necesitaba que un hombre le echase una mano en la educación de Wilhelmina...

Nelis

Timmermanstraat, 1915

Eh, Willemientje! —Nelis solía llamarla así—. En la cocina tengo un saco de jugosas y deliciosas naranjas. ¿Qué te parece si a cambio de un par de ellas me barres la casa y friegas el suelo? —Para enfatizar sus palabras, chasqueó ruidosamente la lengua.

Wilhelmina, que estaba jugando al tejo en el patio que separaba su casa de la de Mapauw, se detuvo de inmediato. La finca se encontraba entre Timmermanstraat y Saramaccastraat. Debido a la abrupta interrupción, pisó una de las líneas que había trazado en la arena, lo que iba contra las reglas del juego. En su rostro se dibujó una sonrisa pícaro.

—¿Por un par de naranjas? Eso está hecho —repuso de buena gana—. Cuando esta tarde lo vi arrastrar ese saco me pregunté qué habría en él.

—Mentirosilla, ¿a quién pretendes engañar? ¡Claro que sabías lo que había en el saco! Por eso estás jugando aquí sola, *monki monki*. Soy más listo de lo que crees.

Nelis acababa de despertar de su siesta y se dirigía al retrete que había detrás de la casa. Con un gesto juguetón sacudió la toalla en dirección a la muchacha, que se apartó de un salto.

—*Mi mis'yu!*^[12]

Willemientje lo miró desafiadora. Una expresión de alegría hizo brillar sus grandes ojos, mientras su cuerpo, joven y flexible como un bejuco, se disponía a eludir el siguiente golpe.

—¡Debería darte vergüenza chincar así a un hombre mayor! Si no paras enseguida ya puedes ir olvidándote de las naranjas —dijo Nelis, que no consiguió sonar enfadado.

Ella apretó los labios y contuvo la risa. Sus dedos jugueteaban con uno de los botones del vestido.

—¿Dónde está la escoba, tío Nelis? —preguntó.

—Donde la encontraste la última vez. Usa la pequeña; la grande es para las personas mayores —respondió él, y cuando ella pasó por su lado le tiró, divertido, de una de sus cinco gruesas trenzas.

Como en una película borrosa, a Nelis se le apareció de repente el rostro de su hija menor. Sintió de nuevo la conocida punzada en el pecho. La última vez que la había visto tenía la misma edad que Willemientje.

Hacía ya tres años que Nelis no sabía nada de su familia. Su mujer lo había abandonado sin previo aviso, llevándose a los niños. Ni siquiera se había tomado la molestia de dejarle una foto de ellos.

Después de mucho buscar había encontrado esa casa en la Timmermanstraat. Era una humilde construcción de madera, de dos habitaciones, que se alzaba sobre *neutes*^[13], con una puerta delantera y dos ventanas que colgaban, torcidas, de sus bisagras. En la casa grande vecina, también sobre la Timmermanstraat, vivían la señora Amalia, el señor Ferdinand y su hijita Wilhelmina, que por entonces tenía diez años. Esta última había sido la causa de que Nelis consiguiera sobrellevar, mal que bien, la ausencia de sus hijos.

La señora Amalia lo conminaba a no mimar demasiado a Wilhelmina, pues no paraba de llevarle dulces o regalitos, pero al mismo tiempo hacía la vista gorda, ya que podía contar con él cuando Ferdinand estaba fuera por cuestiones de trabajo.

Sus desgracias habían empezado el día en que, tras mucho dudar, aceptó participar en una reunión clandestina con algunos compañeros del cuerpo de policía.

—Si no lo haces, quizá mees fuera del tiesto por el resto de tu vida —fue la respuesta que obtuvo, en tono de conspiración, al preguntar sobre el objetivo de la reunión.

Esa noche acompañó a su colega a una dirección secreta en *Ondrobon*^[14]. Cuando entraron por el portal, Nelis se apercibió de que en aquel lugar vivía el inspector de policía Frans Killinger.

Más tarde no logró conciliar el sueño a causa de la excitación y el pánico.

—¿Por qué estás tan inquieto? No paras de moverte. —Irritada, su esposa se volvió en la cama por enésima vez.

Nelis se limitó a murmurar algo ininteligible. A pesar del bochorno, estaba temblando. Ni siquiera el calor que irradiaba su mujer alcanzaba para que desapareciera el frío que le helaba los huesos. Esa noche había estado hablando, nada más y nada menos, que de un complot contra el Gobierno, y semejante cosa se castigaba con la muerte... Hasta le parecía percibir el olor agrisado del miedo que surgía de cada uno de sus poros...

«Derribaremos el régimen colonial y estableceremos un Estado independiente. — La fogosa invectiva de Killinger aún resonaba en sus oídos—. Es hora de que aquellos a quienes les corresponde asuman la responsabilidad de su propio país. Que cosechen los frutos que produce este suelo. ¡Ay de aquellos que, al otro lado del océano, viven en la opulencia a costa de la población negra de este país! A nosotros nos corresponde cuidar de que quienes nos gobiernen sean los auténticos hijos de esta tierra. Y que quede claro: para alcanzar nuestro objetivo emplearemos todos los medios disponibles».

La arenga del húngaro había causado una profunda impresión en todos los presentes, incluido Nelis. Apiñados en la pequeña y sofocante sala, habían bebido sus palabras como un vaso de arroyo de *markusa*^[15]. El gran bigote del inspector, cuyas guías se curvaban hacia arriba, confería mayor vigor a su discurso. Con sus ojos verdosos de mirada penetrante había encandilado a los presentes. A todos les prometió un buen cargo... si el plan terna éxito. Era la primera vez que Nelis se metía

en política y conocía a un blanco que parecía preocuparse por la gente corriente. Hasta ese momento sólo se había relacionado con ellos cuando le vociferaban alguna orden...

De repente, su mujer se incorporó a su lado.

—*Mi Gado!* ¿Qué pasa, Nelis? ¡Sudas como una nutria! No hace tanto calor. ¡Estás empapado!

Tendido de costado, dándole la espalda, él sintió unas súbitas náuseas. Se incorporó también, como si lo hubiera picado un mosquito, y se llevó las manos a la boca. No se había puesto de pie junto al lecho cuando devolvió todo el contenido del estómago.

Se sentó en el borde de la cama con la cabeza entre las manos. Aliviado, comprobó que la opresión en el pecho había desaparecido, aunque no así el frío.

—Ya has vuelto a empinar el codo, ¿no es eso? Sabes muy bien que no toleras las bebidas fuertes. Suerte que los niños no están aquí para verte; ¡menudo ejemplo, sobre todo viniendo de un agente de policía!

La voz de su esposa denotaba furia, pero también preocupación, y Nelis, que por supuesto quería ser un buen ejemplo para sus hijos, se juró que nunca más asistiría a esa clase de reuniones.

Unas semanas después lo detuvieron. Al llegar a Lont'oso, el edificio redondo donde tenía su sede el departamento de policía, le pusieron las esposas y lo arrojaron, sin explicaciones, dentro de un calabozo. Al principio pensó que se trataba de una broma, pero cuando vio a sus compañeros de celda se le cayó el alma a los pies. Todos, sin excepción, habían concurrido a la reunión clandestina; sólo faltaba Killinger. En sus caras se percibía el miedo. Al parecer alguien había perdido el control de sus tripas: el hedor era insoportable en aquel espacio destinado a cinco personas y en el que en ese momento se hacinaban doce.

Los días previos a que se dictase sentencia pasaron como en un sueño. Desde que lo habían detenido no había vuelto a ver a su mujer y a sus hijos, y su propia madre le dio la noticia de que lo abandonaban.

El día del juicio se agolpó frente a la sala una verdadera multitud que gritaba consignas a favor de los sospechosos. El juez lo condenó a dos años de cárcel y la baja deshonrosa del cuerpo de policía. Se lo acusaba de participar en actividades ilegales y de estar en posesión de material inculpatario. Según el juez, tenía suerte de haber asistido a una sola reunión. Los demás conspiradores fueron condenados a penas mucho más severas, algunos incluso a cadena perpetua. A Killinger le impusieron la pena de muerte, sentencia que más tarde fue conmutada por destierro de la colonia.

Durante el juicio, Nelis se enteró de que la conjura había sido descubierta porque el herrero que debía encargarse de las armas había sentido remordimientos y se lo

había contado todo al cura durante la confesión. Por consejo de éste había ido con el cuento a la policía.

Luego de lavarse, Nelis volvió a entrar en la casa. Se sentía como nuevo, y el intenso perfume del jabón Lifebuoy lo rodeaba igual que un halo. Mientras caminaba se secaba la cabeza con la toalla.

La visión de Wilhelmina, que estaba a cuatro patas, fue como un puñetazo en el estómago, y tan sobrecogedora que tuvo que apoyarse contra el marco de la puerta. El fino vestido de algodón se tensaba alrededor de sus nalgas, revelando, casi con impudicia, incipientes redondeces femeninas. Mientras fregaba, curvaba y extendía la espalda con la elasticidad de un tallo. Había cruzado los pies bajo las nalgas. Parecía una *watra m'ma*^[16] que se estuviera lavando a la orilla del río.

Nervioso, Nelis sé enjugó con la toalla el sudor que le perlaba la frente. Maldijo inútilmente el calor. Contra lo que le dictaba el sentido común, no dio media vuelta ni salió de la habitación, sino que permaneció en ella. Un último cubo de agua fría sobre su cuerpo acalorado le devolvería la sensatez. Sentía asco de sí mismo y de los pensamientos que en ese momento surgían en su mente. Conocía Wilhelmina desde hacía tiempo, pero era la primera vez que su presencia lo turbaba. ¡Si no era más que una niña de apenas trece años! Crecidita para su edad, pero una niña al fin y al cabo.

De pronto, la cara de su hija se le apareció de nuevo, y se compadeció de sí mismo. ¿Acaso no lo habían castigado bastante, que también habían tenido que arrebatarle a sus hijos? Se aferró con fuerza al marco de la puerta. Abatido, golpeó con la frente la madera desgastada.

Como si la hubiesen pillado haciendo algo prohibido, Wilhelmina se volvió bruscamente.

—¡Vaya, qué susto! No lo había oído entrar...

Nelis intentó en vano tragarse la saliva que casi le obstruía la garganta. No podía apartar la mirada de los pechos de la muchacha, que ascendían y descendían al ritmo de su respiración. Avergonzado, bajó la toalla hasta la altura de las ingles. Los pezones de los jóvenes pechos de Wilhelmina se marcaban, arrogantes, a través de la tela del vestido de cuadros. Nelis experimentaba sensaciones que no había sentido desde la marcha de su mujer.

—¿No se encuentra bien, tío Nelis? Está muy pálido y tiene la camiseta empapada.

La voz de la muchacha lo devolvió a la realidad. Ahí estaba ella, acucillada sobre el suelo de madera, mirándolo con ojos interrogativos. Había quedado boquiabierta de asombro. La rosada lengua que asomaba entre dos hileras de dientes fuertes y níveos volvió a estimular su deseo.

—No, no —dijo Nelis con voz ronca—, no pasa nada... ¿Tú también tienes tanto calor? La verdad es que podría volver a bañarme ahora mismo. No paro de sudar. —Estaba temblando y tenía la piel erizada. Como ocurría cada vez que estaba nervioso, percibió el olor agrídulce de su propio sudor. Trató de controlarse mientras dejaba

escapar lentamente el aire por entre los labios.

—Toma un par de naranjas del saco y vete a casa —dijo; apenas reconocía su propia voz.

—Pero, tío Nelis, si todavía no he terminado. Aún he de limpiar el suelo alrededor del fregadero. Quiero ganarme esas naranjas.

Sin contradecirla, Nelis se dejó caer en la silla que había junto a la mesa de la cocina. No perdía de vista ni uno solo de sus movimientos. El impulso de reposar la cabeza entre las *sukru manyaos*^[17] se hizo cada vez más intenso. Le echaría suavemente su cálido aliento en los pezones y los observaría endurecerse poco a poco. Después los amasaría con suavidad hasta que estuvieran erguidos y los chuparía como un *bobi*^[18] *manya*^[19]. Si ella se lo permitía, se mostraría cariñoso, aunque sólo fuera por un instante, y la estrecharía entre sus brazos como si de su propia hija se tratara.

La vigilaba de reojo con la paciencia de una araña que acecha a su presa.

Wilhelmina se movía a gatas en dirección a la puerta delantera, barriendo hacia adelante la arena sucia.

Nelis sacó una naranja del saco y la cortó en cuatro con un cuchillo. Siguió con la vista el zumo que se le deslizaba por los dedos. Lentamente se llevó el dedo a la boca y lo lamió. Al pensar en los labios de ella sintió un fuerte temblor, que le llegó hasta las ingles. No había vuelta atrás. Tenía que ser cariñoso con ella, sólo por un instante. En dos pasos estuvo junto a la puerta y la cerró con un golpe sordo.

Wilhelmina sollozaba tendida en el suelo, con las piernas dobladas contra el pecho. Nelis trataba de tranquilizarla. Con una mano le acariciaba el cabello mientras mantenía la otra apretada contra la boca de ella. Las lágrimas le resbalaban por la barbilla y caían sobre la cara llorosa de la muchacha.

Había sido una lucha desigual, pero ella se había defendido como un puma. A él se le nubló la vista. No era eso lo que había pretendido. Antes de darse cuenta ya había ido demasiado lejos. La imagen de su hija se alternaba de forma vertiginosa con los ojos desorbitados de Wilhelmina, en los que se mezclaban el dolor y el asombro. Y, no obstante, la había penetrado.

—No llores, no quería hacerte daño —le dijo en un susurro áspero. Sentía la garganta como papel de lija.

No se atrevía a apartar la mano de su boca. Así no podría decir nada. Sus muslos ensangrentados eran la horrible prueba...

La habitación parecía dar vueltas cada vez a mayor velocidad. Estaba desesperado. Apoyó la frente contra la de la muchacha y prorrumpió en espasmos y sollozos incontrolables. ¿Y ahora qué? ¿Qué haría? ¿Qué sería de él?

En Timmermanstraat había creído encontrar por fin la serenidad. La señora

Amalia, el señor Ferdinand y la pequeña Wilhelmina se habían convertido en su familia, ¡y en una maldita tarde lo había echado todo a perder! Si se llegaba a saber lo que había ocurrido entre esas cuatro paredes, daría con sus huesos en la cárcel por mucho tiempo y ya podría olvidarse de volver a ver a sus hijos. Tenía que evitar a toda costa que Wilhelmina hablara...

—Escúchame bien: si se lo cuentas a alguien, diré que tú misma me lo pediste. ¿A quién supones que van a creer, a un adulto o a una simple niña? ¿Cómo explicarás qué estabas haciendo en mi casa? Si tu madre se entera ya verás la que te espera. Te molerá a varazos y después te enviará al reformatorio... —¿Dónde estaba su compasión? Sin embargo, tratándose de salvar su propia vida, todo estaba permitido—. Ahora ya lo sabes. Si me prometes que mantendrás la boca cerrada, di que sí con la cabeza y te quitaré la mano de la boca. De lo contrario, iré a ver a tu madre para contarle lo que has hecho —mintió. Era una apuesta arriesgada, pero ¿acaso tenía alguna alternativa?

La niña, que había dejado de sollozar, mostraba un rictus de dolor. La expresión de repugnancia con que Wilhelmina lo contemplaba no hacía más que aumentar su desasosiego. Esa mirada no casaba con la edad y el alegre carácter de ella. Para su alivio, la joven asintió, sin desviar la mirada.

Lentamente, Nelis le apartó la mano de la boca y ella siguió observándole con desprecio. Nelis sintió que un escalofrío recorría su espalda, y el miedo le oprimió el corazón. Los ojos de Wilhelmina brillaban como los de una fiera que calculara la táctica para cazar a su presa.

En una especie de trance, Wilhelmina se subió las bragas y la sangre que cubría sus delgados muslos manchó la tela. Se incorporó con dificultad, esbozando una mueca de dolor. Casi sin querer, Nelis extendió la mano para ayudarla a ponerse en pie, pero el muro que ella había levantado a su alrededor le obligó a retirarla casi con timidez.

Avergonzado, se llevó las manos a la cara. Por entre los dedos, y tras un velo de lágrimas, vio que ella se dirigía trastabillando hacia la puerta.

Amalia

Waaterkant, 1920

Había reordenado por enésima vez las telas en su tenderete. Primero por colores, luego por diseños, y finalmente de cualquier manera. Incluso las había dispuesto según las calidades: el organdí de colores y estampados diversos; el dril y el satén; las varias clases de *anitri-strepi*^[20], popelina y *sephire*, los algodones lisos en colores varios, *modo blauw*^[21], pina roja y azul^[22], *ede, sarpusu*^[23], una selección de pañoletas y toda clase de puntillas que adquiría en Kanti Mesyu, aparte de los pañuelos para la cabeza que le compraba a Lew Plew...

Después de haber revuelto una vez más su surtido, se dedicó a contemplar el vacío, aburrida, pues apenas había clientes. Los largos mostradores de madera sobre los que exponía la mercancía ofrecían un aspecto pulcro. Los vendedores eran en su mayoría mujeres criollas de mediana edad, casi todas ellas entretenidas en una animada conversación. Al otro lado, en los puestos de alimentos, había algo más de movimiento.

Amalia buscó una tela debajo del mostrador. Con largas puntadas siguió la labor donde la había dejado el día anterior. Se trataba de un complicado diseño de bordado en forma de cola de pavo real.

—¡Dios mío, Amalia! ¡Qué labor tan preciosa!

Trude estaba apoyada en el mostrador. Su enorme busto mostraba varias protuberancias. Trude solía guardar el dinero en diversos pañuelos que se metía en el sostén. Llevaba un cuyos extremos había anudado hacia arriba. Se pasó el *alanyatiki*^[24] de un lado al otro de la boca.

—¡Puf, qué calor! Esto es inaguantable. —Para enfatizar sus palabras Trude se enjugó el sudor de la frente con un pañuelo a cuadros rojos y se sopló el escote en un intento de aportar cierto alivio contra el calor.

—Si trabajo de firme, para el primero de julio tendré un *hoto*. —Amalia pasó la aguja a través de la tela con un movimiento decidido. Después presionó hábilmente el hilo rojo, con la uña, deslizó la aguja entre la tela y el hilo, y terminó la puntada con un tirón final.

—¡Mucho tendrás que darle a la aguja! ¡El tiempo vuela! —exclamó Trude—. Antes de que te des cuenta, ya será primero de julio. Bueno, ya que estoy aquí, podría elegir una tela para ese día. —Mientras iba comprobando la textura de las telas con unos dedos adornados con pesados anillos, el sudor le bajaba en regueros que le recorrían las sienes hasta llegar a las arrugas del cuello.

—La verdad es que hoy ya había perdido las esperanzas de vender algo. En realidad, esperaba hasta el *w'woyo yagi*^[25]. Esta mañana aún he trabajado un poco, pero desde el mediodía que estoy mano sobre mano. Aunque nunca hay mucho

movimiento entre semana, acudo al puesto todos los días pensando en mis clientas habituales. No es que tema perderlas: saben que aquí obtienen calidad a un precio razonable. —Dobló el organdí que Trude había elegido y lo envolvió en un trozo de papel.

—Lo sé, el miércoles siempre es un mal día. Yo también he decidido cerrar la frutería. En realidad, ya me iba para casa, pero me he detenido porque tenía que contarte un chisme.

—Ah, cuenta, cuenta —dijo Amalia, interesada. Trude era famosa por sus sabrosos cotilleos.

—¿Has oído lo que le ha ocurrido a Pauline...? —Trude se enjugó con el pañuelo el sudor que le corría por el cuello. Tenía las narinas dilatadas y los ojos desorbitados.

—¿Qué Pauline?

—Pauline de la Drambrandersgracht.

—¿La que vende chucherías un poco más arriba?

—¡Exacto! Esa que se da tantos aires y siempre anda sacando pecho.

—Cuenta, mujer.

—La verdad, no sé por dónde empezar, je, je, je...

—¡Venga! ¡Me tienes en vilo!

—Sabías que su marido trabajaba en la selva recogiendo balata, ¿verdad?

—Sí.

—Pues bien, como el señor pasaba largas temporadas fuera de casa, la señora echaba de menos el... calorcito, ya sabes. Total, que le faltó tiempo para buscarse un sustituto...

—¡Será posible! Ésa «no vale un *tori*»... —dijo Amalia acercándose a Trude, que a estas alturas había bajado el tono de voz hasta convertirlo en un susurro.

Trude vigilaba cautelosamente a izquierda y derecha mientras hablaba para comprobar que no había moros en la costa.

—Pues eso no es todo... Aún queda lo mejor: un día recibió la noticia de que su marido estaría en la ciudad ese sábado. Para su desgracia llegó un día antes...

—*Mi Gado!* —exclamó Amalia, que se llevó la mano a la boca al percatarse de que las estaban mirando. A su alrededor, los vendedores ya empezaban a recoger los bártulos.

Saltaba a la vista que Trude estaba disfrutando del efecto que su relato había causado en Amalia.

—En fin, en ésas que el maridito llama a la puerta. Imagínate la reacción de la tortolita cuando ve al señor de la casa. ¡Por poco se cae de culo! Él, claro está, supuso que la reacción de la mujer se debía a la alegría por su regreso. El pobre no sabía que el otro señor de la casa, el *temporal*, estaba echando una siestecilla en su propia cama.

—¡No puedo creerlo!

—¡Lo que yo te diga! Pauline corrió al dormitorio y trató de despertar a su

casanova, pero el tipo dormía como un tronco. Sin pensárselo dos veces, saltó por la ventana salió huyendo. Mientras el marido esperaba en el pasillo, creyendo que su mujer le estaba preparando una sorpresa. Al final se le acabó la paciencia, y decidió entrar en el dormitorio y meterse en la cama. A pesar de la oscuridad, palpa el bulto que tiene al lado y enseguida comprende que no es su queridísima Pauline la que está esperándole, así que empieza a pegar puñetazos a diestro y siniestro. «¡Dios mío, no me mates! Soy yo, Herman. Conoces a mi padre...», grita el hombre en la oscuridad. Airado, el marido ofendido agarra una silla, y arrea con ella a Herman...

Amalia se había quedado sin habla. Tapándose la boca y con los ojos desmesuradamente abiertos, observó a Trude, que había callado por un instante para recuperar el aliento. Con un rápido movimiento se secó el sudor de la cara y el escote.

—Pues escúchame bien, porque aún falta lo peor. Al final acabaron ante los tribunales. ¿Querrás creer que Pauline asistió al juicio acompañada de una comitiva de amigas, que no se privaron de hacer desde la tribuna toda clase de comentarios? Cuando ella tuvo que prestar declaración, subió al estrado luciendo uno de esos vestidos modernos de calicó y adornada con cientos de brazaletes de oro que casi le llegaban desde la muñeca hasta el codo. Y para colmo de la desfachatez, se había puesto en la cabeza un pañuelo de *wan mannengre n'efur'kros'kasi*^[26].

—Tengo que sentarme un momento. En mi vida había oído semejante desvergüenza.

—¡Chica, qué te creías! Las jóvenes de hoy en día no valen un *tori*.

De camino a casa se resguardaron del sol bajo los balcones que adornaban las fachadas de las tiendas de la Saramaccastraat. Trude espera a que Amalia cerrara su puesto y la ayudo a guardar el género en el almacén. En la esquina de la Steenbakkerijstraat se detuvieron un momento para tomarse un vaso de cerveza de jengibre fresca. Amalia saboreó el regusto dulzón y picante de la bebida. En las tiendas portuguesas y libanesas se exponía gran variedad de artículos.

—Fíjate en esas preciosas sillas *sisi*^[27] de caoba. ¡Y qué precios! ¡Una auténtica ganga! —exclamó Amalia, entusiasmada.

Trude se mostró bastante más remisa y Amalia le dio un codazo en el costado.

—A ver si me prestas más atención, que estás en la luna. —Ya se había fijado desde hacía un rato en que Trude andaba sumida en sus cavilaciones.

—Oh..., estaba pensando en qué iba a darles de comer a los niños hoy. Ya sabes que tengo a los nietos en casa. Mi hija se ha ido con su marido al interior, donde él trabaja en la tala. No me ha dejado ni un céntimo, así que ya puedo romperme la cabeza para conseguir ponerles un plato en la mesa. Hoy en día los hijos no tienen el menor sentido de la responsabilidad. Pero no dejes que te preocupe con los problemas de mi hija. ¿Qué me decías?

Amalia señaló las sillas *sisi*.

—¿No son preciosas? ¡Y tan bien acabadas! ¿Sabes cuánto tiempo llevo buscando algo así?

—Yo no puedo permitirme esos lujos, así que prefiero no mirarlos. Aunque, desde luego, tienes razón. Son una preciosidad. Por cierto... —Trude carraspeó—. ¿Cómo está tu hija?

—¿Wilhelmina? Muy bien. Cada día se pasa un ratito por casa. La verdad es que no se olvida de su vieja madre.

Sabía que Trude andaba tramando algo y que sólo buscaba material para su actividad preferida, pero, puesto que se interesaba por la vida de Wilhelmina, Amalia aprovechó la ocasión para desahogarse.

—De verdad, no sabes lo mucho que sufro a causa de ello. Cualquiera día me moriré de pena.

—*Baya*^[28]. Querida Amalia, te aconsejo que reces. Si Dios quiere, tu hija comprenderá algún día que la vida que lleva está marcada por la desgracia.

—A su padre, que en paz descanse, ya lo hemos enterrado. El dolor se lo llevó antes de tiempo. Ella era la niña de sus ojos, todo era poco para su hijita. Me apena profundamente que no tuviera ocasión de reconocerla antes de fallecer. Le habría gustado tanto...

—¿Por qué no lo hizo? —Trude se metió la mano en el escote y hurgó buscando uno de los pañuelos. La mano desapareció por debajo de su macizo pecho izquierdo.

—Cuando nació Wilhelmina, Ferdinand estaba en el interior del país. Fue un parto difícil. Uno de sus compañeros de trabajo, que en ese momento se encontraba en la ciudad, me acompañó al registro. Ferdinand estaba lejos, por eso no pudo reconocerla y tuve que inscribir a la criatura con mi apellido: Rijburg. Wilhelmina Angélica Adriana Merian Rijburg... —fue recitando con énfasis.

—Qué nombre tan pomposo...

Trude extendió el pañuelo que se había sacado del escote, tomó algo de dinero y se lo entregó a Amalia.

—Antes de que me olvide, Amalia, esto es por el organdí. Bueno, entonces, ¿por qué no la reconoció Ferdinand más tarde?

—Nunca se quedaba en la ciudad el tiempo suficiente. Además, cuando nos visitaba tenía tantos asuntos pendientes que no encontraba un momento para ir al Registro Civil —contestó Amalia, apenada.

Trude le pasó un brazo por los hombros en un gesto de consuelo.

—Yo también tengo hijos y me imagino cómo te sientes. ¡Y pensar que la criaste dándole lo mejor! Tú y Ferdinand trabajasteis muy duro para concederle todos los caprichos... En una madre es normal, pero ya se sabe que los padres son mucho más severos.

—La vida en la mina de oro era un infierno. ¿Sabes cuántos volvían en un ataúd? Todo lo hacía por ella, para que tuviera el porvenir asegurado. No era uno de esos padres que se limitan a esperar que aparezca un hombre para mantenerla. Cuando

otros usaban el dinero que tan duramente habían ganado para encender puros e impresionar a los compañeros, él se dedicaba a ahorrar hasta el último centavo. Su sueño era comprar la parcela donde vivíamos, y logró hacerlo realidad. Y mucho más. ¡Cuando murió poseíamos cuatro parcelas! Nos dejó dos a cada una. La renta que producen las casas basta para que Wilhelmina lleve una vida desahogada. —Se detuvo a recuperar el aliento y secarse el sudor de la cara y el cuello—. Otro vaso de cerveza de jengibre no me vendría mal —añadió.

—Entonces, ¿por qué lo hace si no es por dinero? ¿Qué la ha llevado a caer tan bajo? —preguntó Trude, muy seria.

—Sólo Dios lo sabe. Hasta los trece años fue una niña encantadora. Tenía sus manías, por supuesto, como cualquier niña, pero de repente se volvió caprichosa e intratable. Siempre se quejaba de dolor de vientre. A veces era tan intenso que ni siquiera podía caminar. La llevamos al médico, pero no sirvió de nada. Entonces buscamos «fuera». Nos dijeron que el dolor de vientre se debía a un *papa winti*^[29]. El *bonuman*^[30] también dijo que su *yeye*^[31] estaba enfadada por la ausencia del padre. Él intentaba compensarlo con regalos y caprichos, de manera que cada vez que un compañero de trabajo viajaba a la ciudad le daba joyas para que las entregara a su hija. Al final era una auténtica exageración, y por más que yo me oponía, él seguía haciéndolo.

—¿De modo que la malcrió...?

—Supongo que sí. A pesar de todas las joyas y rituales *winti*^[32], yo no recuperé a mi Willemientje de antes. Incluso se me ocurrió que a lo mejor tenía algo que ver con la repentina mudanza de Nelis. Ella lo quería tanto... Por eso pensé que se comportaba así como una forma de protesta.

—Es muy probable.

Las dos mujeres doblaron por Lademanstraat. Tenían que caminar por el centro de la calle, pues la acera estaba cubierta de espesa hierba. Las conchas que servían de pavimento producían un ruido estridente cuando las aplastaban al andar. El viento, que soplaba desde Drambrandersgracht, arrastraba un desagradable olor, producido por las letrinas de las casas de Saramaccastraat, que daban al canal. A ello debía el barrio el nombre de *Tingi Uku*^[33], «el rincón de la peste».

—Al cabo de un año, más o menos, desaparecieron los dolores de vientre, pero llegaron otros problemas. ¡Wilhelmina se volvió de repente tan *werder*! Se me escapó de las manos. Por mucho que yo insistiera y le advirtiese que no era correcto que una chica decente se comportara así, que estaba destrozando su reputación, ella no hacía ni caso. Fue una auténtica desgracia. Pronto nos enteramos de que se entregaba al primero que se presentaba, como una perra en celo. Los hombres siempre andaban rondando la casa. Perdóneme el lenguaje, pero así era...

—*Mi Gado* —dijo Trude con un suspiro.

—En un momento dado, su padre no quiso oír hablar más de ello. Cuando estaba en la ciudad veía en sus ojos cuánto sufría. En realidad, ya podría haber comprendido entonces que, en su interior, se había despedido de la vida. ¡Gracias a Dios que no ha llegado a ver la vida que lleva nuestra hija ahora! Murió cuando ella aún no había cumplido los dieciséis. Willemien se quedó todavía una temporadita conmigo, luego se mudó a la casa que su padre le había dejado en herencia, dos fincas más arriba. En cuanto se marchó fue de mal en peor. Yo sabía a qué se dedicaba, pero he tardado mucho en admitirlo. Sin embargo, pase lo que pase, es mi hija. Una gallina no pisa a sus polluelos...

Mientras tanto habían llegado a casa de Trude.

—Bueno, Amalia, aquí te dejo. Recuerda una cosa: hay un Dios allí arriba y sólo Él sabe por qué estamos en esta tierra. Rézale y escuchará tus plegarias. Llegará el día en que Wilhelmina vea la luz. Que Dios te ayude, Amalia.

—Querida Trude, muchas gracias por escucharme, ha sido un alivio. ¡Dios te bendiga! Bien, voy a tomar un bocado. Nos vemos mañana en el mercado. —Antes de que Amalia cruzara el pequeño puente de madera se volvió por última vez—. ¡Vaya con nuestra amiga Pauline! ¡Menuda desfachatez la de esa mujer! Je, je, je.

Marius

Sivaplein, 1926

Contemplaba con los ojos entornados el cartel publicitario que había pintado encima de la entrada del teatro Luxor, desde donde el actor Max I. Linder en tamaño natural lo observaba fijamente. El héroe cinematográfico aparecía junto a su caballo, con una mano sobre la pistolera y la frente surcada por profundas arrugas. La mirada de sus ojos azules era de una frialdad asesina.

El reloj de la Sivaplein marcaba las tres y media. Al cabo de media hora empezaría la función. Estaba sentado en la acera, delante del cine, esperando a Pero y a Ludy. Domineestraat daba a la plaza donde se alzaba el cine y formaba un triángulo cuya base era la Zwartenhovenbrugstraat. Según le había contado su abuela, durante la época de la esclavitud Zwartenhovenbrugstraat había sido el lugar donde se hallaban los huertos, donde la población negra libre de la ciudad cultivaba la mandioca, los plátanos y los boniatos que vendía en el mercado.

Marius cerró los ojos y respiró hondo. El olor a rosas que viajaba en la calurosa brisa del mediodía penetró profundamente en sus pulmones. Las rosas del arriate que crecía en medio de la plaza habían cerrado sus tiernos pétalos para protegerse del calor, y las corolas aparecían algo mustias. Marius ya esperaba con ilusión el momento en que, al cabo de un rato, cuando se mitigara el calor, volverían a enderezarse orgullosas para mostrar desvergonzadamente su magnificencia.

El calor abrasador se había adueñado de las calles y la mayor parte de la gente se había refugiado en sus casas o buscado la sombra de los frutales de sus jardines.

—¡A quién se le ocurre ir al cine con este calor! ¿No estás bien de la cabeza? —le había gritado su madre justo cuando él salía por la puerta.

Se levantó y retrocedió un paso para situarse a la sombra del zaguán. Desde allí podía vigilar la calle sin ser observado.

El edificio guardaba cierto parecido con un castillo medieval de madera, flanqueado por dos torres de madera. Por la Domineestraat, a la altura de *Kersten*^[34], venía un grupo de espigadas muchachas. Estaban enfrascadas en una animada conversación y sus risas rompían el silencio de la tarde abrasadora. Aquellas voces adolescentes evocaron en Marius el gorjeo de una bandada de *grikibis*^[35]. De vez en cuando las muchachas se detenían ante uno de los escaparates de los almacenes y admiraban con mucho alboroto las mercancías expuestas. Desde donde estaba alcanzaba a oír sus gritos de entusiasmo y aprobación cuando veían algo de su gusto. Por los ademanes y el porte de Wilhelmina, Marius dedujo que ella llevaba la voz cantante. Gesticulando con vehemencia, se convertía en el centro del grupo. Cada palabra que escapaba de sus labios era absorbida por las demás como *orgeade*^[36].

Marius esbozó una sonrisa. Había merecido la pena desafiar el calor. El esfuerzo de convencer a sus amigos para ir al cine a esa hora maldita había obtenido su

recompensa. Sabía que Wilhelmina no se perdería a su actor favorito.

No podía apartar los ojos de ella. Su andar garboso despertaba en él anhelos que, por el momento, sólo había podido colmar en sueños. La peculiar manera en que colocaba un pie delante confería un aire fascinante al meneo de sus caderas.

El vestido de dril amarillo claro, de corpiño largo y cuya falda le llegaba a los pies, resaltaba el tono de su piel oscura. Llevaba un atrevido sombrero de paja adornado con una cinta blanca, debajo del cual sobresalían dos gruesas trenzas. El sombrero le confería un aire aniñado que contrastaba con la descarada seguridad que irradiaban sus ojos. Tenía las aletas de la nariz muy separadas, mientras que el puente recordaba vagamente el pico de un ave. La enérgica línea de sus labios hablaba de su rebeldía y de su carácter indómito.

Marius miraba la gran pantalla con el alma en vilo. Las figuras en blanco y negro se movían aceleradamente. Grandes nubes de polvo ocultaban casi por completo al actor Max I. Linder, que se aferraba a su montura mientras un paisaje de colinas desfilaba a sus espaldas. Había adoptado una expresión desabrida, con el ojo izquierdo casi cerrado y un cigarrillo en la comisura de los labios. Tres indios aterrorizados montaban a pelo en una huida desesperada.

Detrás de la pantalla, la orquesta del jefe Alvares llenaba la sala con acordes que alcanzaban momentos de excitante intensidad. Max b Linder se pasó el cigarrillo al otro lado de la boca y acercó la mano a su pistola con incrustaciones de piedras preciosas, que le colgaba por debajo de las caderas.

—¡Pim, pam, pum! —Una voz femenina, insólitamente grave, resonó en el local.

Todos los asistentes volvieron la cabeza hacia el lugar de donde procedía la voz. En platea, Wilhelmina agitaba dos pistolas de madera con la culata adornada con lentejuelas. Constituía un espectáculo sobrecogedor. No cesaba de gritar «pim, pam, pum» mientras sus amigas se partían de risa. Marius y sus compañeros, que eran asistentes habituales, estaban acostumbrados a su «representación». En ese momento, gran parte del público había perdido todo interés por lo que ocurría en la pantalla. Esa chica se saltaba la ley como le daba la gana —las mujeres tenían prohibido mostrarse en público vestidas de hombre— y Marius la admiró más aún.

Ataviada con un pantalón vaquero, camisa y chaleco de cuero, Wilhelmina se había convertido en el centro de atención. En lugar del sombrero de paja lucía un sombrero vaquero, y en la cadera, unas pistoleras. Había cambiado de atuendo tan rápidamente que Marius se preguntó dónde lo habría hecho. Más tarde descubrió que simplemente llevaba el disfraz de vaquero debajo del vestido.

Wilhelmina proclamaba a los cuatro vientos que estaba enamorada del brillante actor noruego: él sería el único hombre capaz de domarla.

Cuando la película hubo terminado, el público empezó a dirigirse a la salida.

Wilhelmina avanzaba en primer lugar, todavía vestida con su atuendo del Oeste, como su ídolo cinematográfico. Debido a su notable altura y a su constitución robusta llamaba todavía más la atención: era la viva imagen de la bravura.

Al igual que el resto del público masculino, Marius se divertía de lo lindo con la interpretación de Wilhelmina. En cambio las mujeres se limitaban a dirigirle miradas de reproche o a agitar la cabeza en un gesto compasivo.

El cine se hallaba ya casi vacío. Marius estaba con sus amigos en la plaza, frente al cine. El sol había descendido en el cielo y la sombra del gran árbol de la plaza, cargado de flores de un vivo color naranja, alcanzaba el otro extremo de la calle. El calor había remitido y la gente había abandonado la protección de sus casas y jardines.

—¡Ahí está Max Linder! —gritó entusiasmado Ludy, uno de los amigos de Marius, y todos sus compañeros dirigieron la vista hacia la salida del cine. Wilhelmina estaba rodeada por un grupo de chicas que reían alborozadas y se tomaban del brazo unas a otras. El vestido amarillo claro había vuelto a sustituir el traje de vaquero.

—¡Max! ¡Maxi Linder...! —gritó Ludy.

Las chicas se detuvieron y miraron al grupito que se encontraba en la plaza.

—¡Max, en mis pantalones hay un indio que quiere jugar contigo! —gritó Marius.

—Pues vuelve cuando sea un gran jefe —contestó ella riendo.

—¡Vaya corte! —exclamó pero entre risas. —Max, ¿por qué nos lo pones tan difícil? Nos gustaría tanto jugar a indios y vaqueros contigo... —insistió Marius.

—¿Por qué la llamas Maxi Linder, si su nombre es Wilhelmina? —preguntó uno de los chicos, que era nuevo en la pandilla.

—Para nosotros, los de la panda del Luxor, siempre se llamara Maxi Linder.

—¿No has visto cómo suspira por ese Linder? No se pierde ninguna de sus películas —intervino otro.

—Claro, no sé cómo no había caído —exclamó el primero, golpeándose la frente con la palma de la mano.

—Nosotros nos inventamos el mote, pero cada vez lo utiliza más gente. El otro día incluso oí que ella misma se presentaba con ese nombre...

Entretanto, la plaza se había llenado. Los pocos vehículos que circulaban por la ciudad habían vuelto a ocupar la calle. Después de la breve pausa del mediodía y de una siesta reparadora, las tiendas abrían de nuevo al público y la gente regresaba a las calles, por las que paseaba tranquilamente. El murmullo de las animadas charlas se mezclaba con el crujido que producían los cascos y las ruedas al pasar por las calles pavimentadas con conchas. Las rosas habían despertado de su siesta y se erguían nuevamente con orgullo; su perfume rivalizaba con el olor denso y dulzón del estiércol de burros y caballos. De vez en cuando, los paseantes se detenían para

admirar alguno de los pocos automóviles con los que contaba la ciudad.

Marius y sus amigos habían cruzado la calle y se habían unido a Maxi y sus amigas.

—¿Adónde vais ahora? —preguntó Ludy.

—La verdad, no se me ocurre ninguna razón para contestar a esa pregunta. ¿Y a ti? —respondió Maxi, entornando los ojos.

—Pues porque somos los chicos del Luxor, los que mandamos en esta plaza, o sea que más vale que cierres el pico, desgraciada. —Para enfatizar sus palabras había sacado pecho mientras hablaba, en un ademán bravucón.

—¿Los chicos del Luxor? ¿Desde cuándo os llamáis así? ¡Je, je, je! —se burló ella, y soltó un escupitajo justo delante de Ludy—. A todas nosotras nos importa un comino cómo os llaméis. Tenemos el mismo derecho que vosotros a estar en esta plaza. Como que me llamo Maxi Linder, también conocida como Wilhelmina Angélica Adriana Merian Rijburg, que no permitiré que nadie me dé lecciones. Ya puedes guardarte tus estupideces. ¿Que esta plaza es vuestra? ¡No seas ridículo! Los *soro g'go bois*^[37] como vosotros me importan una mierda. —Con una mirada que no auguraba nada bueno, avanzó un paso y se plantó, desafiante, muy cerca de Ludy. Lo miraba fijamente sin pronunciar palabra, con la mano izquierda a la espalda.

Ante lo sospechoso de su comportamiento, Marius se retiró un poco y vislumbró el brillo de una navaja entre el pulgar y el índice de Wilhelmina.

—Venga, tranquilizaos. La película ya ha terminado. No es preciso que la repitamos en la calle —dijo en tono apaciguador.

A pesar de la superioridad numérica de los chicos, era evidente que la actitud de Maxi Linder los había arredrado.

Aunque las piernas apenas le sostenían, Marius se interpuso entre los dos bravucones y apartó a su amigo con delicadeza. Una cálida sensación que ascendía desde el bajo vientre se apoderó de él. El fuego que se había encendido en los ojos de Maxi había avivado más su deseo que su miedo: era un relámpago que habría bastado para conducir a un hombre al éxtasis en un minuto.

—Vete a casa. Tú no vas a poder con esa chica —le espetó a su amigo. Luego, en un aparte, añadió—: De no ser por mí te habría dado un tajo en la cara. Llevaba una navaja escondida.

—¡Esa chica está como una cabra! —exclamó el matón. Avanzó en dirección a Kersten, muy erguido y con las manos en los bolsillos.

—¿Vamos al Victoria? —propuso Marius tras unirse otra vez a los demás—. No le hagáis caso, intenta compensar su escasa estatura abriendo demasiado la boca.

—Los tipos como él me dan asco —soltó Maxi con brusquedad—. Ningún hombre va a darme órdenes y mucho menos uno que ni siquiera tiene dinero para taparse el culo con unos pantalones decentes.

—Yo prefiero ir al Roxybar.

—Ya, pero en el Victoria puedes tomarte un delicioso batido, y además queda

más cerca —objetó Marius, que veía hundirse el plan elaborado con tanto cuidado.

Había esperado impresionarla llevándola al salón de té Victoria.

El dinero que había ahorrado durante semanas le quemaba en el bolsillo. Por otra parte, en ese momento el Victoria era el lugar de moda.

—La verdad, yo también prefiero ir al Roxybar. El Victoria es demasiado caro. Allí sólo van los peces gordos. —Con esta observación, Pero echaba a perder definitivamente la jugada—. Al menos en el Roxybar podremos mirar a las *motyos*; me han dicho que es un bar de putas. Las mujeres que van allí no valen un *tori*. Mi hermano ha estado un par de veces. Había tantas *switis*^[38] que se le iban los ojos.

Marius lo fulminó con la mirada.

En cambio, la carcajada de Maxi Linder resonó un buen rato en la plaza.

—¡Ja, ja, ja! Parece que ese hermano tuyo es un verdadero *motyop'pa*^[39].

Por toda respuesta, Pero se limitó a soltar una pedorreta.

—No te enfades, sólo era una broma —dijo Maxi sin parar de reír.

—Pues id vosotros al Roxy —insistió Marius—. Maxi, te invito a pasar una tarde en el salón de té. El Roxy no es un lugar apropiado para chicas decentes —dijo en un último intento de salvar la tarde.

—¿Quién ha dicho que yo no quiero ir al Roxy? ¿Qué se me ha perdido a mí en un bar aburrido como el Victoria? —Su tono no admitía réplica.

—¿Has estado allí alguna vez?

—Varias veces, con unos amigos —respondió ella con una mirada de triunfo—. Además, si el Roxy es un bar de *motyos*^[40], ¿a qué esperamos? —Se echó a reír sonoramente y sus amigas la imitaron—. Adelante, vamos a divertirnos... —Entre carcajadas, arrastró a sus amigas en dirección a la Keizerstraat.

Marius se vio obligado a seguirlas.

En la Keizerstraat, Marius se detuvo ante el escaparate de la tienda de coches de Bourne para admirar el nuevo Ford de cinco placas.

—¡Eh, Maxi, mira qué cochazo! —Encendió un cigarrillo mientras ella se acercaba.

—Sí, bueno, yo ya he viajado en uno como éste —dijo.

Marius la miró con incredulidad y por poco se olvida de exhalar el humo, de manera que le entró un ataque de tos. Cuando notó que ella le palmeaba la espalda, le asaltó la sensación de que había recibido la caricia de un ángel. Decidió prolongar la tos un poco más.

—¿Ya has viajado en él? ¿Cómo es posible? —se extrañó Marius.

—Es de un amigo mío. Pero más vale que no me preguntes cómo se llama, porque no pienso decírtelo —replicó con ademán altanero.

—Vaya, qué amigos tan importantes. —Quedó envuelto en su fragancia, producto del aroma de los polvos *Sweetheart* mezclado con un leve olor a sudor. Aspiró

profundamente para absorberlo al máximo—. Con estas amistades casi no me atrevo a preguntarte si te apetece acompañarme al bazar de Court Charity^[41] el 2 de agosto. Por la noche habrá baile, con la orquesta Habanera...

—Ese día no puedo, ya me han invitado a un baile en el palacio del gobernador —respondió Maxi cuando cruzaban el Knuffelsgracht—. El gobernador Staal y su esposa organizan un baile con motivo del cumpleaños de la reina. Los que van a ser presentados al gobernador tienen que estar en palacio a las ocho y cuarto. ¡Me muero de impaciencia! Me han comprado un vestido de muselina verde para la ocasión. Los caballeros tienen que acudir con traje de calle blanco.

Ella siguió parloteando sin parar, mientras el humor de Marius se agriaba por momentos.

—¡Max, si tomamos esta *akapu dyari*^[42] alcanzaremos Grote Hofstraat y llegaremos antes a Watermolenstraat! —gritó una de las chicas.

—Ejem... Ese amigo con el que vas a la fiesta, ¿es el mismo del Ford? —preguntó Marius con discreción.

—¿Ése? No, a ése no pienso verlo nunca más —repuso Maxi en tono despectivo, para dejar claro que no le importaba. Su indiferencia sorprendió a Marius. Si él tuviera un amigo con un coche así, conservaría la relación a cualquier precio.

—¿Tienes muchas amistades masculinas? —preguntó con prudencia.

—¿Muchas amistades masculinas? No más que las que puedo manejar.

—¿No te preocupa que hablen mal de ti?

—Eso me trae sin cuidado, muchacho.

—¿Puedo invitarte otro día? El 31 de agosto celebran un desfile militar ante el palacio del gobernador en honor de la reina y de la reina madre.

Maxi se detuvo de repente para dirigir a Marius una mirada escrutadora.

Con esfuerzo, él consiguió apartar la vista del escote. En el hueco que se le formaba entre las clavículas reposaba una moneda de oro que colgaba de un pesado *botoketi*^[43]. Sobre su piel sedosa y oscura, la joya resultaba espectacular.

Se observaron un buen rato en un silencio que finalmente Maxi se atrevió a romper.

—Marius, me gustas, pero no te hagas ilusiones. Te lo diré muy claro: para mí, un hombre vale el dinero que lleva en el bolsillo. Y me refiero a mucho dinero. La única vez que un muerto de hambre me poseyó fue a la fuerza. Pero te juro que eso no volverá a ocurrir... —Al pronunciar la última frase, la cara se le contrajo en un rictus de dolor.

—¿Qué te ocurre? —preguntó él, preocupado.

—Nada. ¿Vamos con los demás? —respondió con brusquedad—. Nos hemos quedado muy rezagados. —Sin esperar contestación, apretó el paso.

—¿Así que esas historias que se cuentan de ti no son simples invenciones? —jadeó él, que a duras penas conseguía mantenerse a su altura.

—¿Que soy una *motyo*? Nunca lo he negado.

—¿Así que eres una puta...?

—Sí. ¿Quieres que te lo delecte?

Dado que se habían acercado a los demás, él bajó la voz.

—En resumen, que si consigo reunir dinero suficiente podré comprar tu amor.

¿No es eso?

—Ni lo sueñes.

—¿Por qué?

—¿No me has entendido? Sólo lo hago con peces gordos.

—¿Peces gordos?

—Tipos con mucho dinero. Las chicas que lo hacen con pelagatos siempre acaban mal.

—Quieres decir que no tengo ninguna posibilidad, aunque pague.

—Ni más ni menos.

—Venga, Mientje, te estamos esperando —dijo una de las chicas, y le dio un animado codazo a Maxi—. No estés tan triste, Marius, o no te dejarán entrar —se burló la chica.

Todos los taburetes altos que flanqueaban la barra de caoba se encontraban ocupados. El aire estaba saturado del olor a cerveza pasada. El tintineo de los vasos rivalizaba con el sonido del gramófono. Debido al color oscuro de la barra y las paredes, el ambiente resultaba agradable, cálido y acogedor.

Aunque el resto del grupo se perdió enseguida entre la gente, Marius se quedó junto a la entrada. La tarde, que tan esperanzadoramente había empezado, al final había resultado un desastre.

Cuando vio al grupo de marineros holandeses, le entraron ganas de matar a alguien. Su mesa estaba cubierta de vasos de cerveza vacíos, y la camarera ya se acercaba de nuevo con otra ronda. Wilhelmina echó la cabeza atrás con coquetería y soltó una risa estridente como respuesta a un comentario que Marius no alcanzó a oír, acompañado de un pellizco en su despampanante trasero. Dirigiendo al grupo una mirada provocadora, regresó a la barra, meneando las caderas con tanta sensualidad, que los marinos la miraron con ojos desorbitados.

En un rincón, junto a la barra, una chica bastante joven se esforzaba por enseñar a un marinero el último *one step*. Él trataba de seguir sus indicaciones de manera tan patosa que saltaba a la vista que nunca conseguiría aprender los pasos. ¡No es de extrañar, cuando has nacido con zuecos en los pies...!

—¡Willemientje, Willemientje, Willemientje, amor mío! —cantó a coro el grupo de marineros borrachos cuando la vieron.

Maxi se detuvo cerca de uno de ellos. En sus labios se dibujaba una sonrisa entre burlona y seductora. Con una voz que sonaba una octava más alta de lo normal y que auguraba dulces promesas, gritó por encima de la música:

—¡Eh, Karel!, ¿quieres hacerme un favor?

Parecía muy satisfecha de la reacción que había provocado. En ese momento, toda la atención estaba fija en ellos dos.

Karel se puso de pie de inmediato, con andares vacilantes y una sonrisa de borracho. Con un aparatoso gesto se quitó la gorra y se inclinó en su dirección en un gesto galante. Su estatura y el estado de embriaguez en que se hallaba le confería a la situación un aire cómico. Salvo Marius, todos se reían a carcajadas.

—A usted siempre...

—Acompáñame afuera...

Junto a la entrada del Roxybar había una niña de unos ocho años. Sobre la caja desvencijada había colocado una lata llena de galletas de gomme y de jengibre, y pastelitos y cocos de penetrante olor. Maxi se agachó junto a la niña, mientras Karel trataba de mantener el equilibrio apoyándose en su hombro. De pie en la puerta, Marius fingió indiferencia.

—¿Por qué no vas a jugar con tus amigas, en lugar de vender galletitas? Para crecer bien, los niños han de jugar —dijo Maxi con una voz que sorprendió a Marius.

—La abuela me ha dicho que tengo que venderlas. Nuestra madre nos ha dejado con ella.

Maxi le sujetó la barbilla y la obligó a mirarla.

—¿Cuánto cuestan?

—Cinco galletas valen un *bigi sensi*^[44].

—Así pues... una, dos, tres, cuatro... —Manoseó las galletas y fue contándolas—. Cincuenta. Son veinticinco centavos, ¿no? —Aún en cuclillas, miró a Karel con una sonrisa seductora.

—Pero no es necesario que las compre usted todas. Por lo general, los señores sólo llevan unas pocas para sus acompañantes.

—No para esta señora. Esta señora es cara.

Marius sintió que se le revolvía el estómago y notó un regusto amargo.

—Pero..., cariño..., ¿no te parece mucho...? —protestó Karel, con la voz embotada por el alcohol.

—¿No valgo yo todos los centavos del mundo? —insistió ella con un mohín de disgusto.

—Sí, pero veinticinco centavos... por estas galletas...

La niña miraba tímidamente el suelo.

—¿Qué me darás a cambio?

—Eso es una grosería, marinero —replicó Maxi.

—Está bien, por esta vez, pero no se lo cuentes a nadie... —Se sacó el monedero del bolsillo trasero del pantalón y buscó una moneda—. Toma, nena... Dame... esas galletas...

Maxi le guiñó un ojo a la niña.

—Ahora vete corriendo a casa y guárdate bien el dinero. No te quedes por la calle. Sería una pena que lo perdieras.

Con la caja bajo el brazo izquierdo y la lata de galletas en la mano derecha, la niña desapareció a toda la velocidad que le permitían sus piernas flacuchas por entre el gentío de Watermolenstraat.

—Karel, te has ganado un beso —dijo Maxi. Se puso de puntillas, le hizo un arrumaco y lo besó en la boca.

—¿Eso es todo...? —preguntó el marinero, con una expresión decepcionada e infantil—. ¿No podemos subir...?

—Karel, esas galletas eran un regalo. Además, ya sabes que pasar un rato conmigo te costaría bastante más. Deberías darte por satisfecho con haber realizado una buena acción.

—Bueno...

—¿No te das cuenta? Has alegrado a tres personas. A esa niña, que gracias a ti ya no ha de estar rondando por la calle. A su abuela, que ha conseguido un poco de dinero para comprar comida. Y, por último, pero no por ello menos importante, a Maxi, porque gracias a tu regalo ha ayudado a dos personas.

—Está bien, por esta vez... No soy tan mezquino... Pero que no se repita...

Maxi le pasó el brazo por la cintura y, rozando a Marius, volvió a entrar en el bar sosteniendo al marinero.

Marius se apresuró a seguir a la pareja.

En el suelo sembrado de cristales rotos se habían formado charcos de cerveza derramada. Junto a la barra estaba Breniman, el ciego trovador de la ciudad, rodeado por un grupo de eufóricos parroquianos. Maxi y Karel se unieron a ellos.

—Últimamente es la estrella de todas las fiestas. Si él no acude a la reunión, se convierte en un fracaso —explicó Maxi a Karel.

—¡Breniman, cántanos esa canción que tú ya sabes! —gritó una de las mujeres.

—¡Sí! ¡Canta! —insistieron muchos de ellos a coro.

—Sólo si Maxi pasa la gorra —contestó la estrella—. Entonces por lo menos sé que no canto para las paredes.

Riendo, Maxi le quitó a Karel su gorra de marinero.

—¡Eh, Breni! ¡Primero canta, luego tendrás el dinero!

Breniman carraspeó y tomó el acordeón. A continuación, su voz de tenor resonó entre las paredes de caoba.

*Te mi s'don prakser' mi lobi
watra e lon na mi ay
Ay Baya watra e lon na mi ay*

*Rosa san de y'e mek' so
Yu bor'alesi
a tron papa
Yu bor'kows'banti
a tron brafu
Rosa san de y'e mek' so*

*Cuando pienso en mi amada
se me llenan los ojos de lágrimas,
sí, se me llenan los ojos de lágrimas.
Rosa, ¿por qué me haces eso?
Cuando cocinas arroz se convierte en papilla.
Cuando cocinas judías verdes,
se convierten en sopa.
Rosa, ¿por qué me haces eso?*

Aún no habían concluido los últimos acordes cuando el público estalló en aplausos y vítores, mientras algunos pedían un bis. La gorra de Karel enseguida quedó llena de monedas. Al pasar, un marinero agarró a Maxi por la cintura y la atrajo hacia sí. Ella se zafó de su abrazo sin dejar de reír.

Marius estaba furioso. ¿Qué veían las chicas en esos hombres de piel lechosa? Además, según le habían contado, también desprendían un olor agrio. Era evidente que tenían dinero, pero aquí se acababan todas sus virtudes. Le costaba imaginar que esos paliduchos fueran capaces de satisfacer a una mujer.

Le habían augurado un buen porvenir en la milicia y se sabía capaz de mantener razonablemente bien a su futura familia. Entonces, ¿por qué había de sentirse atraída por alguien de tan baja estofa la chica a la que él había elegido? Llevaba tiempo buscando el momento más adecuado para invitarla. Marius no se había tomado muy en serio las exageradas habladurías que circulaban sobre ella: a la gente le encantaban los chismorreos. Si algo lo atraía de ella era precisamente su vitalidad. Y ahora le había herido en lo más hondo sin tener en cuenta sus sentimientos. ¿No era él también un ser humano? ¿No había nacido de una mujer? Se apoderó de él una cólera que le atenazaba la garganta y se sintió cegado por la ira. Si no se marchaba pronto de ese lugar maldito acabaría cometiendo un asesinato. Al final, consiguió deshacerse de los hilos que lo retenían allí. Salió del bar. Algún día se cobraría su venganza.

Betsy

Combeweg, 1933

El Buick circulaba lentamente por entre la muchedumbre. La gente no se apartaba hasta que tenía el vehículo casi encima. Todo tipo de rostros se apiñaban ante las ventanillas con la esperanza de echar un vistazo al interior. Betsy escuchaba satisfecha y orgullosa los gritos de admiración que le llegaban de vez en cuando a través de la ventanilla abierta. Sujetaba con firmeza el abanico de plumas con varillas de jade. El abanico le proporcionaba el frescor necesario en aquella bochornosa noche de abril. El viento que solía soplar desde el río Suriname no había hecho acto de presencia y la gente salía a la calle en un intento de escapar del sofocante calor.

Llevaba meses esperando esa noche. Incluso habría bailarines de Demerara^[45], todo para celebrar el cumpleaños de la princesa heredera.

—¿No estás nerviosa? —le preguntó el chófer mientras la observaba por el retrovisor para ver su reacción.

—¿Por qué habría de estarlo? Trató de reprimir la leve irritación que empezaba a invadirla. Estaba harta de tanto espionaje por el espejito. Con lo difícil que le resultaba controlar los nervios, y él parecía dispuesto a sacarla de sus casillas. Tal vez era amigo de una de las chicas que habían de bailar esa noche. —Esta noche vas a bailar con el famoso especialista en *black bottom*^[46] de Demerara. ¡Qué gran honor!

La socarrona sonrisa, del hombre, apenas disimulada, la irritó sobremanera, pero no se dejó provocar.

—Más bien será un honor para él poder bailar conmigo. No en vano en Halikibe se me conoce como la reina del *black bottom*. Además, he estado practicando durante semanas para perfeccionar mi estilo. Todavía ha de nacer la mujer que me supere en ese baile. Cuando se habla de *black bottom*, de charleston, rumba o tango, se está hablando de mí —replicó, echando la cabeza hacia atrás con gesto desafiante.

—He oído que es el mejor bailarín de *black bottom* de las Indias Occidentales. No hace más que presumir de su habilidad. Por lo visto, le encanta poner en evidencia a sus compañeras de baile. Cuando se da cuenta de que no dominan los pasos, aumenta de velocidad y cambia de ritmo inesperadamente. Los espectadores se mueren de risa con la torpeza de la pobre joven que sea su pareja.

—¿De verdad? Muy bien, pues que lo intente conmigo. Esta chica de veintiséis años le dará una buena lección. Tú no te preocupes: límitate a conducir y deja el resto en mis manos.

—Sólo quería avisarte.

A pesar de su aparente serenidad, los nervios la consumían. La preocupaba la posibilidad de quedar en evidencia esa noche. Si fallaba un paso o no lograba seguirlo, estaría acabada: perdería su fama como estrella del Halikibe. Sabía que las demás chicas, todas sin excepción, estaban esperando la ocasión de destronarla. Los

hombres ya no harían cola para ser su pareja: el precio del boleto para bailar con ella caería en picado. Lo cual, por supuesto, alegraría sobremanera a sus compañeras.

Sacó del bolso un pañuelo impoluto y lo roció con *Boldoot*. Se aplicó delicadamente la colonia en el cuello y el escote, y se reclinó j sobre los suaves almohadones para disfrutar de su frescor. Con una rápida mirada al retrovisor dio el visto bueno a su maquillaje. La línea de Kohl y la sombra que se había aplicado sobre los párpados conferían un aire misterioso a sus ojos. Se había pintado los carnosos labios de color rojo sangre, y previamente se los había perfilado un poco por dentro del borde. Había extendido el colorete por debajo de los pómulos altos para suavizar sus rasgos angulosos. Satisfecha con la imagen que le devolvía el espejo, se retocó aquí y allí algunas zonas que brillaban en exceso.

El automóvil se detuvo con una sacudida ante la puerta del Halikibe. Tamborileando con impaciencia sobre el salpicadero de nogal, el chófer esperó a que uno de los porteros abriera la portezuela de su pasajera. Habían acordonado un pasillo hasta la entrada y a lo largo del recorrido habían dispuesto una serie de fornidos muchachos cuya misión consistía en contener a un público demasiado ansioso. La gente se apretujó alrededor del coche como una bandada de buitres; los más alejados empujaban a los que tenían delante para intentar echar un vistazo por la ventanilla.

—¡Parece una princesa! —exclamó una mujer.

Encantada con el comentario, Betsy pensó que aquélla sería su noche. Por lo general, las mujeres no se mostraban tan generosas distribuyendo cumplidos entre ellas.

Galante, uno de los guardaespaldas, le abrió la puerta y ella se lo agradeció con una amable inclinación de cabeza. El público contenía el aliento.

En ese momento hubiese sido posible oír el vuelo de una mosca, hasta que alguien rompió el silencio.

—¡Fíjate en el vestido! ¡Qué guapa está!

—¡Es una preciosidad! ¡Parece hecho con miles de abalorios...!

—¡Lleva zapatos de oro!

Por todas partes se oían comentarios de admiración. En efecto, los zapatos le habían costado una fortuna: diecisiete florines y medio había pagado por ellos. Y eso no era nada comparado con el vestido, que constaba de dos capas, una de satén dorado y, sobre ésta, otra de abalorios multicolores. En total cien florines, aunque había llegado a un acuerdo con el señor Fernandes para pagárselo a plazos.

—¡Pero por ese dinero me puedo comprar una parcela! —exclamó ella cuando el vendedor le dijo el precio.

—Betsy —dijo él—, este vestido parece hecho ex profeso para ti. Te quedará de maravilla. Tú hazme caso y pruébatelo.

En cuanto se miró al espejo decidió quedárselo.

—Aunque tenga que destrozarme las piernas bailando, pienso pagarte hasta el último centavo.

—Lo único que quiero es verte radiante con este vestido esa noche. Del dinero ya hablaremos —la tranquilizó, mirando con descaro las formas de su cuerpo.

—¿Usted también irá? —preguntó ella, fingiendo asombro.

—¡Por supuesto! Una noche así no me la perdería por nada. ¡Qué cara pondrán cuando te presentes tan guapa! Todos querrán bailar contigo. Quién sabe, a lo mejor yo no tendré ninguna posibilidad.

—No se preocupe, nunca me olvidaría de usted, y mucho menos ahora —le aseguró al tiempo que alzaba el vestido dorado, con una leve sensación de hormigueo en la cabeza.

—¡Parece una princesa! —gritó un hombre fornido que estaba cerca de ella.

—Entonces será la princesa del Halikibe —añadió una mujer mayor con la cara cubierta de *zoutjes*.

—¡La princesa del Halikibe! —repitió alguien que sin duda compartía esta opinión. El grito se transmitió como un eco.

—¡La princesa del Halikibe! ¡La princesa del Halikibe! —corearon diversas voces.

Betsy estaba encantada con el éxito que le había procurado el vestido. El pañuelo de seda dorada con el que se había sujetado la ensortijada cabellera completaba su imagen de «princesa». La princesa del Halikibe. Le gustaba tanto que pensaba adoptarlo.

Se encaminó a la entrada sujetando con fuerza el bolso bajo el brazo y la cabeza alta. Por encima de la valla que rodeaba la sala llegaban al exterior fragmentos de la música de la orquesta de Buddel. Dentro, algunas parejas bailaban al ritmo de una rumba, mientras los de fuera se apretujaban para no perderse detalle. Para otros, en cambio, se trataba sólo de pasar una velada fuera, por lo que charlaban o permanecían junto a los puestos de comida y bebida al lado del río.

Justo antes de que Betsy llegara a la entrada, Maxi Linder le cortó el paso acompañada de dos oficiales. Maxi escupió en la arena con un gesto elocuente y dirigió una mirada retadora a Betsy. Aquella puta se había puesto joyas a más no poder, y todo el oro que se había colocado en las orejas, el cuello, las muñecas y los dedos contrastaba con su horroroso vestido. Se había peinado hacia arriba y recogido el pelo en lo alto de la cabeza en un moño grotesco. Ni siquiera se había maquillado.

Puesto que Maxi Linder y sus acompañantes le cerraban el paso, Betsy se vio obligada a esperar. Con la llegada de la *motyo*, el público había perdido todo interés en ella.

—¡Qué chica tan preciosa...!

Con una radiante sonrisa, Maxi le envió un beso con la mano.

Betsy sintió un arrebato de cólera. Ésta era una de las muchas diferencias que las enfrentaban: por muy bonita que fuera la puta, era evidente que carecía de modales.

—Cuando te canses de ese vestido, ¿te acordarás de mí? —gritó alguien detrás de Maxi Linder.

—No quisiera deshacerme de un regalo tan caro, pero seguro que algo encuentro en mi armario. Pásate un día por Saramaccastraat, donde Bigi Spikri^[47].

¡Con qué facilidad conversaba Maxi Linder con el populacho! Betsy nunca haría nada semejante. Al villano, dale el pie y se tomará la mano. Y regalar sus vestidos a una desconocida, ¡ni pensarlo!

Por un momento pareció que no iban a permitir la entrada de Maxi Linder al local, lo cual no hubiese apenado a Betsy en absoluto. Al fin y al cabo, no sería la primera vez que eso ocurría. Ése era un lugar decente, una noción totalmente ajena a Maxi Linder. Se esperaba que las chicas del Halikibe se comportaran con recato en público, mientras que Maxi empleaba sin el menor pudor el lenguaje más vulgar, como cualquier golfillo. Todo el mundo lo sabía, porque Maxi se comportaba de este modo sin ningún miramiento. Por otra parte, tampoco le gustaba esperar a que los hombres se acercaran a ella. Esta conducta tan ordinaria provocaba una tremenda indignación en Betsy. Maxi Linder, escoltada por sus dos oficiales, entró en el establecimiento dirigiendo una mirada de triunfo a Betsy, quien recorrió el trecho que la separaba de la puerta de muy mal humor.

—¿Por qué habéis dejado entrar a esa zorra? Creía que éste era un local decente —recriminó a los porteros.

—No nos ha quedado más remedio. Los dos caballeros son oficiales del *SS Haití*, que llegó ayer de Nueva York. Estaban invitados.

—Bueno, tampoco es una rival digna de mí. No sabe bailar ni tiene estilo... —puntualizó Betsy mientras entraba en la sala de baile.

Pasó por entre las parejas que ocupaban la pista dirigiéndose al lugar que solía ocupar, muy cerca del escenario. En el camino se detuvo un par de veces para saludar a algún conocido, charlar un momento o recibir cumplidos por su vestido. Cuando vio que Maxi Linder y sus acompañantes habían ocupado la mesa contigua a la suya, se mordió furiosa el labio. Mientras notaba el sabor salado de la sangre, apartó la silla ruidosamente en actitud pendenciera.

Maxi Linder respondió a su actuación con una risita sofocada.

—*Darling, I want to drink out of your glass* —dijo mimosa al oficial que estaba a su izquierda cuando terminó de reír.

—*No sweetheart, tonight I'm goin' to drink out of that of yours* —replicó él. Pese a ello le ofreció su copa.

Mientras Maxi se llevaba la copa a los labios, él le dio un pellizco juguetón en el costado. Con grandes aspavientos, ella se apartó como si la hubiera picado un mosquito, pero enseguida volvió a abrazarlo sin parar de reír. De nuevo, todo el mundo estaba pendiente de sus actos.

—¿Qué te ha parecido la manifestación de la Oranjeplein? Nunca había visto a tantos javaneses y angloindios juntos —comentó Betsy a un holandés que se había

sentado a su mesa, en un intento de desviar la atención de Maxi Linder y sus ordinarièces.

El hombre llevaba un traje oscuro con una espectacular pajarita.

—No he estado, pero lo he leído en el periódico de hoy. Ese comunista, De Kom, está azuzando a los trabajadores. Esa gente es un auténtico peligro; antes de que nos demos cuenta, habrán puesto a toda la población en contra del gobierno —contestó el hombre.

—¿Crees que las cosas irán tan lejos? —preguntó otra persona del grupo.

—No hay más que mirar el ejemplo de Rusia para comprender a qué me refiero. Allí los comunistas han hecho una buena carnicería —dijo el hombre de la pajarita.

—¡Cómo se les ocurre mezclarse con esos comunistas! No es propio de alguien de este país amante de la paz. —El interés de Betsy era sincero. La política era su tema preferido. Leía el periódico cada día; no salía de casa sin haber comprobado que llevaba los cinco centavos para el *De Banier*.

En el estrado, la orquesta de Buddel había terminado la rumba y había iniciado un tango. Ya faltaba poco para la hora del *black bottom*.

—Esas ideas antisurinamesas las ha tomado De Kom en Holanda, de algunos estudiantes indonesios como Hatta, y de esa gente del Movimiento Obrero —dijo el holandés, mientras se aflojaba un poco la pajarita.

—Sin embargo, esa gente no lo tiene nada fácil. ¿No has leído los periódicos? Crisis en todas partes, fábricas que cierran sus puertas. Aquí en Surinam ya estamos empezando a notarlos. Y en cuanto a las plantaciones, la mayoría está al borde de la quiebra —dijo Betsy, mirando fugazmente a Maxi Linder, que se había sentado en el regazo de uno de «sus» oficiales, mientras el otro no paraba de manosearla—. Se habrá creído que está en el Roxybar —susurró Betsy mientras señalaba a Maxi Linder con un gesto de la cabeza.

El holandés, mientras tanto, se había echado desvergonzadamente adelante para no perderse detalle.

—No cabe duda de que se están divirtiendo. Esa mujer sabe cómo tratar a un hombre para que se sienta a gusto...

Sin apartar los ojos ni un instante del alegre grupo, se sacó el pañuelo de la chaqueta, se secó el sudor de la frente y se bebió de un trago el vaso lleno de cerveza Haantjes.

—Un conocido me dijo que tiene un frigorífico en casa —con los labios cubiertos de espuma y cierto tono de respeto.

—¿Un frigorífico? —preguntó Betsy alzando las cejas.

—Sí, yo... ejem... él —se le escapó—... él ha estado en su casa de Saramaccastraat. Un piso muy aireado, con baño y váter dentro. Según me comentó mi amigo, es la propietaria de la casa desde que tenía dieciséis años. Con ese cuerpo, seguro que gana una fortuna...

—De nuevo se secó el sudor del labio superior y la frente, y miró a Maxi Linder

con reverencia.

Betsy respondió con un ruido de desprecio.

—Esa casa se la dejó su padre en herencia. ¡Tampoco gana tanto como eso! No es tan *hot* como Betsy Bama. Y en cuanto a Trude Labat o a Friede Lemmers, no les llega ni a la suela de los zapatos.

—¿No te dejas a alguien? —preguntó uno de los señores de su mesa.

—¿Por qué? ¿A quién me dejo, según usted?

—A ti misma.

—¿Quién, yo? Yo me gano la vida bailando, que no me vengan con otras peticiones. Soy una chica decente.

—Sí, sí, eso dicen todas. Si se lo preguntas a Maxi Linder, ella también dirá que es una chica decente —se burló el hombre de la pajarita—. Bueno, estábamos hablando del frigorífico. Cuando mi amigo empezó a describirme el aparato, al principio no entendí a qué se refería. Hace poco leí un artículo en el *De West* que trataba sobre el tema. Hablaban de una especie de «refrigerador» para uso doméstico, que inventó un sueco. Se trata de una ingeniosa máquina capaz de producir frío constantemente sin necesidad de mecánica alguna. Sirve para guardar alimentos en él sin añadirles conservantes.

—¡No es posible! ¡Qué invento! ¿Cómo funciona? —Betsy había abierto los ojos desmesuradamente para expresar su incredulidad.

—Si mal no entendí, funciona mediante amoníaco e hidrógeno. Se enchufa a la instalación eléctrica y ya está. Con él se puede producir hielo para uso doméstico. — Se echó atrás en el asiento y disfrutó de la atención que había conseguido con su explicación.

—¿Electricidad? ¡Pero si cuesta un ojo de la cara! ¿Y eso tiene en casa esa fulana...?

—¿No te he dicho que había de ganar una fortuna, con ese cuerpo que tiene? —replicó, triunfante.

En el escenario, la orquesta de Buddel dio paso a la Gilíes Saxophone Jazz Band, más popular. Los músicos atacaron las primeras notas del *black bottom*, que recordaron a Betsy el propósito de su presencia en el Halikibe. Como Princesa del Halikibe tenía que salvar su honor. Eso era más importante que ocuparse del refrigerador de Maxi Linder.

El dueño se acercó a la mesa con los brazos extendidos y una amplia sonrisa iluminándole el rostro.

—Enseguida vendrá Papa Dan. ¿Estás preparada? ¡No me hagas quedar mal! Mucha gente ha comprado un boleto para bailar contigo. Espero que te encuentres en forma, porque vas a necesitar toda tu energía para ese baile con Papa Dan. Hemos interrumpido un rato la venta de boletos...

—Ya sabes que puedes contar conmigo, Emile. ¿Te he defraudado alguna vez? —dijo con voz ronca. Por culpa de los nervios sentía un nudo en la garganta.

—¡Jamás! Ah, antes de que se me olvide: ¡estás radiante! —la felicitó, dirigiéndole una mirada de aprobación.

—¡Eh, Emile! ¿Ya no vienes a saludarme? —Maxi Linder trataba de atraer su atención haciendo gestos con los brazos.

En lugar de acercarse a ella, Emile se limitó a saludarla con una breve sonrisa de circunstancias.

—¡Ay, Emile! ¿Por qué no te acercas más? ¿Es que no te atreves? Cuando te acuestas conmigo no te muestras tan comedido... —Provocativa, pasó los brazos alrededor del cuello de uno de sus acompañantes.

—Wilhelmina, éste es un local decente. ¡Compórtate! De lo contrario, me veré obligado a rogarte que continúes la velada en otro sitio.

—¿Irme? Por favor, no me vengas con ésas, Emile. Te lo juro: antes de que haya terminado contigo maldecirás el día que te trajeron al mundo. —Asestó una patada a la silla, que chocó con estrépito contra la pared. Se enfrentó a él con una mirada asesina y con los puños apretados en la cintura.

—¡Wilhelmina, compórtate! Te pones imposible. Algún día tendrás que arrepentirte de ser tan descarada. —Completamente ruborizado, desapareció entre el gentío.

—¿Y tú qué estás mirando? —espetó la *motyo* a Betsy.

Ésta sabía que, en ese estado de ánimo, Maxi Linder era capaz de todo. Le pareció más prudente no añadir leña al fuego y, sin pronunciar palabra, volvió la cabeza hacia otro lado.

—Nunca me dejan disfrutar de la velada en paz —le dijo al hombre de la pajarita—. Si te interesa mi opinión, esa mujer me parece de una ordinareiz insoportable.

Sin embargo, Maxi no se dio por vencida tan fácilmente.

—¿Por qué te crees mejor que yo? Tú también cobras por tus servicios, ¿no? Tú bailas y yo follo. Y para que lo sepas: yo follo mejor de lo que tú bailas. Pregúntaselo a cualquiera de los que están en esta sala. —Maxi se había aproximado a su mesa con los ojos llameantes, buscando pelea.

Sin perderla de vista ni un instante, Betsy agarró su bolso. En caso necesario, usaría su navaja de afeitar. Esa tía iba a enterarse; ningún hombre volvería a mirarla a la cara.

Como salidos de la nada, dos guardaespaldas se interpusieron entre ellas. Un tercero empujó a Maxi Linder hacia la salida. La orquesta había enmudecido. En la pista de baile las parejas se apartaron para abrirles paso.

—¿Por qué la habrán dejado entrar? En todas partes hace lo mismo, y siempre acaba enzarzada en una pelea... —La rubia que manifestaba con tanta franqueza su antipatía miró a Maxi con repugnancia, como si padeciera la rabia.

—Ah, ¿quieres saber por qué me dejan entrar? Pues pregúntaselo a tu marido. ¡Si supieras la de veces que le he dejado entrar yo a él! —le espetó Maxi.

Con un gesto teatral, la rubia se golpeó el pecho con la mano y jadeó. La velada

que tan prometedoramente había empezado parecía haberse convertido en una pesadilla en un abrir y cerrar de ojos. Betsy ya lo había temido cuando se encontró en la entrada con esa puta que siempre andaba buscando brega. El problema era que Maxi no soportaba la presencia de otras mujeres. Desde luego, Betsy no entendía a los hombres. ¿Qué veían en esa mujerzuela ordinaria?

Cuando por fin Maxi y sus acompañantes fueron expulsados, se reiniciaron las excitantes notas del *black bottom* que invitaban a bailar y las parejas volvieron a ocupar la pista como si nada hubiera ocurrido.

De repente Papa Dan se plantó ante Betsy. Estaba tan distraída con el incidente causado por Maxi Linder, que ni siquiera le había visto acercarse. Él se quitó el sombrero con un gesto galante y la saludó inclinando la cabeza.

Le llamó la atención la anchura de los hombros de su impecable traje a rayas Grimaldi gris oscuro. La cintura del pantalón, sujeto con anchos tirantes, le llegaba hasta el estómago. Tenía la piel del color de las bananas maduras y el cuidado bigotito de su labio superior confería a su cara angulosa cierto aspecto de fiera. Esta impresión se acentuaba cuando sus carnosos labios se curvaban en una sonrisa taimada que dejaba al descubierto una brillante hilera de dientes de oro.

—*Who was that gall that just left the place?* —preguntó con un marcado acento *beyan*^[48]. En lugar de esperar su respuesta añadió—: *I love them wild galls...*

Con una presión suave la condujo a la pista de baile, ya vacía, mientras los músicos aceleraban el ritmo. Al notar el firme contacto de su brazo derecho en la cintura y el modo en que se entrelazaban sus manos, Betsy casi se olvidó de quién era y dónde estaba. Sus cuerpos seguían la música en un solo movimiento, unidos como por la fuerza de un imán. Betsy seguía los pasos sin dificultad y asimilaba sin vacilar el ritmo de su pareja. La música parecía fluir por sus venas mientras la sala giraba a su alrededor. Se sentía como en trance...

La ovación la devolvió a la realidad.

—*Tell me before we start the next dance. And, do you have plans for tonight.*

Por el movimiento de su pecho comprendió que a Papa Dan le costaba controlar la respiración. Su tez amarillenta brillaba de sudor.

—*I have to dance tonight.*

—*You have to dance. Well then, I will wait and watch you all night, my lady.*

De nuevo se inclinó ante ella y levantó el sombrero antes de volver a tomarla en sus brazos tan masculinos, mientras los que habían conseguido un boleto esperaban impacientes su turno detrás de él.

La noche había sido todo un éxito. Ni siquiera la perspectiva de tener que dejarse conducir por la pista de baile por esos caballeros de movimientos rígidos, que pagaban por bailar con ella, podía estropearle la velada. Y, además, se había librado de aquella *motyo* barata...

Orsine

Malibatrumstraat, 1938

Es por su comportamiento. Mira, no pasa nada por ser una puta, muchas chicas se dedican a este oficio; pero ella, ella es de una vulgaridad tremenda. Siempre está insultando y todo eso...

Orsine pasaba el paño con movimientos enérgicos por la barra. La carne de su robusto brazo se sacudía al mismo compás. Incómoda, se secó por enésima vez con el brazo libre el sudor que le corría por la frente para evitar que le entrara en los ojos.

—Pero, Orsine, no puedo negarle la entrada. Después de lo que he pasado en Austria... —El señor Kowalsky le dirigió una mirada de desesperación. A través de la camisa blanca, que debido al calor se le pegaba al cuerpo, se adivinaba la palidez de su piel—. Rebecca y yo hemos tenido suerte de habernos dado cuenta y habernos marchado a tiempo. Este país nos ha acogido con hospitalidad. Por eso no se me ocurriría ni en broma negar la entrada a nadie. El Cosmopolitan está abierto para todo el mundo. Siempre que la señora Linder se atenga a mis normas —dijo, mientras se atusaba el bigote.

—Pero, señor Kowalsky, las otras chicas siempre se quejan de que les roba los clientes.

—¡Ajá! —exclamó—. Ésa es la cuestión. Quieren utilizarme para competir con ella. Ni hablar, yo no me presto a estos juegos. —Para enfatizar sus palabras, asestó un puñetazo sobre la barra. Los vasos que se apilaban en un extremo tintinearón—. Además, si le niego la entrada perderé mucho dinero. Ya sabes que sus acompañantes se muestran muy generosos.

Orsine lo miró con expresión ofendida, pero comprendió que no merecía la pena insistir.

—Qué lástima de café tan decente.

—Vamos, no te preocupes por estas menudencias. Abrimos dentro de una hora. ¿Están listas las habitaciones?

La habitación, sobriamente amueblada, estaba en perfecto orden. Orsine había puesto pequeños ramos de flores, *fayalobis*^[49] amarillos y rojos, en los floreros de las mesillas de noche. En la pared colgaba un grabado de un paisaje invernal austríaco: en primer término, varios árboles cuyas ramas cedían bajo el peso de la nieve y el hielo; al fondo, las cumbres nevadas. Todas las habitaciones estaban decoradas con cuadros del mismo estilo. Cada vez que Orsine los miraba, se preguntaba cómo era posible que el señor y la señora Kowalsky se encontraran a gusto en Surinam, con lo distinto que era el clima. En cualquier caso, esperaba que nunca se viera obligada a abandonar su país para vivir en una tierra tan fría.

Mientras sacudía las sábanas pensaba que podía dar gracias a Dios por ese empleo. Era un trabajo duro, pero proporcionaba buenos ingresos.

¡Ojalá el señor Kowalsky le prestara más atención! Él sólo hacía dos años que vivía en la ciudad, donde ella había nacido y se había criado. Si la dejara, le contaría un buen montón de ejemplos sobre el comportamiento de Maxi Linder. Siempre se metía en líos. Además eso de que tenía tantos clientes era un cuento. Si ella no se acercara más por allí, seguro que elegirían a alguna de las otras chicas, mucho más decentes. Ellas al menos siempre daban un poco de dinero a Orsine. Si tenían un buen día, podía contar con una buena propina... Desde luego, si el señor Kowalsky le diera permiso, ella misma la pondría de patitas en la calle. Y si Maxi se atrevía a protestar, ella, Orsine Levenswaard, demostraría a esa señora que no la impresionaba en absoluto...

Se arrodilló en el suelo para limpiar hasta el último rincón con la escoba de mano. Cuando hubiera terminado, pasaría el jefe para comprobar que las habitaciones estuvieran impecables.

Si Maxi no volvía por allí, a lo mejor aumentaba la clientela y el señor Kowalsky cumpliría su promesa: contratar a alguien más para limpiar las habitaciones. Cuando había mucho trabajo, la ayudaba la señora. Sin embargo, como a la señora no le gustaba salir de sus estancias privadas, también ella saldría beneficiada... En una ocasión el jefe le había contado con nostalgia que en Viena también habían tenido un hotel y le había mostrado la foto como si fuera algo de valor inestimable. En ella aparecía un majestuoso edificio amarillo que tenía sobre la entrada un cartel que decía: Hotel Cosmopolitan. El hotel de Paramaribo no podía compararse con el de Viena. No es que fuera un lugar indecente, en absoluto. Orsine se enorgullecía de trabajar allí. Desde luego, no era ningún palacio, pero no tenía nada que envidiar a establecimientos como The Stranger's Rest o la pensión West India en Watermolenstraat.

—¡Orsine, ya estás otra vez en las nubes! —gritó el señor Kowalsky desde el piso de abajo—. ¿Te has fijado en la hora? Aún has de ir a buscar hielo a la fábrica.

Odiaba esa parte de su trabajo. Tenía que caminar por Keizerstraat y Waterkant hasta la fábrica de hielo de Steenbakkerijstraat, y luego volver al hotel con la pesada carga. Cuando tenía suerte contrataba a un mozo de cordel, pero no siempre los había disponibles.

—*Sirte, fa a waka*^[50], ¿cómo van las cosas? —Baka-iri^[51] se inclinó con aire conspirador hacia Orsine. Sus gruesas nalgas, que habían cubierto todo el taburete como si fueran enormes almohadones, se deslizaron hacia adelante—. ¿Has podido hacer algo respecto de lo que comentamos el otro día?

—¿A qué te refieres?

—A Maxi Linder —respondió Baka-iri, con una mirada expectante. Se había

recogido el pelo en una cola de caballo, lo que destacaba la amplitud de su frente.

Baka-iri no era precisamente una «chica con clase». Tenía la cara muy redonda y un culo enorme, por no hablar de sus talones, que le habían merecido su mote: si no hubieran sido tan deformes, habría podido llevar zapatos normales, en lugar de sus eternas *delailas* y *opankas*^[52]. Cuando Orsine se enteró de dónde procedía el mote, le pareció de lo más gracioso. Por supuesto, nadie la llamaba así delante de ella. En realidad a casi todas se las conocía por motes parecidos. Orsine se había inventado un juego que consistía en referirse a las chicas del bar por su apodo, hasta el punto de que ignoraba cuál era el verdadero nombre de algunas de ellas. De esta manera conseguía que su labor resultara un poco más divertida.

—¿No te prometí que conseguiría echarla? Ya sabes que el jefe sigue mis consejos al pie de la letra. Sólo he de encontrar el momento más adecuado para sacar el tema. Ten un poco de paciencia —dijo mientras se esforzaba por quitar una mancha que se le resistía.

—Muy bien, tómate el tiempo que necesites. Pero recuerda que contamos contigo. —*Baka-iri* intentó fingir indiferencia, aunque no logró disimular su decepción.

—¿Sabes qué hizo anoche esa desvergonzada en el Roxy? Después de mucho tira y afloja, *Isri-bowtu*^[53] consiguió un cliente. Ya lo tenía como quien dice entre las piernas, cuando Maxi Linder se dirigió a ese *motyop'pa*, habló con él y en cuanto quisimos darnos cuenta, ya salía con él por la puerta. Y para colmo de la desfachatez, antes de irse se volvió y amenazó a *Isri* con romperle la crisma si no dejaba en paz a sus clientes habituales.

—¡Y es capaz de hacerlo! —exclamó Orsine—. ¿No recuerdas que una vez pegó a una de nuestras chicas por el mismo motivo? Al final tuvieron que llevarla al hospital. —En el ardor de la conversación, Orsine se había acercado tanto a *Baka-iri* que se le aplastaban los pechos contra la barra.

—Aún no comprendo cómo fue tan deprisa; la verdad es que *Isri-bowtu* quedó *lasman*^[54]. ¡Tendrías que haber visto la cara de satisfacción de Maxi cuando se marchó con ese hombre!

—¿Así que fue ella la que se acercó a él?

—Ni más ni menos, te lo juro. —*Baka-iri* se puso la mano sobre el corazón.

—¿Cómo reaccionó *Isri-bowtu*? —Orsine arrugó la nariz como si percibiera un mal olor.

—Nada, no hizo nada. Creo que de tan perpleja se quedó sin habla. Es duro que te birlen a un hombre cuando ya casi lo tienes entre las sábanas.

—Pero no quedará así, ¿verdad?

—¡Por supuesto que no! Conociéndola, puedes estar segura de que tarde o temprano le ajustará las cuentas a Maxi.

—La desfachatez de esa mujer no tiene límites. Mientras no crea que aquí también puede hacer sus jugarretas.

—¡A eso precisamente me refiero! —exclamó Baka-iri en tono triunfal—. Ponme una cerveza, Orsine, y tómate una también. Hoy todavía no he ganado, de lo contrario te daría una propina. Pero no te preocupes: antes de que haya terminado la noche recibirás algo...

—¿Quieres una Frontenac o una Haantjes? Las otras aún no se han enfriado.

—Que sea una Haantjes. La Frontenac es demasiado fuerte para empezar la noche. *If mi wan' verdien mi sowtu*^[55], tengo que estar bien sobria.

Fuera ya oscurecía. Con el fresco aire vespertino entraban de vez en cuando retazos de conversaciones y olores que el día había dejado atrás: las voces agudas de las mujeres que conversaban asomadas a las ventanas, los silbidos de los muchachos en celo, que señalaban sus preferencias por las chicas que pasaban, el ladrido agudo de un perro que vigilaba su territorio como si le fuera la vida en ello, la pestilencia de los excrementos de caballos y asnos, el olor dulzón de la fruta medio podrida que los vendedores callejeros habían dejado al borde del camino, el perfume que exhalan árboles y plantas cuando reviven después de soportar un día bajo el sol abrasador... Los sonidos que entraban por las ventanas abiertas se mezclaban con la suave voz de Bessie Smith, que compartía con los presentes los secretos de su corazón. En las sencillas mesas de madera había manteles cuadros rojos y, sobre éstos, vasos con flores artificiales traídas de Europa. Los hombres, casi todos europeos, se habían adueñado de esas mesas de aspecto muy poco surinamés. Las mujeres, criollas *kabugerin*^[56] y *malatas*^[57] de las más diversas edades, estaban sentadas en taburetes junto a la barra o en las sillas ubicadas a lo largo de la blanca pared de madera.

La blancura de la pared quedaba interrumpida aquí y allá por cuadros que representaban paisajes alpinos. Sobre la puerta de entrada colgaba una estrella de David, debajo de la cual había, escrito en hebreo, un texto ilegible para Orsine. Aunque las grandes ventanas que flanqueaban la puerta estaban abiertas de par en par, los visillos que las cubrían hasta la mitad obstaculizaban la visión. Cada vez había más gente en el local, por lo que Orsine ya no tenía tiempo para estar de palique. Mientras ella atendía a los que querían refrescos, el señor Kowalsky servía las bebidas alcohólicas y cobraba.

A pesar del ajetreo, Orsine mantenía los ojos bien abiertos. No quería perderse nada de lo que ocurría en el bar. La rivalidad soterrada o, en algunos casos, manifiesta que reinaba entre las mujeres era origen de no pocas escenas cómicas.

Baka-iri se había instalado en su taburete de perfil a las mesas. Según ella, así realizaba más el gigantesco culo, su mejor reclamo. La tela barata del vestido floreado que lucía se tensaba alrededor de sus nalgas.

Con una mirada de complicidad Orsine le hizo una señal a Ek-rupia^[58] cuando vio que Baka-iri estudiaba atentamente cuanto ocurría en el local. Ek-rupia, que estaba apoyada con gesto indolente contra la barra, dio un golpecito al vaso con el

índice y contuvo la risa. Sin duda, el que pudiera pedir un florín por sus servicios, mientras que la mayoría de las chicas tenían que conformarse con treinta y cinco centavos como máximo, no se debía a su figura. Con su línea esbelta formaba el mayor contraste imaginable con *motyos* como Baka-iri. En vista de sus ingresos, y teniendo en cuenta que la mayoría de los hombres preferían a las mujeres con los huesos bien cubiertos de carne, debía de disponer de cualidades que a Orsine se le escapaban.

Todas las miradas se dirigieron a la puerta, por donde entró Agutobo^[59] seguida de A Luku Dun Dun A Si Fra Fra^[60]. A esta última Orsine la llamaba Dun Dun, no sólo por comodidad, sino porque su nombre de guerra le parecía un tanto grandilocuente. Las dos mujeres fueron repasadas de la cabeza a los pies, evaluadas y tasadas por las *motyos* ya presentes. Conscientes de que toda la atención estaba fija en ellas, se acercaron a la barra. Agutobo, la más descarada de la pareja, se abrió camino entre las mesas con movimientos exagerados de las caderas. Una densa vaharada de sudor golpeó a Orsine como un puñetazo en la cara cuando Agutobo se detuvo junto al taburete que ocupaba Baka-iri. A cualquiera que hiciese un comentario sobre su olor corporal le explicaba que éste funcionaba como un afrodisíaco. Se jactaba incluso de que los hombres que para satisfacer a una mujer tenían que recurrir a la crema Casanova^[61], con ella funcionaban a la perfección.

—¿Maxi Linder ya ha sido declarada persona non grata? —exclamó de modo audible para todos.

—Mathilde, no grites tanto —exclamó Baka-iri, llamando a Agu por su verdadero nombre—. ¿Qué pretendes, causarme problemas?

Con un golpe sordo, Orsine puso sobre el mostrador de madera el vaso que acababa de secar y miró, colérica, en dirección a Agutobo. Hubiera querido arrojarle el vaso a la cabeza. ¿Acaso esa sucia perra quería que perdiese su empleo? ¡Otra vez hacía honor a su nombre!

En cuanto a Orsine, no debía su mote tanto al hecho de ir a menudo a buscar comida al Cookshop Agutobo, sino más bien a las guarradas que hacía sin parar.

—¡Eh, motyo!, ¿a qué temes? —le preguntó Agutobo a Baka-iri.

—No quiero tener problemas con Maxi. Sabes que aquí las paredes oyen —le susurró.

—No te preocupes por Maxi Linder. Todos los chismes que se cuentan de ella son exageraciones. A mí, por lo menos, no me da miedo...

—Yo, en tu lugar, bajaría el tono de voz. Ya sabes que las paredes oyen —dijo Dun Dun, que se había unido a ellas.

—No sé por qué os acojonáis tanto delante de esa negra. —Agutobo comprobó con ambas manos el estado de su cabello y miró triunfal alrededor. Era evidente que había invertido mucho tiempo en su peinado. Tenía el pelo lacio recogido en torno a la cabeza y perfectamente engrasado, por lo que la luz de las lámparas de gas que se reflejaba en él hacía que pareciese aún más negro. Sus ojos pardos brillaban en su

cara oval de color de caramelo. El vestido de rasete a rayas rojas y azules era tan ceñido que revelaba desvergonzadamente los secretos de su cuerpo.

—Si un día la vieses enfadada de verdad, te achantarías. En una ocasión la vi romper una bicicleta a patadas... No quedó más que un montón de chatarra —afirmó Dun Dun, orgullosa de ser una experta en la materia. Debido a su bizquera era difícil saber a quién se dirigía.

El ansia de Orsine por conocer más cotilleos había sido más fuerte que su enfado. Se había acercado sigilosamente a las tres mujeres; consideraba esa clase de momentos la mejor parte de su trabajo, pues así, cuando volvía a casa tenía algo que contar a los vecinos.

—Eso que cuentas de la bici, ¿no fue delante de la puerta de Halikibe? —preguntó Baka-iri, sumándose a la conversación—. Me contaron que se trataba de un joven con el que había tenido una relación. Estaba tan enamorada de él que le regaló la bicicleta.

—¡Dónde se ha visto hacerle regalos a un hombre! ¡Esto es el mundo al revés! —exclamó Agutobo.

—La noche en cuestión, él, que estaba en Halikibe con su nueva amiguita, se comportó como si no conociera a Maxi Linder de nada —prosiguió Baka-iri—. Maxi le había pedido que bailasen juntos una vez más, por los viejos tiempos, pero como imaginarás ese joven no quería que lo vieran con ella, que jamás oculta lo que es.

—Pues bien que hizo él —dijo Dun Dun. Su mirada bizca recorrió la sala con intranquilidad.

Resultaba difícil imaginar cómo conseguía tantos clientes con semejante defecto. A lo mejor le tapaban la cara con una almohada... Orsine ya se lo imaginaba: Dun Dun desnuda entre las sábanas y un hombre encima de ella intentando mantener la almohada en su sitio mientras se la follaba. Le costó contener la risa. Por otra parte, debía admitir que Dun Dun tenía un cuerpo por el que más de un hombre estaría dispuesto a matar, por no mencionar que sabía vestirse de modo que resultara lo más favorecido posible.

—Maxi Linder alardea demasiado de ser una *motyo* —añadió Dun Dun—. Salvo mis clientes y compañeras, la mayoría de la gente no tiene ni idea de que me dedico a este trabajo. Saben que me gusta salir, pero eso es todo...

Impertérrita, Baka-iri continuó con su relato.

—Estaba tan ofendida que, al terminar, lo esperó fuera. Parece que no le dijo cosas precisamente agradables...

—Ya me lo imagino. En ese sentido, no vale un *tori* —intervino Orsine.

Tres cabezas se volvieron hacia ella al mismo tiempo. Los ojos de Dun Dun iban en todas las direcciones.

Orsine esbozó una sonrisa tonta.

Tras asegurarse de que nadie más escuchaba, Baka-iri prosiguió:

—Como él no reaccionaba, ella empezó a reclamarle la bicicleta.

De repente se la arrancó de las manos y la emprendió a patadas con ella. ¡Parecía poseída por un *obiya*!^[62] Cuando la destrozó por completo, y como aún no se había calmado, empezó a ordenarle que le devolviera la ropa que llevaba...

—Había sido muy generosa con sus regalitos —observó Agutobo entre risas ahogadas.

—... Si los presentes no lo hubieran impedido, el pobre chico habría vuelto a casa desnudo —concluyó Baka-iri.

—Si no te andas con cuidado, quien volverá a su casa desnuda serás tú —dijo de pronto con aspereza una voz de mujer.

Baka-iri, Agutobo y Dun Dun volvieron la cabeza al mismo tiempo que Orsine, a quien le dio un vuelco el corazón.

Maxi Linder había llegado detrás de ellas sin que lo advirtiesen. El pelaje blanco del caniche que meneaba la cola apretado contra sus piernas contrastaba con el aspecto resplandeciente de ella. Estaba en medio del bar, con las manos en jarras. Parecía el arcángel Lucifer. En el profundo escote del vestido rojo chillón lucía un *fayalobi* amarillo. El corpiño ajustado se convertía en una falda acampanada que le llegaba por encima de las rodillas.

—¡Putas baratas! ¿No tenéis nada mejor que hacer que meterlas narices en los asuntos de los demás? Y ni siquiera os lo puedo reprochar; al fin y al cabo, de algún modo tenéis que matar el tiempo.

Orsine se había alejado con prudencia hacia el otro extremo de la barra. No estaba en condiciones de permitirse el lujo de perder su empleo.

—Ya entiendo por qué estáis mano sobre mano. Con esa lengua de serpiente que tenéis, los clientes no deben querer ni veros. Por no hablar de las jugarretas que hacéis para robarles. ¿Veis este cuerpo? —Complacida, Maxi recorrió con las manos su silueta—. Vale una fortuna. Lo que obtengo con él no lo ganaréis vosotras ni en vuestros sueños más osados. No hacéis más que decir gilipolleces. Mientras os quedáis aquí chismorreando, yo me hago rica follando.

Los parroquianos seguían con tensa atención la escena que se desarrollaba ante sus ojos. En algunas caras se veía claramente que tenían ganas de alboroto. Una escenita así animaba un poco el ambiente y, por añadidura, existía la posibilidad de presenciar un striptease gratuito: cuando se peleaban, las mujeres solían arrancarse la ropa.

Baka-iri, Agutobo y Dun Dun no hicieron caso de las palabras de Maxi Linder: miraban al frente como si lo que decía no fuera con ellas.

Maxi Linder, que llevaba zapatos rojos con tacones de cuña, dio un paso adelante.

—Si quiero mimar a un hombre con regalitos, es asunto mío, ¡joder! Yo por lo menos tengo dinero para hacerlo. Vosotras ni siquiera estáis en condiciones de dar de comer decentemente a vuestros hijos.

Al oír aquello, Agutobo hizo una pedorreta y miró a Maxi de reojo.

Maxi montó en cólera y con una fuerza propia de un hombre tomó un taburete y

lo levantó por encima de la cabeza.

—¡*Mi Gado*, vas a matarla! —gritó Orsine.

Cundió el pánico. Agutobo, cuya expresión de terror era indescriptible, hizo un gesto defensivo, Baka-iri se arrojó al suelo y buscó resguardo debajo de la barra, y Dun Dun se protegió la cabeza con los brazos y salió del bar pegando alaridos. Alrededor de las mesas y a lo largo de la pared las sillas quedaron vacías; los parroquianos, deseosos de presenciar una pelea, se habían adelantado como un solo hombre para observar mejor el espectáculo.

Maxi dejó caer el taburete sobre el hombro izquierdo de Agutobo. Se oyó un ruido de madera que se astilla y la agredida saltó con un grito animal.

—¿Qué te he hecho? —preguntó.

—Hace tiempo que te he calado. Te advertí más de una vez que te mantuvieras lejos de mis fuentes de ingresos, pero tú, dale que dale rondando a uno de mis mejores clientes. Te voy a quitar esa mama de una vez por todas. —La mirada asesina no había desaparecido todavía de los ojos de Maxi, quien levantó lo que quedaba del taburete. Antes de que golpeará de nuevo a Agutobo, que sollozaba indefensa, el señor Kowalsky se interpuso entre ambas.

—Ya basta, Maxi —dijo con firmeza.

Maxi seguía tirando de los restos del taburete, pero el señor Kowalsky los sujetaba con tal firmeza que hubo de desistir de su intento.

—Orsine, llévatela atrás —ordenó, señalando con la cabeza hacia Agutobo, y volvió a dirigirse a Maxi—: ¿Quién pagará el taburete?

El *fayalobi* que Maxi llevaba en el escote comenzó a temblar. Maxi respiraba fatigosamente. Tenía gotas de sudor en el labio superior y las sienes, donde se veía latir las venas. En las axilas, grandes manchas de humedad destacaban, oscuras, contra el rojo de su vestido.

—No se preocupe. Un par de polvos me bastarán para reunir lo que cuesta —dijo ella cuando hubo recuperado el aliento.

Orsine se quedó sentada donde estaba, en silencio.

Izaak

Saramaccastraat, 1938

Al final del estrecho pasillo escasamente iluminado encontró la escalera que conducía a la planta superior. Sus pasos sonaron amortiguados sobre el linóleo amarillo. Ascendía por la escalera lentamente, con paso vacilante. Llegó a una antesala decorada de forma agradable. A diferencia de los pisos de la mayoría de las putas, el de Maxi no estaba iluminado con los *kokolampu*^[63] habituales sino con lámparas de gas. No debía preocuparse por llegar a casa por la noche apestando a aceite quemado...

La gran cama de caoba ocupaba casi toda la habitación. A los pies había un espejo de cuerpo entero. A lo largo de la pared frente a la ventana colgaban pulcramente en sendas perchas varios vestidos de vivos colores. Sobre el tocador, un surtido de tarros, tubos y frascos que habrían hecho las delicias de cualquier mujer —lavanda Yardley, esmalte de uñas Peggy, Eau de Quinine, colorete Radiant, polvos Sweetheart, carmín Ruby Red, crema Casanova— ofrecían, con su variedad de tonalidades y recipientes, un aspecto festivo. Junto al tocador colgaba una foto en blanco y negro de una Maxi Linder que reía feliz con su caniche blanco en brazos, ante la verja del templo de la Iglesia Reformada.

Maxi Linder estaba sentada en un diván tapizado de terciopelo rojo. En el suelo, a sus pies, los dos perros dormían tranquilos. Maxi se había maquillado los ojos de forma tan cuidadosamente discreta; el carmín que se había aplicado en los labios tenía el color de las cerezas maduras. Salvo por unas sandalias rojas de charol y un collar formado por tres sargas de rosas de pan de oro, iba desnuda. Tenía las piernas dobladas contra el pecho.

Pero había algo más. Izaak abrió los ojos como platos cuando vio el cigarro encendido entre sus piernas. Ante la visión del pubis de Maxi quedó como hipnotizado. Sintió que en las ingles la temperatura de su sangre se acercaba al punto de ebullición, tenía los nervios tan a flor de piel que el contacto con la ropa le resultaba insoportable. Se pasó la lengua por los labios, pero estaba tan seca como su garganta.

De pronto, ella cerró los ojos y echó la cabeza hacia atrás. Tensó los músculos del vientre. La brasa de la punta del cigarro se avivó y, para asombro de Izaak, una nubecilla de humo surgió del sexo de Maxi Linder.

Izaak dejó escapar un suspiro que era a la vez de dolor y deseo. Abrió la boca, sintió que se le aflojaban las rodillas y cayó en la silla que tenía detrás como si la vida lo hubiera abandonado.

Maxi Linder se quitó el cigarro del sexo.

—Esta representación no está incluida en el precio —dijo—. Si quieres que siga te costará otros cinco florines.

Con un solo movimiento bajó las largas piernas y le dirigió una mirada tan interrogativa como divertida.

Izaak no pudo articular palabra durante un par de segundos. Nunca antes había visto a una mujer dar muestra de semejantes habilidades. Que una visita a Maxi Linder constituía una experiencia difícil de olvidar no era nuevo, pero nada de lo que había oído acerca de ella lo había preparado para una representación tan excitante.

Flotaba sobre la ciudad un intenso olor pesado a tierra y follaje mojados. Una agradable brisa le acariciaba el rostro, y tal vez por ello no había exteriorizado la excitación que sentía en su interior. El polvo de la acera se le pegaba a los relucientes zapatos negros. Debido al fuerte chaparrón, la mayoría de la gente se había puesto a cubierto. Los postigos y puertas de las blancas casas que se alzaban a los lados del camino, pintados de verde, estaban cerrados a cal y canto. Aquí y allá, una raya de luz revelaba la presencia de una rendija.

Para su alivio, reinaba la calma. De vez en cuando pasaba un automóvil, pero había muy pocas probabilidades de que se encontrase con algún conocido.

A la luz mortecina de las farolas de gas, las putas esperaban a los clientes. Varias de ellas ya se habían dirigido a él, que cada vez había agachado la cabeza y se había echado el sombrero hacia adelante.

Izaak elevaba la vista al cielo con intranquilidad. Acababa de dejar atrás el sector de la calle en que estaban las tiendas, y si se echaba a llover ya no podría resguardarse bajo los balcones, pero el cielo era negro como el alquitrán y estaba tachonado de estrellas. Respiró aliviado. Por el momento no volvería a llover. La luna que se reflejaba en los muchos charcos que se habían formado en los baches de la calzada, parecía acompañarlo.

Al caer la noche comenzó a llover de repente. Era uno de esos *sibi busis*^[64] que iban acompañados de muchos truenos y relámpagos. Por un instante le pareció que tendría que quedarse en casa. Lo había invadido una sensación desagradable cuando su mujer levantó la mirada de la labor y dijo en tono de preocupación:

—Si sigue lloviendo así seguro que cancelan la reunión de esta noche.

Estaba confeccionando su enésimo tapete. Una vez terminado, acabaría sobre una mesa o algún respaldo. En su lugar para bordar, la luz de la lámpara de pie la tenía cautiva mientras se balanceaba suavemente en la mecedora.

Izaak se dobló más sobre los libros. Le costaba mucho concentrarse. Los números de los ingresos del día le bailaban ante los ojos.

—¿Cómo van las ventas? —preguntó ella, mirándolo de reojo sin dar reposo a la aguja—. Hoy ha habido mucho movimiento.

—Todavía no he hecho balance, pero por lo que veo hemos tenido un buen día.

Escuchó, nervioso, cómo amainaba la fuerza del temporal, El fragor de los

truenos sonaba cada vez más lejano. Izaak soltó un suspiro de alivio.

—¿Verás a los niños antes de irte? —Ella dio una puntada y miró con cara de desazón—. Trabajas demasiado. Has tenido un día muy ajetreado, y ahora esa reunión... ¿Volverás tarde?

Sin apartar la mirada de los números, él contestó:

—Ya sabes que esas reuniones de la asociación de comerciantes acaban muchas veces en largas discusiones. Vale más que no me esperes. —Sintió una creciente presión en el pecho. Miró de soslayo a su mujer. Con dedos temblorosos se desabrochó el botón superior de la camisa.

Algo más allá ladraba un perro. Debía de estar vigilando celosamente su territorio. ¿O acaso reaccionaba ante el olor de una perra en celo? A pesar de que se sentía incómodo no pudo evitar reír para sí. También él iba esa noche tras el olor de una hembra en celo.

Hacía un par de días se había encontrado a Maxi Linder en el Cosmopolitan de Malibatrumstraat. No era la primera vez que la veía, pero nunca había estado tan cerca de ella.

Cuando entró en el bar le sorprendió el ambiente tenso que se respiraba. Detrás de él, un marinero le contaba a otro que Maxi Linder acababa de romper un taburete sobre una de sus colegas.

Cuando ella se le acercó y le preguntó sin preámbulos si terna dinero para un whisky, él estaba apoyado, no demasiado a sus anchas, contra la pared al lado de la entrada. Se llevó maquinalmente las manos a los bolsillos. A modo de agradecimiento ella le obsequió con la sonrisa más radiante que jamás mujer alguna le había dedicado; luego, sin decir palabra, se volvió y regresó junto a la barra.

El cálido sonido de su voz grave siguió resonándole en los oídos como un tango sensual. En los ojos de Maxi vio arder un fuego cuyas llamas ejercieron sobre él el efecto de un filtro amoroso. Bebió un sorbo de su vaso, aun cuando deseaba vaciarlo de un trago. La sangre recorría sus venas como un *draiwinti*^[65] y fluía por su sexo proporcionándole un calor agradable.

Ella estaba junto a la barra, de espaldas a él. Apuró de una vez el contenido de su copa. El caniche blanco dormía tranquilamente a sus pies, como si la algarabía que lo rodeaba no lo afectasen. Maxi ni siquiera se había tomado la molestia de atarlo.

Por detrás su vestido tenía un profundo escote en forma de V. A cada movimiento de sus brazos se hacía perceptible la forma de los músculos de su espalda descubierta. Izaak miró con admiración la piel, tan brillante como una *awara*^[66] que hubiera frotado contra la manga. El vestido rojo ceñía estrechamente sus pechos. Izaak la miraba como si nunca hubiera visto a una mujer.

Conocía muy bien la reputación de Maxi, que no hacía nada por ocultar la fuente de sus ingresos. El que la vieses con ella en público le acarrearía serios problemas.

Era propietario de un acreditado comercio de telas y ropa femenina, y por lo tanto muchos lo conocían en la ciudad. Ya había corrido un riesgo al entrar en el Cosmopolitan después de visitar la sinagoga. Una mano invisible parecía haberlo empujado hacia el local.

Desde que, siguiendo leyes consuetudinarias, se había casado con una mujer de su propia confesión, sólo podía satisfacer su predilección por las mujeres negras pagando a prostitutas como Maxi Linder. Por prudencia, siempre había buscado consuelo en mujeres que no hicieran alarde de su fuente de ingresos (adicionales).

Maxi seguía de espaldas a él. ¿Cómo haría para liarse con ella sin que se notara demasiado?

De pronto, ella pareció leerle el pensamiento: se volvió y echó a andar hacia él con paso firme, mirándolo fijamente, en actitud amenazadora y a la vez deseable.

Un sudor frío recorrió su espalda. Sintió el paladar tan seco como la corteza de un coco, mientras la tormenta que se había desatado debajo de sus pantalones adquiría proporciones cada vez mayores.

—Bien, ese whisky ha apagado las primeras llamas —dijo ella—. Veamos si también eres capaz de apagar las otras. Porque lo que tengo entre las piernas está que arde —añadió cuando estuvo delante de él al tiempo que se señalaba la ingle. Echó la cabeza hacia atrás con coquetería. Sus carcajadas resonaron en el local. A Izaak le cojió apartar la mirada del lugar donde el *fayalobi* amarillo desaparecía en su escote. Sudaba a mares y, presa del pánico, miró alrededor.

—Parece que no te sientes cómodo —dijo ella, divertida—. ¿Quedamos dentro de media hora en mi casa?

Izaak sentía un nudo en la garganta que le impedía hablar. La miró con los ojos muy abiertos, igual que la primera vez. Si no se contenía la tomaría allí mismo, sobre el sucio suelo del bar.

—Vivo en Saramaccastraat —continuó Maxi Linder—. En Bigi Spikri, encima de la sastrería.

—No hay nada que desee más que estar contigo, pero, si esta noche voy a tu casa tendré un problema en la mía —balbuceó él.

—Todos los que me conocen saben que es lo último que pretendo. Si mis clientes tienen problemas en sus casas, los pierdo. Dime cuándo te va bien —pidió ella en tono comprensivo.

—¿Te parece bien dentro de dos días? —Izaak volvió a mirar alrededor, esta vez tímidamente.

—¿A qué hora, querido?

—A las ocho...

—De acuerdo. Dejaré la puerta entornada, así no tendrás que quedarte fuera esperando. Es la puerta lateral, una vez que entras en la finca.

—Gracias —dijo Izaak con un hilo de voz.

—Tú deja que sea Maxi quien piense. Conozco los problemas de mis clientes. No soy una *motyo* cualquiera.

Izaak miró una vez más alrededor. Era hora de poner fin a la conversación. Pero Maxi aún no había terminado.

—Antes de que me olvide. En cuanto a la tarifa: *didon*, dos florines con cincuenta, *afu skoinsi*^[67], un florín con cincuenta, y *bak'pun*^[68] un florín.

Sin esperar respuesta, giró sobre los talones. El olor dulce e intenso del perfume Héliotrope quedó flotando como una mano acariciadora. Cuando se sacó el pañuelo para enjugarse el sudor del cuello y la frente, a Izaak le temblaban las manos. Ardiente de deseo, miró la espalda erguida de ella, junto a la barra. Una corriente cálida llena de promesas dulces y sensuales fluía por sus venas. Valía más que se fuera, antes de que cambiara de idea.

Con el sombrero calado casi hasta las cejas y la barbilla hundida, Izaak se acercaba a la casa de Maxi Linder.

Desde cierta distancia ya le había llamado la atención el ajeteo que había en Bigi Spikri. Las risas y charlas de las *motyos* reunidas en la acera se oían de lejos. Algunas mujeres incluso estaban sentadas en el suelo; sus pipas y cigarros relucían en la oscuridad. Izaak había dado por supuesto que tras el chaparrón encontraría pocas mujeres, pero parecía que, por el contrario, el frescor de la tarde las había echado a la calle, como si estuviesen convencidas de que esa noche muchos hombres buscarían el calor de sus cuerpos.

Izaak se hundió aún más el sombrero y clavó más todavía la barbilla en el cuello. Las putas que hacían la calle en Bigi Spikri eran famosas porque ventilaban ruidosamente sus opiniones sobre el aspecto de los hombres que pasaban. A los que a sus ojos iban bien vestidos no paraban de echarles piropos, de modo que aquellos a quienes no les hacían caso podían deducir que no eran lo bastante elegantes. Por algo ese tramo de calle se llamaba Bigi Spikri.

Ésas eran las mujeres que lo habían tenido preocupado toda la noche; a algunas las conocía, ya que más de una vez había satisfecho con ellas sus necesidades. Si veían que iba a la casa de Maxi Linder corría el peligro de que lo metiesen en problemas algún día.

Sin embargo, los dioses lo favorecían. Aparte de algunos silbidos y gritos, consiguió llegar a la casa de Maxi Linder sin que le arrancaran la ropa.

No había esperado que viviese en una finca tan grande. Observó con asombro que llegaba hasta Timmermanstraat. Detrás de la casa delantera había dos filas de casitas, con un albañal en medio. Las viviendas eran tan pequeñas que no que habría sido impropio llamarlas «chozas».

El olor a podrido del albañal llegaba hasta él. Un perro flaco estaba tendido

delante de la escalerilla que conducía a una de las casitas. Aburrido, el animal levantó la cabeza sarnosa y miró a Izaak con los ojos entornados. Detrás de la oreja izquierda tenía una herida ulcerosa. Se rascó con la pata delantera y volvió a apoyar la cabeza en el suelo.

De otra de las casitas salió un hombre. La luz que escapaba por la puerta abierta hizo relucir su blanco uniforme. Al observar que llevaba polainas Izaak dedujo que se trataba de un soldado holandés. El hombre le dijo algo a una mujer que apareció detrás de él. Ella le arregló el cuello del uniforme mientras se oía una risa cercana que acentuó aún más el aspecto melancólico del lugar. Luego el soldado pasó con largas zancadas junto al perro sarnoso, que levantó la cabeza con expresión soñolienta.

—¿Quieres que siga, o pasamos a la oferta habitual? Como te dije: *didon*^[69], dos florines con cincuenta; *afu skoinsi*, uno con cincuenta, y *bak'pun*, un florín. —Se levantó. Del respaldo del diván tomó una tela azul de brocado y se la anudó justo por encima de los pechos.

—*Yongu*^[70], Maxi, ¿por qué paras de forma tan brusca? —preguntó Izaak indignado. ¿Cómo era capaz de negarle la visión de ese cuerpo divino? Tuvo que hacer un esfuerzo para no arrojarse sobre ella y arrancarle la tela.

—Siempre comento las tarifas por adelantado. Así, luego no hay malentendidos, queridito —explicó Maxi mientras le acariciaba la cara con el cigarro.

Izaak percibió el olor de su feminidad mezclado con el aroma del tabaco y sintió un temblor que empezaba en el cuello, bajaba por las vértebras y terminaba en las ingles. La agarró con rudeza por las piernas. A través de la tela notó la tibieza de sus tersos muslos. Trató de acercarla a él, pero Maxi se libró de su presa con un solo movimiento.

—¿El señor ya ha decidido qué plato del menú pedirá?

Él alzó la mirada hacia ella, en cuyos ojos ardía la misma llama que lo había conducido al éxtasis dos noches atrás.

—Tus precios son altos —tartamudeó.

—Comparados con lo que ofrecen esas chicas baratas, son una ganga. Conmigo le sacas el jugo a tu dinero, y tienes la certeza de que no te llevarás a casa ningún regalito desagradable... Me hago revisar todos los meses.

Izaak ya había sacado el monedero. Contó dos veces el dinero y se lo entregó a Maxi Linder, que contó los billetes y con una sonrisa dijo:

—Siete florines con cincuenta. El señor elige el paquete más caro. —Con lentitud enervante se desanudó la tela que la cubría y dejó que se deslizara hasta el suelo, donde formó una nube azul en torno a sus pies, que contrastaba de forma llamativa con el rojo de los zapatos.

Izaak contempló las brillantes y esbeltas piernas. El negro y rizado vello del pubis estaba rasurado en forma de triángulo. Tenía el vientre apenas combado, y, en el

medio, el hoyuelo del ombligo subía y bajaba suavemente con su respiración.

Izaak tuvo que contenerse para no tirar de ella hacia sí de inmediato. Ya que había pagado, quería tomarse su tiempo para disfrutar de tanta belleza.

Los pechos eran firmes y erguidos, pero no demasiado grandes. La piel se tensaba sobre las clavículas. Dio unos pasos atrás y se tendió en el diván; sus ojos oscuros lo mantenían encandilado.

De una caja que había sobre la mesita auxiliar, sacó un nuevo cigarro y lo encendió.

—Desnúdate y quédate donde estás —susurró mientras bajaba la mano en que sostenía el cigarro.

Izaak comenzó a desabotonarse la camisa con dedos temblorosos. La tela, empapada de sudor, se le pegaba a la espalda. Se quitó la camisa por encima de la cabeza, sin terminar de abrirla. Al desabrocharse la bragueta sintió a través de la piel que su sexo se hinchaba. Se deshizo de los pantalones con un par de patadas. Sus ojos no se apartaron ni por un instante del sexo fumador de Maxi. Dejó escapar un profundo suspiro y apoyó la espalda húmeda contra el respaldo de la silla.

Fuera, en Bigi Spikri, resonaban las voces de las mujeres. Los muebles de caoba, el aparador repleto de piezas de cristal, porcelana y cerámica, el espejo sobre su pie, el gramófono con la bocina de cobre, todo desapareció como tragado por una bruma. Maxi Linder, en su diván rojo, llenaba por completo la habitación.

La luz amarillenta de la lámpara de gas que había sobre la cama teñía de dorado la piel de Maxi Linder. Estaba tendida entre las sábanas con los brazos en cruz. Tenía las rodillas juntas, levemente alzadas. Esbozó una sonrisa invitadora y la luz de la lámpara se reflejó en las dos muelas de oro que le embellecían la boca. Su escultural cuerpo negro destacaba con nitidez sobre las sábanas blancas. Era la Afrodita de Surinam.

Izaak, que se encontraba al lado de la cama, la contemplaba arrobado. Era incapaz de recordar el número de putas con que había estado, pero nunca se había enfrentado a una tan extraordinaria como la que tenía delante. Esa mujer era capaz de hacer que cualquier tipo enloqueciera lo suficiente para sacarla de esa vida.

—¿A qué esperas? Has pagado por el paquete más caro, y lo de antes no era más que el principio. No me irás a decir que ya te has corrido, ¿verdad? Venga, no te quedes ahí mirando, que hay trabajo que hacer. —Se irguió, seductora, tendió los brazos hacia él y de un leve tirón lo invitó a tenderse sobre su cuerpo de diosa.

Asombrado, Izaak comprobó que la piel de Maxi era suave al tacto. Un instante antes le había parecido una escultura, y de pronto percibía el calor de su sangre y de su carne.

—Tu piel es como la seda —le susurró al oído.

—Soy toda tuya. ¿A qué esperas? —murmuró ella con voz ronca, y le mordisqueó el lóbulo de la oreja izquierda.

Izaak se estremeció y aspiró el embriagador perfume de su piel. Se sentía como si

estuviese bajo un árbol de *mope*^[71] que esparcía sobre el suelo sus fragantes frutos anaranjados. Acarició con ternura sus pechos, que semejaban dos *pomeraks*^[72] en sazón, y lamió lentamente los huecos de las clavículas. Una vena latía con fuerza en su cuello. Maxi notó que se le endurecían los pezones, y tras cruzar las piernas sobre la cintura de él, apretó con fuerza. Él la penetró muy despacio. Los movimientos de ambos se acompasaron.

Él levantó la cabeza y miró el reflejo de sus cuerpos amantes en el espejo que había a los pies de la cama. El olor de almizcle y *mope* maduro lo llevaba al límite de su resistencia. Sintió que toda su energía confluía en sus ingles. Gruñendo, se derramó dentro de ella.

Maxi había abierto la ventana de la sala que daba a la calle. Las sonoras voces de las mujeres entraban con las ráfagas de viento fresco.

Izaak, ya vestido, estaba sentado en el sofá, con el brazo derecho extendido sobre el respaldo; en la mano izquierda sostenía un cigarrillo. Maxi Linder se hallaba delante de él, de nuevo cubierta con la tela azul.

—Eres increíble —dijo Izaak.

—¿Increíble? —Maxi frunció el entrecejo.

—Inigualable. Es la primera vez que no tengo ganas de salir huyendo cuando se ha terminado.

—Ya te advertí que no se me puede comparar con esas que hacen la calle en Paramaribo —dijo ella con un brillo picaro en los ojos—. Soy una profesional que se toma en serio su trabajo —añadió en tono desafiador.

—No tengo nada que objetar —repuso él entre risas.

Ambos permanecieron callados por un instante.

De pronto oyeron que una puerta se cerraba de golpe. Izaak dirigió a Maxi una mirada inquisidora.

—Debe de ser un cliente de alguna de las chicas —dijo ella—. Les alquilo las casas de la finca. Muchas de ellas guardan en secreto que se dedican a esto. Así pueden recibir a sus clientes en un lugar seguro.

—Muy cómodo, justo en Bigi Spikri. ¿Por eso has alquilado esta parcela?

—Ja, ja, ja. ¿Cómo se te ocurre? Esta parcela es mía. De niña vivía en la casa que da a Timmermanstraat. Mi madre todavía vive allí. —¿Te refieres a la casa grande que hay al fondo de la finca?

—Eso depende del lado de la finca en que te encuentres. Visto desde el otro extremo, la que vive al fondo de la finca soy yo. Ja, ja, ja...

—No me imaginaba que aquí hubiera parcelas tan largas. Ésta debe de valer una fortuna.

—Es el seguro para mi vejez. Junto con la parcela que está dos fincas más allá.

—No sólo eres una chica preciosa, sino también lista.

—Ja, ja, ja. *Don't flatter me, honey!*

Hacía mucho tiempo que Izaak no se sentía tan bien. El deseo de estar

nuevamente con ella lo enardeció.

—Quiero verte más a menudo.

—Vaya sorpresa —dijo Maxi con una sonrisa.

Estaba claro que ella lo tenía a su merced, pero a él no le importaba, pues consideraba una victoria el que aceptara seguir viéndolo.

—¿Qué te parece repetir esta velada una vez por semana? —propuso Izaak, mirándola fijamente.

—No me parece mal. Conoces mis tarifas. Podría pasar regularmente por la tienda para concertar una cita.

—¡No, no! ¡Mantente lo más lejos posible de la tienda! —La sola idea le producía pánico.

—Está bien, no te pongas así, *kis'yu blo*^[73]... ¿Por quién me has tomado? ¿Crees que voy a matar a la gallina de los huevos de oro?

Izaak soltó un profundo suspiro, intentado tranquilizarse.

—¿Tienes otra propuesta? —preguntó—. Las mujeres sabéis manejar mejor estos asuntos.

—¿Qué tal si nos viésemos todos los viernes?

—El viernes es imposible, pues con la puesta de sol comienza el *sabbath* y he de ir a la sinagoga.

—¿Y el jueves?

El jueves estaba bien, pues por la noche no tenía ninguna ocupación especial. Sólo debía pensar en una excusa para dar en su casa. Pero disponía de toda una semana, ya se le ocurriría algo...

—El jueves, de acuerdo —dijo con una amplia sonrisa.

—Como esta noche, dejaré la puerta entreabierta para ti.

—Muy bien. Ahora he de irme. Gracias por una noche inolvidable. Y, por cierto, ¿dónde aprendiste a fumar puros? Ja, ja, ja...

Descendieron juntos por la escalera. Cuando estuvieron abajo, Maxi Linder se apretó suavemente contra él.

Otra vez aquel olor a *mope* maduro.

—*Swit' kontrentyi, te yu go yu sa kon baka*^[74] —le susurró ella al oído.

Fuera lo recibió una brisa agradable. A esa hora tardía el aire era más fresco aún que al caer la noche. Se echó el sombrero hacia adelante para ocultar su rostro. La puerta se cerró a sus espaldas con un sonido apagado.

Al otro lado de la calle había tanto ajetreo como si fuese pleno día.

De regreso a casa anduvo por las calles vacías de la ciudad. Así era como más le gustaba. Nada de gente ni tráfico caótico. A la agradable luz de las farolas de gas, que al llegar la mañana se apagarían una a una, pasó revista a la noche.

«*Swit' kontrentyi, te yu go yu sa kon baka*». La cálida y profunda voz de Maxi

Linder todavía resonaba en sus oídos. A pesar del viento frío aún sentía en la oreja el calor de su aliento. Ella tenía razón: volvería. No había duda.

DOS
1941-1944

Louisa

Waterkant, 1941

La víspera del 26 de noviembre, las magníficas casas de los mercaderes y comerciantes, que configuraban el rostro de la ciudad desde el río Surinam, mostraban su opulencia en la noche sin viento. Las construcciones más hermosas, entre ellas el imponente palacio del gobernador, se alzaban en la zona comprendida entre el edificio de Pesos y Medidas y la Oranjeplein. En el paseo, al abrigo de los almendros que se alineaban frente a las casas, una muchedumbre que incluso ocupaba la cuidada franja de césped, un área por lo general vedada a los transeúntes, observaba fijamente los tres buques de guerra americanos en medio del río.

Louisa no recordaba haber visto unos barcos tan grandes en toda su vida. Al parecer, también en ellos había mucho trajín. Según le habían contado, esa mañana los gigantescos buques habían remontado inesperadamente el Surinam. Al principio habían temido que fueran barcos alemanes y había cundido el pánico entre los ciudadanos. En las últimas semanas, los rumores sobre la posibilidad de que también allí estallara la guerra habían sido cada vez más insistentes. Algunos ciudadanos alarmados habían fundado una asociación llamada «Surinam vigila», con el propósito de despertar en la conciencia pública la idea de que el país debía estar preparado para el combate. Un par de semanas atrás, el gobernador Kielstra había pronunciado un discurso por radio para preparar a la gente ante la eventualidad de la guerra. El sesenta y cinco por ciento de la producción mundial de aluminio procedía de Surinam, de manera que el país era el principal proveedor de un producto de capital importancia para la industria aeronáutica y, por lo tanto, para la industria bélica. También anunció que el Gobierno iniciaría la construcción de refugios antiaéreos públicos destinados a las personas que se hallaran en la vía pública. Para uso particular, cada uno tenía que construirse su propio refugio. Como precaución, todos los súbditos alemanes fueron internados en la Jodensavanne, junto con los simpatizantes del nazismo. La quilla del *Goslar* surgía de las aguas turbias del río Surinam como un mal presagio. Se trataba de un carguero alemán que había estado amarrado en el puerto de Paramaribo a principios de la guerra y cuya tripulación lo había hundido en el río después de que los surinameses lo confiscaran. En enero habían intentado reflotarlo. El día 6 de ese mismo mes había llegado el *SS Killinger*, enrolado en Jamaica, para que realizara las tareas de salvamento. Sin embargo, todos los esfuerzos fueron en vano: el *Goslar* se hallaba demasiado hundido en el fangoso lecho del río, y después de algunas pruebas renunciaron a las tareas de reflotación.

Muy pronto el pánico se convirtió en entusiasmo cuando vieron ondear en los barcos la bandera americana. La noticia de su llegada había corrido como reguero de

pólvora. Al atardecer, todos los habitantes de la ciudad parecían haberse dado cita en la Waterkant.

Louisa, que trabajaba de dependienta en Van der Voet, se había unido a la muchedumbre en cuanto cerró el establecimiento y logró ocupar un sitio frente a la entrada de los terrenos de la KNSM. Apoyada en uno de los gruesos pilares de madera de una de las viviendas, logró resistir el ímpetu de la multitud que pugnaba por alejarla de su puesto.

Miró alrededor con la esperanza de encontrar alguna cara conocida. En efecto, entre el tumulto halló a varias *motyos*. Baka-iri circulaba arriba y abajo, abriéndose paso a empujones, y de vez en cuando se detenía para charlar con una compañera. Resultaba prácticamente imposible evitarla, embutida en un vestido amarillo canario: no había modo de esquivarla. Faantje Bigi-sensi, que debía su mote a que muchas veces trabajaba por debajo del precio normal, llegó del brazo de una colega a la que, a escondidas, llamaban «También Come Plátanos Holandeses».

En la esquina del edificio de Pesos y Medidas, Glady Glad mantenía una animada conversación con un soldado holandés. Como era habitual en ella, se expresaba con vehementes gestos. En cuanto al tamaño de sus nalgas, no tenía nada que envidiar a Baka-iri. Más aún: superaba con creces a su colega. Sin embargo, a diferencia de Baka-iri, la orondez de su trasero no le sentaba mal. Lo llamaba, orgullosa, su «marca comercial» y se vanagloriaba de ser capaz de excitar a cualquier hombre con el bamboleo de sus caderas. Dominaba el arte de menear las nalgas mientras mantenía inmóvil el resto del cuerpo. Ese simple truco bastaba para que los hombres echaran mano a la cartera.

Tenía otro mote, del que también se enorgullecía: «Carlos Alberto». Ese título honorífico se debía a su popularidad entre los marineros venezolanos.

Para ir al trabajo, Louisa pasaba cada día por las calles donde las putas ofrecían sus servicios, por lo que no les era desconocida e incluso charlaba de vez en cuando con algunas de ellas. Maxi Linder era su favorita.

Aquel día todas ellas contemplaban el río con esperanza e impaciencia.

—¿Habías visto alguna vez unos buques tan grandes? —le preguntó Baka-iri con voz llena de respeto a Mie Loto, una putita de tercera que estaba a su lado—. ¡Imagínate la de hombres que deben de viajar en un barco como éstos...!

—¡Y no ha llegado uno, sino tres! *Wan tak libi e kon bogo bogo!*^[75] ¡No nos va a faltar el trabajo! Cuando esos barcos hayan descargado, en la ciudad habrá más juerga que cuando los perros están en celo —comentó Mie Loto en un arrebatado de entusiasmo.

Louisa respetaba a esas mujeres. La actividad que desempeñaban para ganarse la vida no era en absoluto sencilla. Muchas mantenían a toda su familia y, en algunos casos, el barrio en el que vivían también obtenía algún provecho del comercio que

realizaban.

Cada mañana daba gracias a Dios de rodillas por haberle procurado ese empleo en Van der Voet. No era nada fácil encontrar trabajo. A fines de la década de los treinta habían cerrado muchas plantaciones y una auténtica riada de mujeres llegó a Paramaribo en busca de una forma de ganarse el sustento. Sin embargo, muchas de ella sólo encontraron trabajo en las esquinas.

Enfrente, en la entrada de la KNSM, circulaba un buen número de coches, mientras soldados holandeses y milicianos surinameses mantenían la calzada despejada. La gente se apretujaba, impaciente. Nadie sabía qué estaba pasando: aún no habían informado oficialmente de la llegada de los militares. A las siete y media llegó, despacio, el coche del gobernador. La multitud se apartó de mala gana, temerosa de perder el sitio.

Un agente de policía que estaba al lado de Louisa comentó que los soldados desembarcarían a las ocho y que el gobernador Kielstra los recibiría con un discurso de bienvenida. Después se irían en tren a un campamento de Zanderij.

—¿Por qué no vas al otro lado? Allí verías mejor lo que ocurre. —La voz que tan repentinamente la había sacado de su ensimismamiento era, sin lugar a dudas, la de Maxi Linder. Louisa no la había visto acercarse. Había estado mirando al otro lado, hacia el lugar donde el gobernador Kielstra y su esposa descendían del automóvil—. ¿O acaso has visto algún antiguo *pei*^[76] con el que prefieres no encontrarte? —Maxi le dio un golpecito amistoso en el hombro.

—Maxi, *fa y'e go*?^[77]

—¿A mí? Como a los cojones de un perro.

—¿Qué? —preguntó mirando a Maxi con cara de extrañeza.

Pero bueno, ¿es que nunca te has fijado en los cojones de un perro cuando anda? Esa cosa se les menea sin parar de un lado a otro. Pues lo mismo ocurre con mi vida.

—¡No será para tanto! —Apartó un poquito a Maxi y comentó—: Hacía tiempo que no nos veíamos. Deja que te admire. —Observó a Maxi de arriba abajo con fingida envidia.

Maxi dio una vuelta completa para ella. Llevaba un vestido camisero de color arena, cuya falda, siguiendo la última moda, le llegaba justo por debajo de las rodillas. Remataba el conjunto una boina, a juego con el vestido, que lucía ladeada con descaro.

Louisa sólo había visto esos modelos en las revistas femeninas americanas. Maxi siempre era la pionera en todas las modas y la que introducía los nuevos colores cada temporada. Si por la mañana exponían en la tienda una pieza de tela nueva, por la noche Maxi iba vestida con ella.

—Como siempre: estás hecha un primor. Por cierto, ¿cómo está tu madre? ¿Sigues visitándola?

—Paso por su casa siempre que puedo. Por suerte aún cuenta con la señora Trude, que nunca le hace ascos a una buena conversación.

—¿Te refieres a esa vieja que está a su lado en el mercado? ¿Esa criticona? En fin, así al menos no le faltará compañía.

De pronto notó en las piernas un roce húmedo y reparó en *Blackie* y *Bello*, que daban vueltas a su alrededor meneando la cola. Había estado tan pendiente de Maxi que no se había fijado en ellos.

Los caniches se los había regalado uno de los oficiales del *Nordvangen*, de Noruega. Maxi no salía de casa sin ellos.

Louisa intentó disimular el miedo.

Un perro la había mordido siendo ella una niña y desde entonces no los soportaba.

Como si supiera el temor que le inspiraban, Maxi se inclinó y agarró a los animales por el cuello.

—¿Es que no tenéis modales? Haced el favor de quedaros sentaditos mientras charlo con mi amiga.

Dóciles, *Blackie* y *Bello* se echaron a los pies de Maxi y la miraron con expresión de fidelidad en sus grandes ojos.

—No te asustes: son los perros más cariñosos del mundo, no harían daño ni a una mosca.

—Desde luego, últimamente no se te ve el pelo, Maxi.

—Chica, ¡estoy tan ocupada! Es como si de repente todos quisieran probar un pedacito de Maxi. No me extraña; cuando llevas tus asuntos con seriedad, es normal que te hagas famosa.

—¿A qué te refieres?

—Las cosas como son: si follas bien, la noticia vuela de boca en boca.

—Maxi, ¡eres incorregible! —exclamó Louisa entre risas—. Sólo tú puedes soltar semejante barbaridad. No me dirás que ahora no puedes ni salir a la calle sin que te abrumen los clientes.

—Así es. En un momento dado decidí recibir a los clientes en casa en lugar de hacerlo en cualquier hotelucho o en un descampado. Ahora recibo a muchos hombres de buena posición. Así es más seguro para ellos: no es necesario que se muestren en público con una *motyo*. ¡Si te dijera los nombres no te lo creerías! Aunque no pienso soltar prenda: la discreción es una de mis virtudes.

—Por cierto, ¿cómo está ese amante tuyo? —preguntó Louisa, y soltó una carcajada.

—¿Amante? ¿A cuál de ellos te refieres? Tengo más de cien. —Maxi entornó los ojos con inocencia.

—Ese tal Marius Menten. ¿No erais tan buenos amigos? —Louisa no paraba de reír.

Maxi la miró con expresión de asco y disgusto, y acto seguido soltó una escandalosa carcajada.

Faantje Bigi-sensi observaba a Maxi desde una distancia prudencial, incapaz de disimular la envidia. Cuando se percató de que Louisa la había descubierto,

retrocedió un paso y se perdió por entre la muchedumbre.

—¿Vamos al otro lado? Así lo veremos mejor. Cuando lo cuentes tendrás que decir la verdad. Con tanto movimiento en la calle habrá muchos testigos. Ven, crucemos.

—Ay, no, hay demasiada gente. Aquí por lo menos estamos tranquilas. Si me pongo de puntillas veo bien —objetó Louisa. —Oye, recuerda con quién estás. Por mí no sólo se quitan encantados los pantalones, sino que también se quitan de en medio. Aquí delante hay algunos soldados que estarían dispuestos a pagar lo que fuera por gozar de mis favores. Ya verás como encontramos un sitio en primera fila. Ven —ordenó Maxi en un tono que no admitía réplica. Le dio el brazo a Louisa, que se dejó arrastrar con docilidad.

En cuanto echaron a andar, los perros se levantaron y las siguieron, meneando la cola. El pequeño grupo suscitó un buen revuelo, y la gente se apartaba a su paso.

No era de extrañar que Maxi atrajera todas las miradas, no sólo por su archiconocida reputación como *motyo*, sino por la excentricidad de su atuendo. Por otra parte, tampoco era habitual que una mujer saliera a la calle escoltada por dos perros. Que ella recordara, eso sólo ocurría en el cine.

La propia Maxi gozaba de la atención que suscitaba. Irguió aún más los hombros, echó la cabeza atrás y esbozó una enigmática sonrisa. Con este aspecto, no resultaba sorprendente que los marineros y los soldados holandeses le otorgaran el cariñoso mote de «la Perla Negra de las Occidentales».

—¿No tienes miedo de que se hagan una idea equivocada de ti si te ven en mi compañía?

—Maxi, me importa un comino lo que piense la gente. Por suerte, no me veo obligada a vender mi cuerpo para ganarme el sustento. Sin embargo, te diré una cosa: si no quedara más remedio, preferiría dedicarme a eso antes que a robar o matar.

Maxi Linder soltó una carcajada que resonó por encima de la multitud.

—Ay, chica, ¡eres un encanto! Por eso me gustas tanto. Sabes que no tengo muchas amigas, pero contigo me siento a mis anchas. Siempre tienes la palabra apropiada. Y, además: no me haces la competencia.

—¿Que no te hago la competencia? ¡Yo no estaría tan segura! En caso de necesidad, no sé yo lo que decidiría —bromeó.

—En ese caso pásate por casa, que te daré algún consejo. Los clientes cada vez son más exigentes —respondió Maxi, siguiendo con la broma—. Siento curiosidad por el discurso del gobernador —dijo, cambiando de tema—. Un amigo me ha comentado que el gobierno holandés en Londres no aceptaba que los americanos vinieran aquí. Discrepaban sobre quién debía estar al mando de las tropas. Los holandeses sólo estaban dispuestos a autorizar su presencia si les daban el mando sobre las tropas americanas.

—No creo que los americanos toleraran estas condiciones.

—Claro que no. Y se han mantenido firmes. Yo creo que tienen miedo de que los

americanos se queden con el poder aquí.

—Ese amigo tuyo debe de ser muy importante, si dispone de una información tan *bere*^[78].

—¡Pues claro! Ya te he dicho que no soy una *soso boto*^[79].

—¿Tú crees que habrán llegado a un acuerdo?

—Supongo que sí. De lo contrario, esos americanos no estarían aquí. Mi amigo me dijo que instalarían el cuartel general en la Waterkant. ¿Sabes que los periódicos alemanes han protestado contra la llegada de los americanos a nuestro país?

—¿Ah, sí? Por lo visto nuestro pequeño país tiene su importancia en el terreno internacional.

—Y todo por un poco de tierra roja...

Gracias a la ayuda de un oficial holandés consiguieron un sitio en la tarima del terreno de la KNSM, justo delante del gobernador y su esposa. Los demás lugares estaban ocupados por diputados de los Estados Generales y otras personalidades relevantes de la sociedad.

—Me he acostado con más de la mitad de los hombres aquí presentes —susurró Maxi al oído de Louisa.

—¿Más de la mitad? Y yo que los tenía por unos caballeros decentes.

—¡Vaya, como si yo no fuera decente!

¿Cómo debían de sentirse esos hombres, tan cerca de Maxi Linder y en presencia de sus esposas? Ninguno la había saludado, y ella tampoco había hecho seña alguna.

—¿También has estado con el gobernador? —preguntó Louisa.

—¿Con el gobernador? Aunque fuera así, no te lo confesaría. Todos mis clientes saben que pueden contar con mi absoluta discreción.

—Venga, Maxi, no seas tan estricta. ¿Con cuáles de estos hombres te has acostado?

—He dicho que no, y es que no.

Los músicos de la banda de jazz de Coveira estaban instalando los instrumentos en el muelle, cerca del agua.

Ante la tarima, soldados y milicianos iban y venían en un derroche de actividad. Se gritaban órdenes una y otra vez, mientras desfilaba otro pelotón, con los fusiles apoyados al hombro y apuntando al cielo sembrado de estrellas, las botas brillantes como espejos marcando el paso sordamente sobre el empedrado del patio.

Ya eran las ocho menos cuarto. La actividad del muelle se hizo frenética.

El oficial que les había proporcionado su sitio a Louisa y Maxi les había asegurado que los americanos desembarcarían a las ocho, con la esperanza de que a esa hora ya no hubiera tanta gente.

—Eso es que no conocen a la gente de Paramaribo —le había dicho Louisa a

Maxi—. En esta ciudad nunca pasa nada, de manera que todos están deseando cualquier cambio de la rutina cotidiana. Los chismorreos circulan a tal velocidad, que no es preciso que una noticia se difunda por la radio o en los periódicos para que todo el mundo esté al corriente.

Se levantó una suave brisa, procedente del río. Las señoras se apretaban los pañuelos contra la nariz para protegerse del cenagoso hedor que emanaba de las aguas. Sobre la tarima flotaba una mezcla de perfumes diversos, incapaz por otra parte de desplazar el desagradable olor del río.

—¡Quién habría imaginado que algún día íbamos a tener una compañía tan fina! De haberlo sabido, me habría pasado antes por casa para ponerme algo decente. ¡Fíjate en los vestidos de esas señoras tan distinguidas...! ¿Has visto con qué desprecio nos miran algunas? —señaló Louisa.

—¿Distinguidas? ¡Distinguidas, *mi mars!*^[80]

Varias cabezas se volvieron hacia ellas y Louisa le dio un codazo a su amiga. Sin embargo, era imposible acallar a Maxi.

—Chica, no me tires de la lengua. Te aseguro que sus maridos me cuentan mucho más de lo que ellas desearían —añadió con una sonrisa burlona y dirigiendo una mirada provocativa alrededor—. Más vale que no se metan conmigo, porque se van a enterar de cómo las gasto. No sólo soy una chica con clase, sino que nací en Tingi Uku.

—No te enfades, Max, y disfrutemos de esta tarde. En cualquier caso, mañana tendré tema de conversación cuando llegue al trabajo. No permitiré que nadie me estropee la velada. Aparte de eso, te mereces más que nadie estar aquí en la tarima. —Louisa sabía por experiencia que, aparte de dedicarse al puterío, Maxi realizaba actividades mejores que la mayoría de las damas allí presentes. Y no lo sabía de oídas: tuvo la prueba el día que pasearon un rato juntas por Spanhoek...

Su ropa había conocido tiempos mejores. Los pantalones desteñidos habían sido remendados incontables veces, a la camisa le faltaban un par de botones y, debido a los numerosos lavados en la *was'uma*^[81], presentaba un color indefinido. Había extendido delante de sí, sobre el suelo, un trozo de yute y colocado encima las plantas que ofrecía a la venta. Cuando Maxi Linder lo vio, le preguntó a Louisa qué hora era.

—Las diez.

—¿No debería estar en la escuela ese chiquillo? —preguntó Maxi. Sin esperar respuesta, se acercó al muchacho—. ¿Cómo te llamas?

—Emanuel. Dígame sólo cuál quiere. Son muy baratas. —La miró con descaro, con la cabeza levemente ladeada.

—¿No deberías estar en clase? —insistió ella con severidad, prescindiendo de su oferta.

El rostro del niño, que había estado radiante de esperanza, se ensombreció. Con

sus pies descalzos trazó unas líneas en la arena.

—Haz el favor de mirarme cuando te hable. —Maxi le tomó la barbilla y lo obligó a levantar la vista—. ¿Por qué no estás en clase? —repitió.

—He de vender estas plantas antes de ir a la escuela.

—Pero ¿no hace ya un buen rato que han empezado las clases?

Él asintió, avergonzado.

—¿Para quién vendes estas plantas? —preguntó, incapaz de reprimir cierta dulzura en su voz.

—Para mi madre.

—¿Tu madre? ¿Cómo se llama?

—Mary. Mary Medemblik.

—¿Dónde vives?

—En Charlesburg.

—¿Está tu madre en casa ahora?

—Creo que sí, señora.

Maxi se volvió hacia Louisa, que estaba detrás de ella.

—Tengo que ir a ver a esa señora. Ya nos veremos otro día.

Intrigada por las intenciones de su amiga, Louisa se ofreció a acompañarlos, a pesar de que Charlesburg quedaba a un buen trecho de camino de Spanhoek.

Una endeble pasarela salvaba la zanja cubierta de *dagublat*^[82] hasta la finca donde se alzaban algunas casitas despintadas, cuyas paredes de tablas aparecían alabeadas por la intemperie. Sin embargo, la finca que rodeaba las humildes edificaciones aparecía limpia y aseada. En la parte de atrás había un tendedero lleno de ropa. El gran mango estaba cargado de frutos amarillos que despedían un dulce olor.

Encontraron a Mary Medemblik junto a la segunda casa, que contaba con un jardincito bien cuidado. Bajo el tejadillo, una mujer con el pelo recogido en cuatro trenzas despeinadas se inclinaba sobre una tabla de planchar, cansada y sudorosa.

Sobre un banco se amontonaban las prendas pulcramente dobladas. A su lado un cuenco con carbón con dos herrumbrosas planchas al rojo.

Mary estaba tan absorta en su trabajo, que al principio no reparó en la visita. La plancha se deslizaba fácilmente sobre la sábana que la mujer tenía delante. De pronto se detuvo un instante para escupir en la placa de hierro, que siseó al contacto con la saliva. Dejó la plancha en el cuenco y tomó la otra, ya caliente, para apoyarla con gesto cansino sobre la colcha. Sólo entonces levantó la vista de su trabajo y contempló con alarma a su hijo, Maxi y Louisa.

—Emanuel, ¿qué diablura habrás hecho ahora? —preguntó cuando se hubo repuesto del susto. Abandonó la tabla hecha una furia y agarró violentamente a su hijo por el hombro mientras levantaba la mano libre en un gesto amenazador. Sólo la

intervención de Maxi impidió que el chiquillo recibiera una buena bofetada.

—No le pegue —dijo con suavidad, sujetando el brazo de Mary.

Irritada y sin acabar de comprender lo que ocurría, Mary bajó el brazo.

—¿Qué ha hecho esta vez?

—Nada.

—¿Nada? Entonces, ¿a qué ha venido? —preguntó mirando con inquietud a Maxi y a Louisa.

—Lo hemos encontrado en Spanhoek. En lugar de ir a clase, se dedica a vender plantas en la carretera.

Mary dio un respingo, y se puso a la defensiva. Agarró a su hijo por el brazo y lo empujó hasta colocarlo detrás de ella.

—¿Y usted por qué se mete? Es mi hijo y hago con él lo que quiero.

—Usted ya sabe que debe asistir a clase, es obligatorio. —Saltaba a la vista que a Maxi le costaba controlarse.

—¡Al diablo con la escuela obligatoria! Si no me ocupo yo de que mis cinco hijos tengan algo que llevarse a la boca y ponerles un harapo sobre el cuerpo, nadie lo hará por mí. Con lo que gano planchando y con la venta de plantas, tenemos justo para ir tirando. ¿O preferiría que nos muriéramos de hambre?

—¿No sabe usted lo importante que es recibir una educación? Hoy en día hay muchas oportunidades para la gente que ha ido a la escuela, no como ocurría en nuestra época. Es una lástima que prive usted a su hijo de un buen futuro. No le impida aprovechar todo lo que le ofrece la vida —casi le suplicó Maxi.

Mary la miró, asustada.

—Aunque enviara a Emanuel a la escuela, ni siquiera tendría dinero para comprarle los libros.

—Eso tiene arreglo. Venga a verme cada fin de mes. Vivo en Saramaccastraat, en Bigi Spikri, encima del sastre. Yo le daré dinero suficiente para que sus hijos vayan a la escuela. Además, me ocuparé de que reciba usted cada mes un saco de provisiones.

Mary la miró incrédula, con los ojos muy abiertos, mientras Emanuel permanecía detrás de ella, desconcertado.

—Pero óigame bien: le advierto que no quiero volver a verlo por la calle en horas de clase. Si alguna vez me lo encuentro por ahí, vendré a verla de nuevo, y le aseguro que no será una visita agradable...

Louisa lo escuchaba todo, asombrada. Si lo había entendido bien, Maxi se había ofrecido a mantener a esa mujer y a sus cinco hijos. ¿Tanto dinero ganaba vendiendo su cuerpo?

Maxi la agarró con fuerza del brazo.

—Louisa, no te quedes ahí pasmada. Vámonos.

Antes de salir de la finca, Maxi se dirigió una vez más a Mary:

—Ah, y no se avergüence. Si me ve por la calle, puede saludarme tranquilamente.

Los vítores de la muchedumbre que despedía a los soldados arrancaron a Louisa de sus cavilaciones. El tren se puso en marcha despacio mientras la locomotora lanzaba al cielo oscuro una gran humareda negra. Los vagones de madera estaban atestados de soldados vestidos con uniformes verdes. Arrastrados por el entusiasmo del público, muchos de esos jóvenes cantaron a pleno pulmón himnos de combate. Algunos se asomaban a las ventanillas abiertas para saludar efusivamente a las muchachas que estaban junto al camino.

—En cuanto hayan pasado un par de semanitas en Zanderij, estarán listos para mí.
—Maxi rió, apoyándose en los hombros de Louisa.

—¡Maxi, eres incorregible! ¡Siempre estás pensando en lo mismo! —exclamó Louisa.

—¿En lo mismo? Chica, he de ganarme el pan. Tantos hombres jóvenes, lejos de casa y del hogar... Si quiero aprovecharla ocasión tendré que estar preparada. Por suerte siempre he procurado perfeccionar mi inglés. ¿Dónde se aprende mejor un idioma que en la cama?

Había anochecido y la gente iba regresando a casa, aunque algunos se quedaban un rato charlando. Detrás de ellas, un grupito había iniciado una animada conversación.

—¿Significa eso que estamos en guerra? —preguntó alguien.

—Ni idea —contestó otro—. Pero lo que sí sé es que los alemanes se lo pensarán dos veces antes de venir a Surinam. No creo que se atrevan a involucrar a los americanos.

—¿Os habéis fijado en que Surinam y las Antillas Holandesas son los únicos territorios que conservan la soberanía de Holanda? —preguntó alguien.

—Entonces, ¿por qué el Gobierno holandés no viene a Surinam? Louisa compartía esta última observación.

—A la reina ya la tienes delante. Sólo faltan los ministros —dijo Maxi—. *Blackie, Bello*, es hora de irnos. En lugar de estar aquí perdiendo el tiempo, voy a cepillarme a un marinerito. Así uniré lo útil a lo agradable: mejoraré mi inglés mientras lleno mis bolsillos. Seguro que después de una noche como ésta habrá mucho trabajo en la calle. Louisa, ya nos veremos. *Waka nanga bun*^[83].

Acto seguido se encaminó a grandes zancadas hacia la Heiligeweg, seguida por *Blackie y Bello*.

Howard

Watermolenstraat, 1942

Su batallón llegó a la ciudad a última hora de la tarde. Howard bajó del camión del ejército que los había transportado justo delante del cuartel general de las Fuerzas Armadas americanas. Después de entregarles el correo y la paga, les dieron permiso hasta las diez para que echaran una canita al aire.

Los soldados se dispersaron por la ciudad como una nube de langostas y aplacaron la sed con litros de cerveza, que corría en abundancia en los cafés de las calles Maagden, Keizers, Jodenbree, Watermolen y Dominee, la Waterkant, Heiligeweg y Knuffelsgracht.

Era viernes por la noche, y las chicas de los cafés los recibieron con entusiasmo. Howard magreaba con ansiedad a la mujer que se apretaba contra él, y decidió tomarse su tiempo antes de elegir entre la abundante oferta. La noche acababa de empezar y no tenía por qué apresurarse, de manera que se apartó de ella.

—Venga, vayamos a Watermolenstraat. Allí nos divertiremos —propuso finalmente a los dos compañeros que estaban con él en el Cosmopolitan.

El bullicio que reinaba en Watermolenstraat le recordó la celebración del Día de la Independencia. El bochornoso calor le evocaba las noches sofocantes de su pueblo. La arquitectura de los cafés de las viviendas situadas encima de éstos guardaba un enorme parecido con la del sur de Estados Unidos. Los edificios, de uno o más pisos, tenían una estructura simétrica y estaban adornados con escalinatas de ladrillo, puertas con dos hojas, tragaluces, balcones y galerías. A Howard le sorprendió la abertura que comunicaba una galería o escalinata con la siguiente.

Había una gran variedad de escaleras de ladrillo y balaustradas de hierro. También la decoración del maderamen era fantástica. Algunos edificios exhibían, sobre las gruesas puertas, hermosos paneles. Howard estaba impresionado.

De los atestados cafés, que tanto abundaban en esa calle, salían retazos de música de jazz. A su alrededor, militares alegres y risueños se abrían paso entre la multitud. Por todas partes se veían uniformes verdes y mariposas nocturnas que con sus vestidos multicolores y provocativos revoloteaban alegres en busca de néctar.

El ajustado vestido violeta de crespón tenía un profundo escote ribeteado con un volante blanco de organdí. Del pesado *botoketi* oro que Maxi Linder llevaba al cuello colgaba una pepita de oro, y la luz de las farolas se reflejaba en los dos pares de gruesas pulseras de oro que adornaban sus muñecas.

Venía caminando con la cabeza alta y la vista fija al frente, procedente de la Waterkant. Los perros que la acompañaban sorteaban las innumerables piernas, meneando la cola.

A cada paso que daba, el vestido se le ceñía al cuerpo. Al ver la suave curva de su vientre y las generosas formas de sus muslos a Howard se le erizaron los pelos de la nuca.

A pesar del calor, unas gotas de sudor frío perlaron su frente. La mezcla de excitación y aversión hacía que la sangre fluyese a tal velocidad por su cuerpo que Je zumbaban los oídos. Tenía la garganta completamente seca.

En el campamento hablaban de Maxi con sentimientos encontrados. Algunos se gastaban con ella buena parte de su soldada. De creer en las habladurías, ganaba tanto dinero que podía permitirse, como una suerte de Robin Hood femenino, dar a los niños pobres la posibilidad de ir a la escuela. Había oído que algunos soldados la llamaban en tono halagador «la reina de las putas».

Howard sabía mejor que nadie que no debía su fama al mero hecho de conseguir que un hombre adulto gimiera implorando por su madre. Por culpa de Maxi se había pasado nueve meses entre rejas, y ella se preciaba de haber sido la primera puta que había enviado a la cárcel a un americano. En lugar de aceptar el dinero que le había ofrecido por su silencio, había desafiado al ejército americano. A quien quisiera oírle le contaba que «esos cabrones tendrán su merecido». No se molestaba en ocultar los moratones que adornaban su cuello como un collar violáceo; era como si estuviese orgullosa del mudo testigo de esa noche aciaga.

Se había ido de juerga con Brad y habían entrado en casi todos los bares de la ciudad. A medianoche se les había unido Maxi Linden. Finalmente, decidieron ir a ver el mar. El que no hubieran provocado ningún accidente por el camino se debía únicamente a que a esas horas no había ni un alma en la carretera.

Obnubilado por el alcohol, Howard apenas podía tener las manos quietas mientras conducía. El jeep avanzaba dando bandazos. Cuando ya no logró dominar sus hormonas, paró el vehículo al borde del camino.

La rudeza con que el mar abrazaba la tierra producía un ruido infernal. Mientras los hombres gozaban de la gloria que les ofrecía la reina de Paramaribo, la brisa marina lamía, golosa, sus cuerpos desnudos. La sal que se depositaba en la piel de Maxi se mezclaba con la saliva de la lengua ávida de Howard. Los gritos que lanzaron a la noche se perdieron en el fragor de la naturaleza.

—¡Ayúdame con la cremallera! —pidió a gritos Maxi Linden haciendo bocina con las manos. Howard ya estaba vestido. Echó a andar hacia Maxi, que se volvió de espaldas. La cremallera del arrugado vestido amarillo de falda acampanada le llegaba justo por encima de las nalgas. Al estar abierta, dejaba al descubierto su espalda.

Maxi estaba despeinada y tenía el cabello enmarañado, cubierto de briznas de hierba. Howard se fijó en los tres gruesos collares de oro que llevaba al cuello. Mientras le subía la cremallera percibió un olor a tierra y perfume Hélio trope. Maxi permanecía con la cabeza inclinada, esperando a que terminase.

Los collares de oro relucían a la luz de los faros del coche. Antes de llegar a ese país, su contacto con mujeres negras no había ido allá del que había mantenido con algunas criadas que trabajaban en hogares de blancos, y a las que ni siquiera se les hubiera ocurrido soñar con tener unos collares como los que lucía Maxi.

En su tierra, los blancos y los negros estaban rigurosamente separados entre sí. Al principio incluso le había dado náuseas la mera idea de hacerlo con una mujer negra. Con el tiempo, sin embargo, comprendió que la única alternativa a la masturbación pasaba por superar esa repulsión: era lo único disponible.

Ya le había subido la cremallera hasta el cuello. Sus dedos descansaban sobre el frío metal. Antes de dar comienzo al loco recorrido de esa noche ya le habían pagado. El dinero que los soldados recibían como compensación por permanecer forzosamente en ese país dejado de la mano de Dios pagaba las joyas que en ese momento adornaban el cuello de Maxi Linder.

Howard vivía la estancia en Surinam como un castigo. Desde chico había soñado con alistarse en el ejército. Sus ideas de lo que significaba la guerra no tenían nada que ver con lo que encontró allí. Ni por un instante se había parado a pensar que en ocasiones la guerra también significaba esperar con impaciencia el fin de semana para follar con cuanta mujer se pusiera por delante.

Al principio había pensado que irían a Europa, pues le habían dicho que Surinam formaba parte de los Países Bajos. Grande fue su sorpresa cuando, tras unas pocas semanas de travesía desembarcó y fue recibido por una muchedumbre de gente de color. Mayor aún fue su frustración cuando vio que había muchachos que partían de Surinam hacia Europa para participar en la contienda.

Sumido en esos pensamientos, rozaba con los dedos el frío metal que adornaba el cuello de Maxi. Ella trató de apartarse, pero se lo impidió sujetándola con la otra mano, que tenía apoyada sobre su hombro.

Maxi se volvió, sonrió y dijo de viva voz, por encima del ruido de las rompientes: —¡Una segunda ronda te costará más dinero, cariño! Ya sabes mi precio. — Apretó juguetonamente la espalda contra él.

La luna los miraba, amenazadora, desde un cielo tachonado de estrellas. Las luciérnagas titilaban, revoloteando en la oscuridad.

Una ira repentina se apoderó de Howard. Esa sucia puta negra sólo pensaba en el dinero. La mano con que le apretaba el hombro se desplazó hacia el cuello, alrededor del cual se cerró como una prensa.

¡Eh, que me haces daño! ¡Quieres parar! —Maxi trató de zafarse de la mano que la estrangulaba—. A mí no me van esos jueguecitos —protestó.

—¡Vamos a darle una lección a esta zorra codiciosa! —gritó Howard.

Al oír esas palabras, Brad, que estaba apoyado contra el jeep, se acercó con paso vacilante. Maxi soltaba golpes y arañazos como un gato salvaje.

Mientras Howard aumentaba la presión en torno a su cuello, le susurró al oído:

—Así tratamos en mi pueblo a las putas como tú, negra.

Maxi, con unos ojos abiertos como platos en los que rivalizaban el pánico y la sorpresa, luchaba por su vida, escupiendo sangre y saliva mientras trataba de librarse de la tenaza que la estrangulaba.

—¡Llévemonos estos collares! —dijo Brad, y empezó a tirar con todas sus fuerzas de ellos. Debido al grosor del metal, no cedieron de inmediato. Cada tirón dejaba una huella profunda en el cuello de Maxi quien sentía que no podría resistir por mucho más tiempo. Puso los ojos en blanco y se le doblaron las rodillas.

Con un último tirón le arrancaron los tres collares a la vez. Howard la soltó y ella cayó sobre la hierba como un saco vacío.

—¿Aún vive? —preguntó Brad, asustado.

—¡No lo sé ni me interesa! —contestó Howard mientras le daba a Maxi una patada en el costado.

Ella abrió los ojos y miró alrededor, furiosa y atemorizada a un tiempo. Se llevó una mano al cuello y se incorporó a medias con dificultad. Estaba arrodillada a la luz de los faros. Tenía la barbilla y la pechera del vestido manchadas de sangre. Miró a sus agresores con repugnancia.

—Bien, reina de las putas, ¿cómo te sientes ahí abajo, de rodillas?

—¡Vámonos de aquí, rápido! —dijo Brad mientras metía a su compañero de un empujón en el jeep.

Haciendo girar los collares por encima de la cabeza como si de un trofeo se tratara, desaparecieron a toda velocidad en la oscuridad.

La tierra se separaba ya de los brazos de la noche. Con un festivo resplandor naranja, el sol disipaba los últimos jirones de bruma que cubrían el campamento. En la vasta selva que rodeaba el claro donde se alzaban los barracones colocados en rectas filas, los monos saludaron el alba con un griterío formidable.

Howard miraba aturdido hacia afuera por la ventana abierta, sentado en el borde de la cama. Los restos de la noche que aún flotaban en el firmamento se desvanecían por momentos. A pesar de la pompa con que se anunciaba, el nuevo día no lograba seducirlo. Ni siquiera el agua fría con que acababa de lavarse había conseguido eliminar la opresión que sentía en la cabeza. De haber sido por él se habría quedado en la cama. Ese fin de semana tampoco había conseguido beber menos, como era su intención.

Como era habitual los lunes por la mañana, en el barracón ya reinaba un ajetreo bullicioso. A la espera de que pasaran revista, todos estaban muy atareados. Las sábanas estaban lisas como tablas, las prendas de ropa perfectamente dobladas y el irregular suelo de piedra barrido hasta el último rincón.

Howard se apretaba las sienes con las yemas de los dedos mientras en torno a él la actividad era febril. En muchas de las caras que lo rodeaban vio las señales de un fin de semana desenfrenado. El aire fresco que entraba por las ventanas abiertas no

bastaba para mitigar el olor a cuerpos masculinos, loción barata para después del afeitado y colillas.

—¿A cuántas te has follado este fin de semana? —oyó preguntar a alguien detrás de él.

—¿Por qué? ¿Crees que voy por ahí anotando en una libreta todas las mujeres que me tiro? —replicó otro.

Las risotadas que siguieron le atravesaron el cerebro como una llamarada de dolor.

Estimulado por las risas de sus compañeros, el hombre que había hablado en último término continuó:

—Hay tantas mujeres disponibles por aquí que tu polla no para de empinarsse.

Las carcajadas que estallaron hicieron que a Howard le zumbaran los oídos. Vuelto de espaldas a los bromistas, y apretando las mandíbulas, siguió mirando hacia afuera. El verde muro de árboles que rodeaba el campamento igual que una cerca le devolvía la mirada, amenazador. De vez en cuando el rocío que cubría las hojas soltaba un destello, lo que le daba la impresión de que la selva le enviaba una señal de triunfo, burlándose de su cautiverio en ese lugar dejado de la mano de Dios. En momentos como ése Howard esperaba despertar de esa pesadilla que ya duraba más de un año. Se sentía como una de las innumerables motas de polvo que flotaban a su alrededor en los rayos de sol que entraban oblicuos a través de las rendijas del techo. Se levantó con dificultad y empezó a estirar las sábanas. Cada movimiento, por lento que fuese, le provocaba una explosión de dolor en la cabeza.

—¡Cómo odio toda esta mierda! —furioso, dio una patada a su taquilla.

—Tranquilo, hombre, más vale estar aquí que morir en algún lugar de Europa —dijo Brad, mientras saltaba al suelo desde la litera superior.

—¿Morir en Europa? No olvides que no se trata de nuestra guerra. —Con un solo movimiento Howard tiró al suelo todo lo que había en la taquilla.

—¿Por qué te pones así? Un día dejarán de pelear, y entonces volveremos a casa. Además, la verdad es que no me lo paso tan mal aquí.

—No se trata de eso. Lo que más me fastidia es que los holandeses no ven la hora de que nos larguemos. —Se agachó con dificultad para recoger las prendas esparcidas por el entarimado—. ¿Sabías que Roosevelt tuvo que discutir durante tres meses con ellos antes de que aceptaran que viniéramos?

—¿Tres meses? ¡No me digas! Si no fuera por nosotros, hace tiempo que los alemanes se habrían quedado con todo. La bauxita tiene un valor incalculable.

—En algunos temas les costó mucho llegar a un acuerdo.

—¿Cómo qué?

—Holanda quería tener el mando de nuestras tropas.

—¡Eso es ridículo!

—Incluso quería correr con los gastos de la operación, a pesar de que Roosevelt les había ofrecido que fueran por nuestra cuenta. No nos está permitido meternos en

los asuntos internos del país. Y debíamos prometer que nos largaríamos en cuanto desapareciera el peligro de guerra.

—Pues yo espero que el peligro de guerra todavía dure un poco. Echaré de menos a las chicas.

Durante unos segundos se produjo entre ellos un silencio incómodo. Hasta que Brad cambió de tema:

—Eh... ¿Cómo estará Queeny?

—Bah... —Mientras con una mano se apretaba un lado de la cabeza, con la otra hizo un ademán despectivo.

El dolor de cabeza, que había remitido un poco en el curso de la conversación, volvió con toda su intensidad. Se le apareció ante los ojos la imagen de Maxi Linder de rodillas en el suelo. Logró librarse de ella sacudiendo la cabeza. El dinero que les habían dado por los collares se lo habían gastado en bebida, e incluso habían pagado rondas con generosidad en todos los bares donde habían estado.

—La próxima vez que la vea le diré que lo siento. Seguro que no es la primera vez que tiene una aventurita que se sale un poco de madre. Esas chicas no saben lo que hacen. Los negros son como monos; no les importa, están contentos con cualquier cosa que les des.

El chirrido de la puerta del barracón puso fin a la charla. En el vano sólo se veía una silueta, iluminada por detrás por el sol de la mañana. Todos miraron con curiosidad en aquella dirección. Algunos se alisaron de inmediato el uniforme pero respiraron aliviados cuando el ordenanza del comandante del campamento salió del haz de luz.

Para sorpresa de todos, se dirigió con paso decidido hacia Howard, delante del cual se detuvo en posición de firmes. Al ver que se cuadraba, Howard, sorprendido, hizo lo propio.

Sargento Fields —dijo el ordenanza—, reclaman su presencia en el despacho del comandante.

—No retiraría la denuncia ni por todo el dinero del mundo. Esos bestias han de ir a la cárcel, donde deben estar. —Las pulseras de oro que llevaba en las muñecas tintinearono suavemente. Sus pupilas oscuras parecieron más negras cuando los señaló con el índice.

El director de la prisión de fuerte Zeelandia iba y venía por el despacho con las manos cruzadas en la espalda. El comandante del ejército americano estaba sentado en el borde del escritorio. Un gesto de preocupación ensombreció su rostro.

—Escucha, Queeny —dijo—. Se trata de una broma que se les ha ido un poco de las manos. Los chicos se aburren y entonces pasan estas cosas desagradables. *Be a good sport*. Venga, olvidemos ya este asunto.

—¿Que lo olvide? ¿Ve estos moratones en mi cuello? —De una patada se quitó el

zapato derecho—. ¿Y qué me dice de estas ampollas en los pies? Todavía me cuesta andar. ¿Sabe a qué distancia me dejaron del primer lugar habitado?

La mirada del director iba de Howard y Brad a Maxi Linder y de ésta a aquéllos. Era evidente que urdía un plan.

—Les ofrecí mi cuerpo —prosiguió Maxi—, y, como si eso no les bastara, también quisieron mis joyas, y hasta mi vida, o al menos eso parecía. —Con una mueca de dolor volvió a ponerse el zapato—. Pagarán por lo que me han hecho. Que maltraten a las otras chicas, venga o no a cuento, pase, pero con Wilhelmina Angélica Adriana Merian Rijburg han de ir con mucho cuidado.

Con gesto de determinación, recogió el bolso de encima del escritorio y fue hacia la puerta.

La madera del banco en que se hallaba sentado estaba húmeda. Sentía los pantalones empapados de sudor. Durante todo el tiempo había permanecido inmóvil. No acababa de comprender que lo que estaba ocurriendo ante sus propios ojos se refería, a él. A su lado, Brad, nervioso, no paraba de moverse. De vez en cuando dejaba escapar un profundo suspiro.

Las dos últimas semanas habían pasado como una pesadilla de la que no lograba despertar. El calor del día quedaba flotando entre las gruesas paredes de piedra de su celda. Ni siquiera la noche traía un poco de frescor.

El comandante le había asegurado que no pasaría entre rejas ni un solo día. Que se trataba de una mera formalidad y que, después de un arreglo con Queeny, volvería a ser un hombre libre. El ruido tranquilizador de las aguas del río Surinam rompiendo contra las murallas del fuerte habían evitado que enloqueciera.

Por supuesto que lamentaba lo ocurrido. Así lo había manifestado una y otra vez en presencia de ella, pero jamás hubiera imaginado que su comportamiento de aquella noche tendría tan graves consecuencias.

En su pueblo nunca se habría llegado a eso. Allí, los negros sabían cuál era su sitio.

Para que un blanco fuese a la cárcel por abusar de una negra tenía que pasarse mucho de la raya. Aparte de que la mujer no solía tener ocasión de presentar una denuncia. A esa chusma la linchaban por mucho menos.

Antes de que llegara a la puerta, el comandante trató de persuadirla una vez más, ahora con nuevos argumentos.

—Queeny, sería una lástima condenar a estos chicos. No sólo se pasarían un año en chirona, como mínimo, por robo e intento de homicidio, sino que, además, serían degradados. ¿Verdad que no querrías tener ese peso sobre tu conciencia? —inquirió

con el tono que adopta un padre que intenta convencer de algo a su hijo pequeño.

Ella se detuvo junto a la puerta.

¡Me importa un pimiento! —exclamó con expresión de ira—. La próxima vez que quieran divertirse con una chica, que elijan mejor la candidata.

Howard sentía nacer en su interior una mezcla de miedo y respeto hacia aquella mujer. Nunca había oído a una negra dirigirse de ese modo a un hombre blanco, y menos a uno de la posición del comandante...

Mientras el aludido se desabrochaba el botón superior del uniforme, dirigió una mirada de súplica al director, que, con el entrecejo fruncido, guardaba silencio apoyado contra el alféizar de la ventana.

Maxi estaba en muy buenas relaciones con los holandeses. A lo mejor él conseguía convencerla de que retirara la denuncia. El director cambió una mirada de entendimiento con el comandante y se volvió hacia ella, que seguía con la mano sobre el pomo de la puerta, en actitud altiva. El vestido de algodón floreado le ceñía estrechamente los pechos, pero en esta ocasión no era escotado. Los moratones habían adquirido una tonalidad violácea. La cadena de oro que llevaba al cuello, de la que colgaba una moneda de oro, ascendía y descendía al ritmo de su respiración. Aquella puta poseía tanto oro que Howard se preguntó si realmente le importaría que le hubiesen robado los tres collares.

Como si le hubiera adivinado el pensamiento, Maxi se dirigió a Howard:

—En contra de lo que la gente cree, las joyas que tengo no las he conseguido vendiendo mi cuerpo, sino que son una prueba del amor de mi padre, que en paz descansa. Las compró con el dinero que obtuvo trabajando duramente como buscador de oro. —Lo miró desafiante.

Incapaz de soportar el odio que irradiaban sus ojos, Howard volvió la cabeza hacia el director, que en ese momento se acercaba a Maxi con una silla en las manos.

—Willemientje, quiero hablar contigo —dijo en tono paternal—. Siéntate un momento.

Satisfecha con la atención que le dispensaba el director, ella se sentó en la silla que éste le ofrecía, no sin antes mirar con expresión triunfal a sus agresores.

A Howard no se le pasó por alto que antes de volver a su lugar junto a la ventana el director rozó levemente el cuello de Maxi con el pulgar, ni que ella le dirigió una mirada seductora. Saltaba a la vista que se conocían bastante bien. Un profundo suspiro escapó de su pecho, aliviando el peso que sentía en éste. Algo más tranquilo, se acomodó en el asiento.

Tras apoyarse de nuevo contra el alféizar, el director se volvió hacia la denunciante.

—Willemientje, supón que los americanos te ofrecieran quinientos dólares...

—Yo...

La acalló con un movimiento de la mano.

—Antes de responder, deja que termine. Por tu parte, no necesitaré más que una

declaración según la cual la policía te obligó a firmar una acusación falsa contra estos hombres.

Quinientos dólares era mucho dinero. ¿Qué haría esa puta con tanta pasta?

¡Con quinientos dólares podía mostrarse generosa con quien le viniera en gana! Bah, a él qué le importaba. Mientras no tuviese que volver a la celda...

Cuando hubo concluido, el director miró al militar esperando una confirmación.

El comandante se mostró de acuerdo:

—Si Queeny quiere aceptar el trato, no pondré ninguna objeción. —Le costó pronunciar esas palabras.

El director, que entretanto había pelado y cortado por el medio una naranja, le ofreció la mitad a Maxi.

—Toma, Willemientje, debes de tener la garganta seca de tanto hablar.

Maxi se puso de pie de un salto, como poseída por un espíritu maligno, y retrocedió, haciendo caer la silla.

—¡Vete al infierno con tu naranja! ¡Odio las naranjas, odio las naranjas, odio las naranjas...! —Se apoyó contra la pared, sin dejar de repetir esa frase, mientras cruzaba los brazos en torno al pecho.

Todos se miraron sin comprender.

—Esta zorra está loca —le susurró Howard a Brad.

El director se acercó a ella con los brazos extendidos.

—¿Qué te pasa, Willemientje? —preguntó—. Mírate, estás trastornada. Una chica tan valiente como tú, que no le teme a Dios ni al Diablo... —La asió del brazo.

Ella lo hizo a un lado con un ademán violento.

—¡No me toques! ¿No te he dicho que odio las naranjas?

El director miró azorado al comandante, quien le dijo:

—Mientras se ocupa de que firme esa declaración, iré al cuartel general a buscar el dinero, y los chicos podrán volver al campamento. Ya han pasado bastante tiempo encerrados —añadió, encaminándose hacia la puerta.

Parecía asunto concluido. Howard tuvo que contenerse para no abrazar a su compañero.

Sin embargo, antes de que el comandante llegase a la puerta, Maxi, que al parecer había recuperado la compostura, se interpuso en su camino.

—¡No intentes sobornarme! Estos cabrones deben ir a la cárcel.

El director sacudió la cabeza, con expresión de abatimiento, aplastando entre las manos los gajos de naranja que había recogido del suelo.

Howard golpeó con los puños el banco de madera en que estaba sentado. Desanimado, echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos. Volvía a oír el ruido que producían las olas al romper contra el muro del sofocante lugar donde había pasado las últimas dos semanas.

La voz del comandante lo devolvió a la realidad.

—¡Aguarda un momento, *bitch!* —exclamó al tiempo empujaba hacia la puerta

—. Lo que estás haciendo quizá tenga consecuencias mucho más graves de lo que imaginas. Ahora no son los holandeses los únicos que cortan el bacalao aquí. Llegará el día en que ni siquiera tus poderosos amigos estarán en situación de protegerte.

Maxi se volvió e intentó abrir la puerta; el comandante no hizo nada por impedirlo.

—Como probablemente sabrás —añadió—, se están elaborando leyes para que las putas como tú no vayan por ahí transmitiendo enfermedades. No creas que eres tan *high and mighty* como para librarte de ésa.

—¿Cuánto crees que podrás retenerme en esta habitación? —preguntó Maxi en tono de fastidio. Miró al director y añadió. —¿Qué, Hein, ahora también soy tu prisionera? No le hará mucha gracia a tu mujer cuando se entere.

—¿Por qué eres tan cabezota, Willementje? Algún día esa boca tuya te traerá problemas —le advirtió él sin mucha convicción.

En respuesta, ella le tiró un beso con la mano.

La idea de verse obligado a pasar una buena temporada a la sombra hizo que Howard sintiese un nudo en la garganta. Por un instante creyó que no podía respirar.

—Queeny, por favor, piensa en mi futuro... —imploró temblando de la cabeza a los pies. Avergonzado, se cubrió la cara con las manos. Oyó que la puerta se abría.

—¡Zorra! ¡Me las pagarás! —exclamó el comandante, furioso. Como si de un eco se tratara, sonó a lo lejos la sirena de un barco.

La puerta se cerró con un golpe sordo.

Muy consiente del efecto que producía en la gente su ceñido vestido violeta, Maxi, a quien los americanos llamaban Queeny, caminaba en dirección a él. La luz de las farolas de gas arrancaba deslíos amarillos de sus pulseras. Él miró extasiado su escote y sintió envidia de la pepita de oro que colgaba entre sus pechos.

Vaciando de un trago el vaso de cerveza que tenía en la mano, consiguió eliminar el regusto amargo de su boca. Ya había perdido la cuenta de las cervezas que llevaba bebidas esa tarde, y a causa del alcohol que le obnubilaba el cerebro Maxi era poco más que una mancha violácea.

El ambiente era festivo. Todo el mundo estaba eufórico, algo nada infrecuente los fines de semana; era un paréntesis bienvenido después de una semana de inacción y tedio en el campamento. Algunos iban del brazo de dos o más mujeres. La mayoría de ellas dirigían miradas despectivas a Maxi, y los soldados no paraban de hacer comentarios groseros. Como iba sola, llamaba aún más la atención.

Howard nunca le había perdonado el que por su culpa hubiese pasado nueve meses en la cárcel. Cada vez que la veía deseaba tanto vengarse de ella como hacerle el amor, pero hasta el momento había logrado contenerse. El incidente que había tenido lugar en el despacho del director de la cárcel le había hecho comprender que contaba con protectores poderosos, y una prueba de ello era que se había atrevido a desdeñar las amenazas del comandante de las tropas americanas.

La bebida, la euforia reinante y la fuerza sensual que emanaba de ella le

infundieron valor. Al imaginar aquella boca voluptuosa dando placer a su polla, olvidó toda prudencia.

—*Hi Queeny! Do you want to smoke the pipe?* —gritó. Sabía que ella no se la chupaba a sus clientes, al contrario de lo que estaba de moda.

—*You better give it to your fuckin' mum and dad!* —le espeto Maxi y siguió su camino sin mirarle. El modo en que enderezó la espalda y echó los hombros hacia atrás reforzó su actitud de menosprecio.

Todas las miradas convergieron sobre él, como innumerables alfilerazos, y las risas de burla retumbaron en sus oídos. Una vez más, Maxi había logrado humillarlo.

Howard sintió de repente que algo estallaba dentro de su cabeza, y exclamó:

—¡Esta vez te la cargas, *bitch!*

Maxi, que ya se había alejado unos cinco metros, volvió la cabeza hacia él, asombrada. Howard echó a andar tras ella con los puños cerrados. Advirtió que huía presa del pánico, tras soltar la traílla de los perros.

Él apretó el paso, decidido a que no escapase. Todos se detuvieron, ansiosos por ver cómo acababa aquello.

La alcanzó a la altura de la Krabbesteeg. Con una mano la agarró por el cabello, que llevaba recogido en bucles flojos, y con la otra, ciego de furia, le dio un puñetazo tremendo en la cara.

Notó que ella le clavaba los dientes en la mano, pero no le dolió. El segundo golpe volvió a acertarle en plena cara. Cuando oyó que algo crujía, su cólera se transformó en pánico. La apartó con rudeza, y Maxi fue a parar en medio de un grupo de chinos que jugaban a las cartas. Cayó como una muñeca rota entre los naipes esparcidos en el suelo. De su nariz y su boca manaba sangre a borbotones. Resollaba en busca de aire. Donde antes habían estado sus incisivos había ahora un gran agujero oscuro.

Esselien

Maagdenstraat, 1943

A través de la ventana abierta de la cocina del primer piso le llegaban las voces excitadas de los muchachos que jugaban al fútbol. Sus gritos ahogaban el sonido del agua del fregadero. Con gesto distraído puso el plato de porcelana floreado en el escurridor.

Al igual que cada tarde, se habían apoderado de la calzada. Su juego se veía interrumpido muy de vez en cuando, pues por esa calle casi no pasaban vehículos. La arena que removían con los pies se elevaba, perezosa, como un manto amarillento. Las siluetas de los chicos se recortaban contra el nimbo anaranjado del sol poniente.

A pesar del calor, Esselien cerró la ventana; no quería que su vajilla limpia terminase cubierta de polvo. Antes de sentarse se volvió y comprobó satisfecha que las cortinas estaban bien echadas, tal como indicaba la ordenanza que habían publicado los periódicos. Desde la ocupación de Holanda la gente tenía miedo. Seguía fielmente los consejos sobre cómo actuar en caso de alarma aérea. Estaba al corriente de las noticias y sabía que si se encontraba en la calle durante una alarma debía encaminarse sin dilación a uno de los refugios. Estaba prohibido encender cerillas, mecheros o lámparas. Bajo ningún concepto había que abrir puertas o ventanas. En caso de extrema necesidad se podía usar, a lo sumo, una linterna sorda. Como previsión había tapado los montantes sobre las puertas y ventanas. Su marido le había pedido encarecidamente que siguiera las instrucciones al pie de la letra.

La llegada de los americanos le había quitado a Esselien algo de su miedo. El ensayo de oscurecimiento del 16 de febrero le había hecho tomar conciencia de la gravedad de la situación. Esa noche la habían pasado los tres a oscuras, y una profunda sensación de impotencia se había apoderado de ella. La reacción de aquellos que se habían tomado el ejercicio a broma la había horrorizado. En lugar de seguir las ordenanzas se habían aprovechado de la situación. Ella había estado encerrada en casa, retorciéndose las manos, rezando porque todo acabara pronto. Mayor aún fue su espanto cuando al día siguiente oyó que varias bandas habían aprovechado la oscuridad para dedicarse al pillaje; esa mañana la ciudad ofrecía un aspecto desolador.

No mucho después de que las nubes de polvo levantadas por los pies de los futbolistas se hubieran disipado, la calle se convertiría en territorio de toda clase de putas y su séquito canallesco. Un local tras otro abría sus puertas en Maagdenstraat y los clientes acudían a ellos atraídos como los insectos por la luz. Las putas javanesas constituían una novedad, y a diferencia de la mayoría de sus colegas, que se vestían al estilo europeo, llevaban *sarong*. Tras el cierre de innumerables plantaciones iban a la

ciudad en busca de salvación. Se decía de ellas que eran mucho más solícitas y mucho menos descaradas que las *motyos* criollas, por lo que su presencia suponía una amenaza para éstas, que habían trabajado allí desde siempre. Los cambios en el ambiente de la calle convertían la plácida vida de Esselien y su familia en un infierno, algo que hasta poco tiempo antes no habrían podido imaginar siquiera.

El calor había descendido sobre la ciudad como un pesado manto, lo cual era insólito considerando que se hallaban a fines de enero. Hacía justo un mes que había llovido por última vez. Esselien recordaba muy bien ese día: el 31 de enero. Un *sibi busi* inclemente se había abatido sobre la ciudad, provocando grandes inundaciones. Pero ahora no conseguía refrescarse ni en el balcón en sombras. La sangre parecía arder en sus venas. El pañuelo que se había atado alrededor del tórax se le pegaba a la piel. Estaba desmadejada en una silla de madera de rota: el refresco helado que acababa de beber no había servido para quitarle el calor.

Con los ojos entornados miró en la dirección en que de un momento a otro llegaría su hijo.

¡Allí estaba! Pero... ¿qué era eso? ¡Lo acompañaba una mujer!

Por un instante sintió una opresión en el pecho. Desde el lugar donde estaba en el balcón era difícil distinguir de quién se trataba, pero ninguna mujer decente llevaría a esas horas un vestido tan llamativo...

Movida por la curiosidad, Esselien abandonó la protección de la sombra. Nerviosa, se aferró a la barandilla de madera calentada por el sol. Observó atentamente a su hijo y a la mujer que iba a su lado. Con ademán juguetón, la mujer quitó el panamá de la cabeza a Robert y se lo puso; luego extendió la mano hacia él y se la pasó con ternura por entre los rizos negros. Esselien, irritada, no daba crédito a sus ojos. Robert se inclinó hacia la mujer sin tener en cuenta que se hallaban en medio de la calle, expuestos a la vista de todo el mundo. La mujer echó la cabeza hacia atrás con coquetería y soltó una carcajada que rompió el silencio del mediodía... ¿Qué hacía su hijo con una... persona tan indecente?

La pareja ya estaba lo bastante cerca para que ella pudiese distinguir quién era la extraña mujer que acompañaba a su hijo... *Mi Gado!* ¡Era nada menos que Maxi Linder...!

Aterrorizada, miró arriba y abajo la calle desierta. ¿Los habría visto alguien? ¿Se convertirían acaso en el hazmerreír del barrio? Sintió que le temblaban las rodillas... ¿Cómo era posible que su hijo, tan bien educado, se sintiese atraído por una mujer de influencia tan perniciosa como ésa...?

Había pasado una semana y no había vuelto a verlos juntos. Se sentía aliviada cada vez que regresaba a casa solo. Pero desde aquel día no había vuelto a pegar ojo. La idea de que su hijo se hubiese relacionado con Maxi Linder la horrorizaba. Hasta

el momento ella había conseguido no decirle nada. Era mejor esperar hasta el fin de semana siguiente, cuando estuviera en casa René, a quién habían destinado en una población cercana a la ciudad como comisario de distrito.

Se encontraba sentada en el balcón, sumida en sus pensamientos, cuando de pronto oyó que Robert se dejaba caer en la silla de al lado. Permanecieron allí durante largo rato, en silencio.

Abajo, la calle empezaba a animarse. Las prostitutas competían entre sí a ver cuál llevaba el vestido más atrevido. Los rufianes vigilaban cuanto ocurría, apoyados con desgana contra las fachadas de las tiendas de licores. Los *motyop'pas* se diferenciaban de quienes pasaban por allí, entre otras razones, por su manera tímida y asustadiza de andar. Los marineros extranjeros, por su parte, hacían amplio uso de la oferta de carne femenina: pasaban desvergonzadamente con una o más putas del brazo. Por suerte no se veía a Maxi Linder por ninguna parte.

El que hicieran su trabajo delante de su puerta aún podía tolerarlo, pero que se metieran con la juventud del barrio sobrepasaba el límite de lo aceptable. A su lado, la silla crujió. Estaba claro que Robert no se sentía cómodo.

—¿Quieres que encienda la luz? —Su voz parecía llegar de muy lejos. Sin esperar respuesta, le dio al interruptor.

¡Aquella mujer lo había tocado con sus asquerosas manos!, pensó ella. A saber de qué enfermedades horribles era portadora. Se le encogió el corazón; estaba exasperada. Rogó a Dios que pronto se encontrara una solución para el problema que representaban las *motyos*. Cada día había más. Ya se oían voces reclamando medidas. El alto mando americano no paraba de quejarse. Entre las tropas había aumentado de modo alarmante el número de los que habían pillado purgaciones. De pronto se le ocurrió que Robert no estaba a salvo de contagiarse alguna enfermedad venérea. Debía ir al médico lo antes posible. Si esperaba a que regresase René quizá fuera demasiado tarde...

—¿Has...? Con Maxi Linder, quiero decir..., ¿lo has hecho con ella? Porque en ese caso tendrías que ir al médico. —Las palabras escaparon de su boca sin que se diera cuenta de ello.

La luz de la lámpara de gas tiñó de amarillo el blanco de los ojos de Robert, que los había abierto de par en par con expresión de asombro, como si realmente sufriera alguna enfermedad. Se hizo el silencio.

—Madre, ¿por qué te alteras? —dijo él al fin—. Créeme, sé muy bien lo que hago. —Procuró que quedase claro que no tenía ganas de hablar del asunto.

—Está por ver si eres lo bastante mayor para saber lo que te conviene. Me da la impresión de que no tomas decisiones bien meditadas —añadió.

La conversación terminó en controversia. Irritada por la obstinación de su hijo en no poner fin a su relación con Maxi Linder, Esselien le hizo toda clase de reproches.

A pesar de sus argumentos —la mala fama de esa mujer, el riesgo de contraer enfermedades—, él le plantó cara espetándole que «no tenía derecho» a meterse en su vida. Nunca antes se había mostrado tan irrespetuoso. Finalmente se marchó enfadado de casa, y ella pasó la noche en el balcón.

Al día siguiente Esselien no se atrevió a preguntarle dónde había pasado la noche: temía una nueva discusión o enterarse de que, en efecto, había estado con Maxi. Cuando llegó a casa Robert se encerró de inmediato en su habitación. No se presentó a almorzar. Sólo al caer la tarde lo vio por un instante cuando, sin saludar, volvió a marcharse. Iba impecablemente vestido, y dejó en el aire un rastro de colonia... Estaba claro adónde iba.

Mientras la casa se sumía en la oscuridad, ella permaneció sentada ante la mesa de la cocina. Tenía las manos sobre el regazo y no paraba de retorcerselas. La discusión había demostrado que la lucha por retener a su hijo sería más dura de lo que había creído. En la palestra no solo se iba a encontrar con él, sino con una mujer conocida por contar con las relaciones más influyentes del país.

Decidió ser prudente y no desperdiciar más palabras. Quizás el padre de Roben fuera capaz de persuadir a éste, en una conversación de hombre a hombre, de la insensatez de su relación con Maxi Linder. Esperaba que no tuviera que arrepentirse durante el resto de su vida de ese acto irreflexivo. Temía por el buen nombre de la familia. ¡Cómo era posible que se mostrara en público con ella sin tapujo alguno!

Esselien había inferido, de un acontecimiento muy comentado acerca de Maxi, ocurrido unos meses atrás, que a ésta su fama no siempre le era útil. Después de un encuentro amoroso con un americano, la habían abandonado, herida y desnuda, en un descampado. Había sido una venganza: por culpa de ella dos amigos se habían pasado nueve meses entre rejas. Sin que le preocupase el que la vieran como Dios la había traído al mundo, echó a andar hacia la ciudad. Después de una larga caminata nocturna, topó con un policía. Cuando le preguntaron por qué iba desnuda por la calle, contestó con descaro:

—¿Estás ciego o qué? ¿No ves que voy en traje de faena? Tú también te pones uniforme cuando estás de servicio.

Al agente no le quedó más remedio que ofrecerle su capote. Durante un tiempo el caso fue la comidilla de la ciudad.

A Esselien ya no le hacía gracia. Estaba en juego el honor de la familia Medoza.

La conversación de Robert con su padre, en la que tantas esperanzas había puesto Esselien, no había producido el resultado que deseaba. Su hijo se negó a poner fin a su relación con Maxi Linder. Para colmo de males, a esas alturas todo el vecindario estaba enterado. A ella le producía tal vergüenza que ya no se atrevía a salir a la calle. Por temor a las miradas curiosas evitaba incluso el balcón. En cuanto veían a su criada la bombardeaban a preguntas.

Por si eso fuera poco, Maxi Linder tuvo el descaro de presentarse ante su puerta. Como respuesta a semejante insolencia, Esselien no le permitió entrar. Maxi manifestó sin reserva su disgusto: tuvo el atrevimiento de quejarse a voz en cuello de que no la dejaran visitar a «su hombre».

—¡Increíble! ¡Ésta intenta apartarme de mi hombre! ¡Puedo asegurar que ya no es un niño! Me lo ha demostrado más de una vez con ese cipote que tiene.

Esselien permaneció oculta en su casa, llorando de oprobio, mientras oía las palabras soeces que llegaban del exterior. ¿Cómo se atrevía a decir que Robert era «su hombre»? ¿Acaso no se daba cuenta de que ella le llevaba veinte años? Con el corazón en un puño se retiró a la privacidad de su casa y, en silencio, le deseó lo peor a aquella vil *motyo*.

Había telefonado a todas partes; en vano. La policía le dijo que no era de su competencia ocuparse de esos asuntos, el comisario se negó a recibirla, y los oficiales del ejército que se avinieron a ponerse al teléfono no querían pillarse los dedos con ese asunto. Hasta que por fin encontró a alguien dispuesto a prestarle atención. Cifrabas todas sus esperanzas en el resultado de esa entrevista. Era su última oportunidad. Allí donde había ido en busca de ayuda se había encontrado con un muro de desidia e incomprensión. Le aconsejaron tener paciencia. Llegaría el día en que el fuego del amor de Robert hacia esa mujer se apagaría. Hasta entonces no había nada que hacer. Su argumento de que él sólo tenía veinte años, y, por lo tanto, según la ley era menor de edad, los había dejado fríos. A Esselien le había costado mucho dominarse para no arrojar el teléfono en lugar de seguir oyendo esas explicaciones hipócritas. Le hubiera gustado echarles en cara el que en casi todos aún ardiese el fuego del deseo por Maxi Linder, o por lo menos que hubiera ardido...

Se acercaban las elecciones para el nuevo Consejo de Estado. René gozaba de una posición social que le permitía emitir su sufragio. Los candidatos trataban, mediante anuncios en los periódicos, de captar la mayor cantidad de votos posible. Esselien trató en vano de ponerse en contacto con muchos de ellos, pero la rehuían como si tuviese la peste.

Por fin, René consiguió que un comisario de policía que no llevaba mucho tiempo en la colonia, prestara atención a su problema.

Los tres estaban sentados alrededor de la mesa de la cocina. Para mantener alejadas las miradas de los curiosos, había cerrado las cortinas a pesar de lo temprano de la hora. El comisario había dado cuenta, con verdadera voracidad, del bistec con patatas asadas. Para que se sintiera a gusto, Esselien le había preparado una comida auténticamente holandesa. Ella misma había sido incapaz de comer más que unos bocados. Con los nervios destrozados esperaba a que él expusiera su plan. El tiempo apremiaba. Hacía ya una semana que Robert se había ido de casa, tras alquilar una

habitación en el hotel Palace, pagada por Maxi Linder. La influencia que ésta ejercía sobre él era tan grande que no le había costado mucho convencerlo de que se marchara del lado de sus padres. Mientras ella no fuera bienvenida en su casa, él no tenía nada que hacer allí.

Esselien no lograba entender que esa mujer estuviera dispuesta a gastar tanto dinero para estar con Robert. El hotel Palace era el más caro de la ciudad. Según le habían dicho, todo joven sabía que si quería estudiar una carrera sólo tenía que procurar que Maxi se enamorara de él. Al parecer, incluso disponía de las relaciones adecuadas para conseguir un permiso para ir al extranjero. Puesto que René y Esselien eran perfectamente capaces de pagar los estudios a Robert, Maxi debía de ser consciente de que, en su caso, los beneficios económicos no influían en absoluto. Pero se negaba a aceptar la posibilidad de que se tratara de verdadero amor.

Cuando fue al hotel, el recepcionista le dijo de mala manera que la «señora Rijburg» había dado instrucciones de que Robert no podía recibir visitas. ¡Esa mujer había convertido a su hijo en un calzonazos! Esselien juró que haría todo lo posible por arrancarlo de las manos de semejante ser...

Tras el último bocado, el comisario se echó hacia atrás satisfecho. La silla de madera crujió bajo su peso. La chaqueta del uniforme estaba tensa alrededor de la prominente barriga y los botones dorados tiraban con todas sus fuerzas del hilo que los una a la tela. El comisario extrajo un gran pañuelo blanco del bolsillo y se enjugó el rubicundo rostro cubierto de sudor. El cabello, rubio, se le pegaba a la frente y las sienes.

A Esselien ese hombre no le resultaba para nada simpático, pero estaba encantada de que quisiera ayudarlos a resolver sus problemas. Agradecía a Dios el que no llevara en la colonia el tiempo suficiente como para haberse perdido entre las sábanas de Maxi Linder. Tal como ella lo veía, parecía la clase de hombre que, en un momento dado, cedería ante la amplia oferta de carne femenina.

Después de aclararse varias veces la garganta, René decidió mencionar el tema por el que habían concertado aquel encuentro.

—¿Ha pensado en nuestra conversación del otro día?

—¿Se refiere a librar a su hijo de los tentáculos de la Araña Negra...? —preguntó entre risas. Su vientre se agitaba de tal manera que Esselien temió que los botones de la chaqueta salieran disparados. El hombre estaba más rojo que un tomate.

—Sí, sí, yo también he sido joven... Y debo admitir que sé cómo se siente uno cuando empieza a pensar con las pelotas, y le ruego señora, que me disculpe por mi lenguaje...

Ella restó importancia al comentario con un breve ademán.

—Supongo que ya sabrán que la señora en cuestión goza de protección al más alto nivel. De dar crédito a los rumores, el gobierno está por decretar el internamiento de todas las prostitutas. Los americanos presionan en ese sentido debido al gran número de soldados que han contraído enfermedades venéreas. Pero aun cuando se

apruebe esa resolución, es poco probable que Maxi Linder se vea afectada. —Esta vez no rió, sino que los miró muy serio.

Esselien se inclinó hacia él. Por fin alguien comprendía la gravedad de la situación.

—¡Es escandaloso! —exclamó.

—¿No podemos detenerla, en vistas de la edad de mi hijo...? —preguntó René en tono de desesperación. Esselien tomó su mano por debajo de la mesa.

—Con las relaciones que tiene, a las veinticuatro horas volvería a estar en la calle. Parto del supuesto de que su hijo no pondrá fin por propia voluntad a la relación que mantiene con ella. Antes de que nos diésemos cuenta volverían a estar juntos. Hemos de pensar en una medida más radical... y da la casualidad de que tengo un plan, si bien es bastante drástico...

La determinación con que el comisario pronunció aquellas palabras atenuó en parte el dolor que atormentaba a Esselien. Desde el momento en que había visto a su hijo en compañía de aquella puta, le parecía estar viviendo una *fowru doti*^[84].

—Estamos dispuestos a lo que sea con tal de que nuestro hijo se vea libre de las garras de esa mujer —dijo—. ¿Usted tiene hijos?

El comisario asintió.

—Entonces se imaginará lo que significa para una madre verse en una situación como ésta. Le hemos dado una buena educación. Todavía no comprendo qué pudo haber pasado. Y el escándalo...

—Le expondré mi plan, señora. Permítame, por favor, que termine. Si está usted de acuerdo con él, lo pondremos en marcha de inmediato.

—Es usted nuestra última posibilidad de salvación...

René le indicó con una mirada que dejase continuar al comisario.

—Haremos arrestar a Maxi Linder por un día. Con el oficio que ejerce, no costará encontrar una excusa. Para ello me pondré de acuerdo con el comandante de las fuerzas americanas, que como usted sabrá no se lleva nada bien con ella. Él se hará responsable de la detención. Así mantendremos a raya por un rato a los protectores con que ella cuenta en el Gobierno colonial. Se guardarán mucho de importunar a los americanos... —El comisario hizo una pausa para beber un trago del coñac que su anfitriona le sirvió.

Esselien lo miraba como hipnotizada.

René se movía nervioso en su silla.

—Ocúpense de obtener un billete a nombre del muchacho en el *Peter Stuyvesa* —prosiguió el comisario—, que es el primer barco que partirá a Holanda.

—¿A Holanda? —A Esselien el corazón le dio un vuelco. Asustada miró a René en busca de ayuda, pero éste miraba al comisario como si no hubiera comprendido nada de lo que había dicho.

—Me ha entendido bien: un billete a Holanda —puntualizó el comisario—. Por lo pronto, me parece que lo más sensato es que el muchacho abandone el país por una

temporada.

—Pero ¿cómo haremos para convencerlo? —preguntó René, que al fin parecía haber captado el sentido de las palabras del comisario.

Esselien, por su parte, aún no se había dado cuenta cabal de lo que significaría tener que separarse de su hijo, pero sí comprendía que no había elección. Cualquier cosa antes que la deshonra con que tenían que vivir.

—Por supuesto, y como es seguro que no querrá irse, no habrá más remedio que secuestrarlo. Por eso hemos de deshacernos por un e Maxi Linder. Sin ella tendremos un problema menos. No la pondrán en libertad hasta que el barco haya zarpado. —En señal de que había terminado, el comisario apuró el coñac de un trago.

Esselien miró a su esposo en busca de confirmación. En lo más profundo de su ser ya había empezado a despedirse de su hijo.

El plan del comisario se llevó a cabo según lo dispuesto. Esselien no fue al puerto a despedirse. Quería recordar a su hijo tal como lo había visto la última vez. No habría soportado verlo atado y luchando por liberarse.

Estaba sentada en la salita, sin decir palabra. René se acercó a ella y la abrazó. Ninguno de los dos sabía de quién eran las lágrimas que bañaban su rostro.

Fuera, delante de la puerta, Maxi Linder gritaba de rabia. Claro que estaba al corriente de lo que le habían hecho a Robert. Las puertas y ventanas cerradas no bastaban para sofocar la retahíla de juramentos que salían de su boca.

Aún no hacía una hora que René había vuelto a Maagdenstraat cuando ella se había presentado. Reclamaba entre maldiciones a «su hombre». Si creían que obligándolo a marcharse se librarían de ella estaban equivocados.

Al oír el ruido de vidrios rotos se acurrucó más junto a René. Miró alrededor asustada. Las ventanas estaban intactas. Sólo percibió ira contenida en los ojos de su marido.

—A juzgar por el ruido debe de haber roto la luna del escaparate de abajo. —A René le temblaba la voz.

Por los gritos que llegaban de la calle dedujo que Maxi Linder había montado un verdadero espectáculo.

—¿Y la policía?

René no contestó.

Las pocas dudas que le habían quedado a Esselien por la manera en que habían resuelto el problema desaparecieron. Se sintió aliviada; al fin y al cabo como madre consideraba que era obligación suya librar a su hijo de la influencia de una mujer como aquélla. Y lo había conseguido.

Marius

Katwijk, 1943

—¿Qué te parece? De repente aparece en Domineestraat, en Spanhoek, donde estaba yo, uno de esos enormes camiones de diez ruedas. ¡No me lo podía creer: el que iba al volante era Bama! No hacía ni cinco minutos que había plantado el culo para descansar en ese banco, ya sabes, el de hierro fundido que está enfrente del teatro Bellevue, en Spanhoek. Estaba saboreando tranquilamente un bollo que había comprado en Kersten... —Interrumpió por un instante aquel aluvión de palabras para comprobar si aún la escuchaban.

Desde donde estaba, apoyado contra la pared del largo barracón, Marius lo oía perfectamente todo. Hacía como si la conversación no le interesara, pero aguzaba el oído.

Ya Vienen, a quien llamaban así desde una vez que, al enterarse de que llegaba un barco cargado de marineros, se había puesto a dar saltos, gritando: «¡Ya vienen, ya vienen!», retomó su relato incitada por quienes la rodeaban:

—Yo no molestaba a nadie, te lo juro. ¿Ya que no sabes qué pasó? El camión va y se para delante de mí, y ese *saka saka*^[85] de Bama me señala con un bastón. Era de película. Antes de que me diera cuenta de nada, de la parte de atrás del camión salta un grupo de soldados holandeses, se acercan a mí, me sacan a rastras del banco y me obligan a subir al camión. Le pregunté qué ocurría, pero se limitaron a ladrar que cerrara la boca o me la partirían...

—A mí me hicieron lo mismo —dijo Comeplátanos—. A mí Bama también me señaló en medio de la calle. ¿Te imaginas? Es como si quisiera vengarse. ¡Ese chuloputas fracasado! No conseguía que ninguna chica trabajara para él. Ésa es la clase de gentuza que trabaja para ellos... —Escupió con fuerza al suelo y señaló con un movimiento de la cabeza hacia donde estaba Marius—. Son de la misma calaña —añadió fulminándolo con la mirada.

—Venga, señoras, a mí sólo me han ordenado que vigile. No ha sido idea mía meteros aquí, pero debo admitir que no me resulta nada desagradable pasar el tiempo en compañía de tan bellas damas.

Como respuesta recibió una sonora pedorreta.

—Mira, que nos tengáis encerradas aquí vaya y pase, pero eso no os da derecho a tratarnos como a bestias. —Para enfatizar sus palabras, Faantje Bigi Sensi le dirigió una mirada aviesa y puso los ojos en blanco.

El largo barracón, que en otro tiempo había alojado soldados, se utilizaba como dormitorio para las mujeres internadas en el campo, como daban buena muestra las tres hileras de catres militares de campaña que había en él.

Empezó a llover. Las primeras gotas resonaron sobre el techado de cinc. Aquí y allá las goteras dejaban entrar el agua. El sol había brillado todo el día y el calor era

insoponible. Marius tenía orden de vigilar durante la hora de la siesta y no podía ausentarse ni por un instante. Por lo que a él respectaba, la lluvia era un cambio bienvenido.

—Y a ti, ¿dónde te pillaron?

A esta pregunta de Ya Vienen todas las miradas convergieron en Maxi Linder. No iba vestida de blanco, como se habría esperado tras la reciente muerte de su madre, pues no la habían autorizado a guardar luto (sólo estaba permitido seis semanas después del deceso del ser querido). En cambio, llevaba un informe vestido azul pálido que sujetaba en la cintura mediante una cuerda de yute. Era uno de los tres del mismo color que entregaban a las mujeres al llegar al campo. También les daban tres bragas confeccionadas con sacos de harina, y eso era todo. Habían intentado que se quitara las joyas, pero Maxi se había negado en redondo. Como consecuencia de ello, sus lujosas alhajas contrastaban violentamente con las prendas que vestía.

Estaba sentada en uno de los catres, y antes de iniciar su relato miró alrededor para cerciorarse de que todos prestaban atención.

—Esa tarde me encontraba en mi burdel de Saramaccastraat cuando entraron. Estaba claro que alguien me había delatado... —Señaló significativamente hacia Marius—. Se notaba por la seguridad con que actuaban.

—¿Fueron a buscarte al burdel? —Baka Iri la miró con expresión de incredulidad. Antes de que Maxi Linder pudiera contestar, Isri Bowty se le adelantó.

—¡Eso no es nada! —exclamó—. A algunas de las chicas incluso las han sacado por la fuerza de sus casas.

Maxi Linder la hizo callar con una mirada de reconvención.

—¿Queréis que os lo cuente o no? —Sin esperar respuesta prosiguió—: Por mucho que les explicara que debía de tratarse de un error, porque yo no hacía mal a nadie y no transmito enfermedades, era como hablarle a una pared. Incluso les propuse que fuéramos a ver al doctor Koppenschaar, que es quien me controla, pero ni así. Tenían órdenes de llevarme y nada ni nadie les haría desistir. Me sentí tan humillada que les pedí llorando que me dejaran en paz...

Kartini^[86], una javanesa bellísima que debía su mote a la igualmente bella princesa de su país natal, apoyó una mano consoladora sobre el hombro de Maxi.

—Bueno, todas tenemos una historia triste que contar. Me han dicho que incluso se han llevado a chicas inocentes. —Esta vez el comentario procedió de Baka Iri.

—¡Hasta a una mujer embarazada! —exclamó Faantje—. Muchas de las que están aquí han sido denunciadas por amantes despechados, y ni siquiera se dedican a hacer la...

—Pues lo que es a mí no me da pena —la interrumpió Ya Vienen, altanera—. Así verán por lo que hemos de pasar nosotras...

Maxi se encogió de hombros.

—¿Pena? Verás, antes de que te des cuenta estaré fuera de aquí.

Baka Iri lo intentó de otro modo.

—¿No habría podido hacer algo por ti ese Izaak Meyer? ¿No es ahora un pez gordo de la política?

—Mujer, ¿por qué te metes? —le espetó Maxi—. Si tan bien informada estás, ¿cómo es que no has ganado más pasta con ese cuerpo que tienes?

—¿De qué Meyer habláis? —preguntó Kartini con prudencia.

—Ése está en América, de modo que si quieres seguirlo, tú misma.

La lluvia arreciaba por momentos. Marius sacó las manos por una de las pocas ventanas que tenía el barracón. El agua caía con tuerca sobre sus palmas y se le escurría por las muñecas. Intentaba refrescarse: a pesar del chaparrón en la estancia reinaba un calor agobiante. Observaba a Maxi de reajo. El grupo de mujeres seguía charlando animadamente. Una gota de sudor se deslizo por la sien y el cuello de Maxi para desaparecer en el escote. Marius cerró los ojos y se imaginó a sí mismo en el lugar de aquella gota de sudor.

Para él constituía un misterio la razón por la que, después de tantos años y todas las historias que había oído acerca de ella, Maxi seguía despertando su pasión. Lejos quedaban los días en que se la encontraba en el cine. Marius esbozó una sonrisa cuando pensó que en parte se debía a él el que nadie la conociera ya como Wilhelmina. En aquel entonces aún había tenido esperanzas...

El repiqueteo de las gotas sobre la piel estimuló su imaginación, Tuvo una visión de ellos dos desnudos, estrechamente abrazados, mientras la lluvia los azotaba sin piedad. A pesar del agua fresca que les caía encima, empezaban a arder.

Cuando Marius supo que la llevarían al campo había esperado en secreto que la seguridad en sí misma de que hacía gala Maxi se resquebrajara hasta el punto de convertirla en cera en sus manos, pero cuando la vio comprendió que era más rebelde y provocadora que nunca.

Al estallar la guerra Marius se había alistado en la milicia. Algunos de sus amigos se habían presentado voluntarios para terminar como artilleros en los mercantes de la KNSM. Otros más combatían en las Indias Orientales o en Europa. Al principio trabajó en la construcción de los dispositivos de defensa a las órdenes de suboficiales surinameses. La guarnición holandesa era minúscula y había que reforzarla. Así pues, las tropas americanas y el destacamento de Infantería de Marina holandés que llegó para vigilar las reservas de bauxita se encontraron con un ejército bien organizado y capaz de oponer resistencia. Aunque estaba orgulloso del uniforme que lucía, lo había desilusionado un poco el que Maxi no lo considerara digno de dirigirle una mirada, ni siquiera al verlo vestido así. Seguía insistiendo en que no daba la talla si lo comparaba con los hombres con que compartía la cama, y que, por mucho que él afirmara lo contrario, no estaba en condiciones de pagar su precio. Todos sus clientes pertenecían a la oficialidad.

Cuando llegaron los americanos, se hicieron cargo de la milicia, y Marius fue destinado a tareas de vigilancia en la Jodensavanne. Allí se internaba a los holandeses simpatizantes de los nazis, muchos de ellos enviados desde la propia Holanda y las Indias Orientales, o alemanes considerados prisioneros de guerra. Entre los primeros se encontraba el señor Schubert, antiguo director de la plantación Beekhuizen. Entre los segundos se contaban los miembros de la tripulación del *Goslar*, cuya quilla aún podía verse, después de dos años, en el puerto de Paramaribo.

El 3 de junio Marius fue trasladado a la ciudad. Ese día había llegado un barco de la Francia no ocupada lleno de refugiados holandeses que habían logrado escapar del invasor nazi. Marius tenía que cerciorarse de que eran convenientemente alojados. A petición del gobernador, Court Humaniteit y la asociación de la comunidad china, Kong Ngie Tong, habían puesto a disposición de los refugiados sus sedes sociales en Steenbakkerijstraat.

Antes que se ordenara el internamiento de las prostitutas, le había llamado la atención la campaña contra éstas llevada a cabo por la prensa. También el comandante de las tropas americanas había pedido que se tomaran medidas debido al aumento de enfermedades venéreas entre sus soldados. La llegada de los militares había disparado de tal manera la demanda de *motyos* que numerosos grupos de mujeres procedentes del campo y las plantaciones llegaron a la ciudad para obtener algunos de esos dólares que los americanos gastaban a manos llenas. Quien más se quejaba, sin embargo, era la gente acomodada de la ciudad.

Debido asimismo a sus sentimientos hacia ella, Marius había observado con recelo el alboroto que se había armado cuando Maxi comenzó a salir con el hijo de una de las «mejores» familias de la ciudad. Para poner fin a la relación se había enviado al pobre chico, contra su voluntad, a Holanda, y no se había vuelto a saber nada de él. Tras el incidente Maxi se había mostrado cada vez más insoportable. Durante días había andado por ahí con una mano vendada: en un ataque de cólera había roto el escaparate de la tienda sobre la cual vivía la familia del chico, con lo que se había hecho un buen corte.

En lugar de compadecerla, Marius se reía para sus adentros: que al menos por una vez ella sufriera lo mismo que él padecía constantemente por su culpa. La aparición en los diarios del decreto del Gobierno anunciando que se actuaría contra las personas que alteraran el orden público y pusieran en peligro la salud de las tropas, allanó el camino para la mayor redada de todos los tiempos en Surinam. Se detuvo a cientos de mujeres por toda la ciudad, en la mayoría de los casos sin causa aparente, así como a gran número de rufianes y miembros de bandas que se dedicaban al pillaje cuando se apagaban las luces durante las alarmas aéreas.

Sin embargo, nadie había esperado de verdad que también se llevaran a Maxi, y para Marius al menos constituyó toda una sorpresa. Corrían rumores de que su detención había sido consecuencia de la presión que un par de americanos, que aún tenían cuentas pendientes con ella, habían ejercido sobre el Gobierno colonial.

Marius tardaría en olvidar las horribles escenas que tuvieron lugar en el Plattebrug, donde se había reunido a las mujeres para trasladarlas al fuerte Nieuw Amsterdam. Pronto se congregó una verdadera muchedumbre en torno a ellas. Un grupo de milicianos y policías debía evitar que aquéllas sufriesen agresiones.

La mayoría de las putas no eran desconocidas para quienes las rodeaban: formaban parte del paisaje urbano.

—¡Arrojadlas al río! —gritó una mujer—. ¡Así nos libraremos para siempre de estas apestadas!

Se oyó un coro de carcajadas.

—¡Gracias a Dios! ¡Por fin la ciudad volverá a estar tranquila! —exclamó una vieja, mirándolas como si estuviera ante la peor escoria de la tierra.

—¡Sí, sí! ¡Al infierno con ellas! —intervino otra voz femenina—. Así no tendremos que preocuparnos por nuestros maridos.

Era curioso que los peores insultos procedieran de mujeres...

Una muchacha señaló a Maxi con el dedo y dijo:

—¡Mirad: ni siquiera Maxi Linder se salva de la limpieza general!

La figura de Maxi, cubierta de joyas, contrastaba con las demás prostitutas, en las que eran visibles las señales de los malos tratos.

De pronto, una piedra voló por encima de la multitud y se estrelló contra la cabeza de una mujer joven que no paraba de lamentarse de que la hubiesen detenido sin razón. Si el barco que debía trasladar a las mujeres al fuerte Nieuw Amsterdam no llegaba pronto, no habría forma de contener a la creciente muchedumbre. Además, ni los milicianos ni los policías habían recibido instrucciones de recurrir a la fuerza para defenderlas.

El gentío se apretujaba cada vez más, por lo que Marius, que era de baja estatura, tuvo que ponerse de puntillas para no perder de vista a Maxi. Incluso cabizbaja destacaba por encima de las demás.

Tenía los labios hinchados y un coágulo de sangre en la barbilla. Marius sentía pena por ella, aunque debía admitir que el que la hubiesen detenido lo beneficiaba. En el campo sería él quien llevase la voz cantante. Si Maxi quería ciertos privilegios debería dar algo a cambio. Marius se alegraba de antemano de ver al fin satisfechos sus deseos.

A última hora de la tarde se decidió subir a las prostitutas en camiones y llevarlas a Katwijk por temor a que saltaran por la borda si las trasladaban en barco.

Las mujeres estaban sentadas en dos filas enfrentadas delante de las máquinas de coser. Eran muchas y armaban un barullo infernal. Inclinas hacia adelante, le daban sin parar al pedal mientras pasaban por debajo de la aguja la tela verde del ejército.

Los guardianes caminaban entre las dos filas y, para impresionar, se golpeaban

con la vara la palma de la mano. Vigilaban atentamente a las mujeres. Aquella que dejara de trabajar sin permiso se arriesgaba a recibir un par de certeros trastazos.

También Marius andaba a grandes zancadas entre las ajetreadas mujeres, jugueteando, amenazador, con la vara. Disfrutaba exhibiendo su poder.

Las mujeres ganaban cinco florines al mes. Para muchas eso era incluso más que lo que obtenían vendiendo su cuerpo, pero para damas como Maxi Linder o Truus *la Ladrona de Gallinas* constituía una limosna. Para ellas la estancia en Katwijk no significaba más que humillación y penalidades. Allí debían prescindir de las finas medias de seda que compraban en Bata; allí faltaban los fines de semana en lujosas casas de campo situadas en parajes maravillosos; allí debían olvidarse de cenas exquisitas en el elegante Imperial del Knuffelsgracht, y de bailar al ritmo excitante de la rumba y la conga... Allí estaban atadas de pies y manos a los caprichos y placeres de los guardianes. Para su aseo diario disponían de un pequeño cuenco de aluminio en el que debían lavarse la cara y el resto del cuerpo, y tenían que hacer sus necesidades en agujeros cavados a tal fin en el suelo.

Por la noche tenían lugar las escenas más vergonzosas. Los guardianes violaban regularmente regularmente a las mujeres, y aquellas que se resistían eran torturadas y humilladas de algún otro modo. Durante el día, algunas mujeres deambulaban entre los barracones desnudas y totalmente perturbadas por lo que les había ocurrido la noche anterior. Esa fue la razón por la que hubo que cerrar un colegio cercano.

Maxi Linder estaba sentada en el extremo de la primera fila. Inclined sobre la máquina de coser trataba de enhebrar la aguja, lo que no era nada fácil debido a la mala iluminación. Marius se acercaba lentamente a ella. Le bastaba con observar su espalda doblada para sentir que la cólera renacía dentro de él. Su mirada descendió hasta la cintura, donde se distinguía claramente el borde de las bragas.

También en el campo se había resistido con tenacidad a sus tentativas de acercamiento, a diferencia de la mayoría de las mujeres, que ofrecían sus servicios a cambio de privilegios. Estaba harto: ya no le suplicaría más; la tomaría allí mismo, y nadie se atrevería a delatarlo.

Ella cambió repentinamente de postura. Mientras estiraba la espalda, se llevó las manos a la cintura y se dio un leve masaje justo encima de las nalgas. Marius, que ya estaba muy cerca de ella, lo vio como una provocación.

—¡Trabaja, puta! ¡No estás aquí para divertirte!

Ella volvió lentamente la cabeza hacia él y lo miró de arriba abajo con expresión despectiva.

—Tú tampoco, *porter batra*^[87].

—¡Cierra el pico o te doy, zorra! —Marius blandió la vara con ademán amenazador.

En la estancia se hizo el silencio.

Maxi Linder ya había levantado el brazo para protegerse.

—¿Te crees más hombre por pegar a mujeres indefensas...? —La voz de Maxi

rezumaba desprecio.

Marius titubeó, con la vara en alto. Sólo disponía de unos pocos segundos para reflexionar en las posibles consecuencias de su acto. Todavía no tenía del todo claro si ella gozaba de protección en el campo, pero si no quería desprestigiarse ante el grupo de mujeres y sus propios compañeros, no podía echarse atrás.

—Si eres tan maravillosa —replicó—, ¿por qué estás en este campo? No eres mejor que esta escoria. —Señaló con la vara a las mujeres que estaban delante de ella, y que habían interrumpido su trabajo.

Marius sabía que a las mujeres no les importaba quién saliera vencedor: su desprecio hacia él era tan grande como la antipatía que sentían hacia Maxi Linder. A él lo despreciaban porque formaba parte de aquellos que les habían quitado su libertad, y en lo que se refería a Maxi Linder, la rivalidad que habían mantenido fuera del campo había continuado en éste con la misma intensidad.

—Las palabras no duelen. Tengo la piel más gruesa que una morsa. ¿Por qué no te metes la vara por el culo? ¡Eso sí que duele!

Marius se estremeció cuando las risotadas reverberaron en las paredes desnudas del barracón. La cólera ciega que durante tanto tiempo se había acumulado en su interior, estalló por fin. Le atizó con la vara, con los ojos cerrados. Los gritos de Maxi y el ruido que hacía la vara al golpear contra su cuerpo eran un bálsamo para la herida que sangraba dentro de Marius.

Trude

Katwijk, 1943

—¿Qué te han hecho? —La señora Trude atrajo a Wilhelmina hacia sí, con expresión preocupada.

Wilhelmina bajó avergonzada la vista, tratando en vano de librarse de aquel contacto.

Trude pasó la mano por el número que habían tatuado a Wilhelmina en el antebrazo al entrar en el campo. K-63.

—¡Por Dios! ¿Para qué es eso? Fíjate cómo han estropeado tu bonita piel.

Fulminó con la mirada al vigilante, que permanecía sentado en una banqueta de madera en un rincón de la sala de visitas, muy atento a la conversación.

—Joven, hace ya tiempo que se abolió la esclavitud^[88], por si no lo sabías. Marcar a fuego a los negros pertenece a un oscuro pasado. ¡Y no me mires con tanto descaro, que podría ser tu madre! Aparte de que conozco a tu madre... ¿No eres el hijo de la señora Tine de Pontbuiten? ¿Que no te ha enseñado modales?

Incomodado por la arrogancia de aquel comportamiento, el joven prefirió contemplar absorto la ventana abierta sin pronunciar palabra.

Entre los dos barracones, un grupo de mujeres ataviadas con vestidos de color azul pálido se dedicaba a segar la hierba bajo un sol inclemente.

—El tatuaje significa que ocupó el número sesenta y tres en la lista de mujeres —explicó Wilhelmina a la señora Trude.

—¡Pero eso es bestial! ¡Venga...! —Acercó su silla a la de Wilhelmina.

—No era preciso que viniera. Se lo agradezco mucho, de veras, pero a su edad este viaje ha de ser particularmente agotador.

Trude acarició el rostro de Wilhelmina.

—¿Ya comes bien, Mina? Estás muy delgada. Ojalá tu estancia no acabe destruyendo tu belleza, *gudu...*

Wilhelmina soltó una débil risita. Rebulló en la silla y Trude imaginó que se sentía incómoda. Era normal que no le agradara que sus conocidos la vieran en esas circunstancias.

—Tenía que venir. Tu madre, que en paz descansa, y yo éramos íntimas amigas. Si ella viviera, seguro que habría venido a verte... ¡Qué entierro tan magnífico le has procurado! Que yo haya podido vivirlo. *Ai baya*, terminar de ese modo... Yo ya me conformaría con un final así...

Habían vuelto todos los espejos hacia la pared, para que la imagen de la difunta no perturbara a los presentes. La casa retumbaba con el cántico monótono, exasperantemente lento, que debía alzarse por encima de las manifestaciones de

dolor; cantaban una canción cristiana tras otra.

Parecía dormida. Al contemplar aquellos rasgos relajados, apenas resultaba creíble que Amalia hubiera entrado ya en la eternidad. Uno hubiese jurado que en cualquier momento abriría los ojos para observar con asombro a los dolientes que la rodeaban. Las amortajadoras habían cumplido su cometido con todo esmero. El pañolón blanco con un estampado azul de aves le llegaba casi hasta las cejas y por la comisura de la boca le asomaba un *alanyatiki*.

El interior del ataúd de caoba estaba decorado con pañolones plegados en forma de abanico. Del koto *pepre-nanga-sowtu*^[89] sólo se veía la parte superior de la chaquetilla, el resto quedaba oculto bajo un mar de flores.

Junto a la cabecera había varios pañuelos, cajas de cigarros y una sola pipa, regalos de despedida que recibía para su viaje al más allá.

Trude observó con aversión a los soldados que escoltaban a Wilhelmina en el entierro de su madre. Los dolientes los miraban de reojo con una mezcla de desprecio apenas disimulado e incontenible curiosidad. Con el uniforme verde, la bolsa apoyada en la cadera izquierda, el casco de acero y las recias botas que les llegaban justo hasta las rodillas, resultaban muy conspicuos entre el grupo de gente de luto vestida de blanco.

El mero hecho de que la acompañaran al entierro con semejante manifestación de poder había extrañado a Trude. ¿Acaso temían que alguien ayudara a Mientje a fugarse?

Trude esperaba en vilo lo que ocurriría. Su afán de sensaciones quedaría más que satisfecho antes de que concluyera ese día.

En la salita que daba a la calle, donde la familia y los amigos se habían reunido, Trude había encontrado un sitio muy cerca del ataúd. Mientras se protegía la nariz con un pañuelo empapado en colonia, no se perdía detalle de cuanto ocurría a su alrededor. Poco antes había presenciado la llegada de Wilhelmina, que había suscitado ruidosos murmullos cuando los soldados bajaron, con un gran despliegue de armas, del camión militar.

Mientras tanto, Mientje se había calmado un poco, aunque seguía meciéndose con la mirada perdida. Dopie, una de las hermanas de Amalia, la consolaba. Le había rodeado los hombros con un brazo y abanicaba con un pañuelo, mientras internaba reanimarla haciéndole oler otro pañuelo empapado en *Limealcol*^[90].

La invadió una profunda compasión por Wilhelmina. Hubiera deseado acercarse a ella y abrazarla. Era la primera vez que la veía sin joyas. ¿Se las habrían quitado en el campo? A pesar de la trágica situación, no era capaz de dejar de lado su curiosidad.

Wilhelmina llevaba un mantón blanco sobre el vestido, como correspondía a la familia más cercana. Se había puesto el *lont'ede*^[91] y el *tompi*^[92], como muestra de luto riguroso. Tras grandes esfuerzos, habían conseguido apartarla del ataúd, al que se

había aferrado con una fuerza inaudita en una mujer. Su llanto desgarrador penetraba hasta la médula y parecía contagiarse a los presentes. Dos mujeres se abrazaron llorando y, al otro lado del féretro, una joven se desmayó. Para aliviarla, trataron de aflojarle la parte superior del vestido y abanicarla. Un grupo de mujeres la rodeó formando una cerca protectora. Sus cuerpos, que oscilaban levemente, parecían formar uno solo.

Un hombre de unos cuarenta años entró en la salita y recorrió la estancia con una mirada apesadumbrada. Maldiciendo, aporreó el marco de la puerta con toda la fuerza de sus puños.

—¿Por qué nos hace Dios esto? ¿Por qué, de entre todos sus hijos, ha de llevarse precisamente a nuestra querida Peetje?

Una anciana que estaba junto a la entrada le apoyó una mano en el hombro.

—No seas así: ya sabes que los caminos del Señor son inescrutables. Piensa que ahora ya reposa en paz.

Miró a Wilhelmina, que lloraba de nuevo inclinada sobre el ataúd. La joven había apoyado la mejilla en la de su madre, y su expresión lo decía todo. Dos soldados trataron de apartarla suavemente de féretro.

Trude lamentaba que Wilhelmina se abandonara de ese modo. Se metió el pañuelo en el cuello del vestido y se acercó al grupo de personas que se había arremolinado junto al ataúd.

—Por favor, dejad que hable un momento con ella...

Los soldados miraron el mantón blanco que se había puesto ciñendo su voluminoso cuerpo.

—¿Es de la familia? —preguntaron, indecisos.

—Amalia y yo éramos como hermanas. Hemos pasado media vida juntas en el mercado. Yo vivo un par de casas más allá y conozco a Wilhelmina desde que era así de pequeña —respondió, señalando a la altura de la rodilla—. La quiero como a una hija.

Sin darles tiempo a contestar, los apartó con un gesto que no admitía objeción. Su actitud resuelta y su mirada despectiva los turbó, de manera que bajaron la vista y se apartaron.

Trude agarró a Wilhelmina por los hombros.

—Mientje, soy yo, la señora Trude. Cariño, hay que conservar la calma... Ven... —intentó consolarla, abrazándola—. ¡Mientje! ¡Mírame! ¡*Mi Gado*, chica, cuánta pena...! Tu madre por fin reposa en paz...

Sus palabras de consuelo sólo sirvieron para que Wilhelmina empezara a llorar con más aflicción. Trude la mecía suavemente y hacía ruiditos como si acunara a un bebé.

De pronto, Wilhelmina la miró, con el rostro congestionado de tanto llorar.

—Ven... —Trude la atrajo hacia sí.

Rendida, Wilhelmina se abandonó en los brazos de aquella mujer, quien la

condujo a su silla.

—Sé cuánto estás sufriendo, Mientje, pero considéralo la voluntad de Dios. Había llegado su hora. Él la ha llamado a Su casa —susurró. Siguió meciéndola como si se tratara de una niña, y no de una mujer de cuarenta y un años.

—¿Por qué ha tenido que ocurrir justo cuando no podía estar con ella? —Su lamento hendió el aire de aquella estancia atestada como un grito de muerte.

Todas las miradas estaban fijas en ellas. Quien no había conseguido un lugar en el interior se apretujaba ante las ventanas y la puerta.

—Ha sido la voluntad de Dios, chiquilla, y nosotros no debemos juzgarlo. —Trude rescató su pañuelo de las profundidades de su escote, lo roció con Limealcol y se lo entregó a Maxi, cuyas manos permanecían yertas en su regazo—. Se ha ido mientras dormía, sin sufrimiento. No ha estado enferma ni un solo día, gracias a Dios. Su boca desdentada desgranaba lentamente las palabras de consuelo.

Wilhelmina parecía haberse encerrado en sí misma, ajena a cuanto ocurría a su alrededor. Se limitaba a mirar al frente con expresión apática, mientras algún estremecimiento ocasional sacudía todo su cuerpo.

—¡Ella tiene la culpa de la muerte de su madre!

La persona que había realizado tan terrible afirmación se hallaba detrás de ellas. Trude apenas logró resistir la tentación de mirar atrás. Hacía ya tiempo que se había percatado de la animosidad que reinaba entre Wilhelmina y el resto de la familia: pocos se habían acercado a darle el pésame al llegar, habían prescindido de su presencia mientras se entregaban a continuos comentarios maliciosos.

De pronto, Trude se separó de Wilhelmina. Se encaminó con pasos resueltos hacia el ataúd abierto y anduvo de forma ostentosa alrededor del féretro con las manos a la espalda. Lo rodeó dos veces y por fin se detuvo junto a la cabecera para contemplar por un instante y sin pronunciar palabra el cuerpo sin vida de la señora Amalia.

—¡Qué guapa estás! Mientje no ha reparado en esfuerzos ni dinero para ofrecerte un entierro espléndido. —Observó a Wilhelmina—. Amalia, querida, te conozco desde hace años, tal vez demasiados, y en todo este tiempo nunca te he oído quejarte de tu hija. ¿Quién somos nosotros para juzgar?

Todos los presentes contenían el aliento y guardaban silencio, excepto unos pocos que no lograban reprimir el llanto.

Trude sacó de su escote un pañuelo blanco y se secó el sudor con un gesto teatral antes de depositarlo en el ataúd.

—Cuando emprendas el camino hacia *yanasei*^[93] podrás usar este pañuelo para enjugarte el sudor de la frente. —Acto seguido extrajo toda una caja de pañuelos, que también dejó en el ataúd—. Toma esto, por si encuentras algún amigo ahí. Así tendrás algo que ofrecer. —Cuando hubo terminado su discurso, se acercó a Wilhelmina y la abrazó efusivamente—. Mientje, ya te lo he dicho, pero no me cansaré de repetirlo: te acompaño en el sentimiento por la muerte de tu madre —concluyó.

Wilhelmina permanecía aturdida, casi resignada. Sin embargo, Trude aún no había terminado. Tomó la mano de Wilhelmina, miró alrededor y añadió con voz vigorosa:

—*Yu na watra taya, yu no bun fu nyan ma yu no bun fu trowe tu*^[94]. Eres un animal, no hay quien te trague, pero no por eso vamos a tirarte.

Por un momento reino el más absoluto silencio. Entonces se alzó otra voz.

—Los que aún quieran despedirse, que lo hagan ahora. Vamos a cerrar el ataúd — anunció la responsable de las amortajadoras.

Wilhelmina pareció despertar de su letargo y soltó un grito de angustia al tiempo que se levantaba como impulsada por un resorte. El sermón de Trude no había caído en saco roto: antes de que Wilhelmina pudiera lanzarse de nuevo sobre el ataúd, varias manos la retuvieron, a pesar de que ella trataba de acercarse a los restos de su madre con todas sus fuerzas, llorando a lágrima viva.

—¡Mamá, no te vayas! ¡No me dejes sola! ¡Tengo todavía tantas cosas que contarte...!

Todos los presentes entonaron la canción que correspondía al momento en que se cierra el ataúd:

*Seguro en brazos de Jesús,
seguro en el corazón de Jesús.
Allí, en su misericordia,
está mi alma apesadumbrada.
Escuchad la canción de los ángeles
que entonan canciones de amor y paz,
susurrando en sus salas celestiales
sobre el brillante mar.*

*Seguro en brazos de Jesús,
seguro en el corazón de Jesús.
Allí, en su misericordia,
allí está mi alma apesadumbrada.
Seguro en brazos de Jesús,
libre ya gracias a su consuelo.
Libre de los afanes de este mundo,
libre de penas y desvelos.*

*Libre de temor y de dudas,
libre del poder del pecado.
Sólo un corto sufrimiento
sólo una breve noche.*

*Seguro en brazos de Jesús,
seguro en el corazón de Jesús.
Allí en su misericordia,
está mi alma apesadumbrada.*

Mientras tanto, los que todavía debían despedirse se acercaban a la cabecera del ataúd y apoyaban brevemente la mano sobre la frente de la señora Amalia y musitaban unas palabras antes del adiós definitivo.

Cuando los sepultureros entraron en la sala ataviados con sus fúnebres uniformes negros, como un grupo de buitres, Wilhelmina se desmayó. La aparición de aquellos hombres indicaba que la ceremonia de despedida había terminado. Mientras se acercaban al ataúd, llevaban el *browru ati*^[95] con solemnidad bajo el brazo por respeto a la difunta.

Trataron de reanimar a Wilhelmina haciéndole oler pañuelos empapados en Limealcol y agua de Florida. La mayoría de la gente prestaba más atención al revuelo que reinaba alrededor de Wilhelmina que al ataúd con la difunta.

El cortejo fúnebre se abría paso lentamente por las calles polvorientas encabezado por uno de los sepultureros, que blandía su bastón de caña con movimientos exagerados mientras marcaba el ritmo como un tambor mayor. Cuando había que parar en alguna esquina, el hombre lanzaba el bastón al aire para volver a recogerlo con movimientos certeros y grandilocuentes, al tiempo que avanzaba y retrocedía unos cuantos pasos durante los cuales el bastón giraba sobre su cabeza como un aspa.

Delante de la columna de la milicia marchaba una carroza tirada por dos caballos de pelaje negro azabache. Sobre las pesadas botas verdes de los milicianos se acumulaba una espesa capa del polvo que levantaban al marcar el paso por el camino de tierra. Los fusiles, bien abrillantados y relucientes, sobresalían altivos por encima de sus cabezas.

—Cualquiera diría que estamos en el entierro de la madre de la reina —susurró Trude a su hija, que avanzaba a su lado en la comitiva.

—Desde luego. Y así Mientje hace honor a su fama —la hija se rió disimuladamente.

Los penachos de los caballos oscilaban al ritmo de su paso. El cochero, muy elegante con su alto sombrero de copa negro y el traje negro con charreteras, se esforzaba por contener a los caballos, que debían seguir el paso de los milicianos. El techo de la carroza estaba cubierto de coronas y ramos. A través de los costados de cristal se veía el ataúd de caoba con las asas de cobre, sobre el que habían colocado una pequeña corona de flores blancas. En la cinta azul pálido que colgaba de ella se leía:

DESCANSA EN PAZ, QUERIDA MADRE

Trude se preguntó cuánto habría costado el entierro. La gente corriente no podía permitirse una carroza y por lo general debía conformarse con un carro tirado por un caballo o un burro, aunque lo más frecuente era que llevaran el ataúd a hombros.

La carroza iba flanqueada por sendos grupos de cuatro portadores, que avanzaban muy envarados, con los brazos apretados contra los costados y los puños cerrados. Caminaban con pasos mecánicos, con la cabeza muy erguida. Cuando la comitiva tenía que esperar en alguna esquina, seguían el ejemplo del guía, que andaba delante, y ofrecían un espectáculo de movimientos bruscos.

Inmediatamente detrás de la carroza avanzaba Wilhelmina, que volvía a ser dueña de sí misma, encabezando el largo séquito que acompañaba a su madre a su última morada. Tenía un aspecto solitario máxime cuando era preciso guardar un metro de distancia entre ella y el resto del cortejo fúnebre. El mantón blanco, que llevaba en la mano, ondeaba detrás de ella como un ala. Conseguía adoptar una expresión impasible, casi hierática.

Trude y su hija la seguían como dos damas de honor, lo basta te cerca para alcanzar a sostenerla en caso de necesidad.

A ambos lados del camino había mucha expectación. La gente se apretujaba para echar una fugaz mirada a la comitiva, mientras exponían continuamente su opinión o se preguntaban unos a otros de quién era el entierro. Algunos, dado el boato con el que la señora Amalia hacía el último viaje a su morada eterna, llegaban a la conclusión de que se trataba de un personaje de alcurnia. Otros, al reconocer a Wilhelmina al frente de la comitiva, suponían que se trataba de alguno de sus amantes.

Cuanto más se acercaba el cortejo al cementerio, tanto mayor era la multitud de curiosos. Wilhelmina, que miraba fijamente el féretro protegido por el cristal de la carroza, no les prestaba la menor atención.

—Antes de morir hablaba de ti día y noche. Por suerte, tenía mucha fe, y eso le ayudó a superar los momentos difíciles. Yo iba a verla a diario. Estaba muy apenada por tu detención. Para serte sincera, la verdad es que nunca la oí quejarse de ti.

Sacó un gran pañuelo y se sonó ruidosamente.

Wilhelmina, en cambio, lloraba en silencio. Trude se inclinó hacia ella y le secó las lágrimas con un extremo limpio del pañuelo.

—No llores, querida. No eches a perder tu belleza.

El guardián se *revolvía* incómodo en su *banqueta*. *Saltaba a la vista* que se sentía incómodo en presencia de las dos *mujeres que* mantenían una conversación tan íntima.

Ah, sí, Mientje, casi me olvidaba. ¿Te acuerdas del señor Nelis?

Wilhelmina echó la silla atrás con estrépito. Se mordió el labio y miró a Trude.

—¿Sabes a quién me refiero?

Wilhelmina asintió.

—Fue a ver a tu madre pocos días antes de su muerte. Había oído hablar de tu detención...

Wilhelmina empezó a pasear de un lado a otro con nerviosismo, contemplando a la vieja con los ojos entornados.

—Tu madre se alegró de su visita. No lo había visto desde el día en que desapareció de repente, sin ninguna explicación. Desde la ventana vi que él entraba en vuestra finca. Ya me conoces: me faltó tiempo para ir a casa de tu madre... —Los incesantes paseos de Wilhelmina por la estancia enervaban a Trude—. ¿No puedes quedarte quieta? Me estás sacando de quicio.

Wilhelmina apoyó la espalda en la pared, con los brazos cruzados ante el pecho en una actitud protectora.

Trude no entendía su extraño comportamiento. Daba la impresión de que la estancia en el campamento empezaba a afectar los nervios de Mientje.

—A tu madre le caía muy bien. Nunca entendió por qué se había marchado tan de repente. Cuando ella le preguntó por los motivos, él contestó que hacía demasiado tiempo y que a sus años la memoria ya le gastaba malas pasadas.

—Qué cerdo —se oyó de repente la voz de Wilhelmina, quien no pudo contenerse y pateó el suelo con rabia.

Trude la observó alarmada.

—¡No hables así de él! Nelis no lo ha tenido nada fácil. El pobre nunca logró arreglar la situación con su mujer y sus hijos. Lo que más le dolió fue que el culpable de todas sus desgracias tuviera una intención tan distinta de la que había aparentado en su momento. —Trude interrumpió su narración. Observó cautelosamente al vigilante y luego siguió en un susurro—: Pocos años después de que expulsaran a Killinger del país, Nelis leyó en el *De West* una entrevista que le habían hecho en un periódico holandés. En esa entrevista contaba que su intento de derribar a nuestro Gobierno obedecía a la aversión que le inspiramos los negros. Le preocupaba que las posibilidades de escolarización que el Gobierno concedía a los negros, implicaran que su hijo compartiera el aula con el hijo de su fregona. ¡Y pensar que Nelis había echado a perder toda su vida por semejante miserable! —Agotada por su extenso relato, se echó atrás en la silla y resopló suavemente para recuperar el aliento.

—Ese Nelis me preocupa un comino —replicó Wilhelmina con sequedad—. Que se lo hubiera pensado mejor antes de embarcarse en esa aventura. Esa gentuza no se merece nada mejor —espetó.

—Mientje, ¿qué te pasa? ¿Cómo es posible que seas tan desagradecida? El señor Nelis fue como un padre para ti. Desde que te metieron aquí, te estás convirtiendo en una amargada.

—¡¿Un padre?! ¡Un padre, mi mars!

Se produjo un momento de silencio entre las dos mujeres. En el exterior se oyó la risa de una de las mujeres que estaban trabajando.

¿Qué había ocurrido entre Wilhelmina y el señor Nelis? ¿Por qué había desaparecido tan repentinamente de Timmermanstraat aquel hombre? Trude miró a Wilhelmina como una serpiente que intenta hipnotizar a su presa.

—Mientje, dime, ¿por qué hablas con tanto rencor del señor Nelis? De niña lo querías mucho...

Wilhelmina se obstinaba en guardar silencio y Trude sintió que se le formaba un nudo en la garganta. Trató de controlar su agitada respiración poniéndose una mano en el pecho.

Sabía que, si jugaba bien sus cartas, acabaría enterándose de un secreto extraordinario.

—¡Con lo cariñoso que era! —insistió Trude, quien sonrió a Wilhelmina con dulzura—. Si parece que te estoy viendo, sentadita a su lado en la escalera de su casa...

Con un simple gesto, Wilhelmina le ordenó que se callara.

—El tío Nelis... no era como vosotras pensabais. —Las palabras salían de su boca como si llegaran de muy lejos—. Ahora que mis dos padres han muerto, nada me impide revelar los auténticos motivos de su partida... —prosiguió con voz apenas audible.

Trude la agarró por el hombro izquierdo y la condujo a un rincón de la sala de visitas, lo más lejos posible del vigilante. Se plantó ante Wilhelmina con un gesto de conspiración. El guardián, más interesado por el grupo de mujeres del exterior, ni siquiera se molestó en mirarlas. Trude sentía que el corazón le palpaba desbocado.

Mientras agitaban su cuerpo sacudidas violentas, Wilhelmina narró su historia.

Trude escuchó cubriéndose la boca con una mano y con los ojos desmesuradamente abiertos el torrente de palabras que los labios de Wilhelmina fueron desgranando.

Wilhelmina, agotada, se apoyaba en la pared con los brazos exangües a los costados. Mantenía los labios muy apretados y la mirada perdida. Trude hubiese deseado estrecharla, pero sus brazos se negaban a obedecer. Sentía el latido de la sangre en las sienes.

—¿Es la primera vez que se lo cuentas a alguien? —preguntó.

Wilhelmina tardó un momento en responder, mientras la vida volvía lentamente a sus ojos.

—No.

—¡No! —exclamó. Casi se odiaba a sí misma—. ¿Quién... quién más lo sabe? —dijo sin reconocer apenas su propia voz.

—Mapauw.

—¿Mapauw...? ¿Esa vieja motyo que vivía en vuestra finca...?

Mapauw estaba tendida sobre la colcha en la que cada día echaba su siesta.

Wilhelmina había tenido que gritar un par de veces antes de arrancarla del profundo sueño en el que se hallaba sumida.

La niña estaba en medio de la habitación, sujetándose el vientre con las manos. Su cara, cubierta de lágrimas y saliva, estaba contraída en una mueca. Lloraba en silencio.

Mapauw se incorporó con toda la rapidez que le permitía su cuerpo anquilosado y se fijó en la sangre que se coagulaba en las piernas de Wilhelmina. La mujer emitió un suspiro de alivio.

—Mi Gado, chiquilla, menudo susto me has dado. Ven aquí, no llores... —*Extendió los brazos hacia ella—.* Eso es algo natural, Mina, ahora ya eres toda una mujer. A partir de hoy tendrás que mantenerte alejada de los chicos...

Wilhelmina permaneció paralizada.

—Tyé pôti, aún eres demasiado joven para comprender lo quiero decir. Quédate aquí, iré a buscar a tu madre. Dios mío, que aspecto tienes; así no puedes salir. —*Mapauw agarró su bastón y se encaminó cojeando hacia la puerta.*

—¡No, no! ¡Mi madre no! —*chilló Wilhelmina, histérica.*

La niña cerró la puerta de golpe antes de que Mapauw tuviera ocasión de llegar a ella. La casa quedó sumida en la oscuridad.

—¡Niña, tranquilízate! Un poquito de calma: cuando venga tu madre te limpiará. En esa maleta que hay debajo de la cama guardo unos trapos; luego te haremos una compresa. ¡Qué orgullosa estará tu madre!: ya eres una chica bigi...

—Por favor, Mapauw, no metas a mi madre en esto. Se trata de tío..., es tío Nelis... —*Las últimas palabras quedaron empañadas por un incontenible ataque de llanto.*

—¿Qué dices? Habla más alto, para que te entienda. —*Mapauw, que no oía muy bien, se colocó la mano detrás de la oreja y se inclinó hacia ella.*

—*Nelis ha...*

—¡Querrás decir el tío Nelis...! Pero bueno, ¿no te ha enseñado modales tu madre? El tío Nelis no tiene nada que ver con eso, son cosas de mujeres. Voy a buscar a tu madre. —*Avanzó cojeando hacia la puerta, pero tardó un poco en encontrar el picaporte.*

—¡Mapauw! ¡El tío Nelis me ha hecho daño! —*chilló Wilhelmina en la oscuridad de la habitación.*

Mapauw se detuvo como fulminada por un rayo con la mano en el picaporte y apoyó la cabeza en la hoja de la puerta. Los gritos de Wilhelmina llenaban la habitación.

—¡El tío Nelis ha hecho cosas sucias conmigo...!

Con un ímpetu impensable en una mujer de su edad, Mapauw se volvió y extendió

los brazos hacia Wilhelmina en la oscuridad. Permanecieron un rato abrazadas, en absoluto silencio, apoyándose la una en la otra.

Fueron juntas a hablar con Nelis.

—¡Maldita alimaña! ¡Sobrefata!^[96] ¿Cómo has sido capaz? ¡Abusar de una niña inocente! Si tan caliente estabas ¿por qué no metías la polla en un hormiguero? — Mapauw se enfrentaba a él hecha una furia.

Wilhelmina se había quedado en el umbral. Nelis tenía un aspecto acobardado. Estaba sentado en el borde de su cama y apoyaba la cabeza en los puños. Wilhelmina le miró los nudillos y su coronilla calva.

—¡Que un hombre de cincuenta y un años viole a una niña! ¡Nelis, chico, cuando el mundo te pida cuentas no pasarás un buen rato!

Nelis empezó a sollozar, desconsolado, y se dejó caer de la cama al suelo entarimado.

Se quedó acuclillado a los pies de Mapauw, con las rodillas contra el pecho, mientras el llanto sacudía su cuerpo.

—Ya sé que no puedes evitarlo. Al fin y al cabo, eres un hombre... Por eso yo, Pauliene Sporkslede, siempre he explotado y exprimido a los hombres, hasta vaciarlos, en el sentido literal y en el figurado... Ay, Nelis, si yo te contara... Todavía ha de nacer el hombre que me domine. Ya estas alturas ya no creo que lo consigan, porque Fedi^[97] me está llamando, je, je, je... —La risa enseguida murió en sus labios —. ¡Ay, Dios mío! suspiró al reparar en la toalla empapada de sangre que había en el suelo. Nelis, Nelis, dime, por el amor de Dios, ¿qué diablo se te ha metido en el cuerpo?

Nelis trató de responder, pero todos sus esfuerzos fueron en vano. Sin duda, tenía demasiada flema en la garganta.

—¡Deja ya de portarte como un niño! No me parece lo más adecuado después de haber hecho bigiman sani^[98].

Nelis se había sentado con la espalda reclinada contra la cama y se sonó la nariz con la camisa.

—¡Pero hombre, mírate! Un tipo tan grandote, con una buena verga entre las piernas. ¿Cómo te atreviste a desvirgar a la pobre Wilhelmina?

—Mapauw, te lo juro, no sé qué me ha pasado. Tal vez alguien me hizo un wisi^[99]. Fui incapaz de dominarme. En cuanto se presente la ocasión buscaré ayuda «fuera».

—¿Ayuda fuera...? ¡Querrás decir que recogerás tus cachivaches, y te largarás de aquí!

—¿Cómo quieres que encuentre una casa en tan poco tiempo? —protestó él.

—Ese es tu problema. Deberías haberlo pensado antes de gastar esas bromitas. Escúchame bien: he pedido a Wilhelmina que no cuente nada de lo ocurrido a sus

padres. Vamos a evitarles esa vergüenza. Pero si no te has ido antes de esta noche, yo misma iré a ver a la señora Amalia y le diré lo que ha pasado esta tarde. Tú ya conoces la cárcel. Si no desapareces de nuestras vidas, esta vez no te librarás tan pronto.

Mientras Mapauw se esforzaba por recuperar el aliento tras haber soltado su perorata, su mirada se cruzó con la del hombre. Nelis se debatía entre la incredulidad y el alivio.

—¿La señora Amalia no sabe nada de esto? —Se colocó la mano en el pecho.

Mapauw asintió.

—Mapauw, no sé cómo... cómo darle las gracias. Es usted una bigisma sabia...

—Nelis se arrodilló y le aferró los tobillos.

Mientras Nelis yacía postrado a sus pies, ella levanto el bastón y asestó un tremendo golpe en la cabeza del hombre, que se agarró la cabeza.

—¡Dios mío, ayúdame! —gritó.

No se había atrevido a mirar a Wilhelmina ni una sola vez.

Que haya tenido que vivir para ver esto —murmuró Mapauw mientras salían de la casa. Las lágrimas surcaban sus curtidas y oscuras mejillas. Por suerte, en presencia de Nelis había logrado contenerse—. No quería que ese cabrón me viera llorar —murmuró, sorbiéndose ruidosamente los mocos.

Wilhelmina lloró con ella.

La llama del kokolampu oscilaba y proyectaba sombras danzantes sobre la pared. En la estancia reinaba un olor a petróleo quemado y comida. En un rincón se consumía un pedazo de corteza de coco: el hilillo del humo que ascendía lentamente mantenía alejados a los voraces mosquitos.

Wilhelmina estaba sentada en el suelo y tenía en el regazo un plato de arroz con hoja de tayer y tasajo. No tenía hambre, pero Mapauw prescindió de sus protestas: le convenía tomar aquellos alimentos, que tenían mucho hierro y le ayudarían a reponer la sangre que había perdido esa tarde. Wilhelmina no se esforzaba por disimular su falta de apetito cuando se llevaba la comida a la boca.

Mapauw había pedido permiso a Amalia para que Wilhelmina se quedara a dormir con ella esa noche, alegando que la necesitaba para que la ayudara en algunas tareas en la casa. Como la muchacha le echaba una mano con frecuencia, la madre no se opuso.

Wilhelmina se había arreglado un poco en casa de Mapauw, pues temía encontrarse con su madre o con Nelis en la calle. Le costaba andar, sólo si se presionaba el bajo vientre con la mano lograba avanzar con dificultad. Se había lavado las bragas y se había puesto un calzón de Mapauw, que se sujetó con una aguja imperdible para que no se le cayera.

Mapauw insistió hasta la saciedad en que no contara nada de lo ocurrido a su

madre. Su intención no era proteger a Nelis, sino a Wilhelmina. Quería evitar que la señalaran con el dedo por la calle si alguien llegaba a averiguar lo sucedido. Lo que le había ocurrido a Wilhelmina era el destino de muchas mujeres. Si Mapauw volvía a nacer alguna vez, deseaba hacerlo como hombre.

—¿Adónde irá el tío Nelis? —preguntó Wilhelmina mientras las lágrimas volvían a humedecerle las mejillas.

—Querida, no te preocupes por él, seguro que sabrá arreglárselas. Que hubiera meditado un poco antes de atacarte. Los hombres siempre encuentran la manera de conseguir lo que quieren, y las mujeres a aguantar —dijo Mapauw, acariciándole la mejilla.

—¿Qué quieres decir con eso, Mapauw? —Wilhelmina la miró a los ojos con seriedad.

—Pues que todos los hombres son iguales. Sólo quieren una cosa y la persiguen durante toda su vida. Las mujeres siempre siguen adelante, no importa como sean. Incluso si tu hombre te abandona, y te quedas con un montón de hijos, siempre habrá otro dispuesto a aceptarte. Cariño, intenta olvidar lo que te ha pasado hoy. Has perdido la virginidad, pero a la mayoría de los hombres eso les trae sin cuidado. Tienes todo lo que hay que tener: ya verás cómo acuden a suplicarte de rodillas. Lástima que no viviré para verlo...

—¡Pero, Mapauw, nunca más querré a un hombre! ¡Qué nunca más me hagan daño!

—Wilhelmina, mi gudu^[100], escucha: ya sé lo que piensas ahora porque aún no estabas preparada para lo que te ha ocurrido. Podemos echar pestes de los hombres, pero ha de haberlos. Si juegas bien tus cartas, conseguirás de ellos lo que te dé la gana. Las mujeres tenemos un tesoro entre las piernas. No importa que seas guapa o fea; ellos sólo anhelan ese tesoro. Y yo, Pauliene Sporkslede, te aseguro que los hombres están dispuestos a pagar muy bien por ello. Je, je, je.

—¿Qué tesoro? —preguntó Wilhelmina, extrañada. En ese momento pensó que la vieja motyo chocheaba.

Mapauw cerró los ojos y asintió lentamente con un gesto, mientras permanecían sentadas sin hablar.

Mapauw rompió el silencio.

—Cuando el tiempo todavía no había hecho mella en mi belleza, disfruté de la vida cuanto quise. ¡No te lo creerías, Wilhelmina! Mi culo parecía un tarro de miel. No en vano dicen que debajo de la falda de una mujer siempre encuentras switi. Bien, yo tenía switi bajo la falda... Pero nunca me entregué a cambio de nada, siempre hice que me pagaran muy bien... —Mapauw miró con nostalgia a lo lejos.

—¿Pagar? ¿Quieres decir como Beth, la de los Marineros, y Blaka Nene?
Mapauw asintió.

—¿Así que tú también eras una... ejem...?

—Una motyo —concluyó Mapauw. —Y no me arrepiento. Si tuviera que volver a empezar haría lo mismo. He vivido y he ganado más dinero del que podía gastar. Es la única salida que nos queda a las mujeres negras. No tienes que extender la mano para que te den un salario de miseria ni has de depender de los caprichos de un hombre soso boto. Sólo cambiaría una cosa, procuraría guardar algo para la vejez. Considerando todo el dinero que ha pasado por mis bolsillos, mis últimos días podrían haber sido bastante más dulces —dijo sin resentimiento.

—¿Y tenías vestidos tan bonitos como los de Beth la de los Marineros y sus amigas? —preguntó Wilhelmina con incredulidad y admiración. Antes de que Mapauw alcanzara a contestar; Wilhelmina se encogió llevándose la mano al vientre.

Trude apenas se había repuesto de la impresión que le había causado el secreto de Wilhelmina. No obstante, ya había llegado la hora de abordar el tema al que se debía su visita.

—Por cierto, antes de que se me olvide: ¿quién es esa gente que la semana pasada se mudó a la casa de Saramaccastraat? ¿Has de quedarte aquí tanto tiempo porque has alquilado la casa...? La verdad, cuando vi aquellos obreros que demolían la casa de al lado, es que no podía creerlo. Como tu madre y yo éramos tan amigas, todo el mundo venía a preguntarme qué pasaba.

Wilhelmina había vuelto a levantarse de su silla. Deambulaba arriba y abajo por la habitación con pasos nerviosos. Durante un momento, en aquella estancia casi desnuda sólo se oyó el roce de sus zapatos. Tenía la mirada perdida, ausente, como si sus ojos fueran capaces de atravesar las paredes.

Trude seguía sus movimientos conteniendo el aliento. Seguía boquiabierta de sorpresa, con los ojos casi desorbitados. Con un rápido movimiento secó el hilillo de baba que se le escurría inadvertidamente por la barbilla. El *anitri-strepi*, que le oprimía los pechos, subía y bajaba siguiendo el ritmo de su agitada respiración. De repente rompió el silencio:

—Querida, dime algo. Sabes que tu madre y yo hermanas, no teníamos secretos la una para la otra. Nos llevábamos tan bien que conocíamos todas nuestras intimidades. —Dirigió a Wilhelmina una mirada suplicante—. Tu madre aún no se ha enfriado en su tumba y ya derriban la casa. ¡Con lo que trabajó tu padre para dejaros bien situadas! Él no pudo disfrutarlo... —La miró con incredulidad—. Oye, no habrás vendido la finca, ¿verdad? ¡Sería una vergüenza!

Wilhelmina siguió paseando por la habitación y Trude continuó, incansable:

—Pues ten en cuenta que ese dinero sólo te traerá desgracias. Mientje...

—¿De verdad quiere saber qué ha pasado? —estalló Wilhelmina. Apartó la silla que tenía ante ella de una patada. Las mujeres que estaban trabajando fuera se interrumpieron y miraron alarmadas hacia el edificio de visitas.

La señora Trude se apoyó asustada en el respaldo de la silla. Temía que

Wilhelmina sufriera un ataque de locura.

Pese a ello, la voz de Wilhelmina descendió hasta convertirse en un susurro apenas audible, tanto que la señora Trude se vio obligada a inclinarse para entenderla.

—Me han coaccionado. He tenido que vender todas mis propiedades por una miseria... Al principio me negué, desde luego. Nadie imagina las penalidades que tuvieron que sufrir mis padres para adquirir esas dos parcelas. Por no hablar de las horas que me he tirado yo tumbada de espaldas para comprar las otras tres... Cinco hombres intentaron convencerme, amenazándome con tenerme aquí encerrada hasta el fin de mis días si no firmaba los documentos. Sabían muy bien cuánto estimo mi libertad y la desgracia que significa estar aquí encerrada. También sabían que con eso conseguirían doblegarme, y me chantajearon. Tuve miedo de no volver a pisar nunca más las calles de Paramaribo, así que al final acabé firmando... —Pronunció las últimas palabras en un débil susurro y finalmente guardó silencio. Las lágrimas le corrían por las mejillas y se las secó con brusquedad.

La señora Trude se había llevado las manos a la boca y miraba a Wilhelmina con expresión de incredulidad.

—Pero Dios mío... Dios mío..., ¿cómo se atreven? ¿Es que las personas ya no tienen derechos en este país? ¡Qué injusticia!

—Pues mi caso no es el único. Todas las mujeres que poseían bienes inmuebles han perdido cuanto tenían. Con el dinero que obtienen gracias a nuestras propiedades y nuestro esfuerzo se dedican a financiar su mierda de guerra en Europa.

—Y eso que ya contribuimos mucho, con esa Speedfire Foundation^[101]. —La señora Trude estaba realmente preocupada—. Ahora que no consiguen dinero suficiente en las Indias Orientales, nuestra pobre colonia paga las consecuencias. ¿Y dónde vas a vivir cuando te suelten? Por lo que me has contado, deduzco que has perdido todas tus propiedades.

—No te preocupes. Ya alquilaré algo. —Wilhelmina trató de quitarle hierro al asunto.

—Es una vergüenza que una mujer como tú haya de vivir en una casa de alquiler.

Las dos se miraron en silencio.

El guardián miró el reloj y rompió el silencio.

—La hora de visita ha terminado. ¿Quiere acompañarme?

Llorando, la señora Trude abrazó a Wilhelmina.

—Mientje, prométeme que cuando te suelten dejarás de preocuparte tanto por los hijos de los demás. Ya llevo bastante tiempo en este mundo y si algo he aprendido es que muchas veces las buenas acciones se pagan con bofetadas. ¿No es cierto que tampoco has vuelto a tener noticias de ese Medemblik?

—¿Emanuel? Ése está en Holanda. Anda demasiado ocupado con sus estudios.

Las mujeres salieron del barracón sin dirigir ni una mirada al vigilante.

Marius

Katwijk, 1944

Era un secreto a voces que, para orinar, las mujeres no usaban los agujeros cavados en el suelo, sino que buscaban para ello un lugar oculto entre los arbustos que crecían detrás de los lavaderos. Después de pedirle incontables veces a Wilhelmina que hiciera el amor con él, Marius había decidido imponer a la fuerza su voluntad, igual que hacía con las demás mujeres.

Un día en que estaba de permiso se tumbó entre los arbustos en cuestión y esperó impaciente la llegada de Maxi Linder. Previsor, llevaba consigo un pañuelo empapado con agua de quinina; el lugar apestaba a meados. A su lado tenía una cantimplora llena de whisky con agua. No era la primera vez que aplicaba esa táctica. Sabía que, a la larga, su constancia se vería recompensada. Al fin y al cabo, Maxi tenía que vaciar la vejiga por lo menos una vez al día.

Con el pañuelo apretado contra la nariz, y respirando por la boca, había buscado un lugar a la sombra de un *dyamun*^[102] gigante. El espectáculo de las mujeres orinando hacía la espera soportable, incluso placentera. Esperaba a su presa agazapado en la hierba como un reptil.

Al cabo de cuatro horas tendido boca abajo —sentía las costillas como si le hubiera pasado un camión por encima—. Maxi apareció desde detrás de uno de los lavaderos. Se movía con el aire altivo que él tan bien conocía. La estancia en el campo y las privaciones por las que tenía que pasar no parecían haberla afectado. Se recogió el vestido y miró alrededor. Tras cerciorarse de que estaba sola, se acuclilló y se bajó las bragas, de espaldas a él.

Conteniendo el aliento, pues temía que su respiración lo traicionase, Marius contempló, admirado, sus redondeces. Se la había imaginado más musculosa. El brillo de la piel marrón le hacía cosquillear los dedos: tenía que tocarla.

El chapoteo que se oyó cuando ella vació la vejiga le recordó a Marius el objeto de su presencia en ese lugar. Se puso de pie con cautela y caminó lentamente hacia ella. Sentía que el corazón le iba a estallar.

Entretanto, Maxi había terminado de orinar. Se secó con un pedazo de tela de uniforme que llevaba en la mano y en un solo movimiento se irguió y se subió las bragas.

Él se había acercado lo suficiente: le bastaba estirar los brazos para tocarla.

En un acto reflejo, ella giró sobre sus talones, con los ojos abiertos como platos, igual que una presa acorralada. Aterrorizada, trató al mismo tiempo de echar a correr y bajarse la falda, pero antes de que se diese cuenta él la agarró por detrás, le puso el brazo a la espalda y comenzó a retorcérselo. Puesto que ella seguía resistiéndose, tiró del brazo hacia arriba y le tapó la boca con la mano para sofocar su grito de dolor.

—Estate quieta —le advirtió—. Si sigues resistiéndote te rompo el brazo. —Para

que comprendiera que hablaba en serio, volvió a tirar del brazo hacia arriba.

—Cabrón —masculló ella.

—Pues este cabrón te hará sentir de qué es capaz un tío de verdad. Lo que te espera te hará olvidar de una vez a todos esos marineros holandeses. Y ahora, ¡vamos! ¡Camina!

Le torció más el brazo para que el dolor le impidiera protestar y la condujo a los sofocantes lavaderos. El olor a madera podrida y jabón barato le golpeó el rostro. La empujó con tal rudeza que ella fue a dar contra la pared cubierta de moho de la desvencijada caseta.

Maxi se acarició el brazo dolorido y dirigió a su agresor una mirada de odio. Marius, que se había ubicado tal manera ante ella que no le dejaba ninguna posibilidad de escape, permanecía alerta; tenía que andarse con mucho cuidado, pues ella era terriblemente astuta.

—¿Cuánto hace que intento, por las buenas, conseguir algo de ti? —dijo él—. Lo único que recibo a cambio es tu escarnio. Se me ha acabado la paciencia. Veinte años de espera es mucho tiempo. No me dejas elección.

—¿Qué pretendes?

A Marius no se le escapó la mirada cauta de Maxi, que seguía frotándose el brazo, apoyada contra la pared.

—Obtener lo que espero desde hace mucho tiempo —respondió, y dio un paso hacia ella.

—¿Pretendes vio... violarme...? —Le costó pronunciar aquella palabra. Un músculo tembló en un lado de su cara.

—Llámalo como quieras. Considéralo un polvo gratuito.

—Por favor, no lo hagas...

La expresión de súplica con que lo miraba y el tono infantil de su voz asombraron a Marius, que preguntó:

—¿Tanto asco me tienes? ¿De verdad que despierto en ti tanta repugnancia? —La atrajo hacia sí con todas sus fuerzas. Por mucho que se resistiera, no tenía escapatoria—. Es mejor que no te resistas. Así sólo me pones las cosas más difíciles.

De repente una mirada agresiva volvió a aparecer en los ojos de Maxi, que trataba de escapar de las manos que la magreaban, atenta a cada uno de sus movimientos. A pesar de la excitación que le producía el contacto con el cuerpo de aquella mujer, Marius sintió cierta incomodidad cuando advirtió que sus pupilas se dilataban y contraían alternativamente. No obstante, empezó a desabrocharse los pantalones; quería terminar con aquello cuanto antes.

—No... lo... hagas... —rogó ella con un hilo de voz—. Por... favor..., no... lo... hagas.

Marius sintió que los pantalones se le deslizaban hasta las rodillas. Cuando su piel desnuda entró en contacto con el algodón basto de las bragas de Maxi, un temblor le recorrió el cuerpo desde las ingles hasta la coronilla.

Él aflojó la presión y ella aprovechó de inmediato para apartarlo de sí con violencia. Marius se enredó con los pantalones y tuvo que apoyarse en la pared para no caer al suelo. Maxi se había hecho con las riendas de la situación y, con las manos en jarras, lo miraba como si fuera el ser más ruin del mundo.

—Te crees que tienes la sartén por el mango —le espetó Marius—, pero no te librarás tan fácilmente de mí. —Dio un paso hacia ella, pero se detuvo de inmediato cuando oyó que le decía:

—Si crees que puedes hacer lo que te venga en gana estás muy equivocado. Quizá parezca que me han cortado las alas, pero te aseguro que más tarde o más temprano saldré de aquí, y ya sabes que fuera del campo conozco a mucha gente influyente. ¿Me comprendes?

Marius estaba frente a ella con los pantalones por los tobillos. Lo tenía más que claro: también para él habría una vida después del campo, y ella era perfectamente capaz de amargársela, pues estaba en muy buenas relaciones con algunos miembros del Gobierno colonial. Quizá fuese mejor poner al mal tiempo buena cara.

—Pero no me puedes dejar así —rogó él, señalando con la cabeza su pene erecto.

—Ése no es problema mío. Hazte una paja.

Un par de latigazos no lo hubiesen herido más que aquellas palabras, pero la deseaba tanto que sentía que la sangre la bullía en las venas.

—¿Puedo mirarte? —musitó—. Levántate la falda, por favor.

Ella lo miró con expresión burlona.

—¿Si lo hago dejarás que me vaya? —Maxi apartó la cara y se recogió el vestido.

Al contemplar aquellos muslos tersos, a Marius le temblaron las piernas. Con una mano se apoyó contra la pared mientras con la otra empezaba a masturbarse.

—Enséñame los pechos.

Maxi se bajó un hombro del vestido, dejando al descubierto un pecho que señalaba, altanero, hacia adelante.

Marius dio un paso en dirección a ella.

—¡Quieto! —le advirtió Maxi.

El olor a jabón que impregnaba la estancia despertó en él fantasías sobre el perfume de su piel. Seguía masturbándose con vehemencia creciente. Mientras las aletas de la nariz se le ensanchaban al tiempo que aspiraba el aire sofocante de la tarde, cerró los ojos por un instante.

De repente, un fuerte golpe lo lanzó contra la pared lateral. Abrió los ojos y vio salir a Maxi como una exhalación. Sintió en las nalgas el tacto frío del suelo de madera, justo en el momento en que su semen se derramaba sobre sus muslos.

TRES
1957-1981

Kees

Waterkant, 1957

Después del largo y monótono viaje a través del Atlántico, el día anterior había visto, a lo lejos, la amplia desembocadura del río Surinam. Donde las claras aguas del océano se convertían en las amarillas y fangosas de aquél, se divisaba una nítida línea divisoria. En la distancia aparecían los palos entre los cuales los pescadores tendían las redes. Había tantos que recordaban un ejército medieval que regresara a casa tras la victoria, con las lanzas en ristre.

El *MS Artemis* tenía que anclar junto al buque faro, a esperar la marea alta, a fin de que el servicio portuario pudiera guiarlos hasta el muelle. De pie en la cubierta de proa, Kees se llenó los pulmones con el aire que soplaba desde tierra. Alzó los ojos al cielo y vio una bandada de pájaros volar entre las nubes. A diferencia de lo que ocurría en Holanda, donde las nubes eran casi transparentes, allí se agrupaban formando las figuras más extrañas.

Estaba al servicio de la KNSM desde que tenía veinte años. De eso hacía unos cinco. Sus viajes nunca lo habían llevado a esa parte del mundo. Lo más lejos que había llegado era la isla de Madeira. Había esperado con impaciencia esa travesía; además era la primera que hacía en una motonave.

Entraron en la desembocadura del Surinam siguiendo la estela del práctico, tras lo cual prosiguieron lentamente su viaje hacia el puerto de Paramaribo. En las orillas, la densa vegetación mostraba claros en los que se alzaban pequeños grupos de chozas. Sus semidesnudos moradores los miraban con rostro inexpresivo. El único lugar de importancia por delante del que pasaron fue Nieuw Amsterdam. Desde la costa, una hilera de cañones les apuntaba amenazadores. Jan, el marinero que estaba apoyado en la borda, a su lado, le contó que se trataba de la fortaleza que en otro tiempo protegía Paramaribo de los enemigos que llegaban por mar.

La proa del barco cortaba lentamente el agua turbia y amarillenta del anchuroso río. En comparación, el canal Ij era un reguero insignificante.

De pronto el barco se acercó a un armatoste de metal que emergía de la corriente. Kees sintió bajo los pies que los motores reducían la marcha. Se inclinó sobre la borda y señaló la extraña mole metálica.

—¿Qué es eso? —preguntó ajan.

—Los restos de un mercante alemán.

—¿Y qué hace aquí?

—Los boches lo echaron a pique durante la Segunda Guerra Mundial.

—¿Y por qué sigue ahí?

—Según me han dicho, hicieron varios intentos de reflotarlo. Pero el barco se ha

hundido demasiado en el lecho fangoso. Si lo izaran podría formarse un remolino, y tan cerca del puerto sería muy peligroso. Malditos alemanes...

—¿Eso es Paramaribo?

Los arboles achaparrados plantados en rectas hileras, las casas de madera que se alzaban detrás de ellos, con sus paredes blancas y sus puertas y contraventanas pintadas de verde..., todo le recordaba a un pueblecito holandés.

El muelle hacia el que se dirigían era lo bastante grande para que atracaran en él dos naves de gran calado. En él, los estibadores se afanaban de un lado a otro entre barracones de madera, mientras los carreteros, pobremente vestidos, contenían a sus caballos y burros.

—Aquí se trabaja a destajo, por eso hay tanto movimiento cuando llega un barco. Los primeros en presentarse son los que consiguen la faena —explicó el marinero Jan—. ¡Fíjate en esos pelagatos! ¡Parecen hormigas los desgraciados!

Tras un intenso chaparrón, las nubes se habían disipado y el cielo estaba otra vez azul. A pesar de los truenos y relámpagos que habían precedido el aguacero como un presagio ominoso, el sol no había tardado en volver a mostrar su poder y su orgullo al mundo. Kees se asombró de lo repentino del cambio. Era muy distinto de las lloviznas interminables y el cielo siempre gris de su tierra.

Los marineros estaban atareados secando la cubierta encharcada, que a consecuencia del agua que había caído se veía reluciente como si un batallón de soldados se hubiera dedicado a limpiarla. La Reina de Paramaribo no podía desear un recibimiento más digno...

Mientras disfrutaba del sol, Kees no perdía de vista la pasarela. En su calidad de contramaestre le correspondía hacer sonar el silbato cuando subía o descendía por ella un visitante de importancia. El oficial de guardia le había advertido que debía darse a Maxi Linder el trato correspondiente al embajador de una nación amiga. Se lo merecía por los servicios prestados a la Marina holandesa. Y había subrayado que por «servicios prestados» no había que entender sólo los que tenían lugar en la cama. A lo largo de los años, Maxi había establecido tal vínculo con los capitanes, que la mayoría se contaban entre sus amistades. Les comunicaba cómo iban las cosas en esa parte del reino, y, sin excepciones, era recibida a bordo con el protocolo debido a un personaje oficial. Durante esas recepciones ponía a los capitanes al corriente de las últimas noticias de la ciudad, ya que gracias a sus relaciones en los círculos más influyentes era una extraordinaria fuente de información. Por eso, la chalupa del capitán siempre tenía que estar dispuesta antes de que el barco fondeara en puerto, por si Maxi estaba en el muelle y deseaba subir a bordo.

Todas las historias que se contaban acerca de ella picaron la curiosidad de Kees. ¿No se decía que la Marina le había concedido la orden de Guillermo? Si eso era cierto, debía de ser la única puta del mundo a la que habían condecorado...

A última hora de la tarde, aletargado por el calor, Kees sesteaba en la cubierta intermedia. En sueños oía que alguien, a lo lejos, gritaba «¡Maxi! ¡Maxi Linder! ¡Viene Maxi...!». Despertó al instante y se dirigió a toda prisa a la pasarela, mientras hurgaba los bolsillos en busca del silbato. Se apoyó en la borda y quedó boquiabierto cuando en el extremo del muelle, una mujer corpulenta envuelta en toda clase de trapos de colores chillones, hablaba gesticulando con un grupo de carreteros y estibadores. Seis perros callejeros le hacían compañía como si de una especie de cortejo se tratara. La mujer le sacaba una cabeza a cuantos la rodeaban, a lo que contribuía una especie de tocado de colorines provisto de tres alerones que llevaba levantados.

—¿Ésta..., ésta es Maxi Linder?

Uno de los cuatro marineros que se habían unido a él junto a la pasarela, asintió. La mirada divertida que le dirigió fue más que elocuente.

Desde el embarcadero llegaban al barco fragmentos de palabras en esa lengua que para un chico holandés cómo él no tenía pies ni cabeza. De pronto, la Reina se separó del grupo. Al verla andar Kees advirtió que cojeaba, pero de inmediato reparó en el niveo vendaje que tenía en torno al tobillo.

—Parece un destartelado acorazado que vaya a escorar de un momento a otro —dijo, y soltó una carcajada.

—Yo que usted no haría esos chistes en su presencia —le advirtió uno de los marineros—. Si alguna vez ha sido testigo de uno de sus ataques de furia sabrá a qué me refiero.

—Por las historias que contáis me había imaginado una dama distinguida, con un abrigo de pieles...

¿Un abrigo de pieles? ¿Con este calor?

—Ya sabes a qué me refiero...

—Tendría que haberla visto antes... Siempre fue muy elegante en el vestir.

—Pues la verdad es que me resulta difícil de imaginar. Fíjate cómo anda esa paticoja... ¡Ja, ja, ja!

Se asomó por la borda y se quedó observando a aquella mujer que se acercaba con una amplia sonrisa en los labios. Su aspecto le parecía tan cómico que se echó a reír de nuevo.

—¿Ese adefesio es la Reina de Paramaribo?

—Debería ser un poco más respetuoso con ella —intervino un marinero, que hasta ese momento había permanecido en silencio—. Si viene aquí lo bastante a menudo se dará cuenta de lo mucho que esa mujer ha hecho, y aún hace, por nuestros chicos...

—¡No me dirás que todavía le pagan por ese cuerpo...!

—Por lo que sé, aún tiene unos cuantos clientes fijos, pero gana casi todo su dinero como alcahueta de unas cuarenta putitas jóvenes. Y, créame, lleva bien firmes las riendas.

—De modo que la señora hace de chulo...

—No, más bien es una especie de madama, y protege mejor a sus pupilas que cualquier rufián. No le aconsejo buscarse problemas con las chicas de Maxi.

—¿Os acordáis de aquel palurdo al que Maxi puso en ridículo delante de toda la tripulación? —preguntó otro de los marineros.

—¿Te refieres a aquel con la cara picada de viruelas, que no sabía dónde tenía el culo?

Los chicos se iban animando. Kees encendió un cigarrillo.

—Cometió la estupidez de robarle un vestido a una de las chicas de Maxi Linder, sólo porque no se ponían de acuerdo en el precio. La chica le hizo a Maxi una descripción del tipo; ¡cuando ella se presentó en el barco el muy gilipollas todavía tenía el vestido en la mano! Nosotros ya le habíamos advertido que se estaba metiendo en un berenjenal. Maxi lo puso a parir delante de toda la tripulación, y en adelante sus chicas lo rehuyeron como si fuera un apestado. Fue su último viaje al Oeste.

—Sí, con las chicas de Maxi uno puede estar seguro de que no recibirá gato por liebre; pero cuando se es nuevo hay que ir con cuidado. Aquí el que no corre vuela, y huelen a los novatos a un kilómetro de distancia...

—¿De dónde le viene el nombre?

—¿Se refiere a Maxi Linder? De Maximum Cilinder, debido a su maquinaria siempre bien lubricada, ya sabe. ¡Ja, ja, ja!

Maxi estaba cerca de la pasarela. Desde el muelle soplaba hacia el puente una brisa suave y cálida, que transportaba la fragancia de agua de colonia con la que se había rociado en abundancia. Kees hizo una señal a los marineros que estaban en la pasarela y al instante todos ocuparon su lugar, de dos en dos, al principio y final de la misma, formando así una especie de comité de recepción. Kees no sabía si tomarse en serio esa ridícula presentación.

Ella se detuvo al pie de la pasarela. Los perros que la acompañaban escarbaban el suelo, nerviosos. El oro con que se había cubierto y los colores estridentes de su ropa le conferían un aspecto carnavalesco. Dirigió a Kees una mirada expectante y divertida a la vez. No estaba claro si se mofaba de él o ésa era su manera de coquetear. Kees vaciló y miró al oficial de guardia, que respondió con una leve inclinación de la cabeza. En el puente, junto a la sala de oficiales, el capitán observaba la escena; se lo estaba pasando en grande.

Kees no atinaba a imaginar que él era el centro de ese espectáculo. Maxi Linder seguía aguardando al pie de la pasarela, impaciente; ya no sonreía, sino que los músculos de su cara estaban tensos. Asombrado, Kees hubo de admitir que el rostro de la mujer no carecía de atractivo, a pesar de la edad. Mantenía la cabeza algo ladeada y la ceja izquierda enarcada, en actitud burlona y desafiante.

Kees se llevó a la boca el silbato de plata. Cinco agudos pitidos rompieron el silencio. Antes de que se hubieran apagado, Maxi ya había puesto un pie en la pasarela. La idea era que él repitiera los cinco pitidos a intervalos regulares mientras ella ascendía por la misma.

De pronto, Maxi se detuvo y se quedó estudiando al contraamaestre con las manos en jarras. Echó la cabeza hacia atrás con coquetería y soltó una carcajada que resonó en todo el barco.

A Kees le ardían los pulmones; los pitidos sonaban cada vez más débiles. A su alrededor se oyeron risitas ahogadas. Maxi seguía mirándolo. ¿Qué pretendía esa mujer? Kees se quedó sin aliento.

—¡Vaya! —exclamó Maxi entonces. —¿Es que no tienes modales...? ¿O te faltan pulmones para recibir como es debido a una reina? ¿Qué harás entonces con tanta mujer exigente como corre por aquí? ¡Ja, ja, ja...!

Todos se echaron a reír. Kees mantuvo los ojos fijos en el suelo y se sintió como si hubiera estado desnudo en público. A su lado oyó que el oficial de guardia carraspeaba. Volvió la mirada hacia él en busca de ayuda.

—¡Ya está bien, Max! Ya has tenido tus cinco minutos de esparcimiento. Deja en paz al pobre chico. Es la primera vez que te ve y vas y le pegas un susto de muerte.

—Venga, Frits, deja que me divierta un poco. El chico es nuevo, así que debo enseñarle que conmigo no valen bromas. El respeto no se consigue así como así, has de exigirlo. —Soltó otra estruendosa carcajada.

A pesar de su cojera terminó de subir por la pasarela a grandes zancadas mientras hacía un gesto a Kees, que en ese momento volvía a llevarse el silbato a los labios, de que parara. Los perros la siguieron meneando la cola. Al pasar le guiñó un ojo al marinero de la pasarela que antes la había defendido con tanto ardor.

El capitán se dirigió hacia ella con una amplia sonrisa y los brazos abiertos. ¿También él participaba en esa comedia ridícula? ¡Incluso se había vestido de gala para la ocasión!... Ella lo abrazó como si se tratara de un amante al que no veía desde hacía mucho tiempo.

Kees advirtió que al parecer era el único a quien la escena le resultaba escandalosa. La mayoría de los marineros se limintaban a mirar divertidos. Los oficiales se habían acercado a la pareja y abrazaban por turnos a la Reina, que al cabo, tomada del brazo del capitán, se encaminó hacia la sala de oficiales a la cabeza de la comitiva.

Kees no lograba conciliar el sueño. Repasaba sin cesar los acontecimientos del día. No podía negar que Maxi Linder lo había impresionado. De hecho, incluso había despertado su curiosidad: ¿qué clase de mujer era? ¿Cómo había obtenido ese rango? Se propuso llegar a saber todo lo posible acerca de ella durante los días siguientes. La inquietud que le había producido el encuentro con Maxi lo mantuvo en vela hasta

altas horas de la madrugada. Mientras miraba la luna, que se ocultaba tras unas nubes negras, a través del ojo de buey, oía las risas y canciones procedentes de la sala de oficiales.

Unos días después de la espectacular recepción ofrecida a Maxi Linder, Kees fue en compañía de otros marineros al bar Tutti Frutti. Habían estado callejeando por el tan sofocante como acogedor barrio de las putas y habían entrado en ese local atraídos por su incitante nombre. Los paneles marrones de madera que cubrían las paredes y las mesas y sillas del mismo color le conferían un aire doméstico. El tocadiscos automático rojo con adornos cromados que emitía una canción holandesa de éxito tras otra, para satisfacción de los clientes de dicha nacionalidad, que eran mayoría, contrastaba con el resto de la decoración.

Al igual que los taburetes altos que había junto a la barra, todas las sillas y mesas estaban ocupadas. Los integrantes del Rapid, el club de fútbol austríaco que había recalado en Paramaribo durante su gira por América del Sur, celebraban esa noche las últimas horas antes de su partida. A pesar de haber perdido el partido por 3 a 0, estaban tan contentos como si acabaran de ganar el campeonato del mundo. La importancia que los surinameses habían atribuido al enfrentamiento se manifestaba en el hecho de que hubieran hecho venir a Humphrey Mijns y Michael Kruin, dos futbolistas que triunfaban en Holanda.

Kees, que junto con sus compañeros se había abierto camino a codazos hacia la barra, dejó que la cerveza fría descendiera por su garganta, tras lo cual miró apesadumbrado el vaso vacío que sostenía en la mano. El calor en el local era insoportable. Levantó un dedo e indicó a la chica que atendía la barra que quería otra cerveza.

La chica llamaba la atención por su cara bonita y su rizada melena negra; sin duda, ese no era un lugar para ella. Llevaba un vestido amarillo estampado con flores. El corpiño se ceñía al cuerpo y continuaba en una falda acampanada que terminaba justo por encima de las rodillas. Era joven y hermosa.

Mientras le llenaba el vaso de cerveza, la chica mantenía los ojos fijos en Kees. De pronto, entornó los párpados y por entre sus labios asomó, como una serpiente rosada, la punta de la lengua. Se la pasó por labio superior. Kees se asombró de la longitud y agilidad de aquella carne rosada. Sintió un nudo en la garganta que lo dejó sin aliento. Miró a la chica como si lo hubiese hechizado. Con un gesto mecánico tendió la mano hacia el vaso que ella le ofrecía. Sus dedos rozaron por un instante las yemas de los de ella, y una descarga eléctrica recorrió su cuerpo. La sangre buscaba impaciente el camino hacia su sexo.

Mientras la chica se ocupaba de otro cliente sediento, Kees se apretó el vaso frío contra las sienas. No podía dejar de mirarla. La idea de esa lengua, de lo que sería capaz de hacer con ella, lo enardecía.

De repente lo sacaron con rudeza de sus ensoñaciones. Alguien estaba tirando de su brazo como si quisiera arrancárselo. Miró a ver quién era.

A su lado, Maxi Linder lo observaba con picardía. La vaharada dulzona de perfume barato lo mareó por un instante. Logró volver la cabeza justo a tiempo para no eructarle en la cara.

Al igual que la primera vez que la había visto, Maxi semejaba una cacatúa multicolor. A esas alturas Kees ya había comprendido que lo que vestía era una especie de traje típico de las mujeres criollas, aunque por la calle no se había cruzado con ninguna que luciese nada tan abigarrado como ella. ¿Cómo podía alguien combinar tantos colores que no casaban? Había que conceder, sin embargo, que sus vestidos eran impecables.

—Por lo que veo, Natte Sjaan ya se ha presentado... —Maxi señaló con la cabeza a la belleza que atendía la barra—. Es una de mis chicas, y como tal no necesita otra recomendación. Si quieres, puedo arreglarte una cita con ella, marinero.

Kees fijó nuevamente su atención en Natte Sjaan, la punta de cuya lengua acechaba igual que una víbora entre los labios sin pintar.

Suspiró y sintió el inicio de una erección.

Maxi Linder no apartaba los ojos de él, mientras su mano nervuda lo retenía por la muñeca como la garra de una fiera. Kees se sentía incómodo tan cerca de ella, pero no se atrevía a separarse.

—Todo lo que sabe se lo he enseñado yo —prosiguió la madama. Entornó los ojos y se pasó la lengua por los labios de forma similar a como lo había hecho la chica que atendía la barra. No resultaba difícil imaginar a qué debía su fama. Por algo la llamaban «la Reina»—. Ahora dime —añadió—, ¿por qué elegir a la alumna cuando puedes tener a la maestra...? —Le dirigió una mirada provocativa, como si fuera a follárselo allí mismo, en medio del bar.

Aquella mujer era lo bastante mayor para ser su madre, pensó Kees, y volvió la cabeza hacia Natte Sjaan.

—Elige a quien quieras: yo siempre gano —concluyó Maxi—. ¡Ja, ja, ja!

Kees no pudo evitar reír. Debía admitirlo: la Reina tema sentido del humor.

—Natte Sjaan es uno de mis purasangres, como Lep'bana. —Maxi señaló a una chica efusiva en la que él ya había reparado, pues lucía un escote tan profundo que dejaba sus grandes pechos casi al aire. Estaba en medio de un grupo de austríacos hablando por los codos. Todos la contemplaban extasiados.

—Y tengo a unas cuantas más. A todas les he enseñado yo. No cualquiera vale para este oficio. No se trata sólo del físico, sino más bien de saber qué hacer con lo que Dios te ha dado para el tiempo que pasarás en este mundo. ¡Esas pelanduscas baratas que se ven por la calle!... En mis tiempos no habrían ganado ni un centavo.

—¿De modo que puedes arreglarme una cita con Natte Sjaan? —Era la primera vez que Kees se dirigía a Maxi.

—Claro, chico. Sólo que antes debo preguntárselo, no sea que ya haya arreglado

algo con alguien.

—Hazlo. Vuelvo enseguida. Con toda la cerveza que he bebido tengo unas ganas de mear terribles.

Sólo cuando se abría paso hacia el retrete Kees se dio cuenta de lo pesadas que tenía las piernas a consecuencia del alcohol. La perspectiva de una aventura con la chica de la lengua de serpiente hacía que se sintiera un poco mareado. ¿O era por la cerveza?

La puerta del lavabo se abrió con un chirrido. La peste a orines casi le cortó el aliento. El pequeño y sofocante espacio que solo daba cabida a tres urinarios metálicos muy juntos el uno al otro, estaba mal iluminado. El suelo brillaba y las amarillentas paredes estaban cubiertas de manchas y frases y dibujos obscenos. En los urinarios extremos había dos infantes de marina vaciando la vejiga. Las piernas que asomaban por los blancos pantalones cortos del uniforme eran pálidas y mostraban innumerables picaduras de mosquito. Se trataba de dos tripulantes del *HMS Van Speyk*, que había fondeado el día anterior junto al *Artemis*.

Kees se ubicó ante el urinario central y se puso a mear. Por el chapoteo que oía a los lados dedujo que sus vecinos también habían empinado lo suyo el codo. Mientras se abrochaba la bragueta, volvió a pensar en la chica que atendía la barra, Natte Sjaan... Sonaba prometedor.

A Kees le asqueaba la gente que no tiraba de la cadena después de haber ido al servicio. Estiró la mano hacia la cadena que colgaba a la izquierda del urinario. Tiró de ella y al instante, con un ruido de mil demonios el agua de las cisternas se derramó sobre las piernas de Kees y los dos infantes de marina. Sumido en sus reflexiones, no se había percatado que faltaban los tubos que debían conducir el agua a los urinarios. Los tres se miraron desconcertados, pero tras la sorpresa inicial uno de los chicos le gritó:

—¡Eh! ¿Tienes mierda en los ojos o qué?

Kees lo miró atónito. Mientras buscaba palabras para excusarse, uno le dio un empujón en el pecho. Perdió el equilibrio y buscó apoyo en el otro, este se apartó y Kees fue a dar de bruces en el suelo mojado.

—¡Mira lo que has hecho, maricón! —exclamó con furia uno de los infantes de marina señalándose el uniforme.

—¡Me las vas a pagar! —gritó su compañero con la cara enrojecida. No había terminado de decirlo que ya le había propinado una patada en el hígado.

A Kees se le nubló la vista. Lo patearon como fieras salvajes. No perdonaron un solo centímetro de su cuerpo. Trató en vano de protegerse la cara. De repente, el techo enmohecido y las paredes sucias empezaron a dar vueltas, cada vez más deprisa. Ya no sentía el dolor. Entre la niebla que se había formado ante sus ojos vio el rostro de Natte Sjaan. Su lengua destacaba, roja, contra la piel oscura. Lo atraía

haciéndola vibrar.

Con gran esfuerzo consiguió abrir los ojos. La luz que entraba por la ventana abierta le hacía daño; era mejor mantenerlos cerrados. Cuando quiso llevarse la mano a la cara, gimió de dolor. Con cada movimiento sentía como si le clavaran en el cuerpo miles de alfileres. Poco a poco empezó a revivir los acontecimientos de la víspera. Lo último que recordaba era la lluvia de patadas cayendo sobre él.

De pronto le llamó la atención el crujido de un suelo de madera. ¿Acaso no estaba en su camarote? ¿Dónde, pues? A bordo, los suelos eran de metal...

Abrió apenas los ojos y por entre las pestañas observó el entorno. Se encontraba en una habitación desconocida. Asustado, se subió hasta la barbilla las limpias sábanas blancas que había apartado debido al calor. ¿Qué hacía en ese lugar? ¿Cómo había ido a parar allí?

Se oyó de nuevo el crujido del suelo, ahora a sus pies. A pesar de que con cada movimiento le dolía todo el cuerpo, levantó la cabeza con cuidado. A través de la puerta abierta del dormitorio vio una salita acogedora en la que había una mujer: Maxi Linder.

Soltó un grito.

La Reina se volvió hacia él y su famosa risa llenó la estancia.

Tomó una tetera que estaba sobre el fogón, vertió el agua caliente en una taza que ya tenía preparada y lo miró con una extraña sonrisa. Entró cojeando en el dormitorio sosteniendo la taza en las manos. Los perros que daban vueltas por la cocina seguían perezosamente sus movimientos.

Se dejó caer en el borde de la cama con un profundo suspiro.

—Creí que no despertarías nunca. Toma —dijo, y le tendió la taza.

Kees rehusó el ofrecimiento sacudiendo la cabeza. Primero quería saber en qué situación se encontraba. De pronto recordó el rostro de Natte Sjaan. ¿Estaría también ella en la casa de Maxi Linder? Y en caso de que no fuera así, ¿qué hacía él en esa cama...? No habría...

—Si no quieres el té, me lo beberé yo. —Maxi se llevó la taza a los labios sin apartar los ojos de él.

De la pared que había detrás de ella colgaba la foto de una atractiva joven negra que llevaba una corona en la cabeza. La puerta de madera labrada del armario ropero estaba entreabierta y dejaba ver una colección de vestidos multicolores.

La Reina dejó la taza sobre una mesita, junto a la cama, y preguntó:

—¿De verdad no quieres beber nada? —Su voz sonó preocupada, lo que no era nada usual.

—No. ¿Qué hago aquí?

Ella enarcó la ceja izquierda, con lo que se le formó una profunda arruga en la frente. Luego echó la cabeza hacia atrás y se puso a reír a carcajadas.

Aunque indeciso en parte, Kees no pudo evitar imitarla.

—¿Que qué haces aquí? —preguntó ella tras controlar el acceso de tos que siguió a las carcajadas—. ¿De verdad que no te acuerdas de lo que pasó anoche?

Kees negó con la cabeza.

—Lo único que recuerdo —dijo— es que dos infantes de marina me dieron una paliza de muerte. Lo demás es un vacío...

—Pues te lo explicaré, muchacho. Natte Sjaan y yo te esperamos un rato, pero en un momento dado ella me dijo que igual te habías asustado y te habías ido sin que nos diéramos cuenta. Yo contesté que a lo mejor habías dejado a una novia en tu pueblo a la que querías seguir siendo fiel. Como a Sjaan no le faltaba quien estuviese pendiente de ella, pronto nos olvidamos de ti. Pero cuando a la hora de cerrar estaba esperando un taxi, oí un ruido cerca de los retretes y fui a averiguar lo que ocurría. Resulta que estabas inconsciente, hecho un guiñapo, en medio de la porquería. Ya se habían marchado todos y llegaba mi taxi, de modo que no tenía más remedio que llevarte a mi casa.

—¿Y Natte Sjaan?

—Ella ya estaba en casa. Tenía cosas mejores que hacer.

Por un instante se hizo el silencio, sólo roto por los sonidos que entraban por la ventana abierta.

—¿Hemos...? —dijo él al cabo.

—No te inquietes, cariño —lo tranquilizó ella entre risas—. Y guárdate tu dinero. No creerás que en el estado en que te encontrabas eras capaz de... —levantó el puño con el pulgar entre los dedos índice y corazón.

—¿Por qué no me llevaste al barco?

—¿El señorito tiene quejas? Alégrate de que me haya ocupado de ti en lugar de dejarte tirado en medio de la mierda. Además, no iba a pagarle al taxi dos carreras. —Maxi hizo una pausa y añadió—: No eres el primer marinero al que saco de apuros. Los chicos saben que siempre pueden contar conmigo. Si vienes a menudo a Paramaribo, ya te enterarás.

—Pero... ¿saben en el *Artemis* dónde estoy?

Maxi asintió.

—Esta mañana le he dado a un vecino que trabaja en el puerto el recado de que les avise que estás aquí. No tardarán en enviar un coche para recogerte. No estás en condiciones de que te deje ir. He mandado a lavar tu ropa; el olor a meados era insoportable... Venga, he de dar de comer a los perros... —Salió de la habitación acompañada del suave frufú de su ropa almidonada.

Marius

Kerkplein, 1964

¿Ése? ¿No te has enterado? Cada vez que hay un encargo lucrativo, se lo pasa a la empresa de su hermano. ¡Y a eso llaman ministro!

—¿Y por eso te alteras? ¿No cumplimos todos con nuestro deber? Marcas la casilla de la papeleta y no vuelves a saber de ellos hasta al cabo de cuatro años.

—Tienes razón. Esos políticos son todos iguales, por eso no voy a votar.

—Cuando me llega la tarjeta censal, se va derecha a la basura —gritó con vehemencia el primero que había hablado.

—¡Herman, baja la voz! ¡Todo el mundo te oye! —masculló Marius, a su lado.

Varias cabezas se volvieron hacia ellos.

Herman vació de un trago el vaso de cerveza. Por la expresión de inquietud con que miraba a Marius, estaba claro que aún no se había calmado.

—¡Me importa una mierda quién pueda oírme! ¡Hay cosas que no debemos callarnos! —El golpe que dio sobre la mesa de plástico atrajo de nuevo la atención de varios clientes.

—Creo que ese hombre tiene razón —dijo Frederik en tono conspirador; como siempre, era quien llevaba la voz cantante—. A los señores políticos les da igual cómo intentemos mantenernos a flote.

Marius volvió a llenar su vaso y se echó hacia atrás el sombrero de fieltro. Se rascó la cabeza canosa, cada vez más calva, como siempre que intentaba reflexionar.

—No importa de qué partido sean. Indostanos, javaneses o criollos, son todos iguales: ¡unos ladrones! —espetó un compañero de mesa, cuyo abultado vientre subía y bajaba con cada palabra.

—No me interpretéis mal. No estoy ciego ni sordo, pero soy un pobre viejo. Fedi ya me sonrío a lo lejos. ¿Debo acaso intentar resolver los problemas del mundo? Por mucha mala sangre que nos hagamos, no cambiaremos nada. Vale más que hablemos de algo más divertido.

—¿Como qué? —Herman reunió las botellas de cerveza que cubrían la mesa y lo interrogó con la mirada.

—Por ejemplo, del partido de ayer entre el Robín Hood y el Voorwaarts.

El tumulto que siguió fue inenarrable. Todos empezaron a gritar a la vez sin escuchar los argumentos de los demás.

Mientras los clientes de las otras mesas empezaban a meterse en la discusión, Marius reparó en un Chevrolet gris que entraba en la plaza desde el lado del edificio de Correos. Buscando dónde aparcar, el coche rodeó lentamente la plaza. La suerte sonrió al conductor delante del blanco templo colonial de la Iglesia Reformada. El

hombre maniobró hasta que el automóvil estuvo estacionado entre otros dos coches, frente a la cancela abierta de la verja verde de hierro fundido.

El majestuoso templo octogonal que dominaba la plaza respiraba una grandeza pretérita y contrastaba extrañamente con el cubista edificio moderno de Correos, prueba irrefutable de la llegada de los nuevos tiempos.

Marius estaba a punto de intervenir en la conversación sobre el partido de fútbol cuando vio a la persona que descendía del Chevrolet gris. Si sus ojos no lo engañaban, el hombre que cerraba con tanto cuidado la portezuela detrás de sí era nada menos que el diputado Izaak Meyer. Mientras se ajustaba la americana, éste recorrió nerviosamente la plaza con la mirada. A Marius le llamó la atención su actitud temerosa, y siguió observándolo. Izaak cruzó la plaza a grandes zancadas y se acercó a la terraza donde estaban Marius y sus amigos y pasó por el lado de la mesa que éstos ocupaban sin dirigirles la mirada.

—¿Ese no es Izaak Meyer? —preguntó Frederik en voz baja.

La conversación se interrumpió. Todas las miradas estaban fijas en Izaak, que se dirigía hacia los lavabos.

—¡Vaya prisa! Debe de tener diarrea...

—¿No es diputado? —preguntó Herman en un tono de voz que denotaba respeto.

—Sí, salió elegido en las últimas elecciones.

—¡Otro que se dedica a robar al pueblo!

—No lo creo. Ése no necesita robar. Procede de una familia judía con dinero de sobra. Antes de meterse en política tenían un comercio que iba muy bien.

—Me parece que todavía lo tienen. Nunca se deja un buen negocio para meterse en política. La política es un juego sucio. Nunca sabes por cuánto tiempo brillará tu estrella.

El diputado entró en uno de los reservados que había en la parte de atrás del local. Marius fue el único de los hombres reunidos en torno a la mesa que lo advirtió; los demás volvieron a enfrascarse en una acalorada discusión sobre las virtudes y defectos de sus equipos de fútbol favoritos.

De modo que era allí, y no en el parlamento, donde se hacían los negocios sucios. ¿Sería por eso que se mostraba tan nervioso? Marius dejó de prestar atención a lo que se decía a su alrededor. ¿Con quién se habría citado Izaak?

—¡Eh, ahí está Maxi Linder!

Marius se volvió con tanta vehemencia que a punto estuvo de caer con silla y todo al suelo. Sintió un nudo en el estómago. Efectivamente, Maxi se acercaba a la terraza desde el lado de los almacenes Glans. ¿Estaría de buen humor? Con ella nunca se sabía...

—¡Ve con cuidado, hombre! Una caída a tus años puede tener consecuencias graves...

—Venga, no hace falta que le recuerdes su edad...

—¿Sabíais que le han compuesto un villancico?

—Algo he oído, sí. ¿Cómo era? —dijo el hombre del vientre prominente.

—¡Yo me acuerdo! —gritó el que había hablado primero.

Noche de paz.

Noche de amor.

*Maxi Linder se la pasa
follando a más y mejor...*

Todos se echaron a reír. Marius, que apenas participaba del jolgorio general, sintió que le daban un codazo.

—¡Venga, hombre, no estés tan serio! ¿No te hace gracia la cancioncita?

Marius se apartó de la mesa y dirigió a sus compañeros una mirada cargada de rabia.

—Pues yo no creo que se lo pase follando —dijo Frederik—. Según he oído, ya nadie va detrás de ella.

—¡Eh, tío, un poco más de respeto! —lo reconvino Marius en tono áspero—. No se habla así de una mujer.

—En eso de que es mujer tienes razón, pero con la vida que lleva está pidiendo que la traten sin respeto alguno —se defendió el aludido.

—Querrás decir la vida que llevaba. Actualmente se dedica a hacer de alcahueta. Se encarga de abastecer a los peces gordos y a los extranjeros —intervino otro.

—Aseguran que en los barcos que llegan a puerto la reciben con honores. Aparte de proveerlos de carne fresca, también se cuida de que les laven la ropa.

—¡No pretenderás que me crea que ella misma es la lavandera! —exclamó entre risas Sjaan, que hasta ese momento había permanecido callado.

—Claro que no, pero se encarga de que la ropa se reparta entre las lavanderas que ella ha elegido, quienes a su vez le pagan por hacer de intermediaria.

—Es una mujer de negocios muy hábil...

—Qué quieres. Con algo ha de ganarse la vida ahora que su flor se ha marchitado.

—¿Sabíais que acoge en su casa a los marineros que han perdido el barco? Hace poco me dijo mi sobrina, que trabaja en el hospital Lands, que si enferman incluso va a visitarlos.

Se produjo un breve silencio. Todos los ojos estaban fijos en Maxi Linder, que se acercaba a la terraza con su andar típico, arrastrando la pierna enferma.

—¿Tú entiendes que todavía se vista de esa manera? A su edad debería ser más discreta —susurró una mujer en la mesa de al lado.

—Si solo fuera eso... —dijo su compañera—. ¿Qué te piensas? Puta una vez, puta para siempre.

—¿No me dirás que todavía...?

—Los hombres son como perros, ya sabes.

—Peor que perros. Una mujer tan mayor...

Para entonces, Maxi había llegado a la terraza.

—¡Buenas tardes a todos! —Su inconfundible voz de barítono resonó por encima de las conversaciones. Desde varias mesas contestaron animadamente su saludo.

—¿Tan pronto y ya estáis bebiendo? —preguntó a Marius y sus amigos.

—Venga, Max, ya sabes que es nuestra única distracción. ¿Qué más nos queda a nuestra edad...?

—Tienes razón, y así por lo menos vuestras mujeres se ven libres por un rato de vosotros. ¿No es verdad? —Su risa contagiosa se transmitió a casi todos los que estaban sentados en la terraza.

De pronto, las miradas de Maxi y Marius se encontraron. El odio que destilaban los ojos de ella hizo que él bajara la cabeza avergonzado. Marius temía un enfrentamiento verbal. Habían pasado muchos años, pero aún no lo había perdonado. ¿Acaso no había pagado bastante? A causa de ella lo habían echado de la fusilería después de la guerra. Y, por si eso no bastara, también se había ocupado de que no consiguiera un empleo decente. Sólo había encontrado trabajitos temporales.

—¡Eh, Maxi, ¿quieres beber algo?! —la invitó Herman.

—Sabes que nunca rechazo una oferta así.

—¿Qué tomas?

—Whisky, Johnny Walker.

—*Sang?*^[103] ¡Esta mujer no deja escapar ocasión! ¡Camarero, un Johnny Walker para nuestra Max!

—¿Qué te creías? Cuando se trata de beber, todavía no ha nacido el hombre capaz de hacerme sombra. —Su risa resonó en la plaza.

Los cubitos de hielo tintinearono como campanillas en el vaso que Maxi se llevó a la boca. Chasqueó ruidosamente la lengua para demostrar lo mucho que disfrutaba del whisky. Antes de separarse de la mesa escupió en la arena, a los pies de Marius.

—¿Qué ocurre entre Maxi y tú? Empieza a ser hora de que nos lo cuentes —pidió Herman una vez que ella se hubo alejado. Marius tuvo la sensación de que le desgarraban las entrañas.

Escoltada por los tañidos de las campanas de la iglesia, que tocaban las doce, Maxi entró en el café. Sorteando las mesas con paso vacilante, se encaminó hacia la barra. De vez en cuando se detenía para charlar con algún parroquiano.

Era sorprendente que al cabo de tantos años todavía despertara en Marius sentimientos que éste era incapaz de dominar. Hacía tiempo que había renunciado a la esperanza de que su amor fuera correspondido, y aun así continuaba solo. Todos los intentos que había hecho de establecer una relación duradera con otra mujer y olvidar a Maxi habían sido en vano.

Aunque estaba sumido en sus reflexiones, Marius captaba fragmentos de la conversación de sus amigos. La visita de la reina Juliana, prevista para el año siguiente, suscitaba acalorados debates. Sin embargo, su foco de atención seguía siendo la alta figura de Maxi Linder, que se adentraba cada vez más en el café.

De repente Marius se echó hacia adelante en su silla y por un instante se quedó sin aliento. Si había visto bien, Maxi acababa de entrar en el reservado que momentos antes había ocupado Izaak Meyer. Comprendió entonces el porqué de tanto sigilo por parte de éste, y recordó los chismes de las *motyos* en el campo.

Empezó a sentir de nuevo en el estómago ese dolor que siempre se apoderaba de él cuando veía a Maxi con otro hombre.

Minutos después Marius estaba ante el reservado contiguo al de Maxi e Izaak. Se había acercado con cautela, sin ser visto. Con un rápido movimiento se metió en el reservado, cerró las puertas batientes tras de sí y aplicó el oído al tabique que lo separaba de Maxi e Izaak.

—... ¿Crees que es tan sencillo deshacerte de mí como de un trasto viejo, después de todos esos años de placer que te he dado? Pues te aseguro que no lo es...

Marius contuvo el aliento. Si todos esos peces gordos llegaban a enterarse de que Izaak Meyer, el político y hombre de negocios de éxito, era un *motyop'pa*...

—¡Claro que no lo he olvidado, Maxi! ¿Es que no lo entiendes? Estoy atado de pies y manos. Debemos poner fin a nuestros encuentros semanales...

Por un momento se hizo el silencio al otro lado del tabique. La tensión era perceptible a través de éste. Marius tiró con cuidado del cuello de su camisa, empapada de sudor, en un intento de separarla de la espalda.

—No te vayas a creer que puedes cambiarme así como así por una de esas chicas —dijo Maxi Linder al cabo—. Si ése es el motivo, vale más que te lo quites de la cabeza.

—Maxi, por favor, baja la voz —rogó Izaak—. ¿Qué te parece la excusa de que yo, al igual que tú, ya no soy tan joven? Mis hijos ya me han dado nietos. Si se supiera esto nuestro perdería su respeto para siempre. Por no hablar de que sería el fin de mi carrera política...

Maxi Linder soltó un profundo suspiro y repuso:

—Desde la primera vez que viniste a mi casa, mucho antes de la guerra, me has visitado cada semana, salvo cuando estuviste en Estados Unidos. Algo me dio mala espina cuando de repente, hace un par de semanas, dejaste de hacerlo. En todos estos años, ¿ha sospechado alguien de nosotros? ¿A qué viene, entonces, este pánico?

Marius juntó las manos entre los muslos y se echó hacia adelante. ¡Qué zorra tan lista! ¡Era como para darse de cabeza contraía pared! Durante años se las había ingeniado para mantener oculta su relación con Izaak Meyer..., y ahora él se la sacaba de encima igual que un trapo...

—Maxi, Maxi, ¿por qué te obstinas en no comprenderlo? —dijo Izaak en tono de súplica—. ¿Cómo quieres que te explique que ya no puede haber ninguna relación entre nosotros? Todavía estoy en el parlamento, pero el presidente del partido me ha dicho que tienen grandes planes para mí. Al parecer, después de las próximas

elecciones volveremos a formar parte del Gobierno. Me han ofrecido un cargo de ministro...

Las últimas palabras fueron apenas audibles; salían de los labios de Izaak como un murmullo ronco. Para no perderse nada de la conversación, Marius apoyaba todo el peso de su cuerpo contra el tabique que lo separaba de la pareja de al lado.

—¿Te han ofrecido un cargo de ministro y me dejas de lado como a un trasto? De modo que ahora que vas a ganar dinero a espaldas piensas decir adiós a los amigos... Pues tendrás que pasar por encima de mi cadáver, señor ministro.

—¡Maxi, por favor, sé razonable! Y baja un poco la voz... Piensa en mi reputación...

—¿Pensabas tú en tu reputación cuando me pedías que te hiciera el numerito del cigarro?

Marius oyó que Izaak dejaba escapar un profundo suspiro. Resultaba difícil asegurar si se trataba de una manifestación de desánimo o más bien era el resultado de sus dulces recuerdos. El numerito del cigarro... Se estrujaba los sesos intentado imaginar qué demonios sería eso... La vida era injusta. Se le revolvía el estómago al escuchar aquella conversación, cuyo papel principal lo interpretaba la mujer a cuyos pies pondría el mundo si le diera la oportunidad... A su lado, pensó, ella al menos habría podido disfrutar de una vejez apacible...

—Maxi, no olvides una cosa —dijo Izaak—: siempre te he pagado por los servicios prestados.

Marius ocultó las manos crispadas en los bolsillos. Una ira profunda se estaba apoderando de él.

—¿Eso es cuanto han significado para ti todos estos años? ¿Nunca se te ha ocurrido pensar que yo quizás hubiese desarrollado alguna clase de afecto hacia ti? Lo sé. Es, por supuesto, lo más estúpido que puede ocurrirle a una mujer en mi situación. Parece que últimamente a todo el mundo le ha dado por abandonarme...

Para su asombro, Marius la oyó sollozar.

—Lo que ha habido entre nosotros me lo llevaré a la tumba —susurró Izaak. ¿Es demasiado pedir si te ruego que hagas lo mismo?

—Izaak, corrígeme si me equivoco: ¿significa eso que ésta es la última vez que nos vemos a solas?

Marius sentía crecer en su interior esa cólera incontenible que conocía de cuando en el campo había intentado, sin éxito, seducirla. Sólo de pensarlo se le erizaron los pelos de la nuca.

—¡No me lo pongas tan difícil, Maxi! —rogó Izaak—. Nuestros caminos han de

separarse aquí. Ya no eres joven; ¿cuánto tiempo más crees que podrás ejercer tu oficio?

—No te preocupes por mí —contestó ella con sarcasmo—; al fin y al cabo no eras mi único cliente fijo. Pero recuerda una cosa: también para mí pueden cambiar los tiempos. Quién sabe si no necesitaré más que nunca la ayuda de un ministro.

Izaak masculló una maldición, y a continuación se oyó el ruido de una silla al caer.

—¿Significa eso que pretendes chantajearme?

—Eh, eh cariño, no te inquietes. Si tú no te vas de la lengua, nadie sabrá nada por mí. Me llevaré nuestro secreto a la tumba, lo que no significa que no haya que pagar un precio por ello...

—¿Cuánto..., cuánto quieres? —preguntó Izaak con la respiración entrecortada, como si fuese un viejo asmático.

—Guárdate tu dinero por el momento —repuso ella—. En mi caso, sólo hay que dejar dinero después de recibir un servicio. Jamás me aparto de este precepto.

—¡Putá...!

—Así me llaman. Hasta la vista, señor ministro.

Las puertas batientes del reservado se cerraron detrás de ella, que se marchó arrastrando su pierna enferma.

Marius se dejó caer sobre una silla. Sentía repugnancia y deseo a un tiempo. No se hacía ilusiones. Al igual que Izaak Meyer, pedía a Maxi que se llevara a la tumba el secreto de sus encuentros furtivos; por su parte, él se llevaría a la suya el de su amor no correspondido.

Emanuel

Keizerstraat, 1968

Había conseguido aquella espléndida casa por un buen precio. Era de estilo colonial y totalmente de madera, y le había costado cuarenta mil florines. En el primer piso, dominaba la fachada un balcón cuya balaustrada de fundición estaba rematada con volutas de forja. Para su satisfacción, el balcón estaba a la sombra de uno de los grandes caobos que adornaban esa pared de la calle. Se trataba de una vivienda confortable, ésa era la palabra.

Orgulloso por todas esas razones, Emanuel llevaba de la mano a su mujer por la nueva casa. Al llegar a una de las aireadas habitaciones, se detuvo, la rodeó con los brazos y dijo:

—Ya nada puede interponerse en nuestra felicidad, señora Medemblik. Como ves, hay sitio para muchos niños.

Ella le acarició la cara.

—¿Y si ponemos manos a la obra, señor abogado Medemblik...? —propuso.

Antes de que él atinase a comprender qué ocurría, ella se había dejado caer hacia atrás y lo había arrastrado en su caída.

—¡Eh, qué...! —intentó protestar, pero un beso apasionado sofocó sus palabras.

Estaban sentados plácidamente en el balcón al calor del sol poniente, reponiéndose tras hacer el amor. El suelo de madera era duro, y él apoyó la espalda contra la pared de la fachada. Ria estaba tendida sobre las tablas, los ojos cerrados y la cabeza apoyada en los muslos de él.

—Imagínate que acabáramos de fabricar a nuestro primer hijo —dijo Emanuel besándole la nariz.

—Tal como lo dices, pierde toda la gracia. ¡Fabricar a nuestro primer hijo! Suena como si hiciéramos un robot.

—No pretendía decir eso, querida. No debes tomártelo todo tan al pie de la letra.

—¿Cómo que me lo tomo todo al pie de la letra?

—Cariño, no estropeemos el primer día en nuestra nueva casa peleando por una cuestión de palabras. ¿Qué va a pensar el niño que ahora mismo crece en tu barriga?

—Le pasó con suavidad la mano por el vientre.

—¡Ja, ja! De modo que das por sentado que ya estoy embarazada. Te aseguro que nada me gustaría más. Un mulatito precioso... Imagínate...

Mientras Ria permanecía tendida con los ojos cerrados, Emanuel se impregnó de la belleza con que se anunciaba la noche. Las impresionantes copas de los caobos de voluminosos troncos parecían llamear bajo el fulgor anaranjado de la puesta de sol. De vez en cuando se sobresaltaba con el ruido que hacían los duros frutos al caer al suelo, en especial aquellos que al estrellarse contra el asfalto estallaban, esparciendo las pardas semillas, que se dispersaban en el aire igual que mariposas.

Su regreso a Surinam un año antes, a bordo del *MS Artemis*, había sido una buena decisión. Con el título de abogado bajo el brazo, le habían sobrado las ofertas de empleo. Después de pasar una temporada haciendo averiguaciones había decidido establecerse por su cuenta. Esperaba abrir en breve su propio bufete, en el que su mujer le echaría una mano. Ella no tenía una profesión y le resultaría difícil encontrar un trabajo adecuado. Además, no terminaba de adaptarse, y probablemente seguiría así hasta que no estuviese ocupada en algo.

Emanuel prefería que Ria no trabajara de cajera, como en *Ámsterdam*, pues la gente diría que él no ganaba lo suficiente para mantenerla. El calor y los mosquitos que no paraban de zumbear a la caza de su ración diaria de sangre no facilitaban las cosas.

Por el momento se alojaban en la casa de la madre de Emanuel, que ya daba albergue a la hermana de éste y sus tres hijos, pero la nueva vivienda pondría fin a esta situación. Nada más difícil que compartir techo con dos mujeres que rivalizan por conseguir su atención. Ria casi no podía andar de tanta gente como había en aquella casita.

Ria se levantó de un salto dándose una fuerte palmada en la pierna:

—¡Mierda de mosquitos! —exclamó—. ¡Parece que la hayan tomado conmigo!

—Les gustas, cariño. No todos los días beben sangre como la tuya... Le rascó con cariño el lugar del que acababa de espantar al agresor. Dos ronchas comenzaban a formarse al lado de las que ya había en la pierna.

—Lo dices porque a ti nunca te pican.

Emanuel se levantó a desganar.

—Por culpa de los mosquitos no puedo disfrutar con tranquilidad del primer atardecer en nuestro nuevo balcón. Lástima que te hayas dormido. Deberías haber visto lo bonito que es cuando el sol se pone detrás de los árboles.

—Cuando vivamos aquí tendré todo el tiempo del mundo para disfrutar de los atardeceres. Pero has de prometerme una cosa.

—¿Qué?

—Que antes de que nos mudemos pondrán mosquiteras en todas partes.

—Tus deseos son órdenes para mí, princesa.

—También en el balcón.

—¿En el balcón? Eso afeara la fachada.

—¿No has dicho que mis deseos eran órdenes para ti?

—En cuanto a ése, me lo pensaré —repuso él, pero sabía que no tendría elección.

Cuando a Ria se le metía algo en la cabeza, no había manera de hacerla cambiar de idea.

La condujo a tientas por la casa vacía, sumida en la oscuridad. El ruido del tráfico vespertino les dio la bienvenida cuando abrieron la puerta principal y salieron a la calle.

Él se adelantó a grandes zancadas en dirección al Studebaker azul que había aparcado a la vuelta de la esquina.

—Me muero de hambre —dijo—. Ya es hora de que volvamos a casa. Perdón, he querido decir a la casa de mi madre. Pero ya no por mucho tiempo...

De pronto, le cerró el paso una mujer. Antes de que se diera cuenta de lo que ocurría, ella lo había abrazado. Lo envolvió un conocido olor dulzón de perfume barato.

—¡Emanuel, muchacho! ¿Cómo estás? Desde que has vuelto no has venido a verme, ¿tanto trabajo tienes? —La inconfundible voz de barítono le perforaba, inmisericorde, los tímpanos.

Emanuel sintió náuseas. Se apartó de ella, confuso, y miró alrededor.

Respiró aliviado. No había ningún conocido cerca.

—¿Y ésa es tu mujer? —preguntó Maxi—. Ven, querida, deja que te dé un brasa^[104]. Conozco a Emanuel desde que corría por ahí todo desharrapado.

Ria volvió la cabeza, con una sonrisa, hacia su esposo y se dejó abrazar por la desconocida. Él rehuyó su mirada.

—¿Todavía vives con tu mamá? —inquirió Maxi.

A él no se le escapó el modo en que pronunció la palabra «mamá», como si se tratara de algo repulsivo.

—Sí —respondió—, pero dentro de poco nos... —Emanuel empujó a Ria hacia el coche sin terminar la frase.

Maxi parecía asombrada y triste a la vez. Emanuel se metió la mano en el bolsillo.

—Hemos de irnos —dijo fríamente—. Tenemos prisa. —Le tendió un billete arrugado que había sacado del bolsillo—. Toma, diez florines. Cómprate algo que te guste. —Sin mirar atrás, abrió la puerta del coche e indicó a Ria que subiese.

Ya en el coche, la pareja permaneció un rato en silencio. Él había encendido la radio y sonaba en ese momento el último éxito de Irma Thomas. Mientras silbaba nervioso la melodía y mantenía la vista fija en las luces rojas del coche que iba delante, sentía, a su lado, la creciente tensión de Ria. Sofocado, bajó del todo la ventanilla, pero el cálido aire de la tarde no lo refrescó.

—¡Este calor de mierda me vuelve loco! —Hizo sonar el claxon con furia cuando un ciclista se cruzó por delante de su coche en la esquina de Van Idsingastraat.

—¿Quién era esa vieja? —preguntó Ria.

—¿Qué vieja?

—¿Cómo que qué vieja? ¿Es que nos hemos encontrado muchas hoy?

—Ah, esa. Es Maxi Linder. Una vecina de cuando vivíamos en Charlesburg. Está un poco chiflada. —Esforzándose por parecer lo más despreocupado posible, Emanuel se llevó un índice a la sien y lo hizo girar para indicar que estaba loca.

—Por el tono que usó al referirse a tu madre, juraría que no son precisamente amigas del alma.

—Pues no, no lo son.

—¿Y eso por qué?

—Mi madre estaba harta de que se metiera en todo. Ya conoces a mi madre... —
mintió Emanuel.

Con el correr de los años, los ingresos de Maxi se habían reducido. La mayoría de los funcionarios que formaban parte del Gobierno colonial en sus tiempos de gloria habían vuelto a Holanda, con lo que ella fue perdiendo influencia en las altas esferas y, en consecuencia, posibilidades de obtener ayudas para los niños de que se ocupaba. En la actualidad se veía obligada a ser bastante menos magnánima con sus donativos. Compartía con los vecinos lo poco que tenía.

Mary, la madre de Emanuel, vivía muy cerca de Maxi Linder. Gracias a la mediación de ésta había conseguido una casa en el nuevo proyecto de viviendas de protección oficial de Zorg en Hoop. Una tarde, de regreso al hogar, Maxi topó con una de las nietas de Mary. Ese día apenas había ganado nada. Había tenido que darse por satisfecha con uno de los brasileños que trabajaba en una de las goletas ancladas en el puerto, la clase de tipo al que en los buenos tiempos «ni siquiera habría tocado con la punta del zapato, por no hablar de que me tocara el interior de los muslos...». Por un polvo en la bodega había tenido que conformarse con un pago en especie: unas latas de sardinas y una bolsa de panecillos. Maxi sabía que Mary lo estaba pasando muy mal económicamente, por lo que compartió, generosa, sus «ingresos» con la niña.

—Cuando llegues a casa tienes que compartirlo con tus hermanitos —le dijo, y la niña se fue muy contenta.

Mary, que acababa de encontrar un empleo de lavandera, reaccionó con alegría al ver el contenido de la bolsa, pero de inmediato la asaltó una duda.

—¿De dónde has sacado todo esto? ¿Te has encontrado con tu padre? Ese maldito...

Con una mirada al contenido de la bolsa vio que había bastante para una comida caliente; guisaría las sardinas con tomates rellenos, y con lo que sobrase prepararía unos bocadillos para que al día siguiente la niña se los llevara a la escuela.

—Me lo ha dado la tía —explicó la niña, orgullosa.

—¿Qué tía?

—Tía Maxi.

—¿Tía Maxi?! —exclamó Mary como si la hubiera picado una avispa. Si algo le preocupaba últimamente era cómo poner fin a la relación con Maxi Linder. Cuando Emanuel y su mujer holandesa volvieran, para lo que no faltaba mucho, no quería que aquella mujer anduviera husmeando en sus asuntos.

No es que fuese desagradecida, pues al fin y al cabo Maxi lo había ayudado a terminar la carrera de Derecho, pero no sería nada favorable para su reputación que lo relacionaran con una prostituta. Además: ¿le había pedido ella que pagara los

estudios de su hijo? No; Maxi lo había hecho por iniciativa propia, y ahora que él tendría un buen empleo ya no necesitaría las limosnas de ésta. Cuando la viera, Mary le diría, con la mayor sutileza posible, que había dejado de ser bienvenida. Ya se ocuparía de que Emanuel le diera algo de dinero de vez en cuando, pero, por lo demás...

—Devuélvele eso inmediatamente a Maxi Linder —ordenó a su nieta—. No quiero que vuelvas a aceptar nada de ella. Esas cosas no cuentan con la bendición de Dios. Se han conseguido cometiendo actos impuros. —Se asustó de la dureza de su propia voz.

La niña se fue a la calle arrastrando los pies y con la cabeza gacha.

Maxi llegó a la carrera. Echaba chispas por los ojos.

—Vecina, como tú y yo sabemos, aquí las paredes oyen. Todo el vecindario se lo pasa en grande con el numerito que estás montando. Sabes que hablo el holandés tan bien como el inglés y el griego, sin olvidar el noruego, pero algo que se me da particularmente bien es poner a parir a la gente.

Mary sabía que los vecinos las estaban observando, de modo que no podía permitir que Maxi llevara la voz cantante. Puso las manos en jarras y, con todas sus fuerzas chilló:

—¡Lárgate de mi casa! ¡Soy lo bastante mujer para dar a mis nietos tres comidas calientes al día! ¡Aquí no queremos las porquerías que tú consigues!

Después le tocó el turno a Maxi. Con la pierna sana dio una patada en el suelo y dijo entre dientes:

—Parece que ahora te van mejor las cosas, ¿eh? ¿Cuántos años has vivido, al igual que tantos otros en el barrio, de la comida que yo me quitaba de la boca? ¿Quién os traía un paquete por Nochevieja para que tuvierais algo que llevaros a la boca el último día del año? Y ahora, de repente, no soy lo bastante buena para ti. ¡Bah! —Escupió en el suelo—. ¿A quién acudíais cuando necesitabais un empleo? ¡Me he matado a pagar facturas de médico! ¡Ahora que la suerte me da la espalda, no queréis saber nada de mí!

A Mary no se le ocurrió otra cosa que soltar una sonora pedorreta. Su intención de poner en ridículo a Maxi delante de los vecinos se volvía contra ella. Ahora era Maxi Linder quien le estaba zahiriendo, y todo el mundo podía oírlo...

Parecía que Maxi Linder hubiera esperado esa ocasión para proclamar a los cuatro vientos su resentimiento. Tras recuperar el aliento, prosiguió:

—¿Qué os hace mejores que yo? ¡Decid! ¿Qué me hace más puta que vosotras? ¿Creéis que no os ve nadie cuando por la noche os ponéis a la tarea detrás del almacén de Glans, o cuando os despellejáis la espalda contra los árboles del parque de las Palmeras? ¿Qué os da derecho a llamarme puta? ¿Acaso no es gracias a las putas que este país se mantiene en pie?

Mary se cansó de discutir. Ordenó a sus nietos que se metieran en la casa y dejó a Maxi Linder vociferando fuera.

Pero la poderosa voz de Maxi no se dejaba arredrar por unas puertas cerradas.

—¡Y meteos esto en la cabeza: a partir de hoy Maxi no dará nada más a nadie! ¡Ni un centavo! ¡Ni un mendrugo! ¡Se terminaron los regalos! ¡Para siempre! ¿Os enteráis, zorras desagradecidas? Prefiero compartir lo que tengo con mis perros antes que dárselo a la gente; son infinitamente más agradecidos. ¡Agradecimiento, *mi mars!*

El resto del camino lo habían hecho en silencio. Emanuel dobló la última curva y la casa de su madre apareció ante los haces de luz que el coche arrojaba delante de sí.

Desde pocas semanas antes de que él regresase a Surinam, su madre había alquilado una casa unifamiliar en uno de los barrios nuevos de la ciudad. En una de sus cartas le había hecho saber que la casa de Zorg en Hoop sería demasiado pequeña para alojarlos también y a Ria, y le pedía que enviase lo antes posible el dinero para pagar unos cuantos meses de alquiler por adelantado. Emanuel había percibido en su decisión una urgencia irrazonable. Ella aducía que deseaba tenerlo todo listo para recibirlos de la manera adecuada. Más tarde comprendió que la prisa por mudarse se debía a que no quería que a su regreso él viviera en el mismo barrio que Maxi Linder.

Desde el momento en que supo que volvería a Surinam, Emanuel había estado dándole vueltas al asunto de cómo debería tratar a Maxi Linder. Salvo su madre, casi nadie estaba al corriente de que ella había pagado sus estudios. Aparte del capitán, que le llevaba cada mes un sobre con dinero, y la mujer con quien Maxi Linder lo había visitado años atrás, no imaginaba a nadie más que lo supiera. Su madre le había rogado que no se lo contara ni siquiera a Ria:

—No me importa que sea tu mujer. Si quieres que siga respetándote tendrás que guardarlo en secreto.

Y hasta esa noche había conseguido que Ria no supiera de la existencia de Maxi Linder.

La mayoría de los chicos cuya educación Maxi pagaba se habían dirigido a ella para pedírselo. Era del dominio público que si uno quería estudiar o irse al extranjero tenía que hablar con Maxi Linder. Él conocía historias de chicos que habían ido a verla y sin rodeos le habían preguntado si podía pagarles los estudios. Otros, por su parte, habían iniciado con ella una relación amorosa con el mismo objetivo. Incluso se conocían casos de padres que iban a verla y se quejaban de que su hijo era muy buen estudiante, pero la familia no tenía el dinero suficiente para enviarlo a la escuela. Emanuel estaba al corriente de todas esas historias debido a la buena relación que su madre había mantenido con Maxi Linder durante los años que él había vivido en Holanda.

A su modo de ver, él era una excepción de la regla, pues a diferencia de la mayor

parte de los casos la conocía desde chiquillo. Lo recordaba muy bien. Cuando ella se había ofrecido a pagarle los estudios, él estaba presente. En aquella época aún era demasiado pequeño para comprender cómo ganaba Maxi el dinero, pero sí sabía que, desde el día en que ella le había hablado mientras vendía plantitas en Spanhoek, nunca más se había ido a la cama hambriento.

De niño siempre la había respetado. Cuando en la escuela leía en los libros historias de princesas o reinas, siempre las comparaba con ella. Además, los vestidos que ella lucía eran tan bonitos... De todas las mujeres que conocía, ella era la más hermosa y buena. Cuando iba a verlos, siempre les llevaba dulces a él y a sus hermanos. Cuando Emanuel fue lo bastante mayor para darse cuenta de cómo se ganaba ella la vida, no le importó. La conocía desde hacía muchos años, y por lo que a él respectaba, le daba igual lo que hiciese.

Un día, cuando regresaba de la escuela, se encontró a la tía Maxi sentada con su madre en el banco que había delante de la casa. No fue el que estuvieran juntas lo que le sorprendió, sino las miradas de conspiración que le dirigieron. Tras un saludo cortés, se apresuró a entrar en la casa: tenía la sensación de que hablaban de algo que él no debía oír. Cuando ya llevaba un rato en su sofocante habitación, inclinado sobre los libros, oyó de pronto la voz de su madre:

—Emanuel, sal un momento. La señora Max quiere hablarte.

Su voz sonaba tan seria que se preguntó, preocupado, si habría hecho algo mal, pero por mucho que se devanara los sesos no recordaba nada que mereciera una reprimenda.

Cuando salió y vio la expresión con que lo miraba su madre supo que no había de qué preocuparse.

—Ven, siéntate, hijo mío. La señora Max quiere hablar de un asunto contigo. —Mary dio una palmada en el banco, entre ella y Maxi Linder.

Emanuel experimentó una extraña inquietud mientras obedecía a su madre.

—¡Fíjate cómo ha crecido! —exclamó Maxi—. Así, sentada a su lado, es imposible no advertirlo. ¡Y mira esa cara! Dentro de poco tendrás que poner una alambrada alrededor de tu casa, Mary, y no sé si eso bastará para contener a las chicas... ¿Sabes, Emanuel?, te conozco desde que eras así —añadió señalando un lugar a la altura de su cintura—, si no, te haría hombre yo misma. Ja, ja, ja.

—¡Señora Max! —exclamó Mary—. ¡Deje al chico, sólo tiene diecisiete años! Luego se le ocurrirán cosas raras. —También se echó a reír.

Debían de pensar que no sabía lo que significaba la expresión «hacerse hombre»; ¿para eso lo habían llamado?

—Bueno, bromas aparte... —Maxi intentó ponerse seria y lo tomó de la mano—. Quiero hablarte de lo siguiente, Emanuel. Todos sabemos que éste es tu último año en la escuela. Después, las posibilidades de estudiar en Surinam están agotadas. Siempre te he dicho que para mí eres el hijo que nunca he tenido. Si yo fuese madre, le daría a mi hijo la mejor formación posible. Por eso le he preguntado a Mary qué le parecería

si te enviamos a Holanda, para que estudies allí...

Maxi hizo una pausa. Emanuel supuso que lo hacía para que él tuviese tiempo de asimilar el alcance de sus palabras: ¡Se le presenta a la oportunidad de ir a Holanda a estudiar una carrera! Emanuel se puso de pie de un salto y soltó un grito de alegría. A continuación, tomó a Maxi de las manos, la levantó en volandas y la hizo girar con todas sus fuerzas.

Entonces miró a su madre, y lo que vio en sus ojos atemperó su alegría. Soltó a tía Maxi de inmediato y preguntó:

—¿No sentirás que me vaya, mamá? Porque, en ese caso, me quedo —añadió en tono poco convincente.

Su madre tendió las manos hacia él.

—Por supuesto que irás a Holanda —dijo—. Sería una tontería y un acto egoísta por mi parte que te impidiera desaprovechar una oportunidad así. Si me prometes que jamás olvidarás el favor que le debes a la señora Max, tienes mi aprobación.

—¡Cómo iba a olvidarlo!

Maxi Linder, que había vuelto a sentarse, señaló:

—Mi intuición me dice que tienes ganas de ir a Holanda a estudiar una carrera.

Emanuel miró a su madre en busca de ayuda. Ella asintió con los ojos arrasados en lágrimas.

—En ese caso hazte a la idea de que en un año, más o menos, estarás en Amsterdam —agregó Maxi—. Aún he de resolver algunos asuntos. Me ocuparé de que viajes gratis en alguno de los barcos. Uno de los capitanes se encargará de encontrar alojamiento en Amsterdam para ti. Por el dinero no te preocupes: cada mes te haré llegar una cantidad para tu manutención, y los gastos de tus estudios correrán de mi cuenta.

—¡Tía Max! No sé cómo agradecerse... —balbuceó Emanuel.

—Bah, deja de darme las gracias. Eso no son más que palabras. Cuando sea vieja ya me echarás algún hueso de vez en cuando.

Sin dar tiempo a Emanuel a contestar, Mary dijo:

—Eso no es necesario que se lo pida. ¡Sería una vergüenza que Emanuel no lo hiciera de forma espontánea! En caso contrario, ¡ya le calentaría yo las orejas! Mientras vivamos estaremos en deuda con usted.

Maxi Linder restó importancia a sus palabras con un gesto de indiferencia.

Emanuel cerró de golpe la puerta del coche. Mientras maldecía para sus adentros el que se hubieran encontrado a Maxi Linder precisamente esa noche, rodeó el vehículo. ¡Justo el día en que iban a ver su nueva casa! Si hubiese sido supersticioso habría pensado que era una señal de mala suerte.

Abrió la puerta para que ella se apeara.

—Cuidado al salir, señora Medemblik. Piensa en nuestro hijo.

Ria mostró una sonrisa radiante.

—Estás loco —dijo entre risas.

—Sí, de amor por ti. —La besó en la mejilla.

En la puerta apareció la figura de su madre. Emanuel oyó suspirar a Ria a su lado.

—¿Arreglaremos nuestra casa lo antes posible? —le susurró él al oído mientras echaban a andar hacia la puerta.

Ella lo pellizcó en el costado.

—En la planta baja podrás instalar tu bufete.

—Yo había pensado lo mismo. Es una habitación perfecta; y en la parte de atrás tendrás tu propio despacho, cariño.

—¿Qué os ha parecido la casa? —preguntó la madre mientras se hacía a un lado para dejarlos entrar.

—Es maravillosa —dijo Ria mientras la tomaba de la mano—. Me ha sorprendido, de verdad. Y esto..., delante de la puerta también nos hemos encontrado a una antigua vecina suya, Mary. ¿Cómo se llamaba, Emanuel?

Emanuel le soltó la mano y no contestó.

—¿A quién os habéis encontrado? —quiso saber su madre, curiosa.

—¿A quién nos hemos encontrado? —preguntó Emanuel, como si la cosa no fuera con él.

—Esa que te ha hablado antes de que subiéramos al coche.

—Ah, ésa... Tengo un hambre terrible, ¿qué hay de comer?

—¿Cómo has dicho que se llamaba? Tenía un nombre muy raro...

—¿A quién te has encontrado? —volvió a preguntar su madre.

—A Maxi Linder.

—¿Maxi Linder?! —exclamó Mary, espantada.

Emanuel le dijo en surinamés que no tenía de qué preocuparse y que no le había hablado de ella a Ria.

Ria volvió la mirada hacia él, confusa:

—Emanuel, cuántas veces he de decirte que me molesta que hables en esa jergonza en mi presencia.

La madre hizo una pedorreta mientras se dirigía a la cocina.

Mathilde

Herenstraat, 1972

El viento soplaba con suavidad contra las puertas batientes de madera. El rechinar de las bisagras le llegaba hasta la médula. La poma nerviosa. Aún se arrepentía de no haber quitado esas puertas desde el principio. Pero ya era demasiado tarde. Los clientes considerarían imperdonable que las quitara: para la mayoría constituían una joya del local. Bien, tenía que admitir que la madera de la parte superior estaba labrada de forma muy artística: con gran habilidad, el artesano había tallado en ellas un ramo de flores de lis y, en medio, una estrella de David.

Descargó la irritación que había reprimido todo ese tiempo en el cajón del centro de la barra. Por mucho que buscara entre los trastos que contenía, no veía la botella de aceite lubricante. Hurgó en vano. Además, no podía estropearse las uñas, perfectamente pintadas de rojo. Cerró el cajón con un golpe de sus rollizas caderas. Los pocos clientes que había a esas horas levantaron la vista, sobresaltados, de su almuerzo. Con un gesto y una sonrisa forzada les indicó que todo estaba bien y a continuación llamó a voz en grito:

—¡Cynthia! ¡Ve a buscar de inmediato una botella de aceite lubricante! El chirrido de esas puertas va a volverme loca. Cualquiera día de éstos las arrancaré con mis propias manos.

Cynthia se asomó por la puerta de la cocina. Llevaba la cabeza cubierta con un immaculado paño blanco que dejaba escapar, en las sienes, algunos mechones canosos. Lo llevaba para evitar que los clientes se quejaran por los pelos en la comida.

—Está bien, señora. ¿Desea algo más? Voy enseguida a la tienda china. —Su voz chillona atravesó la estancia.

Después de encargarle a Cynthia unos pocos recados más, dejó vagar, aburrida, la mirada. El local todavía tardaría en llenarse; hasta entonces, tendría que hacer algo para matar el tiempo.

Mathilde abrió el cajón por segunda vez. Ésta no tuvo que buscar mucho. La lima estaba justo delante de sus narices. La sacó y procedió a arreglarse las largas uñas con exquisito cuidado. Siempre había estado orgullosa de ellas. Debían lucir perfectamente redondeadas. Ésta era la primera condición. La segunda, que estuviesen bien pintadas, siempre de rojo.

Cuando hubo terminado con la somera manicura entró Cynthia con los brazos cargados de paquetes.

—Lo siento, señora, el azúcar estaba agotado casi en todas partes, he tenido que buscarlo por media ciudad.

—Espero que no hayas pagado demasiado por él.

Mathilde respiró hondo y se llenó los pulmones con el delicioso aroma a comida que le llegaba desde la cocina. Le costaba hacer caso omiso de las protestas de su estómago, pero debía cuidar la línea, así que no le quedaba más que el simple placer de aspirar ese olor divino.

Tenía sesenta y siete años y no estaba demasiado descontenta de su aspecto. Un buen día se había hartado de teñirse las canas y desde entonces usaba una peluca rojiza. Prefería la incomodidad que suponía un cuero cabelludo siempre sudado a no tener tiempo para maquillarse. Estaba convencida de que el colorete la hacía parecer más joven. Mathilde confiaba en su corsé, encargado de mantener erguidos sus voluminosos pechos. En cuanto a la faja, afinaba su cintura manteniendo a raya la barriga y levantando las nalgas lo necesario para seguir teniendo la figura que la había hecho famosa en su juventud. Por la mañana no salía de casa sin haberse admirado antes frente al espejo. Satisfecha con lo que veía, se decía a sí misma:

—Ojos que no ven, corazón que no siente.

No estaba mal, a fin de cuentas.

Cynthia llenaba la vitrina de platos y más platos humeantes. Ante los ojos de Mathilde pasó una selección de manjares; jugosos langostinos guisados al curry, tiernos pedazos de carne de vaca estofada, pollo frito con tiras de pimiento rojo, sardinas sobre un lecho de cebollitas picadas y «madame Jeanette» —los famosos pimientos amarillos picantes—, huevos fritos, que ella devoraba con los ojos, y muchas delicias más.

Henchida de orgullo, Mathilde miró la pequeña estancia acogedoramente decorada. Cynthia lo había limpiado todo a fondo, hasta el último rincón. ¡Quién hubiera imaginado que acabaría por convertirse en una mujer de negocios!

Las blancas paredes de madera con escenas tropicales y tallas artísticas —hechas por los habitantes de la selva— pronto necesitarían una mano de pintura. Por desgracia, mantener en buen estado esos edificios de madera como el suyo costaba mucho dinero.

De las ocho mesas, en ese momento sólo estaba ocupada una, por un grupo de cinco marineros holandeses.

El chirrido de las puertas batientes llamó de nuevo su atención. Se mordió el labio inferior, cuando vio entrar a Maxi Linder, tan estrafalaria como siempre. El *kimona*^[105] de grandes dibujos de flores le llegaba justo por encima del asqueroso vendaje de los tobillos. Para mayor disgusto de Mathilde, los perros entraron detrás de ella, meneando alegremente la cola.

Maxi se detuvo por un instante en el vano de la puerta como ave de mal agüero. Miró alrededor con sus ojos negros y relucientes. Todo parecía indicar que iba

pidiendo limosna. Cuando vio al grupo de marineros, se le iluminó la cara y, sin posar ni por un segundo los ojos en Mathilde, se encaminó hacia ellos justo cuando Cynthia entraba con un *fiadu*^[106] todavía caliente.

Cynthia depositó la fuente en la mesa y dio media vuelta, no sin antes dirigir una mirada significativa a Mathilde. Antes de entrar de nuevo en la cocina, volvió la cabeza hacia Maxi Linder con expresión ominosa.

Mathilde maldijo para sus adentros; muy pronto se llenaría el local, y la presencia de aquella mujer era lo último que deseaba. Puesto que rogarle que se marchara habría sido como hablarle a las paredes, esperaba que, por propia iniciativa, se fuera pronto.

Los marineros se pusieron a acariciar a los perros. Esos holandeses tenían costumbres muy raras; ¡tocar a esos sucios animales mientras comían! Tener que sufrir la presencia de Maxi Linder en el local era una cosa, pero soportar también a esos perros asquerosos era demasiado. Los chuchos debían quedarse en la calle.

—Max, ya sabes que prefiero que los perros no entren aquí. No puedo hacerles eso a mis clientes...

Maxi revolvió los ojos.

—Venga, Agutobo, mujer, si esos perros son más limpios que la mayoría de la gente que entra aquí. Además, lo dices como si tú misma fueras muy limpia. Vale más que termines ya con tanta comedia.

Mathilde sintió que se le subía la sangre a la cabeza. Maxi la importunaba una y otra vez aludiendo a una etapa de su vida que prefería olvidar. ¿Cómo resolver la situación?

—No te pongas así y, por favor, saca a esos bichos de aquí. No quiero pulgas en mi local. Y me llamo Mathilde.

El esfuerzo que hizo por sonar lo más razonable posible casi la dejó sin aliento. Tenía que evitar, a cualquier precio, que Maxi Linder montara en cólera, pues le daba igual que hubiese clientes o no. ¡Ya le ajustaría las cuentas en cuanto pudiera! ¡Cómo le gustaría ver sus tripas desparramadas por la calle!

Sin embargo, la esperanza de conseguir algo de aquellos marineros había aplacado a Maxi, que señaló a los perros y gritó:

—¡Vosotros, andando! ¡Fuera!

No tuvo que repetirlo. Los perros salieron uno tras otro y se sentaron a esperarla en la acera, como guardaespaldas, en perfecta formación.

Mathilde dejó escapar un suspiro de alivio. No era frecuente que Maxi Linder se dejara convencer de algo sin presentar batalla. Juntó las manos debajo de la barra y oró fervorosamente por que Maxi Linder no se quedara mucho. Deseaba con vehemencia que saliera de su local antes de que el grueso de su clientela empezase a llegar.

—Dadme unas monedas —dijo Maxi a los marineros, extendiendo hacia ellos la mano abierta.

—¡Max, eres incorregible! ¿No puedes inventar otra cosa que ese sempiterno «dadme unas monedas»?

—Yo ya pediría un florín, pero si lo hiciera tampoco te mostrarías de acuerdo, ja, ja, ja...

—¡Ésa es la Max que nos gusta! —Los marineros se partían el pecho de risa.

Detrás del mostrador, Mathilde se retorció las manos. La situación no le causaba ninguna gracia. Para aquellos hombres, el que Maxi pidiera limosna constituía una especie de juego. Pero era simple chantaje. Si Mathilde le negaba algo, siempre amenazaba con ponerla en evidencia. Nunca dejaba pasar ocasión de refregarle por la cara la época en que todo el mundo la conocía por el nombre de Agutobo. Después de todos esos años había sido incapaz de dejar definitivamente atrás el pasado.

—Seguro que debes de ser riquísima con todas esas monedas que mendigas, ¿eh, Max? —dijo uno de los marineros—. Empieza a ser hora de que des algo a cambio. —Le costaba mantener la expresión seria, y le dio un codazo a su compañero.

—¿Dar algo a cambio? —Maxi miró el grupo.

La mueca que apareció en su cara, y que pretendía ser provocativa, hizo que a Mathilde le entraran ganas de reír. Pero, para su desazón, Maxi se agarró la falda y empezó a recogerla. Mathilde puso los ojos en blanco y murmuró otra plegaria. ¿Acaso se pensaba esa mujer que con el cuerpo que tenía aún era capaz de seducir a los hombres?

—Ya está bien, Willemientje —dijo entre risas uno de los marineros mayor que los demás. Le bajó la falda y añadió—: ¿No te parece que eres un poco mayor para eso?

—¿Mayor yo? Tal vez sea vieja, pero no he perdido el ardor. ¿Ves este cuerpo? —Se pasó las manos por el contorno del cuerpo. —Por él han pasado más hombres que pelos tiene el papa en la cabeza.

—Es de esperar que el papa no sea tan viejo que haya perdido todo el pelo —replicó el otro.

Maxi hizo una pedorreta y le dio un coscorrón.

—¿Dónde están mis monedas? —preguntó cuando los hombres hubieron dejado de carcajearse.

Uno de los marinos se sacó un florín del bolsillo y lo sostuvo en alto como si fuera una especie de cebo.

—Es para ti. Pero primero has de contarnos una de tus anécdotas.

—¡Sí, Max, cuenta algo! —la animó otro.

A Maxi le encantaba ser el centro de atención.

—Tengo tantas... —dijo—. ¿Cuál queréis que os cuente?

—La de Willem. ¿Conocéis la de Willem? ¡Agarraos!

Mathilde ya no recordaba cuántas veces había tenido que oír esa historia. ¿Cuándo acabaría esa comedia? Parecía regentar un bar en lugar de un restaurante decente, por el modo en que se comportaban. Maxi, por supuesto, ya había

empezado.

—... Un día se presentó un cliente cuyo nombre era Willem. Después de hacerlo me dice, muy ancho de cuerpo: «Te he dejado un regalo. Dentro de nueve meses puedes llamarlo Willem, como el padre». Cuando estaba a punto de marcharse, le digo: «Por cierto, yo también te he dejado un regalo. Llámalo Purgacito...».

Los marineros se echaron a reír y a golpear la mesa con las palmas de las manos. Mathilde se olvidó por un momento de su enfado, aunque hubiera oído la historia muchas veces. Soltó la carcajada sin poder evitarlo y de inmediato apretó los dientes para no aullar de dolor. Ese maldito corsé...

Maxi sacó pecho al ver el efecto que siempre producía aquella anécdota.

—¡Eres incorregible, Max! —exclamó el marinero, y le dio el florín—. Toma, para ti... Espera... —Volvió a meter la mano en el bolsillo—. Aquí tienes dos más. Te los has ganado.

Mathilde se había puesto de pie al lado del taburete. Así soportaba mejor la presión del corsé, cuyo borde interior se le clavaba en el vientre.

Maxi guardó los florines en su pañuelo y a continuación guardó éste en las profundidades de su escote.

Mathilde vio desvanecerse sus esperanzas de que Maxi se fuera en cuanto se hubiera apoderado del botín; por el contrario, echó mano de una silla y la acercó, sin ser invitada, a la mesa de los marineros.

—Desde esta mañana tengo el estómago tan vacío como el monedero. ¿Quién me invita a un bocadillo?

—Ya te hemos dado bastante dinero, Max —repuso en tono áspero uno de los marineros.

Al oír esto, Maxi volvió lentamente la mirada hacia Mathilde, quien se puso tan furiosa que deslizó la mano hacia el enorme cuchillo para el pan que estaba encima de la barra. Aquello era puro y simple chantaje. Le hubiera gustado clavarle el cuchillo en el pecho a esa puta, pero en lugar de ello preguntó, apretando los dientes:

—¿De qué quieres el bocadillo?

—Házmelo de atún —contestó Maxi Linder en tono de despreocupación—, y prepara otro de sardinas, para el camino. No le pongas demasiada pimienta, que me hace daño al estómago.

—¿Quieres también un refresco? —inquirió Mathilde en tono de sarcasmo apenas disimulado.

—De acuerdo. Y si aún te quedan algunas sobras en la cocina, envuélvemelas. Me las llevaré para los perros.

Mathilde respiró hondo intentado dominar su ira. Cerró los dedos en torno al mango del cuchillo, en un esfuerzo por controlar el temblor de la mano. El dorado panecillo nada podía contra el filo despiadado. El metal se hundía sin dificultad en él. Al percibir el aroma del pan blanco, Mathilde regresó mentalmente a aquella época de su vida que, debido también a la omnipresencia de Maxi Linder, nunca conseguía

dejar por completo atrás. Maxi se empeñaba en recordarle una y otra vez que en otro tiempo la llamaban Agutobo. En aquella época, el empleo de toda clase de remedios caseros era el único modo que tenían para evitar el embarazo y demás consecuencias poco placenteras del oficio. Recordaba, temblando, los momentos en que, antes de recibir a un cliente, se metía en la vagina una bola hecha con los restos de un cigarro a medio fumar. El ardor que le producía le hacía saltar las lágrimas. Recordaba asimismo el sentimiento de impotencia que le asaltaba las innumerables veces en que, a pesar de todas las precauciones, había pillado enfermedades venéreas, las muchas veces que había tenido que abortar... Nunca olvidaría las visitas a tétricos patios traseros de pringosas casuchas donde unas viejas resolvían el problema con sus peligrosas agujas de hacer calceta..., los dolores insoportables y la fiebre que la tenían atada a la cama durante semanas... Varias chicas a las que conocía habían pagado estas prácticas con la vida. Las que no habían tenido hijos antes de la Segunda Guerra Mundial no los tuvieron jamás. La razón sólo se supo mucho más tarde, cuando se descubrió que muchas mujeres habían quedado estériles a causa de la clamidia, una enfermedad venérea introducida en el país por los soldados estadounidenses. Al principio había creído que esa explicación no era más que un bulo, pero cuando al final de la guerra comprendió que, al igual que la mayoría de las chicas, su matriz estaba muerta, tuvo que admitir que tal vez hubiese un fondo de verdad. Algunas de las chicas daban por supuesto que su esterilidad se debía a los incontables abortos, para realizar los cuales no sólo se empleaban agujas. Más de una no tenía ningún reparo en tirarse por las escaleras. Incluso llegaban a pedirle a alguien que les saltara sobre el vientre. En último extremo siempre podían recurrir a los incontables bebedizos que se obtenían para este fin. Y aún quedaban esas javanesas que dominaban el arte de girar de tal manera la matriz que el semen no alcanzaba el cuello del útero... Mathilde se había sometido una vez a esa dolorosa operación, y a punto había estado de perder el sentido. Por eso agradecía a Dios el que, antes del estallido de la guerra, la hubiese bendecido con dos hijos sanos.

Había ganado mucho dinero vendiendo su cuerpo. Aparte de Maxi Linder, había sido una de las putas más solicitadas de su época. La diferencia era que ella siempre se había ganado la vida de forma muy discreta, dando una buena educación a sus hijos y ayudando económicamente a su familia. Por lo demás, había vivido con austeridad, ahorrando todo el dinero posible, en la modesta casa que compartía con su madre. Con el tiempo reunió una suma que le permitió comprar en Herenstraat un local con una amplia vivienda encima. Con el alquiler que cobraba por las cuatro casitas que había en la parte posterior de la finca completaba lo que obtenía como puta.

La manera comedida de ejercer su oficio había evitado que la confinaran en Katwijk. Cuando advirtió que las chicas que conocía eran detenidas sin razón aparente en plena calle, empezó a hacer balance de su existencia. ¡No podía permitir que sus hijos se quedaran de repente sin madre...! Resolvió cambiar de forma

drástica. Por la misma época otras prostitutas tomaron decisiones similares. Las que habían ahorrado utilizaron el dinero para empezar de nuevo. Otras consiguieron que algún hombre las retirara de esa vida. Las hubo incluso que se casaron y marcharon a Holanda.

A Mathilde se le encogía el corazón cuando veía a Maxi Linder. ¡Que una mujer como ella tuviera que mendigar y hacer chantaje para sobrevivir! ¿Cómo era posible que hubiera caído tan bajo? ¿Qué le había pasado?

Lo que le había pasado Mathilde lo oyó de la propia boca de Maxi días después del incidente. A última hora de la tarde, se disponía a cerrar el local cuando entró Maxi Linder.

—¿Me pones un refresco? Tengo la garganta reseca. —Hizo caso omiso de Cynthia, que la miraba de soslayo, y se acercó a Mathilde, que estaba ocupada haciendo la caja.

Mathilde se había enterado de que Maxi iba por ahí proclamando a los cuatro vientos que se jubilaba, y en contra de su costumbre esperaba con impaciencia que se presentara en el local en una de aquellas «visitas de extorsión».

Cerró la caja con un golpe y exclamó, risueña:

—¡Max, mujer, pasa! ¿Qué tal te va? Hace días que no te veo. —Se volvió hacia Cynthia y le ordenó—: Puedes irte, pero antes ponle un refresco a la señora Max. Yo terminaré de cerrar.

Una vez que Cynthia se hubo marchado, se aclaró la garganta y dijo:

—Las paredes oyen, ya me entiendes.

Maxi asintió.

—Yo no tengo nada que ocultar —repuso—, pero tú eres ahora una señora *bigi*, e imagino que no quieres que se conozca tu pasado. —Rió.

Mathilde no apreció demasiado aquella observación; sin embargo, rió con la mayor naturalidad de que fue capaz. Para no ir enseguida al grano, tocó un tema que sabía que a Maxi le interesaba.

—¿Te has fijado cuántas chicas extranjeras se dedican últimamente al oficio?

—Mujer, no hace falta que lo digas en voz tan baja. Si sigue así, pronto las que hacen la calle no ganarán ni para un mendrugo. Hoy en día la mayoría de los hombres prefieren a las que trabajan en los clubes, y en éstos sólo admiten a chicas extranjeras. Son menos descaradas. Proceden de lugares como Santo Domingo y Venezuela, donde la gente es muy pobre.

—Para ser franca, comprendo que los hombres prefieran ir a esos clubes. Nosotras sí que sabíamos cómo vestir y comportarnos. ¡Fíjate cómo van ahora! Para no mencionar lo malhabladas que son.

—¿Y qué me dices de los chulos? ¿Te has fijado en los zapatos que llevan últimamente? Parecen zancos. Con el dinero de las chicas se emperifollan como pavos reales. Y lo que más me irrita es que son unos miedicas. He perdido a la mayoría de mis chicas por culpa de esos tipejos. Yo las trataba mejor. El problema de

las chicas de hoy es que piensan con el culo.

Mathilde retrocedió, porque Maxi escupía al hablar.

—Lo que más me duele es que esas chicas de hoy no sean de fiar —prosiguió—. ¡La de trampas que hacen para arrancarles el dinero a los hombres...!

—*Gim' tori*^[107].

—Se llevan a los clientes a unas habitaciones donde han hecho poner un panel especial. Hacen que el cliente cuelgue la ropa en ese panel. Detrás se esconde el chulo. Mientras el cliente se la está tirando, el chulo le saca la cartera de los pantalones y sale por piernas. Después, cuando el cliente no puede pagar porque no tiene dinero, la chica llama al chulo, que le da al pobre imbécil una paliza de muerte para que no los denuncie por robo.

—No me extraña que prefieran ir a los clubes.

—Así es como echan a perder un bonito oficio. Por eso siempre advierto a los capitanes de los barcos cuáles son los lugares más peligrosos de la ciudad. Siempre les digo cómo se llaman las chicas que hacen esas canalladas. Lo que te digo: un oficio tan bonito y se lo están cargando...

—¿Quieres otro refresco? Debes de tener la garganta seca de tanto hablar.

—Ya me estaba preguntando cuándo me ofrecerías algo más de beber.

—¿Te has vuelto tímida o qué? —Mathilde soltó una carcajada y se encaminó hacia la nevera.

—Tienes razón. Nos conocemos desde hace demasiado para eso. Por muchas vueltas que le des, no dejamos de ser dos viejas *kapumeids*^[108].

Maxi nunca dejaba de hacer alusiones a su pasado, y lo peor era que las metía a las dos en el mismo saco. Pero ya llevaba demasiado tiempo reprimiendo su curiosidad. Mientras Maxi Linder aún reía, Mathilde le formuló la pregunta en que había estado pensando todo el rato.

—¿Es cierto lo que dicen, Maxi, que te jubilas? —Se iba a echar a reír, pero entonces advirtió que la expresión de Maxi Linder no presagiaba nada bueno. Sus ojos, arrasados en lágrimas que a duras penas consiguió no verter, se ensombrecieron.

—Es que los hombres de hoy en día... son unos bestias. Por eso prefiero, en todos los sentidos, a los hombres blancos. Pagan bien, les das lo que vienen a buscar y se marchan...

Mathilde no supo adonde mirar.

—¿Quieres un vaso de agua? —Fueron las únicas palabras que se le ocurrieron. Conocía a Maxi Linder de toda la vida, pero era la primera vez que la veía tan abatida.

—Fue la peor batalla de mi vida profesional —añadió Maxi tras dejar el vaso vacío en la barra—. Ese cabrón me dejó sangrando como un cerdo.

—¿Lo conocías? —preguntó Mathilde con curiosidad.

—Conocer, conocer, no. Lo había visto por la calle, ya sabes. Se paseaba por Watermolenstraat. Yo podría haber sido su abuela... Era uno de esos pelagatos que no

pueden permitirse el lujo de ir con una de las chicas de los clubes.

—Pero ¿qué pasó?

—Desde el lugar donde siempre me pongo, al lado del tocadiscos automático, vi que trataba en vano de llegar a un acuerdo con una de las chicas. Lo abordé delante del bar.

—¿Qué bar?

—El Roxy.

—Pero, *mi Gado*, Maxi, ¿qué hacías, a tu edad, en un lugar como ése?

Maxi Linder retrocedió como si la hubiese picado una avispa.

—*Mi na mi fefi sensi mi e suku!*^[109] —exclamó, airada—. ¡Voy a ganarme la pasta! —Se llevó las manos a los pechos—. ¡Toca! ¡Toca! ¡A mi cuerpo no le pasa nada! ¡Todavía están firmes como pomelos!

Mathilde se alejó un par de pasos de ella.

—No te pongas así. Lo que pasa es que estoy preocupada por ti. Por supuesto a tu cuerpo no le pasa nada. ¿Acaso no eres, de todas nosotras, la que más ha aguantado? —Sabía que Maxi era sensible a esa clase de «cumplidos».

—Tienes razón: ninguna *motyo*, salvo yo, lleva cincuenta años en el oficio. —Se dio una palmada en el pecho con cara de satisfacción. Sus pulseras de oro tintinearón—. ¿Dónde estaba? Ah, sí... De modo que lo abordo en la calle. Froto mi *chichi* contra él y le meneo la verga con las manos. Noto que la tiene enorme, pero me digo: «Esta chica ha apagado incendios peores». Al principio me apartó la mano, pero pronto cayó en mis expertas redes. Había pensado que no llevaba dinero; no imaginaba otro motivo para rechazarlo...

Por serio que sonara el relato de Maxi, Mathilde soltó una carcajada.

—¡Ay, Maxi, que me parto! Perdona...

Maxi restó importancia a sus excusas con un gesto.

—Por suerte, todavía puedo contarle. Bien, el tipo alquila una habitación en uno de los hoteluchos de la zona. Sólo cuando lo tengo encima me doy cuenta de por qué las otras chicas no querían ir con él. Pero ya es tarde. Me monta como un poseso. Yo trato de resistirme con todas mis fuerzas... Debería haber pedido auxilio, pero me lo impidió mi orgullo profesional. Al fin y al cabo, el cliente manda. Y ¿qué pensarían de mí? Soy zorra vieja, de manera que elijo el dolor. El dolor siempre pasa... Fue la primera vez en mi vida que tuve miedo de un hombre.

Mathilde se estremeció. Había dado un giro a su vida justo a tiempo, ahorrándose así situaciones tan horribles...

Mientras Maxi hablaba, aferrada con fuerza a la barra, todo el arplor y la energía parecía haberla abandonado. Antes siempre estaba tensa como un arco, ahora sus hombros hundidos semejabán un yugo roto. Mathilde tuvo que hacer un esfuerzo para no abrazarla; al fin y al cabo, todo era por culpa de la propia Maxi.

—Debes ir con cuidado, Maxi —le dijo—. Antes era diferente. Los tiempos en que podías ir por la calle sin temor hasta bien entrada la noche han pasado. Los

chicos de ahora no se andan con chiquitas. La vida de un hombre no vale nada. Y tú debes vigilar más que nadie, con todo ese oro que llevas encima.

—Ahora que he dejado de trabajar no tendré que preocuparme más por eso. Si Dios quiere, ya no me pasará nada.

—¿De manera que es verdad que has decidido retirarte?

—Sí.

Era la respuesta más breve que nunca le había oído a Maxi.

—¿De qué vivirás?

Maxi miró un instante al frente. Dejo escapar un profundo suspiro y respondió:

—De mi jubilación.

—Pero ¿quién pagará tu jubilación?

Maxi la atravesó con la mirada; luego susurró lentamente:

—Si me fuese de la boca sobre lo que sé acerca de muchos de los llamados «miembros respetables» de nuestra sociedad, todo el mundo se echaría a temblar. Les conviene que calle, de modo que cuidarán de mí.

Mathilde bajó la vista. Un escalofrío recorrió su espalda.

Stanley

Grote Combeweg, 1977

El calor era insoportable. Por enésima vez se enjugó, con grandes aspavientos, el sudor de la cara. Al cabo de un minuto volvería a perlar su frente. Resultaba muy molesto, pero no tenía sentido ponerse nervioso por ello.

Además, el calor no le venía mal. Sujetaba firmemente el gran pañuelo a cuadros con la mano. Su madre se lo había pasado durante su última visita a los calabozos. Según ella, con un pañuelo así conseguiría engañar al juez. Sin pestañear, había añadido que no existía razón para preocuparse: esa tarde abandonaría el tribunal en libertad.

Aquel pañuelo le había costado un montón de dinero. Tenía que mantenerlo el mayor tiempo posible a la vista del juez: cuantas más veces éste lo mirara, mayor sería su efecto. Pero por mucho que ella ensalzara las artes del *bonuman*, Stanley no estaba del todo tranquilo. A pesar de las historias con final feliz que contaban los demás detenidos, hasta el momento los remedios mágicos de su madre no le habían facilitado la libertad. Su situación era tan desesperada que no le quedaba más opción que esperar que por una vez surtiera efecto.

Con sus bancos de madera, la sala le recordaba el interior de la iglesia a la que su madre iba a menudo. Desde que habían comenzado sus malas relaciones con la policía, había visto esa sala por dentro en innumerables ocasiones. Cerró los ojos y trató de no oír los murmullos y el roce de las suelas sobre el suelo de madera, detrás de él. A menudo sentía que la mayoría del público iba allí a matar el tiempo: siempre veía las mismas caras. Y los *mofo korantis*, naturalmente, se habían lanzado sobre al asunto como pirañas para dar rienda suelta a su actividad favorita. A estos dos grupos debía añadirse el personal de los ministerios y demás organismos oficiales de los alrededores —se les reconocía por su vestimenta impecable— que encontraban así una manera de pasar la hora del almuerzo.

Los murmullos se acallaron de repente, para, al poco, reanudarse con mayor intensidad. No necesitaba volverse para saber qué o quién era la causa de tanto revuelo, pero no resistió el impulso.

Para la ocasión, ella había elegido su vestido más llamativo. Tenía el escote cerrado, le llegaba hasta los tobillos y lo había planchado con toda meticulosidad. Estaba claro que lo había almidonado, pues parecía tan rígido y liso como si fuese de madera. Los colores eran tan estridentes que le hacían daño en los ojos. Como si quisiera recordarle el motivo por el que estaba allí, se había puesto su collar más bonito. Los eslabones en forma de rosa lucían, provocativos, por encima de la pechera del vestido. El colorido *feda*^[110] señalaba orgullosamente hacia arriba. Entró en la sala y miró alrededor con expresión de desdén.

Stanley alzó los ojos, desesperado. De nuevo se asombró de que, después de

tantos años, aún se vistiera, literal y figuradamente, como una mariposa nocturna.

Ella avanzó con la cabeza alta y la vista fija en él. A pesar de todo, su cojera le inspiraba compasión.

Stanley apartó la mirada, sacó con dedos temblorosos el pañuelo del bolsillo posterior del pantalón y lo desdobló con meticulosidad antes de formar con él un pulcro triángulo y secarse el sudor que le manaba por cada poro de la cara y el cuello. Quizás el pañuelo también surtiese efecto en Maxi Linder.

El vestido almidonado protestó con un crujido cuando Maxi se sentó en el banco que había a la izquierda de él. Stanley sintió que el aroma dulzón de su perfume barato se imponía a su propio olor. Miró al frente, no quería provocar sus comentarios mordaces. Sentía los ojos de ella fijos en el lado de su cara; ardían como brasas. Trató de dominar el temblor de las manos y se llevó de nuevo el pañuelo a la cara.

—Míralo —masculló ella—, el señorito ha venido bien preparado. ¡Pues no creas que ese pañuelo va a salvarte! —Su voz grave se oyó en toda la sala.

Al oír la risa que siguió a estas palabras, Stanley se ruborizó y volvió a guardar el pañuelo en el bolsillo.

—Sois todos iguales: primero la cagáis, y luego pretendéis que los *bonumans* os salven. *Bigisma de na yu oso ma bigisma de na mi oso tu*^[111] —susurró Maxi, de modo que sólo él la oyese.

Fue como si le clavaran un cuchillo en el estómago. Tenía los nervios destrozados.

Se había arrepentido de su acción inmediatamente después de cometerla. Conocía a Maxi Linder de toda la vida, pero sólo había empezado a tratarla un par de años atrás, cuando se había mudado a Zorg en Hoop. Antes de eso sólo la había visto de vez en cuando paseando por la ciudad, aunque había oído las increíbles historias que se contaban sobre ella.

Ella le había hablado por primera vez una noche en que él había ido al Hoover Chin a comprar una ración de *chop suey*. La había visto junto a la entrada, al lado de un cubo en el que echaban los restos que dejaban los clientes. Antes de irse a casa, el chino terminaba de llenárselo con las sobras que tenía en la cocina. Con ellos alimentaba a los perros, cuyo número crecía día a día y constituían un suplicio para los ojos y los oídos del vecindario.

—¡Eh, Johnny!, ¿me das unas monedas? —dijo mientras se interponía en su camino. Tendió la mano abierta hacia él con una amplia sonrisa. Todos los dientes superiores de delante, salvo dos, eran de oro.

—No me llamo Johnny. —Stanley no sabía si el motivo de que se sintiera tan incómodo en su presencia era que le tema miedo o la admiraba.

—Para mí, todos los hombres se llaman Johnny, Johnny —repuso ella—. ¿Sabías que casi todos los americanos que se metían en mi cama aseguraban que su nombre era Johnny? Mentían, por supuesto, pero a mí no me importaba..., mientras pagaran.

Stanley no pudo evitar reír ante la lógica aplastante de Maxi Linder.

—¡Eres increíble! ¿Sabes que podrías ser mi abuela?

Ella le dirigió una mirada despectiva.

—¿Cuántos años tienes?

—Dieciocho.

—¿Dieciocho? Si yo fuera más joven, te convertiría en un hombre. ¿Sabes a cuántos tíos he mantenido con el dinero que ganaba con mi cuerpo? Muchos son ahora grandes personajes... Yo no tendría que mendigar. Los he vestido, les he pagado el barbero. Si tuviera que hacer una lista de las mil maneras en que los ayudé, no terminaría nunca. —Volvió a tender hacia él la mano abierta—. ¿Dónde están mis monedas? Así podré irme a casa. Los perros todavía no han comido.

Stanley sabía que, según se contaba, Maxi había pagado los estudios a mucha gente. Nadie conocía sus nombres. Sobre algunos corrían rumores, pero ella no soltaba prenda.

Sacó con dificultad unas monedas del bolsillo de los pantalones, ceñidos y acampanados.

—Dos florines. Es todo cuanto tengo.

Le arrebató las monedas de la mano como si temiera que se echara atrás.

—Gracias, Johnny. Dios te bendiga. —Se agachó y recogió el cubo del suelo—. Los perros me esperan. Hasta la vista.

Antes de que Stanley se diese cuenta, se perdió en la oscuridad.

Desde entonces se la encontraba regularmente junto a la entrada del Hoover Chin o en el autobús, de camino a casa. Cada vez que lo veía le pedía una limosna. Para chincharla, él le preguntaba por qué no empeñaba todo el oro que llevaba encima, en lugar de darle la lata. Ella siempre le soltaba una palabrota, tras lo cual él le daba algo de lo que había conseguido robando por las calles ese día. Poco a poco se estableció una relación entre ellos.

Con el tiempo Stanley comenzó a frecuentar la casa de Maxi en Geraniumstraat, la ayudaba con alguna tarea o la acompañaba cuando iba de compras. Los días en que sus actividades delictivas no habían producido beneficios, ella compartía con él lo que había mendigado.

Hacía ya dos años, el Día de la Independencia, Stanley había ido a verla y se la había encontrado maldiciendo. Le preguntó por qué no iba al centro a divertirse, y Maxi respondió, airada:

—¿Qué hay que celebrar? ¿Crees que esos a quienes llaman políticos serán capaces de hacer algo bueno por este país? Deja que te diga una cosa, Johnny: a la mayoría de ellos los he visto con el culo al aire, ya me entiendes. —Le dirigió una mirada significativa, con un brillo de picardía en los ojos—. ¡Prometen tantas cosas...! ¿Te crees que moverán un dedo por los viejos como yo? Lo único que hacen es pasearse en sus cochazos y follar con cuantas mujeres pueden. No, no veo ningún

motivo para festejar. Ojalá los blancos no se hubieran ido...

Sus pensamientos se vieron interrumpidos de pronto por la voz del ujier, indicando a los presentes que se pusieran de pie por respeto al juez, que en ese momento entraba en la sala con su séquito. Se sentó solemnemente detrás de la larga mesa, flanqueado por el fiscal y el secretario.

Stanley volvió a dejarse caer en el banquillo. A su lado percibió el frufú del vestido de Maxi. Por el volumen del rumor que oyó detrás de él dedujo que la sala estaba bastante llena, lo que no le sorprendió. Todo el mundo sabía que la implicación de Maxi Linder en ese asunto causaría gran expectación.

El juez se aclaró varias veces la garganta para atraer la atención. Stanley no atinaba a comprender cómo aguantaba, al igual que los demás miembros del tribunal, aquella pesada toga. Lo que más le sorprendía era que no veía ni una gota de sudor en la cara del juez. Al parecer estaba tan acostumbrado a pasar calor que ya no lo afectaba. Conminó al público a guardar silencio con un par de golpes vigorosos de su mazo de madera, y de inmediato el único ruido que se oyó fue el del tráfico del exterior. A continuación dio la palabra al fiscal, que se puso de pie con toda solemnidad. Apoyándose con las manos en la mesa, declaró que Stanley no era desconocido para la justicia, hecho en el que se basó, principalmente, para defender su petición de pena: dos años de cárcel.

Stanley se aferró al asiento del banquillo. ¡Dos años a la sombra por un collar de oro que ni siquiera había aparecido!

A sus espaldas se oyeron expresiones de asentimiento.

¡Dos años! Su única esperanza era que el juez denegara la petición del fiscal y lo absolviese.

Nervioso, extrajo del bolsillo trasero de los pantalones su último recurso de salvación. Desplegó con meticulosidad el pañuelo y se enjugó a conciencia el sudor de la cara.

—¡Ja, ja, ja...!

La risa sarcástica de Maxi Linder le hizo estremecerse. Confuso, se guardó el pañuelo en el bolsillo de la camisa.

—Señora Wilhelmina Rijburg, ¿es cierto que ha decidido representarse a sí misma en este caso? —preguntó el juez a Maxi Linder.

—Sí, señoría. Soy demasiado pobre para permitirme un abogado.

—¿Se le ha informado de que tiene derecho a asistencia legal gratuita?

—Así es, señoría, y permítame decir que no confío en esos señores bien vestidos. Los conozco demasiado bien. En mi opinión, nadie representa a una mujer mejor que ella misma.

Al juez le costó mantenerse serio. En la sala se oyeron varias risas. Tras unos fuertes golpes de mazo, volvió a hacerse el silencio.

Stanley miró a los hombres que estaban sentados detrás de la mesa cubierta con un paño verde. Todos eran lo bastante mayores para haber conocido a Maxi Linder en circunstancias menos oficiales. Ante la inquietud que le produjo esta idea sintió un nudo en el estómago que lentamente subió hasta su garganta.

—Señora, ¿puedo pedirle que responda a las preguntas con la máxima brevedad y la mayor claridad posibles?

—Lo intentaré, señorita.

—¿Reconoce al sospechoso?

Las miradas de Maxi y Stanley se cruzaron.

Ella entornó los ojos y con los dientes apretados contestó:

—Sí, señorita. Aunque me pese, debo admitir que conozco a esa alimaña. Le he dado de comer más de una vez.

—¡No llames alimaña a mi hijo, *yo motyo beest yu!*^[112] —gritó la madre de Stanley desde el fondo de la sala.

—¡Silencio! —ordenó el juez mientras golpeaba varias veces con su mazo—. Señora, si no guarda la compostura me verá obligado a pedirle que abandone la sala.

—¡No puedo permitir que llame alimaña a mi hijo! ¡*A no bon prit' en*^[113], no es ningún animal!

—¿A quién llamas *motyo*? —replicó Maxi—. Mírate un poco a ti misma: todos los hijos que tienes son de padres diferentes, ¡y ni siquiera sabes sus nombres!

Algunos de los presentes empezaron a opinar en voz alta tomando partido por una u otra de las dos mujeres.

El juez sólo consiguió imponer el orden amenazando con desalojar la sala.

—Señora Rijburg, cuente con sus propias palabras qué ocurrió el día de autos, y le ruego una vez más que no se ponga a discutir con el público.

Maxi se aclaró la garganta y comenzó:

—Lo recuerdo perfectamente. Ese día no me encontraba muy bien. La vejez viene acompañada de achaques, aunque yo, para la edad que tengo, no puedo quejarme. Como decía, ese día no me encontraba muy bien, pero aun así salí a la calle, porque hay que comer, ¿verdad? En Maagdenstraat, más o menos a la altura de Jodenbreestraat, en la esquina donde ese hombre del carrito vende morcillas, me encontré con Stanley. Enseguida me preguntó si tenía dinero para un refresco. Como no me encontraba bien y no había conseguido ni un centavo, le dije que me dejara en paz.

—¿Solía usted darle dinero? —quiso saber el juez.

—Soy una persona generosa, señorita. Toda mi vida he compartido con los demás lo que tenía. Stanley es un chico del barrio que a veces venía a mi casa. Yo no tengo hijos. Siempre era bien recibido.

—Así pues, usted le había dado dinero en varias ocasiones.

—Sí, señorita; pero él tampoco era tacaño. Muchas veces hemos compartido lo poco que teníamos.

—Bien. Volvamos, por favor, al día en cuestión.

—Lo recuerdo como si fuera ayer, señoría. Después de habérmelo quitado de encima seguí mi camino. De repente, al llegar a la Heiligeweg, sentí que me agarraban por detrás. Antes de darme cuenta de lo que ocurría, tiraron fuertemente del collar. Era un collar grueso, de modo que no cedió enseguida. El metal me cortaba la piel. Pensé que me decapitaban. ¡Fue horrible! No se lo desearía ni a mi peor enemigo... —Hizo una pausa para recobrar el aliento.

Todos en la sala contenían la respiración, expectantes. Se oyeron algunos gritos sofocados, que a Stanley no se le pasaron por alto.

—¿Ha terminado con su testimonio? —preguntó el juez.

—No, señoría, todavía no. Lo peor viene ahora —repuso Maxi en tono dramático—. Cuando me recuperé del primer susto, volví la cabeza. Para mi sorpresa, a quien vi fue a él. —Señaló con el dedo a Stanley—. En ese momento perdí lo poco de confianza en la humanidad que me quedaba. ¡Que alguien que viene a tu casa sea capaz de una cosa así! Dio otro tirón y al fin rompió la cadena, de la que colgaba una gran moneda de oro. Después echó a correr. —Levantó los brazos—. Intenté seguirlo, pero como imaginará, señoría, con esta pierna en semejante estado me resultó imposible —añadió al tiempo que se recogía un poco la falda. La venda que envolvía el tobillo presentaba una mancha sanguinolenta en el lugar de la herida—. Mientras clamaba a Dios y le rogaba que hiciera algo, ese maldito subió a un taxi y huyó.

—¡Es una salvajada! —exclamó alguien en el fondo de la sala.

Maxi dejó escapar un suspiro con actitud teatral y se volvió hacia Stanley. Se sostuvieron la mirada por unos instantes.

La voz del juez puso fin a la silenciosa lucha de poder que se libraba entre ellos:

—¿Ha terminado, señora Rijburg?

—Sí, señoría, y en nombre de Dios espero que lo castigue como se merece.

Stanley hizo un gesto despectivo hacia ella, seguido de una pederreta.

El juez lo llamó al orden con un golpe de mazo.

Después del testimonio de Maxi se presentó un hombre que declaró haber visto a Stanley correr con el collar de oro en la mano. Lo mismo dijo el taxista en cuyo vehículo había huido.

—¿Desea añadir algo a estas declaraciones? —preguntó el juez a Maxi en tono inexpresivo.

Stanley se cruzó de brazos. Sentía la piel húmeda y fría.

¿Que si deseaba añadir algo? ¿Que ese día tenía un hambre terrible, por ejemplo? ¿Que el día anterior tampoco se había llevado nada al estómago? ¿Que Stanley no había soportado el que ella lo rechazara?

¿Cuántas veces la había ayudado cuando se la encontraba por la calle en la más absoluta miseria? ¿Cómo explicar que se le había nublado la vista cuando ella, cubierta de oro, le dijo que no tenía dinero? ¿Que él no entendía que pudiese mendigar cuando llevaba una fortuna sobre el cuerpo? ¿Que, cuando pensó en todo

eso, se le habían cruzado los cables? ¿Que sólo había recobrado la lucidez en el taxi, de camino a casa? ¿Que, asombrado, descubrió que llevaba el collar en la mano...?

No, de nada serviría que contara su parte de la historia. A juzgar por los murmullos de la sala, la suerte ya estaba echada. Y no a su favor, seguramente.

Nervioso, volvió a sacar el pañuelo y, con las manos en el regazo se puso a pellizcar sus bordes. Rezó fervientemente para que, por una vez el dinero que su madre se había gastado en el *bonuman* sirviera.

Con los oios cerrados oyó a lo lejos la voz del juez pronunciando la sentencia. Dos años, menos el tiempo que llevaba en prisión preventiva. Detrás de él estalló un tumulto.

Wilhelmina

Geraniumstratt, 1981

Estaba tendida en el suelo, al lado de la cama, en medio de la oscuridad. Trató en vano de arrastrarse hacia la puerta: las piernas y los brazos se negaban a obedecer las órdenes que les enviaba el cerebro. Con enorme esfuerzo consiguió abrir los labios, pero en lugar de un grito de auxilio no salió de ellos más que un ronco susurro. Tenía la boca tan reseca que ni siquiera podía humedecerse los labios con la lengua.

Qué modo de llegar al final... ¿Era acaso el castigo de Dios por su *yayolibi*?^[114] Ella era la primera en admitir que no había sido un dechado de virtudes. Por ejemplo, nunca asistía a los servicios religiosos. La certeza de que sería incapaz de contenerse al ver a todos esos hipócritas en la primera fila era motivo más que suficiente. Pero nunca había dejado de servir a Dios. Ni una sola mañana de su vida había olvidado dirigirse a Él y pedirle que la ayudase a superar el día. Cuando iba a la iglesia, lo que hacía bastante a menudo, prefería el templo católico del Sagrado Corazón, donde siempre encendía una vela, que el de Polane, como habría correspondido.

¡Cómo ladraban los perros! Intentó una vez más levantarse. Ya se enterarían si lograba llegar hasta la puerta. Aún era de noche, pues de lo contrario entraría luz por las rendijas de la ventana. ¿Por qué se comportaban de modo tan extraño esos malditos perros? ¿Es que querían que todo el barrio echara pestes de ella?

Por primera vez en su vida se había quedado dos días seguidos en casa. Últimamente no se sentía del todo bien, pero jamás hubiera imaginado que el final se anunciaría con tal rapidez. Ahora sabía que no duraría mucho.

Siempre había esperado encontrar la muerte en la calle, a ser posible en el barrio de las putas. Pero así, al lado de la cama, en la oscuridad...

Los perros eran su única preocupación. Su ira se convirtió poco a poco en pena. ¿Qué sería de ellos cuando hubiese muerto? ¿Quién iría a buscar cada mañana los restos de comida al chino de la esquina? Apretó las desdentadas mandíbulas e intentó una vez más arrastrarse hasta la puerta. De ser necesario, iría al chino a gatas, con tal de que los perros recibieran su desayuno. Eran la única compañía que le quedaba. Cada uno de ellos tenía su propio carácter, pero la escuchaban cuando les hablaba. Cuando se sentía sola, los perros lo percibían. Entonces la miraban con los ojos bien abiertos, y al ver su expresión lastimera Maxi olvidaba al instante sus propias preocupaciones...

Se había levantado temprano para lavarse.

De pronto se sintió mareada, pero como últimamente le pasaba a menudo, no le dio mayor importancia y se sentó a esperar que se le pasara.

Más tarde, cuando estaba de pie al lado de la cama, sintió una punzada de dolor a la altura del hígado, según le pareció. Fue tan intensa que en un acto reflejo se llevó la mano al costado, pero la agilidad que en otro tiempo le había dado fama había dado paso, hacía años ya, a la lentitud propia de la vejez, y el impulso mismo del movimiento hizo que cayese hacia adelante sobre el duro suelo de piedra.

¿Cuánto llevaba ya tendida sobre el frío pavimento? ¿Una eternidad? Nunca se había sentido tan agotada. Cedió al cansancio y cerró los ojos. De la nada surgió de nuevo aquella punzada en el costado derecho, pero en esta ocasión se extendió lentamente por todo el cuerpo. Presionó la mano sobre el lugar donde el dolor había comenzado y esperó a que desapareciera...

Por las rendijas de la ventana entraban los rayos del sol, que formaban un extraño juego de luces sobre el suelo y las paredes de la habitación, por lo demás a oscuras.

—¡Señora Max! ¡Señora Max!

Se sobresaltó. Era la voz de Eduardina, que la llamaba desde algún lugar lejano. Cerró los ojos y musitó una plegaria. Dio gracias a Dios por haberle enviado a Eduardina.

—Señora Max, ¿está ahí?

Volvió a abrir los ojos. Los perros gañían con todas sus fuerzas. Afortunadamente, el dolor había desaparecido. Intentó incorporarse, pero no lo consiguió. Se le saltaron las lágrimas. De nuevo intentó arrastrarse hasta la puerta... En vano.

Se oyen voces fuera. El ruido de la madera al partirse se alza sobre los ladridos.

De repente la luz del sol inunda la habitación. Es tan intensa que tiene que cerrar los ojos por un instante. Como un puño enorme, el dolor avanza del costado hacia el vientre. Se oye gemir. Abre los ojos lentamente. Junto a la ventana hay una mancha oscura rodeada de un halo de luz.

—¡Oh, Dios mío, está en el suelo, al lado de la cama!

Es Eduardina.

—Apártate un poco, mamá; voy a entrar, y así abriré bien la puerta —oye decir a Mavis.

—*Mi Masra mi Gado!*^[115] Qué desgracia... ¿Lo ves? ¡La de veces que le habré dicho que se fuera a vivir a Lansigron...!

Lansigron. La mera idea de verse en ese lugar tan triste le ponía la carne de gallina. Para eso prefería morir. Otra punzada. De repente empieza a toser. Con la cara apoyada contra el frío suelo se abandona al dolor. Ahora que Eduardina está ahí

todo se arreglará. Mientras no vuelva a mencionar Lansigron...

Eduardina entró corriendo en la habitación con un pañuelo apretado contra la nariz. Se acuclilló a su lado y se puso a llorar. ¿Por qué no dejaban de ladrar los perros? Si Eduardina la ayudaba a levantarse podría ir a la tienda en busca del desayuno. Abrió la boca para hablar, pero no oyó más que una especie de gemido.

Eduardina se levantó con dificultad. Sí, ella tampoco era joven ya. Se fue hacia su cocinita.

Volvió a arrodillarse al lado de Maxi. Retorció con cuidado un paño húmedo sobre sus labios. El agua produjo un efecto agradable. Maxi dejó de sentir la lengua dormida.

Miró a Eduardina con expresión de agradecimiento. Ella la ayudaría.

—Señora Max, ¿qué ha ocurrido? —Mavis estaba detrás de Eduardina.

—¡Por Dios...! ¿Se ha hecho daño? ¿Qué ha pasado? ¿Se ha caído? —completó Eduardina a su hija.

Maxi no podía contestar, sólo mirar.

Eduardina le puso, con cuidado, una almohada debajo de la cabeza. Hizo una mueca y arrugó la nariz. ¿Qué le repugnaba tanto? Entonces se percató del hedor que había en la habitación.

—E... duar... di... na —consiguió balbucir.

—Será mejor que no se esfuerce en hablar.

Mari señaló el paño de cocina que Eduardina tenía en la mano.

—Vuelve a mojar este paño —le dijo Eduardina a su hija.

Mavis fue a la cocina a hacer lo que le pedía su madre. Cuando volvió, ésta mojó nuevamente los labios de Maxi. Le pidió que abriera la boca y con sumo cuidado dejó que cayeran dentro unas gotas de agua.

—Siento... que... se... acerca... —susurró Maxi, —el fin...

—No diga esas cosas, señora Max. Yo...

Levantó la mano para indicarle a Eduardina que callara.

—E... duar... dina..., la casa..., la finca..., son para ti... Las... jo... yas... que me... quedan... son para Ma... vis...

—No, no señora Max... Mejor cuénteme que ha pasado.

—El hígado..., lo tengo... mal desde..., ya sabe..., el whisky... todos los días... —Maxi trató de sonreír.

—Mamá, ¿quieres que pida una ambulancia?

—Sí, telefona también al cuartel: hoy en día hay que llamar al ejército para todo.

—Ay señora... Eduardina... vea... qué ha... sido... de mí...

De pronto, un movimiento en la entrada de la cocina llamó su atención.

¡Ahí estaba Mapauwita! Entró en la habitación. El almidonado *koto* le llegaba

hasta los pies, que llevaba descalzos. Movía las mandíbulas como si masticara; tenía los labios marrones del jugo del tabaco.

—Mapauwita... —le dijo Maxi a Eduardina, señalando hacia la cocina.

—¿Mapauwita? ¿Qué Mapauwita? —Eduardina se volvió, pero la aparición ya se había desvanecido.

—No me has hecho caso, Wilhelmina. ¿No te acuerdas de lo que...? Mira en lo que te has convertido. Contra esto precisamente quería prevenirte. ¿Recuerdas cuando te hablaba de mi vida? No has usado bien tus joyas. —Mapauw se sienta en el borde de la cama—. Ese tesoro que tienes entre las piernas y con el que podrías haber puesto al mundo a tus pies... —Escupe en el suelo un líquido pardo amarillento. De debajo de la chaqueta saca un pedazo de tabaco y se lo mete en Ja boca. Empieza a mascararlo complacida y la mira meneando la cabeza.

Wilhelmina se incorpora en la cama y apoya la cabeza sobre el hombro de Mapauw.

—Mapauw, me duele, me duele tanto... Nelis me ha hecho daño.

Mapauwita abraza a Wilhelmina y dice:

—Vamos, Wilhelmina... Amalia y Ferdinand nos esperan.

EPÍLOGO

Eduardina

Nieuw Vrede en Arbeid, 1981

De la acera sin pavimentar iba levantando arena a su paso. Con un tirón se ajustó el vestido, que se había torcido durante el incómodo viaje en el *wilde bus*^[116], que iba lleno hasta los topes. La manera en que la tela le apretaba debajo de los brazos no había hecho más que aumentar la incomodidad. Ya hacía tiempo que había decidido confeccionarse un vestido nuevo para ocasiones como ésa, pero había postergado una y otra vez la visita a la modista. Odiaba los entierros.

Últimamente los entierros parecían acontecimientos públicos a los que la gente iba aunque no tuviese un interés particular. La curiosidad por el sufrimiento de otros y el chismorreo eran en la actualidad los motivos principales para asistir a un funeral, se conociera al difunto o no. Cuando enterraron a su Hendrik, al menos se mostraba todavía el debido respeto.

Antes de entrar en el cementerio, Eduardina volvió a comprobar el estado de su vestido. Debía tener buen aspecto.

Al fin y al cabo, era la persona que había estado más cerca de Maxi durante los últimos años. Consideraba su asistencia un deber. Terminó su inspección con un golpe a la ancha ala de su sombrero negro.

En la entrada del cementerio se detuvo con un respingo. ¡Había una verdadera multitud! La gente se apretujaba. A nadie parecía importarles el reposo de los difuntos. Para no perder detalle, algunos incluso habían trepado a alguna tumba cercana...

Por el volumen de los cánticos que se elevaban por encima de las cabezas de los presentes, dedujo que el servicio religioso ya había empezado.

*Oh Señor, Dios mío, cuando admiro
el universo que has creado...*

Eduardina se acercó a la muchedumbre que cantaba a pleno pulmón, y a dos voces, su himno religioso favorito. Mientras tanto, lo observaba todo. Los largos tonos al final de cada frase reforzaban el dramatismo del momento.

*Veo las estrellas y oigo el trueno,
observo tu poder, que en todo se refleja...*

—*Tongo!*^[117] —Con su poderosa voz de barítono el predicador invitaba a todos los presentes a entonar el estribillo. La voz de la obediente multitud se elevó por

encima de las interminables hileras de tumbas.

Entonces mi alma, Redentor, te canta:

¡cuán grande eres! ¡Cuán grande eres!

Eduardina se abrió camino a empujones y codazos, hasta llegar a la capilla.

Entonces mi alma, Redentor, te canta:

¡cuán grande eres! ¡Cuán grande eres!

No se dejó intimidar por las miradas de reconvención ni los reproches aislados le dirigieron. ¿Dónde estaban todas esas personas cuando la señora Max las necesitaba? Una vez dentro de la capilla, las voces sonaban más dulces.

Cuando pienso que no salvaste a Tu Hijo,

sino que lo enviaste, por nosotros, a la muerte...

La resonancia hacía que el aire vibrara contra las paredes y el techo. Eduardina lo sentía hasta en los huesos.

Que en la cruz murió por nosotros

Y lavó nuestros pecados con su divina sangre

Delante junto a la pared, estaba el ataúd, de nogal y provisto de herrajes de cobre.
—*Tongo!*

Entonces mi alma, Redentor, te canta:

¡cuán grande eres! ¡Cuán grande eres!

El sonido ascendía, y al chocar contra el techo de cinc buscaba una salida a través de los mosquiteros que protegían las ventanas.

Entonces mi alma, Redentor, te canta:

¡cuán grande eres! ¡Cuán grande eres!

Finalmente, Eduardina consiguió llegar junto al féretro. Con el bolso apretado contra el vientre boqueaba en busca de aire. A pesar de que las ventanas estaban abiertas, la atmósfera en la capilla era sofocante.

El himno había terminado. La gente no paraba de abanicarse, produciendo un ruido que recordaba el ominoso batir de alas de una bandada de *yorka fowrus*^[118].

La señora Max estaba tendida bajo un mar de flores que sólo dejaba al

descubierto su cabera y su pecho. El *feda* floreado que llevaba en la cabera contrastaba con el color apagado de su tez. Un rizo de cabello artificial cubría su frente. Tenía las comisuras de la boca algo estiradas hacia abajo, por lo que el labio inferior sobresalía un poco, como si hiciera un puchero. Desde que la conocía, Eduardina no había visto nunca a la señora Max tan disgustada, ni siquiera cuando debía hacer frente a las peores dificultades. A sus espaldas, oyó que alguien decía que de aquel gesto podía deducirse que la señora Max no había muerto en paz. Las amortajadoras deberían haber procurado que se viera un poco más guapa. Estaba claro que durante su viaje a *yanasei* la pobre tendría que prescindir de sus inseparables joyas de oro. La única concesión a la afición de la difunta por los adornos era un collar barato de grandes cuentas de vidrio que lucía en el cuello.

Después de haber sido, por segunda vez, víctima de quienes querían hacerse con sus alhajas, había regalado casi todas las que aún le quedaban. Eduardina había rehusado amablemente el ofrecimiento de elegir alguna de su colección, muy mermada ya. Era contrario a cualquier principio adornarse con objetos conseguidos de un modo abominable a los ojos de Dios.

De pronto, Eduardina sintió una mano sudorosa en su antebrazo.

—Oiga, acabo de enterarme de que es usted quien la encontró muerta en su casa.

La vieja que le hablaba iba maquillada en exceso. Llevaba una peluca corta rojiza peinada de manera impecable y por sus sienes y cuello corrían hilillos de sudor.

Dirigió a Eduardina una mirada inquisitiva y expectante. Se llevó las manos, perfectamente cuidadas, a la frente. El índice, que terminaba en una uña pintada de un rojo intenso, desapareció entre el borde de la peluca y la piel de la frente. Le temblaban un poco los labios.

—¡Qué calor insoportable! —dejó escapar un suspiro, y su cara se contrajo en una mueca.

Mientras Eduardina buscaba una respuesta, se devanaba los sesos intentando recordar quién era esa mujer. Le sonaba tanto su cara... De pronto acudieron a su mente las palabras que en una ocasión le había dicho la señora Max: «No quiere que se sepa que ha hecho la calle pero, con el aspecto que tiene, hasta un niño sabría que se trata de una vieja *motyo*. En serio, no hace falta mirarla dos veces...».

Eso decía la señora Max cuando se refería a la señora Agutobo. Eduardina reconoció entonces en ella a la dueña del restaurante de Herenstraat.

—¿Es usted de la familia? —preguntó sin poder evitarlo.

—Eh, no... En realidad no la conocía muy bien... —Se tocó la peluca con gesto de nerviosismo—. De vez en cuando pasaba por mi local para mendigar un poco de comida. Que haya acabado así... —Meneó la cabeza—. He oído que los perros habían empezado a devorarle las piernas.

—¡Eso es absurdo, y además no es verdad! —replicó Eduardina con mayor vehemencia de la necesaria—. Se dicen tantas tonterías. —Metió un dedo por debajo del sombrero para aliviar la presión de éste... —La encontré dos días antes de que

muriera, tendida al lado de la cama. Mi hija entró por la ventana tras romper el cristal. Daba lástima verla, en medio de sus propios excrementos...

—Pobrecita —gimió Mathilde. Se había formado alrededor de ellas un corro de curiosos que habían perdido todo interés por el servicio del hermano Inge, del Ejército de Salvación.

Eduardina disfrutaba siendo por un rato el centro de atención.

—Tuve que acercar el oído a su boca, porque no le entendía nada —prosiguió—. Susurró algo acerca de que se iba, que su cuerpo ya no podía más... Cuando le pregunté qué había pasado, sólo se quejó del dolor que sentía. Al cabo de un rato me indicó que me acercara y me dijo que me regalaba la casa y la parcela correspondiente; pero como no me importan los bienes terrenales, aún no he hecho nada al respecto.

—Entonces, ¿quién se ha quedado con la casa? —pregunto alguien.

—Sí ¿qué va a pasar con la casa? —se interesó otro.

—No lo sé. Nunca recibía visitas de parientes. Nadie sabe nada de su familia. El Estado se quedará con todo... Pero a lo que iba: fuera, los perros hacían un ruido de mil demonios. Murmuró algo acerca de ellos. Me llevé un susto de muerte cuando de pronto revolvió los ojos de un modo muy extraño. Aterrorizada, le indiqué a mi hija que llamara una ambulancia. Incluso tuve presencia de ánimo de decirle que llamara también a los militares...

—¡Sí, desde el golpe, esos canallas se meten en todo! —exclamó un hombre enjuto cuya camisa, empapada de sudor, se le pegaba a la piel. En señal de desagrado escupió en el suelo.

—Yo en su lugar mostraría más respeto por los hijos de la revolución —lo reconvino, airada, una vieja tocada con sombrero de paja—. Los anteriores gobernantes nos llevaban a la ruina. ¿Y cuántos políticos no le debían su posición a Maxi?

—¡Eh, no discutamos en el entierro de Maxi! —los apaciguó Eduardina.

—Eso mismo digo yo —apuntó Mathilde—. Quien no haya conocido a esa mujer en sus buenos tiempos no creerá que tenía vestidos con auténticos botones de oro. Pero, en fin, sigue contando...

—Entretanto —continuó Eduardina tras dirigir una mirada de complicidad a Mathilde—, delante de la casa se había reunido una multitud. La ambulancia había llegado, pero no había forma de poner un pie en la finca porque los perros ladraban como salvajes. Los militares aún tardaron una hora en presentarse. Para poder entrar en la casa, tuvieron que liquidar a algunos chuchos.

—Sí, tenía muchísimos perros. Unos cien, creo —intervino una vieja cuya espalda estaba tan torcida como una palmera que ha crecido a merced del viento.

—La policía militar escoltó la ambulancia hasta el hospital Lands. Uno de los camilleros me dijo más tarde que cuando entró, la señora Max aún estaba consciente. Después de lavarla y examinarla la trasladaron a la unidad de cuidados intensivos. Su

hígado había dejado de funcionar...

—¡Bebía demasiado! —exclamó alguien, interrumpiendo el relato de Eduardina.

—Falleció dos días después. Lamento que no me llamaran cuando la situación se puso crítica. Les había dejado mi número de teléfono. De haber estado ahí, le habría dado el último traguito de agua^[119]. Así no habría tenido que presentarse ante el Creador con la boca seca.

Las honras fúnebres habían terminado. Los portadores levantaron el ataúd y lo agitaron con vehemencia unas cuantas veces antes de ponérselo en los hombros.

—¡Agítadla bien por última vez! Así ha sido su vida, muy agitada, y esto es el final. Ahora al fin disfrutará de un bien merecido descanso.

Mientras pronunciaba estas palabras, la vieja encorvada trataba de tocar el féretro con una mano al tiempo que con la otra se apoyaba en su bastón para no perder el equilibrio.

—¿Ves a esa mujer junto a la caja? Antes era una temible rival de Maxi. Parece ser que en una ocasión ésta le dio una paliza que la envió al hospital... —susurró una de las mujeres que iban delante de Eduardina.

Era curioso, la gran mayoría de los presentes eran mujeres. Eduardina recordó las palabras de Maxi: «He vivido y he dejado vivir. He estado con incontables hombres, e incontables hombres han estado conmigo...». ¿Cómo, entonces, había tan pocos hombres para acompañarla en su último viaje, a ella, que había dado al país tan grandes hijos...?

Los portadores avanzaban al cortejo con el ataúd sobre los hombros, al compás de las alegres notas que desgranaban los trombones del grupo de Jopie Vriesde. Detrás, la multitud cantaba alborozada:

Nanga palm a de go
Nanga palm a de go
Te a doro janda, na Jeruzalem
Nanga palm a de go

Ondead palmas, ella se va.
Ondead palmas, ella se va.
Cuando llegue a Jerusalén,
Ondead palmas, ella se va

—¡Maxi Linder era una mujer mundana, por eso recibe tantos honores! —Gritó una viejecita metida en carnes. Sus pies, embutidos en unos zapatos abiertos que no

podían contener sus enormes talones, levantaban nubecillas de arena. Con pasos de baile convulsivos que hacían temblar como flanes sus pesadas nalgas, se unió a la jubilosa comitiva.

La muchedumbre se extendía hasta más allá de los sepulcros situados a los lados del camino, aplastando, sin respeto por los deudos ni los muertos, las flores de las tumbas recientes.

Un anciano señaló el brillante ataúd y gritó:

—¡Se alza por encima de nuestras cabezas como en vida destacó sobre todo el mundo!

—¡Ahora sí que estará boca arriba para siempre! —apuntó, irrespetuoso, un chico.

Eduardina se movía de un lado para otro a fin de recoger anécdotas y comentarios sobre la señora Max.

—Un día le pregunté, por chincharla, cuánto cobraba por un *plei*^[120]. «¡Ven, deja que mi ananás te devore!», exclamó, y se levantó tanto la falda que pude verle el chocho. ¡Y eso que ya era una vieja! —contaba entre carcajadas un muchacho que habría podido ser nieto de Maxi.

Todos rieron a su alrededor.

—¡Así que es verdad que nunca llevaba bragas! —exclamó alguien.

—Ya sabes que los últimos años iba cada tarde al Hoover Chin, en la esquina de Zinniastraat y Gemenelandsweg. Bueno, si querías entrar, se interponía en tu camino, y si no le dabas dinero anunciaba a voz en grito que solías visitarla y negarte a hacerle lo que ella te pedía. Al final tenías que rascarte el bolsillo para librarte de ella. Era una mujer muy lista.

—Sí, es verdad. O gritaba que tu padre frecuentaba su casa, para ponerte en ridículo delante de tus amigos. Si ibas con una chica, ya podías prepararte, pues le decía que la visitabas a escondidas, y le advertía que nunca lo hiciera gratis...

Animada por el alegre ambiente reinante, Eduardina comprendió de pronto por qué últimamente la gente iba a los entierros como si de una fiesta se tratase: agobiada por la situación política, encontraba en ellos la ocasión para huir por un rato de sus preocupaciones.

Se abrió paso hacia unas personas reunidas bajo un gran caobo. A juzgar por sus gestos, se lo estaban pasando muy bien.

—De joven trabajé en la construcción del teatro Tower —decía uno—. El rótulo de neón lo habían traído de Estados Unidos. No lo creeréis, pero cuando abrimos el embalaje, de una de las letras colgaba una tarjeta en la que ponía «*Greetings to Maxi Linder Queen of All Whores*», «Saludos a maxi Linder, Reina de todas las Putas». ¡Desde Estados Unidos! De verdad que no miento...

Los demás lo miraron con los ojos como platos. ¿Era posible que creyesen

semejantes disparates?

—Sí, era famosa en todo el mundo. Una foto de ella incluso apareció en la portada de la revista de Pan Am.

—Maxi ya era una leyenda en vida —señaló una anciana.

Eduardina escuchaba con tanta atención que dio un respingo cuando de pronto sintió que apoyaban una mano en su hombro. Mientras recuperaba el aliento, se volvió. Su mirada se encontró con los ojos bondadosos de un hombre de unos ochenta años. Dudó un instante antes de estrechar la mano que éste le tendía.

—Te acompaño en el sentimiento por la muerte de Maxi. Y gracias por lo que has hecho por ella.

Eduardina se sintió confusa. ¿Quién era ese hombre?

—Sólo he hecho lo que se espera de una vecina. ¿Es usted pariente de la difunta?

—No, sólo la conocía. Me llamo Marius Menten, encantado. —Volvió a tender la mano hacia ella.

¿Marius Menten? Debía de tratarse del mismo Marius a quien la señora Max se había referido en más de una ocasión. Según ella, había sido el culpable de que perdiera sus terrenos. La habían enviado a Katwijk porque él la había denunciado, en la esperanza de que allí se aviniera a sus caprichos.

Ella le dio la mano, floja, y musitó su nombre.

—Ya han llegado a la tumba —dijo—. Me largo. También lo acompaño en el sentimiento.

Se marchó sin darle la oportunidad de añadir nada más.

—... Que el Señor tenga misericordia de ti y te dé la paz. Amén.

«Amén», repitieron todos los presentes.

Con aquellas palabras el predicador dio por concluida la ceremonia ante el sepulcro. Los enterradores bajaron lentamente las cuerdas sobre las que descansaba el féretro con los restos mortales de la señora Max. La multitud había hecho silencio y observaba con gravedad el descenso del ataúd. Unos metros más allá Eduardina vio al anciano que poco antes se había dirigido a ella. Permanecía callado, pero las lágrimas corrían por sus arrugadas mejillas.

Mathilde miraba al frente con la cara tensa. Con un dedo tiró hacia abajo de la cinta de la peluca. Eduardina creyó advertir un brillo de alivio en sus ojos.

La viejecita encorvada se agachó, cogió un puñado de tierra y lo arrojó dentro de la tumba; cayó sobre el ataúd con un ruido sordo.

Eduardina miró alrededor en busca de la señora Mary Medemblik, cuyo hijo, como tantos otros, debía su carrera a la señora Max, pero fue en vano. ¿Dónde estaban los propietarios de todas esas empresas de los que la difunta recibía, a fin de mes, un sobre cerrado? Sólo Dios y la propia señora Max lo sabían.

De pronto, una figura semioculta tras el grueso tronco de un mango llamó su

atención. Eduardina entornó los ojos. Impresionada, contuvo el aliento al reconocer a Izaak Meyer. La señora Max le había confiado muchos de sus secretos, pero no recordaba que le hubiera mencionado a ese hombre. Mientras volvía la mirada hacia el ataúd, que descansaba ya en el fondo de la tumba, se preguntó qué habría empujado a semejante personaje a asistir al entierro de alguien como Maxi Linder. Aunque podía adivinarlo.

La muchedumbre se dispersaba lentamente. Aquí y allá, grupos de personas comentaban con placer las incidencias del insólito funeral de la señora Max.

Poco antes de abandonar el cementerio, Eduardina oyó decir a una mujer:

—*Tsé, mi Gado*, ¿por qué han enterrado a Maxi tan lejos de la entrada, con lo que le gustaba la calle?



CLARK ACCORD nació en Paramaribo el 6 de marzo de 1961, y emigró a Holanda a los diecisiete años, donde terminó su secundaria.

Fascinado por la figura de Maxi Linder, dedicó varios años a investigar en la vida de esa peculiar mujer. Fruto de sus esfuerzos es *La Reina de Paramaribo*, su primera novela y un impresionante cuadro de costumbres de un mundo colonial, exótico y lejano, en el cual blancos y negros, ricos y pobres, poderosos y desheredados, nativos e inmigrantes, forman un complejo tejido social.

Escribió otras dos novelas, además de artículos para periódicos y revistas. Junto con escribir, era un artista del maquillaje. El 2007, recibió el premio «Toro de Bronce para las Artes y la Cultura» de la comunidad surinamesa en Holanda.

Murió en Ámsterdam el 11 de mayo de 2011, debido a un cáncer al estómago. Hoy una fundación (<http://www.clarkaccordfoundation.nl>) prolonga su legado de apoyo a artistas emergentes.

Notas

[1] **Pingo.** Jabalí. <<

[2] **Brokobere koto.** Vestido compuesto de dos piezas: una chaqueta de faldones amplios y una falda de amplio vuelo, que se enrolla justo debajo del pecho; suelen llevarlo las mujeres del mercado. <<

[3] **Mi Gado.** Dios mío. <<

[4] **Gudu.** Cariño, amorcito. <<

[5] **Obe.** Fruto de la palma de aceite. <<

[6] **Mis' de neef.** Especie de koto ceñido. <<

[7] **bita**. Literalmente «amargo»; hierba amarga, depurativa y anticoagulante usada, entre otras cosas, para prevenir el contagio de la malaria; puede provocar fuertes erecciones. <<

[8] **Motyó.** Puta. <<

[9] **Mofo koranti.** Literalmente «periódico oral»; propagar rumores. <<

[10] **Pans boko.** Paliza. <<

[11] **Koto.** Vestido de las mujeres criollas, creado por los amos blancos en tiempos de la esclavitud con el fin de ocultar las formas femeninas a los ojos de los hombres; el koto se compone de una pieza superior muy amplia, un cojín en la espalda y una falda de gran vuelo. <<

[12] **Mi mis'yu.** Te he echado de menos. <<

[13] **Neutes.** Pilonos de hormigón sobre los que descansan algunas casas. <<

[14] **Ondrobon.** Literalmente «bajo el árbol»; Dokter Sophie Redmonstraat a la altura de Zwartenhovenbrugstraat: en esa zona las ramas de los árboles se cruzan por encima de la calle. <<

[15] **Markusa.** Granadilla. <<

[16] **Watra m'ma.** Sirena. <<

[17] **Sukru manga.** Mango dulce. <<

[18] **Bobi.** Literalmente «teta»; modo de comer el mango: el fruto se golpea con cuidado hasta que la pulpa haya quedado reducida a papilla, tras lo cual se hace un agujero en uno de los extremos y se sorbe por él. <<

[19] **Manya.** Mango. <<

[20] **Anitri-strepi.** Galón de los Hermanos Moravos; tela blanca con un dibujo de rayas azules que llevan las seguidoras piadosas de la Comunidad Fraterna Evangélica. <<

[21] **Modo blauw.** Tela azul con estampados diversos. <<

[22] **Pina ede.** Tela de algodón roja y azul a lunares blancos; se emplea en las ceremonias de los *winti* indios. <<

[23] **Sarpusu.** Tela lisa de algodón. <<

[24] **Alanyatiki.** Tallo joven de cítrico. <<

[25] **W'woyo yagi.** Cierre del mercado. <<

[26] **Wan mannengre n'e fur' kros' kasi.** Un solo hombre no llena un armario; refrán de significado claro. <<

[27] **Sisi, silla.** Silla de madera barnizada con asiento de enea y respaldo artísticamente tallado. <<

[28] **Baya.** Te entiendo. <<

[29] **Papa winti.** Espíritu de la serpiente. <<

[30] **Bonuman.** Sacerdote winti. <<

[31] **Yeye.** Alma. <<

[32] **Winti.** Religión afroamericana, importada por los esclavos de África a Surinam: el lugar principal lo ocupan los *winti* o espíritus, unidos al destino del individuo como una especie de ángeles de la guarda. <<

[33] **Tingi Uku.** Rincón de la Peste. <<

[34] **Kersten.** Los grandes almacenes más antiguos de Paramaribo, fundados por los Hermanos Moravos. <<

[35] **Grikibi.** Pájaro cantor. <<

[36] **Orgeade.** Leche de almendras. <<

[37] **Soro g'go boi.** Literalmente «chico con una úlcera en el culo»; zángano, gandul.

<<

[38] **Switi.** Dulce, cariñito. <<

[39] **Motyop'pa.** Putero. <<

[40] **Motyotenti.** Bar de putas. <<

[41] **Court Charity.** Edificio de una logia masónica donde regularmente se organizaban fiestas. <<

[42] **Akapu dyari.** Finca abierta por todos los lados. <<

[43] **Botoketi.** Collar de eslabones grandes y redondos. <<

[44] **Bigi sensi.** Dos centavos y medio. <<

[45] **Demerara.** La actual Guyana. <<

[46] **Black Bottom.** Estilo de baile muy popular en los años treinta y cuarenta. <<

[47] **Bigi Spikri.** Literalmente «Gran Espejo»; sector de Saramaccastraat donde se reunían muchas prostitutas. Cuando pasaba un hombre hacían comentarios sobre su modo de vestir. <<

[48] **Beyan.** El inglés hablado en la región caribeña. <<

[49] **Fayalobi.** Literalmente «amor ardiente»; flor, rubiácea. <<

[50] **Fa a waka?** ¿Cómo van las cosas? <<

[51] **Baka-iri.** Literalmente «talón»; llamada así por tener los talones muy grandes. <<

[52] **Opankas.** Sandalias. <<

[53] **Isri-bowtu.** Literalmente «muslos de hierro»; famosa por la fuerza con que retenía a un hombre entre los muslos. <<

[54] **Lasman.** Perdedor. <<

[55] **If me wan' verdien mi sowtu.** Si quiero ganarme mi sal [dinero]. <<

[56] **Kabugerina.** Mestizo de negro y otra raza. <<

[57] **Malata.** Mutata, mestiza. <<

[58] **Ek-rupia.** (Indostanés) un florín. <<

[59] **Agutobo.** Porqueriza. <<

[60] **A luku dun dun a si fra fra.** Ve mal porque es bizca. <<

[61] **Casanova, crema.** Pomada usada por hombres con problemas de impotencia. <<

[62] **Obiya.** *Winti* de la guerra. <<

[63] **Kokolampu.** Lámpara de aceite. <<

[64] **Sibi busi.** Aguacero tropical. <<

[65] **Draiwinti.** Viento huracanado. <<

[66] **Awara.** *Fruto de la palmera* *Astrocaryum vulgare*. <<

[67] **afu skoinsi**. Literalmente «medio de lado»; en postura de tijera. <<

[68] **Bak'pun.** Literalmente «por detrás». <<

[69] **Didon.** Postura del misionero. <<

[70] **Yongu.** Expresión de desencanto. <<

[71] **Mope.** Fruto anaranjado que desprende un olor dulzón. <<

[72] **Pomerak.** Especie de fruto en forma de pera. <<

[73] **Kis'yu blo.** Literalmente «recupera el aliento»; no te acalores. <<

[74] **Swit'bontrentyi, te yu go yu sa kon baka.** Ve que lo que encuentres hará que vuelvas por más. <<

[75] **Wan tak tibi e kon bogo bogo.** Nos llega trabajo en abundancia. <<

[76] **Peí.** Amante, novio. <<

[77] **Fa y'e go?** ¿Qué tal? <<

[78] **Bere.** Literalmente «barriga»; secreto, confidencia. <<

[79] **Soso boto.** Literalmente «bote vacío»; persona sin importancia. <<

[80] **Mi mars.** Mi culo. <<

[81] **Was'uma.** Tabla de lavar. <<

[82] **Dagublat.** Vegetal semejante a la espinaca; crece en el agua y es uno de los platos preferidos de los javaneses. <<

[83] **Waka nanga bun.** Que te vaya bien. <<

[84] **Fowru doti.** Pesadilla. <<

[85] **Saka saka.** Saco de mierda. <<

[86] **Kartini.** (Ibu Kartini) bellísima princesa javanesa que luchó por la abolición del *adat*, la ley nativa tradicional; murió de parto. <<

[87] **Porter batra.** Literalmente. Botella de o porto. <<

[88] 1 de julio. Fiesta nacional de Surinam en conmemoración de la abolición de la esclavitud. <<

[89] **Pepre nanga sowtu.** Literalmente «sal y pimienta»; tela gris empleada para el medio luto. <<

[90] **Limealcol.** Agua de colonia con fuerte olor a lima. <<

[91] **Lont'ede.** Pañuelo con que se envuelve la cabeza en señal de duelo. <<

[92] **Tompi.** Pedazo de tela triangular que se pone sobre el pañuelo con que se cubre la cabeza; se emplea en señal de luto. <<

[93] **Yanasei.** El otro barrio, el más allá. <<

[94] **Yu na watra taya, yu no bun fu nyan ma yu no bun fu trowe tu.** Literalmente «Eres un jamelgo, pero no por eso dejaremos de montarte»; atreverse a decir las verdades, hablar claro. <<

[95] **Browru ati.** «Browru» es el nombre surinamés de Brouwerslust, uno de los primeros ingenios de azúcar que tuvo una gran chimenea: un *browru ati* es un sombrero «como una chimenea», un sombrero de copa. <<

[96] **Sobrefata.** Miserable. <<

[97] **Fedi.** La parca. <<

[98] **Bigiman sani.** Las cosas que hacen los hombres adultos. <<

[99] **Wisi.** Magia negra. <<

[100] **Mi gudu.** Tesoro mío. <<

[101] **Speedfire Foundation.** Campaña de recaudación de fondos destinada a adquirir aviones para las Fuerzas Aéreas Holandesas. <<

[102] **Dyamun.** Uva. <<

[103] **Sang!** ¿Qué?! <<

[104] **Brasa.** Abrazo, arrumaco. <<

[105] **Kimona.** Vestido típico tradicional. <<

[106] **Fiadu.** Pastel con pasas y ron. <<

[107] **Gim'tori!** ¡Cuenta! <<

[108] **Kapumeid.** Puta. <<

[109] **Mi na mi fefi sensi mi e suku.** Literalmente «estoy en busca de monedas»; ganar dinero. <<

[110] **Feda.** Literalmente «ira» «oposición»; pañuelo típico con que las mujeres se cubren la cabeza. <<

[111] **Bigisma de na yu oso ma bigisma de na mi oso tu.** Literalmente «mis padres son tan buenos como los tuyos»; eso también lo sé hacer yo. <<

[112] **Yu motyo beest yu!** ¡Mala puta! <<

[113] **A no bon prit' en.** También es un ser humano. <<

[114] **Yayolibi.** Vida desenfrenada. <<

[115] **Mi Masra mi Gado.** Señor mío y Dios mío. <<

[116] **Wilde bus**. Literalmente «autobús salvaje»; llamado así porque los conductores no suelen hacer caso del código de circulación. <<

[117] **Tongo!** Literalmente «¡lenguas!»; invitación vehemente a participar en el canto.

<<

[118] **Yorka fowru.** Guácharo, caprimúlgido; ave que con su graznido anuncia que alguien morirá en breve. <<

[119] Tradicionalmente se le da al moribundo un trago de agua para el largo camino que ha de recorrer. (*N. del E. original*). <<

[120] **Pléi.** Literalmente «juego»; polvo, cópula sexual. <<